ADOLFO RODRÍGUEZ

LOS CRÍMENES DEL TÍBER



Oriol Duarte #3

LOS CRÍMENES DEL TÍBER

ORIOL DUARTE #3

ADOLFO RODRÍGUEZ GÓMEZ

Para Emanuela Orlandi, Mirella Gregori y Katty Skerl, que nadie las olvide jamás

PRÓLOGO
1
2
3
4
DIARIO I
5
6
7
DIARIO II
8
9
10
11
DIARIO III
12
13
DIARIO IV
14
15
16
17
18
19
20
21
DIARIO V
DIARIO VI
DIARIO VII
DIARIO VIII
DIARIO IX
DIARIO X
DIARIO XI
DIARIO XII
22
23

AGRADECIMIENTOS
NOTA DEL AUTOR:

ANTES DE EMPEZAR. QUIERO REGALARTE UN LIBRO. PUEDES DESCARGAR FANLO (LA PRECUELA DE LA SERIE ORIOL DUARTE) GRATIS AQUÍ:





PRÓLOGO

Es el día libre del cardenal Fabbri y también su último día de vida, aunque aún no lo sepa.

Por eso camina con la misma tranquilidad de siempre, avanzando por el rione de Prati y respirando el aire frío de la mañana. La Via dei Gracchi alberga su pastelería preferida, Il Respiro. La fachada es antigua, de piedra clara agrietada por los años, con líneas clásicas y sobrias que evocan la Roma antigua.

Piensa que está solo, pero no es así.

Alguien lo sigue desde que salió del Vaticano, manteniendo la distancia justa: ni demasiado cerca ni tan lejos como para perderlo de vista. Se le da bien moverse entre la muchedumbre sin levantar sospechas. Se ha preparado para ello y tiene la determinación necesaria para llevar a cabo su cometido sin un solo error. Por eso ha evitado cruzar la calle por el mismo lugar que Fabbri y lo sigue desde la acera opuesta, esquivando los puntos donde las cámaras podrían suponer un problema.

Todo va según lo previsto.

Mientras observa cómo el cardenal se detiene un segundo frente al cristal antes de entrar, se apoya en una farola y finge esperar el tranvía. El ventanal de la pastelería ofrece una vista perfecta de la primera mesa, la que siempre ocupa Fabbri. Nada más entrar, se quita el abrigo con un movimiento distraído y lo cuelga en el perchero junto a la puerta. Exactamente igual que la semana pasada, e igual que la anterior. La prenda queda balanceándose unos segundos antes de quedarse inmóvil.

Un joven camarero ya está preparando el café. No necesita preguntar. Fabbri se acomoda, abre el periódico y alisa el papel con cuidado.

En cuanto ve que el desayuno empieza a tomar forma sobre la barra, se pone en marcha. Cruza la calle y entra en Il Respiro con la mirada fija en el teléfono móvil. No se quita el gorro de lana ni la

bufanda que le cubre media cara. Tampoco mira a nadie. Es solo otra silueta buscando un lugar cálido donde refugiarse del frío.

También deja su abrigo en el perchero de la entrada, junto al del cardenal. Escucha cómo el camarero y Fabbri comentan el partido de ayer. El tono es distendido. Las palabras del cardenal son lentas, arrastradas, propias de alguien de su edad.

Aprovecha la distracción.

Con un movimiento rápido y preciso, extrae el sensor que guardaba en el pantalón y lo desliza en el bolsillo interior del abrigo de Fabbri.

Después se gira con naturalidad y se sienta. Mantiene la cabeza baja. El camarero apenas le presta atención cuando se acerca. Pide un café. Nada más. Lo bebe de un trago en cuanto se lo sirven, sin apartar la vista del teléfono. Paga en efectivo y abandona el local.

De nuevo se pierde en la fría calle, aunque esta vez no puede irse muy lejos.

No se lo perdería por nada del mundo.

Se sienta en un banco junto a una mujer de mediana edad que lee *El asesinato de Roger Ackroyd*, de Agatha Christie. Entonces vuelve a sacar el teléfono y se prepara.

Media hora más tarde, el cardenal ya ha terminado el café y el cornetto relleno de crema de pistacho que siempre pide. De soslayo, lo ve salir de la pastelería y emprender el camino de vuelta al Vaticano.

Pero esta vez no regresará.

Cuando ha caminado apenas unos metros, abre la aplicación que controla el marcapasos, una herramienta a la que nadie que no fuera un profesional médico cualificado debería tener acceso.

Se le escapa una sonrisa. No tiene ni idea de medicina, pero *hackear* sistemas nunca ha sido un problema. Por eso accedió con asombrosa facilidad a su historial médico y descubrió que el cardenal es portador de un marcapasos que lo mantiene con vida debido a un bloqueo auriculoventricular completo. Cuenta con conexión wifi, lo que lo convierte en una puerta de entrada perfecta.

Solo necesitaba colocar el sensor imantado lo bastante cerca como para eludir el sistema de seguridad del aparato.

El dispositivo aparece en la pantalla.

Sin dudar un instante, lo desactiva.

Luego levanta la mirada y observa.

Apenas transcurren unos segundos antes de que el cardenal empiece a toser. Se lleva una mano al cuello. Primero le flaquean las piernas. Después, el cuerpo entero cede y cae desplomado contra el pavimento con un golpe seco.

Lo observa todo desde la distancia, sin reaccionar. Un joven detiene su bicicleta con un frenazo junto a él para socorrerlo. Una mujer grita pidiendo auxilio.

No aparta la mirada; disfruta de la escena.

1

Oriol Duarte regresa a la caravana cuando el sol comienza a caer y el cielo se tiñe de naranja. Camina despacio, con los zapatos llenos de arena, mientras respira el aire salado del mar. De fondo, el rumor constante de las olas es lo único que se escucha. Siempre acaba cerca del mar. No importa dónde esté ni cuánto tiempo vaya a quedarse.

Piensa en ello mientras cruza el puente estrecho sobre un pequeño arroyo que conduce al área de estacionamiento de caravanas donde ha residido las últimas dos semanas. Frente a él se alza un cartel desvencijado, torcido por el paso del tiempo y la humedad. Las letras están comidas por el óxido, pero aún se leen con suficiente claridad: «Camping la escollera».

Fiumicino en marzo no se parece en nada a aquellas imágenes de las postales veraniegas. Las playas están casi vacías, los restaurantes cerrados a cal y canto, las persianas bajadas y las calles desiertas. A la mayoría le parecería un lugar triste y desolado. A él le resulta perfecto. Es justo lo que buscaba.

Las vacaciones llegan a su fin. En dos días tendrá que volver a ser el inspector Duarte, respetado agente de la Interpol, y acatar las órdenes de Lefebvre, su superior. No sabe si ya le han asignado un nuevo caso. Ni siquiera cuántas llamadas perdidas tendrá. Durante todo este retiro en Italia no ha encendido el teléfono móvil: lo apagó y lo dejó en el fondo de una mochila. Necesitaba desaparecer un poco, sobre todo después de lo sucedido en Alemania. El último caso que investigó —con él como protagonista— le afectó hasta tal punto que decidió romper con su rutina incesante y tomarse un respiro.

Aunque las heridas no hayan sanado del todo, le ha venido bien el descanso. Han sido días extrañamente provechosos. Se ha dedicado a sí mismo, sin pensar en nada más. Ha leído novelas de todo tipo con la brisa del mar entrando por la ventana de la caravana, en lugar de los informes policiales que suele revisar compulsivamente por pura rutina.

Uno de los libros —la mayoría, recomendaciones de su nuevo amigo Pietro Rangoni, un escritor local— ha sido *Don Quijote de la Mancha*. Eligió esa lectura por las similitudes que creyó encontrar entre el protagonista y él mismo. Tras lo sucedido en Alemania comprendió que debía dejar atrás su lado oscuro: la necesidad imperiosa de apaciguar su ira en peleas clandestinas que no le aportaban nada bueno. La historia de aquel caballero de lanza en astillero, que sale en busca de justas para dar sentido a su vida, le ha ayudado a entender que debe canalizar su rabia hacia tareas menos dañinas.

Ahora acude a un gimnasio local que se ha convertido en una suerte de refugio. Recibe clases de boxeo con guantes y protecciones, sin miradas cargadas de odio ni nudillos rotos en callejones oscuros. Allí descarga los impulsos de forma limpia y ordenada. El saco recibe los golpes, el cuerpo se ejercita y la mente se aquieta. Sabe que es algo que podrá repetir en cualquier ciudad a la que el destino —o el trabajo— lo arrastre. Un hábito nuevo y sencillo que no pone en riesgo su vida.

Incluso ha hecho un par de amigos en el club. Gente normal, con la que no habla de su labor como inspector de homicidios. Han quedado un par de veces para tomar algo después de entrenar: conversaciones ligeras, risas breves. No es alguien dado a las nuevas amistades; nunca lo ha sido. Pero le ha agradado dejar de ser policía durante unos días, desprenderse del peso de su responsabilidad y limitarse a pasar un buen rato, sin analizarlo todo.

Pietro Rangoni ha resultado ser una persona fascinante que, además de recomendarle libros, también lo ha inspirado. Dedicó su vida al periodismo y fue corresponsal de guerra en conflictos como el de Gaza —con amplia cobertura de la Operación Plomo Fundido— y la guerra de Siria. Tras más de una década poniendo su vida en riesgo a diario, rompió con todo y decidió dedicarse a la escritura. Desde entonces ha escrito varias obras con pseudónimo y este año, por fin, ha firmado un contrato con la editorial Mondadori para publicar con su verdadero nombre. Le ha prometido a Oriol que, si consigue una segunda edición, brindarán con un Macallan de cincuenta años servido en cristal de Lalique.

Al principio, el inspector Duarte no apostaba por que aquella relación fructificara. Imaginaba que alguien como Pietro, que había confesado su intención de escribir novela negra e historias policíacas, solo quisiera acercarse a él por interés, para conocer los entresijos de su trabajo y obtener inspiración para sus siguientes obras. No ha sido así. De hecho, queda con él y con otros compañeros del gimnasio para beber unas cervezas y se enfrascan en tertulias en las que se habla de todo, menos de trabajo.

La atmósfera de paz y tranquilidad que lo rodea ha conseguido calmar su ira. Esa presencia constante que lo acompaña desde la infancia ya no ocupa todo el espacio. Sigue ahí, por supuesto, pero contenida, domesticada de una forma que nunca creyó posible.

Desde que salió de aquel sótano húmedo donde estuvo recluido hasta los diez años, la rabia había sido su manera de relacionarse con el mundo. Un motor peligroso, pero eficaz. Ahora, por primera vez desde entonces, no siente esa urgencia ciega. Se ha prometido a sí mismo que no volverá a pelear si no es estrictamente necesario y esa promesa, lejos de parecerle una debilidad, le proporciona una inesperada sensación de control.

Cuando no está leyendo, en el gimnasio o con sus amigos, ocupa el resto del día en pequeños rituales tranquilos: paseos largos, como el de esa tarde, dejándose llevar por calles silenciosas sobre las que imagina historias del pasado; horas junto al mar observando cómo el sol cae sobre el horizonte.

En Fiumicino no es agente de la Interpol ni un hombre marcado por el encierro. Es simplemente Oriol Duarte, alguien que, al menos por ahora, ha aprendido a estar en calma y a quien le ha sentado bien integrarse —aunque solo haya sido un poco— en la sociedad que lo rodea.

Se detiene un momento antes de subir los dos escalones de la vieja caravana que, al ser temporada baja, alquila por un módico precio. Mira alrededor. El silencio es casi absoluto, roto únicamente por el viento que sacude los juncos y el lejano graznido de una gaviota. No hay coches, ni voces, ni televisores encendidos.

Tiene una vecina: una mujer americana de unos cincuenta años que vive sola y que pasea un *border collie* de pelo áspero y mirada

tranquila llamado Nero.

El perro está fuera, recostado sobre la tierra húmeda cuando Oriol aparece. Levanta la cabeza al oír sus pasos y lo observa con ojos apagados, pero no hace el menor intento de incorporarse. Ni un movimiento de cola.

Por algún motivo, percibe que algo es diferente.

Y su tranquilidad se rompe.

Dentro hay luz. Una luz amarillenta que se filtra por el hueco de las cortinas. Oriol escucha la voz de la mujer. Habla por teléfono con alguien, se ríe; su tono es ligero y alegre. No alcanza a distinguir las palabras.

Se detiene frente a su propia caravana y mete la mano en el bolsillo para sacar las llaves. El metal frío le roza los dedos. Está a punto de introducir una en la cerradura cuando algo en el suelo capta su atención.

Se queda inmóvil.

A sus pies, sobre el último escalón, hay un paquete pequeño, perfectamente colocado. Es de un rojo intenso, envuelto con cuidado, y un lazo negro lo cruza en diagonal con una elegancia sobria. Tiene el aspecto inequívoco de un regalo. Uno que no debería estar allí.

Oriol no se agacha de inmediato. Gira el cuello a un lado y a otro.

Allí fuera no hay nadie, salvo el *border collie* y él.

Observa el paquete durante unos segundos que se alargan más de lo debido, intentando averiguar si es una trampa. Siente cómo la tensión le recorre los hombros, cómo su respiración se vuelve más lenta, más medida.

Sobre la superficie del paquete, escritas con una caligrafía impecable, hay dos palabras:

«Oriol Duarte».

2

El sosiego de estas dos semanas se desvanece de forma súbita. Algo se rompe en el interior de Oriol Duarte, cambiándole la mirada. El telón se corre sin previo aviso. El inspector ha vuelto de repente: ese que no descansa, que registra cada detalle, que no deja pasar una anomalía sin prestarle la atención que merece.

No toca el paquete. No cede al impulso fácil, al gesto instintivo de quien se deja arrastrar por la curiosidad. En su lugar, se pone en movimiento. Avanza con paso ligero hacia la caravana de su vecina, con la incómoda certeza de que ese paquete contiene algo importante.

El *border collie* se yergue sobre las patas al verlo acercarse. Ya no está recostado. Le clava una mirada alerta, tensa, aunque no ladra. Dentro de la caravana, la voz de la mujer suena ahora más alta. Se ríe, despreocupada, reaccionando a algo que le dicen al otro lado de la línea. El tintinear del cristal delata unos cubitos de hielo chocando entre sí.

Oriol levanta la mano y llama a la puerta.

La risa se corta en seco.

Un segundo después, la cortinilla de la ventana se descorre apenas lo justo. Ella lo reconoce al instante. Abre la puerta y lo observa con expectación, aún con el teléfono en la mano.

—Hola, ¿qué tal? —saluda.

—Rose, ¿verdad? —pregunta él.

La mujer asiente.

—Rose, estoy algo preocupado. Creo que alguien ha intentado entrar en mi caravana. ¿Ha estado usted aquí esta tarde? ¿Ha visto algo extraño?

Ella abre los ojos, sorprendida. Da un paso al frente con expresión de asombro.

—No… no he visto nada raro —responde—. Aunque es verdad que he estado durmiendo un rato.

Oriol inclina levemente la cabeza.

—¿Habría ladrado el perro si alguien se hubiera acercado?

Ella mira al animal, que permanece inmóvil.

—No, no lo creo. No es muy buen guardián, que digamos. Ahora me ha preocupado… Creo que deberíamos llamar a la policía.

Oriol niega con la cabeza sin dudar.

—Yo me encargaré de ello. No se preocupe, soy policía.

—¿Usted es…?

Oriol aprieta los labios con un semblante serio que no deja lugar a réplica. Ya ha obtenido lo que necesitaba. No tiene intención de perder más tiempo dando explicaciones.

—La mantendré informada. Por ahora, cierre la puerta con llave.

Rose se queda sin palabras. Él ya se ha dado la vuelta cuando ella reacciona y se aleja con paso firme, dejando atrás su mirada desconcertada.

Abre su caravana y entra sin detenerse. Pasa junto al paquete, con cuidado de no rozarlo siquiera; no quiere contaminarlo. El interior lo recibe con ese orden funcional con el que convive: la pequeña mesa plegable junto a la ventana; el fregadero metálico, con una gota seca marcando el grifo; el armario bajo la cama, encajado en un hueco imposible.

Se inclina y extrae la maleta de uno de los cajones laterales con un movimiento rápido. Está acoplada al fondo, casi a presión. Abre la cremallera y va directo a un bolsillo lateral. De ahí saca unos guantes de vinilo.

Normalmente siempre lleva un par encima: en el abrigo, en la mochila, en el coche. Un hábito adquirido a base de escenas que no admiten errores. Pero ahora no. En Fiumicino está de vacaciones, desconectado de su actividad laboral. O eso se había repetido a sí mismo.

Pero el descanso ha terminado.

Se coloca los guantes con determinación. Solo entonces se agacha y recoge el paquete.

Lo abre con cuidado, sin desgarrar el papel, doblándolo con paciencia para conservarlo intacto. El envoltorio pasa directamente al interior de un sobre transparente para pruebas. Lo que ahora tiene en sus manos es una cinta de vídeo. Es antigua, de VHS.

Oriol se queda inmóvil al leer el nombre escrito sobre la pegatina, con una caligrafía firme y sencilla: «Giulia».

Siente cómo algo se tensa en su interior, una presión sorda que no termina de tomar forma. No tiene manera de ver esa grabación. Los reproductores de VHS dejaron de ser habituales hace al menos veinte años, arrasados primero por el DVD y después por lo digital. No es algo que pueda conseguirse a la vuelta de la esquina.

Aun así, no duda. Sea lo que sea lo que contiene esa cinta, alguien ha querido que llegue hasta él. Y eso, por sí solo, ya despierta su curiosidad.

No puede llamar a Lefebvre. Al menos, no todavía; no sabe qué contiene la cinta. Además, no tiene por qué hacerlo hasta dentro de dos días, cuando termine su periodo vacacional.

La idea surge de pronto, nítida. La verbaliza en un murmullo que recorre la caravana a lomos de un suspiro que nadie escucha.

—Dante.

Su mente vuelve a funcionar a toda velocidad, despojándose del letargo reciente. Analiza posibilidades, descarta obstáculos, traza una hoja de ruta con la precisión de siempre, como si el respiro que se concedió no hubiera existido nunca.

Hurga en una mochila. Aparta la ropa doblada con cuidado y agarra el teléfono móvil junto con el cargador. Lo conecta a la toma de corriente tras la pequeña encimera y lo enciende. Mientras la pantalla cobra vida, piensa en la persona a la que va a llamar.

Dante Puzzo.

Inspector de la Interpol como él. Retirado del trabajo de campo desde hace un par de años, cuando nació su hija. Ahora sirve de enlace con la policía italiana. Roma es su territorio. Allí nació, allí se crio. Y, más importante todavía, es un buen amigo.

Dante siempre ha sido un hombre rígido, amante de lo ortodoxo y del trabajo bien hecho, solo dispuesto a torcer una regla si el contexto lo exige. Aunque todo eso da igual ahora. Lo único que Oriol necesita es algo mucho más simple: un reproductor de VHS.

En cuanto el teléfono termina de encenderse, busca el contacto y realiza la llamada.

Dante descuelga al tercer tono.

—¡Oriol! Qué sorpresa. ¿Cómo estás?

—Bien, Dante. No puedo quejarme. ¿Y tú?

—Poca novedad, amigo. Me enteré de lo que te pasó en Alemania. Si hubiera sabido lo que sucedía, te habría ayudado cuando me llamaste… Yo solo…

—Dante, olvídalo —lo interrumpe—. No tenías por qué ayudarme. Créeme, lo entiendo.

—Joder… He querido llamarte todo este tiempo, pero Lefebvre me dijo que ibas a tomarte unas vacaciones y preferí esperar.

—Sobre eso quería hablarte —dice Oriol—. Estoy cerca de Roma, en Fiumicino. ¿Podemos vernos?

Eso parece sorprenderlo y tarda unos segundos en reaccionar.

—¿En serio? Lo tuyo con la playa es digno de mención.

Se escuchan unas risas al otro lado.

—Supongo que es inevitable —responde Oriol—. Tengo una Vespa de alquiler. Puedo estar allí en una hora.

De nuevo, un silencio breve al otro lado de la línea.

—Bueno… Iba a salir a dar una vuelta con mi mujer y la pequeña, pero si has venido a Italia… Sí, claro. ¿Dónde quieres que quedemos?

—¿Qué comisaría tienes asignada? —pregunta Oriol, directo.

Otra pausa. Percibe que Dante empieza a intuir que hay algo más, que esa visita repentina no tiene que ver solo con la amistad que los une.

—La del Comando Generale dell'Arma dei Carabinieri, en la Piazza di Sant'Ignazio. ¿Por qué?

—¿Te suena que allí tengan reproductores de VHS?

Se escucha un bufido.

—Sí, claro. La unidad científica tendrá alguno. Creo que ya empiezo a entender el motivo de tu llamada. ¿Piensas contármelo o vas a mantenerme intrigado más tiempo?

Oriol mira de reojo el sobre transparente con la cinta dentro.

—Te lo cuento allí. Nos vemos en una hora.

Cuelga sin añadir nada más. El plan ya está en marcha.

Pronto sabrá qué hay en esa cinta.

3

Oriol conduce su Vespa entre el tráfico del centro de Roma con una naturalidad que no nace de la costumbre, sino de la memoria. La ciudad eterna no le resulta ajena. No es la primera vez que se pierde en sus calles. Recuerda una de aquellas visitas, años atrás, caminando sin rumbo por las inmediaciones de Piazza Navona, dejándose arrastrar por el rumor constante del agua de las fuentes y el murmullo de los turistas: las fachadas ocres, los artistas callejeros, el olor a café recién molido mezclado con el de la piedra antigua calentada por el sol.

En aquel entonces acabó sentado en una trattoria pequeña, pero concurrida, de esas que no necesitan gritar su fama porque ya circula de boca en boca. Pidió un plato de *cacio e pepe* que aún recuerda por su sencillez impecable, por la textura exacta de la pasta y el punto justo de pimienta.

Ahora el recuerdo se diluye cuando enfila el último tramo. Accede a la Piazza di Sant'Ignazio, silenciosa a estas horas, con la fachada de la iglesia recortándose contra el cielo oscuro. Allí se encuentra el comando de los carabinieri donde trabaja Dante. Oriol reduce la velocidad y aparca la Vespa cerca de la entrada. Después abre el hueco bajo el asiento y extrae la bolsa de pruebas con la cinta de vídeo.

La noche es ya cerrada. Dos carabinieri custodian la puerta, inmóviles y atentos a sus movimientos. Oriol se aproxima y se identifica con calma, mostrando su acreditación de la Interpol. Nota las miradas rápidas, el reconocimiento inmediato del rango.

—¿Saben si ha llegado ya Dante Puzzo? —pregunta en perfecto italiano.

Los dos agentes se miran entre sí apenas un segundo, cuando una voz conocida suena a su espalda.

—Acabo de hacerlo en este momento.

Oriol se gira. Allí está Dante. Más canas que la última vez, el mismo porte seguro, la misma expresión entre irónica y afable que

siempre lo ha caracterizado. Aunque han hablado por teléfono, hacía al menos un año que no se veían en persona. A Oriol se le dibuja una sonrisa franca.

—Ven aquí, anda, dame un abrazo —dice Dante, abriendo los brazos.

Oriol duda una fracción de segundo. Nunca ha sido un gran amante de las demostraciones físicas de afecto, pero esta vez no se esconde tras la incomodidad. Da un paso al frente y acepta el abrazo, breve pero sincero.

—Dime que no vas a meterme en un lío —pide Dante, con un tono que pretende ser ligero, pero que no consigue ocultar del todo la cautela.

Oriol lo mira y ladea la boca en una mueca ambigua. No confirma ni desmiente. Es lo más parecido a una respuesta honesta que puede ofrecerle.

—Vamos dentro, Dante —dice al fin—, antes de que te arrepientas.

El inspector Puzzo niega con la cabeza, resignado, y se gira para encaminarse hacia el interior del cuartel. Oriol lo sigue, despidiéndose de los carabinieri con un gesto breve de la cabeza. La puerta se cierra tras ellos con un sonido seco que resuena más de lo esperado.

El interior del edificio conserva el peso de los años. Los pasillos son amplios, de techos altos, con paredes cubiertas por un tono amarillento que delata capas y capas de pintura. El suelo, de baldosas desgastadas, cruje levemente bajo sus pasos. Hay cuadros antiguos colgados de forma irregular; fotografías en blanco y negro de promociones pasadas; placas conmemorativas que nadie parece leer ya. Todo desprende un encanto nostálgico, una sensación de tiempo detenido que contrasta con la tecnología moderna asomando aquí y allá.

Se cruzan con un par de agentes apoyados junto a una mesa auxiliar, vasos de café en la mano. Hablan en voz baja y se interrumpen al ver a Dante. Uno de ellos arquea las cejas, sorprendido; el otro sonríe, como si no esperara encontrarlo allí a esas horas.

Dante responde con un gesto vago de saludo y sigue caminando sin detenerse. Oriol percibe esas miradas curiosas clavándose en su espalda durante unos segundos más.

Llegan a una gran sala abierta. Solo hay un hombre trabajando frente a una mesa alargada donde se alinean cinco pantallas, todas encendidas, mostrando imágenes distintas: mapas, líneas de código, grabaciones detenidas. El zumbido constante de los ordenadores llena el espacio.

—Hola, Luca —saluda Dante con naturalidad—. Es un amigo mío de la Interpol, Oriol Duarte. Vamos a utilizar la sala de vídeo. ¿De acuerdo?

Luca levanta la vista. Al escuchar el nombre de Oriol Duarte, algo cambia en su expresión. Los ojos se le abren apenas un poco más de lo normal. El silencio se alarga un instante, demasiado evidente para pasar desapercibido. Finalmente, se pone en pie.

—Por supuesto —dice—. ¿Puedo ayudar en algo?

—No es necesario —responde Dante—. Estaremos allí.

Luca asiente, aún con una curiosidad mal disimulada, y vuelve a sentarse.

El inspector Puzzo saca un manojo de llaves del bolsillo y se detiene frente a una puerta al fondo del pasillo. Tarda más de lo esperado en encontrar la correcta. Las llaves tintinean mientras prueba una tras otra, mascullando algo entre dientes. Por fin, una cede.

Al entrar, pulsa el interruptor de la pared. La luz se enciende con un leve parpadeo y revela una sala amplia y ordenada. Las paredes están cubiertas de estanterías con cintas etiquetadas, archivadas por fechas. En el centro, un gran monitor ocupa casi toda una pared. Frente a él, varios reproductores de distintos formatos, incluidos los de VHS.

Oriol se queda quieto un instante, observando el equipo.

—¿Me lo cuentas ya? —pregunta Dante, rompiendo el silencio.

Oriol alza la mano en la que sostiene el sobre transparente con la cinta dentro, sin apartar la mirada de los reproductores alineados frente al monitor.

—Se trata de esto.

—Me he fijado —admite Dante—, pero ¿qué es?

Respira hondo antes de hablar, intentando encontrar las palabras precisas que lo expliquen.

—Hace un par de semanas alquilé una caravana en Fiumicino, a las afueras, cerca de la playa. Esta tarde, cuando he regresado de dar un paseo, he encontrado esta cinta en la puerta. Envuelta como si fuera un regalo. Con mi nombre escrito en el papel.

Dante se lleva una mano a la barbilla, pensativo.

—¿Y no crees que puede tratarse de una broma?

Oriol gira la cabeza lo justo para mirarlo.

—Tú me conoces. ¿Te parezco alguien a quien le gusten las bromas?

Dante no responde.

—En la cinta hay algo —continúa Oriol— y quiero saber de qué se trata.

—¿No ponía nada más?

—Sí. En la pegatina de la cinta estaba escrito: «Giulia».

El nombre queda suspendido en el aire. Durante unos segundos no dicen nada. Se miran. No hace falta añadir palabras; ambos recorren el mismo camino mental, llegan al mismo punto incómodo. El que ha traído a Oriol hasta esa comisaría sin perder ni un solo segundo.

—No creerás que… —empieza Dante.

—No lo sé —lo interrumpe Oriol—, pero también lo he pensado.

Dante suelta el aire despacio.

—Está bien. Vamos a verlo. Espero que sepas utilizar eso, porque yo no tengo ni idea.

Oriol asiente. Se acerca al equipo, enciende el monitor y los reproductores. El zumbido leve precede al sonido inconfundible cuando extrae la cinta del sobre transparente y la introduce en el aparato. El mecanismo la engulle con un chasquido seco. La pantalla parpadea. Líneas horizontales. Nieve. Luego, la imagen se estabiliza con la textura granulada típica del VHS.

Aparece una chica sentada en una silla de madera, colocada en el centro de una sala amplia y vacía con solo una estantería detrás. Las paredes están pintadas de azul; la del fondo es curva y tiene la

pintura desconchada en varios puntos. Parece que el lugar llevara algún tiempo en el olvido. No hay nada más. Ni muebles, ni decoración. Solo la silla, la estantería y la chica.

Es muy joven, casi una adolescente. Morena, guapa, con dos grandes ojos marrones que miran fijamente a la cámara y que parecen cansados. Lleva una gargantilla de oro ajustada al cuello. No sonríe. No parece asustada. Simplemente observa. Lleva puesto un vestido blanco con estampado de flores que parece sucio, repleto de manchas oscuras.

Oriol detiene la grabación. La imagen queda congelada.

—Es ella.

Dante se acerca un poco más al monitor.

—¿Estás seguro?

—Completamente —responde Oriol sin dudar—. Pero búscalo.

Dante frunce el ceño.

—¿Cómo era el apellido?

—Bernardi —dice Oriol—. Giulia Bernardi.

Dante teclea rápido en su móvil el nombre: Giulia Bernardi. Sus dedos se mueven con soltura mientras su mente intenta recuperar un recuerdo antiguo.

El caso Bernardi. Claro que lo conoce. En Italia todo el mundo ha oído hablar de la chica que vivía en el Vaticano cuando desapareció, aunque el tiempo lo haya cubierto con una capa de misterio y silencios. Han pasado demasiados años. Tantos que ya no recordaba su apellido.

Oriol sí, por supuesto.

No le sorprende que su compañero haya llegado tan lejos. Lo ha visto trabajar; conoce su forma de enfrentarse a los enigmas que nadie ha logrado resolver, su obsesión por controlar cada variable, su capacidad para moverse en terrenos donde otros se pierden. Él no improvisa: disecciona, ordena y encaja piezas hasta que el conjunto cobra sentido. Dante sabe reconocer cuándo su amigo

entra en ese estado particular de concentración, ese en el que el mundo exterior deja de existir.

Ahora mismo es uno de esos momentos. Sus ojos están clavados en la pantalla, ensimismado, absorto. No va a cambiar de actitud hasta que descubra quién le ha dejado un paquete en la puerta de su caravana y por qué.

En la pantalla del teléfono empiezan a aparecer enlaces de noticias antiguas, titulares y fotografías de archivo. Dante abre una tras otra y alterna la mirada entre el monitor con la grabación pausada y las imágenes de archivo de Giulia.

No hay lugar a dudas.

La chica es la misma. En una de las fotos aparece más joven, con una expresión ingenua, y alrededor del cuello lleva una gargantilla de oro idéntica a la de la grabación. Los mismos rasgos; detalles imposibles de ignorar.

—Esto se pone interesante —dice, acercándole el móvil—. Es ella. Mira.

Oriol hace un gesto mínimo con la mano. No necesita comprobarlo. Ya lo sabe.

—Por lo que veo —añade Dante—, conoces el caso al dedillo.

—Sí. Lo he estudiado. —Hace una pausa para aclararse la garganta—. En resumen, Giulia Bernardi era una ciudadana vaticana que desapareció cuando tenía quince años, en Roma, en junio de 1983. Al principio se habló de un secuestro para pedir un rescate, pero pronto quedó claro que había algo más.

—Tú no habías nacido y yo tenía tres años —añade Dante—. Pero estoy al tanto. He visto documentales y he oído hablar de ese caso. Vivía en el propio Vaticano, ¿verdad?

—Así es. Su padre era funcionario del Vaticano, de la Prefectura de la Casa Pontificia. Eso lo cambió todo. La repercusión fue inmediata, dentro y fuera de Italia. Incluso el Papa intervino públicamente pidiendo su liberación. Algo inusual. Aquello marcó el caso.

Oriol habla con voz firme, como si estuviera redactando un informe mental mientras pronuncia cada palabra. Resume, elimina lo superfluo y se queda con los hechos, sin juzgar.

Dante escucha sin interrumpir. Oriol continúa.

—Ha habido varias investigaciones oficiales, y muchas no oficiales, por tratarse de un caso tan conocido. Sin embargo, la chica no ha aparecido y lo que sucedió sigue siendo un misterio. La familia nunca dejó de insistir —dice Oriol—. Estaban convencidos de que el Vaticano sabía lo que ocurrió. No estoy seguro, pero creo que sus padres fallecieron. Giasone y Dorotea si no me falla la memoria.

Oriol vuelve a pulsar el botón para que se reproduzca la cinta. Giulia desvía la mirada levemente. Se escuchan unos pasos.

Un breve silencio. Tras él, Giulia asiente y sonríe. Se levanta de la silla. En la grabación debe de tener unos quince años. La chica se inclina hacia delante y hace una especie de reverencia antes de empezar a hablar.

—La belleza verdadera no sigue ninguna moda, crea la suya propia. Prueba los nuevos productos de Bellavista y siéntete única.

Lo dice mirando a la cámara, como si estuviera en una audición, fingiendo que señala algo ficticio a su lado. Unos segundos después de pronunciar la última palabra, la cinta se corta.

Dante no aparta la vista de la pantalla mientras habla. La luz azulada del televisor le endurece los rasgos.

—¿Habías visto este vídeo antes? —pregunta al fin, con la voz más baja de lo habitual—. Estoy intentando hacer memoria. Hace un par de años hicieron un documental y no estoy seguro de si aparecía esta grabación.

Se obliga a rebuscar entre recuerdos. El caso fue omnipresente durante meses a raíz de aquel programa, aunque la desaparición de la chica hubiera sucedido hacía ya cuarenta años.

Al igual que en 1983, tras unos meses de atención, el caso volvió a caer en el olvido.

Oriol niega despacio, sin dudar.

—No. Es la primera vez que lo veo —responde, tajante.

Dante gira la cabeza hacia él. Conoce ese tono. No deja espacio para interpretaciones ni concesiones.

—Puede que los investigadores lo tuvieran y decidieran no sacarlo a la luz por algún motivo —apunta Dante.

Pero la idea se desmorona en cuanto la formula. Oriol se adelanta.

—No. Fue un caso muy mediático y cada prueba que aparecía se hacía pública. Cada una —insiste—. Quienquiera que tuviera esta grabación la ha mantenido oculta hasta ahora.

El silencio que sigue envuelve la habitación.

Oriol se inclina ligeramente hacia delante.

—Y hay una cosa más. Lleva la misma ropa que el día en que desapareció. Tenemos que llamar a Lefebvre —dice—. Quiero trabajar en este caso.

4

Oriol sigue a Dante a través del laberinto de despachos de la comisaría. El pasillo se estrecha a medida que avanzan, con paredes ennegrecidas por el paso del tiempo y una iluminación tenue que apenas vence a las sombras. Las lámparas parecen colocadas sin un orden claro y dejan zonas enteras en penumbra, como si el edificio se resistiera a mostrarse del todo. En una mano, Oriol sostiene el sobre de pruebas con la cinta de VHS en su interior.

Al pasar junto a una sala lateral, ve a dos agentes apoyados en una ventana abierta, fumando. El humo se escapa hacia la noche cerrada. Hablan entre ellos en voz baja, relajados, y no se molestan en girar la cabeza cuando los agentes de la Interpol cruzan frente a ellos.

Llegan al despacho de Dante. Cuando la puerta se cierra, encuentran el silencio y la discreción que buscaban. Ninguno de los dos ha pronunciado una sola palabra desde que abandonaron la sala de vídeo. El despacho es pequeño y también está mal iluminado; una única lámpara de sobremesa arroja un círculo de luz sobre el escritorio y deja el resto sumido en una penumbra espesa. El edificio es antiguo y no lo oculta. El escritorio está arañado; las estanterías, cargadas de archivadores descoloridos y libros que parecen no haberse movido en años. Si los inspectores llevaran bigote y vistieran trajes de corte holgado con hombreras marcadas, parecería una escena de los años ochenta.

—¿No crees que deberíamos hablar primero con los carabinieri? —dice Dante al fin, rompiendo el silencio—. Antes de involucrar directamente a la Interpol.

Oriol no responde de inmediato. Se mueve con calma, como si midiera cada gesto.

—La cinta me la han enviado a mí, no a ellos que yo recuerde.

Dante aprieta los labios un segundo antes de insistir.

—Sí, Oriol, pero deberíamos hacer las cosas bien. No te mantendrán alejado del caso. Seguro que van a querer tu ayuda,

pero estamos en Italia. El caso es suyo.

—Por eso quiero llamar a Lefebvre —replica Oriol—. Para que interceda y sea él quien lo gestione.

—No te fías ni de tu sombra, ¿verdad?

—Sería un necio si lo hiciera.

Dante se encoge de hombros, restándole peso a la tensión que flota en el aire. Rodea el escritorio y se sienta en la silla, frente al ordenador. Luego levanta la mano y le hace un gesto a Oriol para que tome asiento frente a él.

Él saca el teléfono móvil del bolsillo, marca el número de Lefebvre y activa el manos libres. Deja el teléfono apoyado sobre la mesa, junto al sobre de pruebas. Ambos esperan impacientes a que alguien descuelgue al otro lado.

La voz de su jefe irrumpe con ironía.

—El gran Oriol Duarte se digna a llamarme durante sus vacaciones. Espero que tengas un buen motivo para hacerlo a estas horas.

Oriol endereza la espalda.

—Buenas noches, señor. Siento molestarlo tan tarde.

—Tranquilo —responde Lefebvre, con un tono que no termina de aclarar si bromea o habla en serio—. Aunque te parezca extraño, hoy he estado pensando en llamarte.

Oriol intercambia una mirada rápida con Dante antes de volver a hablar.

—Antes de que continúe, señor, debo decirle que estoy en Roma, junto a Dante Puzzo. Está escuchando esta conversación a través del manos libres.

Al otro lado de la línea se hace el silencio. No es un silencio casual; pesa, se estira, se instala. Dante levanta la mirada hacia el teléfono, incómodo, y luego la aparta, como si hubiera sido sorprendido haciendo algo indebido.

—¿Por qué estás en Roma? —pregunta por fin Lefebvre, cortante.

—He venido a Fiumicino a pasar unos días —responde Oriol sin rodeos.

De nuevo, silencio. Más largo esta vez. Oriol siente cómo la tensión crece.

Dante decide intervenir.

—Señor, si lo prefiere, puedo ausentarme para que hable a solas con Oriol.

—No, no —lo interrumpe Lefebvre—. No tiene nada que ver con eso, perdón. Es solo que… —duda un instante—. Bueno, no sé si es casualidad o qué demonios está pasando aquí, pero esta tarde me han llamado los carabinieri.

Oriol se tensa.

—Resulta que ha aparecido muerto un cardenal del Vaticano en una calle de Roma —continúa Lefebvre—. Un hombre bastante mayor que, aparentemente, ha sufrido un infarto mientras caminaba. Hay testigos que afirman haberlo visto desplomarse de repente.

Las miradas de Oriol y Dante se cruzan. Ninguno dice nada, pero ambos piensan lo mismo.

—Los carabinieri han acudido al hospital al que lo trasladaron —prosigue Lefebvre—, alertados por un médico de urgencias. Allí descubrieron algo extraño. Han encontrado un sensor imantado en el abrigo de ese hombre. El cardenal Fabbri.

Oriol levanta la mirada al escuchar ese nombre. Lo ha oído antes.

—¿Y qué tiene eso de relevante? —pregunta Dante, frunciendo el ceño.

—Seguramente ese hombre llevaba un marcapasos —interviene Oriol antes de que Lefebvre responda—. Esos aparatos necesitan un sensor para modificar su configuración. No tiene ningún sentido que el cardenal llevara uno encima. Es algo que solo manejan los cardiólogos.

Dante asiente, ahuecando los labios en un gesto de asombro.

—Justamente se trata de eso —confirma Lefebvre—. El problema es que los carabinieri han chocado con la Gendarmería de la Ciudad del Vaticano. Unos dicen que, al ser residente de la Santa Sede, la investigación les corresponde a ellos. Los otros sostienen que, al haber ocurrido en las calles de Roma, deben encargarse.

Oriol se reclina hacia atrás en la silla. No necesita pensarlo; la respuesta surge de inmediato.

—Señor, creo que debe interceder y asignarnos el caso al inspector Puzzo y a mí.

Dante lo mira con los ojos abiertos de par en par. Su expresión deja claro que no era esa la idea que tenía en mente. Hace un gesto de negación con la cabeza.

—Eso es exactamente lo que había pensado inicialmente —dice Lefebvre tras una breve pausa—. Pero antes quiero que me expliques por qué me llamabas. Porque dudo mucho que lo hayas hecho solo para saludarme.

Oriol inspira despacio antes de hablar.

—Esta tarde alguien me ha dejado un paquete en la caravana que he alquilado estas vacaciones en Fiumicino —empieza—. Estaba envuelto en papel de regalo rojo, con un lazo. En su interior había una cinta de VHS. He contactado con el inspector Puzzo para pedirle ayuda y hemos venido a la comisaría de la Piazza di Sant'Ignazio para reproducirla.

Hace una breve pausa, lo justo para ordenar los recuerdos.

—¿Conoce el caso de Giulia Bernardi, señor? —pregunta Oriol Duarte.

Lefebvre tarda en contestar.

—Sí, claro —responde al fin—. No recuerdo los detalles, pero sé de quién se trata. Todo el mundo lo sabe.

Oriol continúa, midiendo cada palabra.

—En la cinta había una grabación en la que aparece Giulia. Lleva puesta la misma ropa que vestía el día que desapareció. No hay nada especialmente relevante a primera vista: está en una sala, grabando una especie de audición para un anuncio de televisión. Pero creo que alguien quiere que investigue ese caso. El cardenal Fabbri y Giulia Bernardi coincidieron en el Vaticano cuando ella vivía allí, hace unos cuarenta años. Recuerdo un testimonio en el que se insinuaba su relación con la desaparición de Giulia.

—¿Cómo demonios puedes acordarte de eso, Oriol? —pregunta Lefebvre, incrédulo.

—Es mi trabajo, señor.

Al otro lado del teléfono se escucha un bufido seco. Luego, unos segundos de silencio. Oriol mantiene la mirada fija en la superficie

del escritorio, esperando.

—Entiendo —dice finalmente Lefebvre—. Así que parece que tenemos un justiciero al que le gusta jugar. No sabemos cómo de loco estará así que, si ya sabe dónde vives, olvídate de volver a esa caravana. Búscate un hotel por el centro. Voy a encargarme de esto. Formad un equipo. Os conseguiré un lugar donde poder trabajar. —Hace una breve pausa—. ¿Puzzo está de acuerdo en colaborar contigo?

Oriol alza la vista y mira a Dante. Sostiene su mirada unos segundos en silencio. Dante niega de nuevo con la cabeza, esta vez muy despacio, y deja que una leve sonrisa se dibuje en su rostro.

—Sí, señor —responde Dante—. Supongo que sí. Espero no arrepentirme.

Oriol se despide de Dante en la puerta de la comisaría con un apretón de manos que dura un segundo más de lo habitual. Lo conoce lo suficiente para saber que, aunque intente negarlo, hay algo en ese caso que ya le ha mordido por dentro. Es evidente que Puzzo echa de menos este tipo de trabajo: salir a buscar la verdad siguiendo una pista y poner a prueba su ingenio. La gota que ha colmado el vaso y lo ha empujado a volver es que se trate del caso de Giulia Bernardi.

Oriol entiende su postura. Cuando nació su hija pequeña, se apartó de la acción policial sin dramatismos. Lo hizo porque necesitaba estabilidad, una rutina reconocible, un hogar que no dependiera de traslados constantes ni de maletas a medio hacer. Quería que su familia echara raíces, que su hija creciera yendo siempre al mismo colegio, con amigos que no estuvieran sujetos a despedidas anticipadas. Eligió quedarse y asentarse; quería una vida normal. Fue una decisión meditada, responsable… Pero también una renuncia silenciosa.

Lo que le ha propuesto Oriol es distinto. Roma es su ciudad. No hay que cruzar fronteras ni trasnochar en hoteles impersonales viendo a su familia por videollamada. Todo ocurre en su hogar, en

sus calles, en el lugar donde nació y creció. Es la oportunidad perfecta.

Cuando se separan, a Dante se le escapa un agradecimiento sincero, casi a modo de confesión. Oriol asiente, sin añadir nada más.

Han acordado trabajar con un equipo pequeño. Como el inspector Duarte no tiene tantos contactos en Italia y quieren empezar con el caso mañana a primera hora, el inspector Puzzo ha enviado un mensaje a Andrea Cialdoni, una especie de niño prodigio de la informática, y otro a Aurora Baudino, especialista en delitos económicos a quien Dante conoce desde hace unos años y de la que habla maravillas en lo que a trámites burocráticos se refiere.

Con dos personas que aligeren el trabajo de oficina y procesen ciertos tipos de pruebas será más que suficiente.

También han dejado el sobre con la cinta de VHS, junto con el papel de regalo, en el laboratorio. Han pedido que busquen huellas, ADN, cualquier vestigio que pueda ayudar a localizar a la persona que se lo dejó a Oriol en la puerta de su caravana.

Los carabinieri que custodiaban la entrada ya no están. Son más de las diez y la puerta de la comisaría permanece cerrada, maciza y ajena a lo que acaba de ponerse en marcha dentro. Dante gira a la derecha, hacia los aparcamientos reservados a los policías; Oriol lo hace hacia el lado contrario, donde ha dejado su Vespa.

La plaza está vacía cuando encuentra la sorpresa que lo estaba esperando.

Sobre el asiento de la moto hay otro paquete rojo, perfectamente colocado, envuelto con un lazo negro. Oriol se queda inmóvil una vez más. El gesto le resulta demasiado familiar, demasiado reciente. Mira a un lado y a otro. No hay nadie. Alza la vista y localiza dos cámaras incrustadas en los muros, enfocando directamente a la puerta de la comisaría. Ninguna cubre el ángulo en el que se encuentra la Vespa.

Saca el móvil y toma un par de fotografías. Después se pone los guantes y abre el paquete con cuidado, sin romper el trozo en el que alguien ha vuelto a escribir su nombre. Sabe que es un gesto inútil.

Nadie que se tome la molestia de montar una escena así cometería el error de dejar huellas. Pero es el protocolo y debe ceñirse a él.

Dentro hay varias hojas sueltas de un cuaderno pequeño. Están escritas con tinta, con una caligrafía perfecta. Las reconoce de inmediato como páginas de un diario que, a simple vista, parecen antiguas y desgastadas por el paso del tiempo, pero el papel no es el original, sino copias. Algunas están manchadas de una sustancia oscura que no es capaz de identificar a simple vista.

Introduce el contenido en un sobre de pruebas transparente y se queda quieto, afinando el oído. Entonces lo percibe: el sonido cercano de una terraza, el murmullo continuo de conversaciones superpuestas, risas bajas, el tintinear de vasos al chocar con las mesas. Roma sigue viva, ajena, respirando a pocos metros.

Echa a andar por la vía Montecatini. Las fachadas se estrechan, cubiertas de hiedra que trepa sin permiso por los muros desconchados. Las calles son angostas e íntimas. Cada paso lo aleja de la plaza y lo sumerge en el ambiente característico de la ciudad eterna.

Al fondo aparece un restaurante con un toldo color burdeos donde puede leerse «Il Falchetto». La terraza está medio llena. Una pareja comparte un cóctel y se devora con la mirada, aislada del mundo. El camarero se acerca y saluda a Oriol antes de ofrecerle una mesa. Él pide la de la esquina, la que queda pegada a un muro bajo una ventana repleta de geranios rojos. Se sienta, deja el sobre junto a él y pide un amaretto. No va a subirse a la moto para volver a Fiumicino; se quedará a dormir en cualquier hostal de los cientos que se distribuyen por el centro de Roma.

Cuando el vaso llega, Oriol lo rodea con la mano sin beber todavía. Respira hondo. Luego abre el sobre de pruebas y empieza a leer las páginas del diario.

DIARIO I

«*No me ruegues que te deje… a donde tú vayas, yo iré; y donde tú vivas, viviré*»

—Rut 1:16

Mi nombre es Giulia Bernardi y compré este diario hace un par de semanas en Porta Portese, un domingo en el que mis padres me llevaron con ellos. Fuimos en busca de una lámpara para la mesilla de noche de papá porque la otra se había roto. Recuerdo el puesto exacto, el olor a polvo viejo mezclado con cuero y papel húmedo, y el momento en que lo vi entre otros cuadernos apilados sin cuidado. En cuanto lo tuve entre las manos, se me ocurrió la idea de escribir un diario. Y, como no sabía muy bien por dónde empezar, creo que lo mejor es contar justo eso: el instante en el que lo compré.

Hacía tiempo que quería empezar a escribir. Desde que leí *El nombre de la rosa* y soñaba con ser Umberto Eco. Inventar historias, trasladarme a lugares que solo existen en sueños y sentirme libre, lejos de todo. Recuerdo que, al empezar ese libro, tuve que esconderlo y leerlo a escondidas en mi habitación, cuando papá y mamá pensaban que ya estaba dormida.

Quizá eso de tener que andar a hurtadillas pueda sonar un poco extraño, pero hay algo sobre mí que quizá debería haber contado al principio.

No soy una chica normal.

Bueno, yo creo que sí lo soy, pero mis amigas dicen que no, solo por el lugar en el que vivo. Resulta que vivo en el Vaticano. No cerca del Vaticano, sino dentro. Nunca he vivido en otro sitio, así que para mí esto es lo único que existe. Cuando lo cuento fuera, la gente abre mucho los ojos y me hace preguntas rarísimas, aunque a mí me parece lo más normal del mundo ya que no he conocido nada diferente.

Digamos que aquí ese libro en concreto no está muy bien visto. Papá y mamá me dijeron que no me lo comprarían cuando se lo pedí, sin dar demasiadas explicaciones. Así que le pregunté a Fausta, una amiga que viene conmigo a clases de interpretación, si podía prestármelo. Ella también quiere ser actriz, como yo. Me lo dejó con una sonrisa cómplice, como si compartiéramos un secreto importante. La verdad es que ella es una de las pocas amigas que tengo, no soy alguien muy popular, precisamente.

Sabía que mis padres se enfadarían mucho conmigo si me veían con esa novela, pero aun así quería leerla. En Italia todo el mundo habla de ella. Y yo no quería ser distinta. Odio ser diferente a las demás chicas de mi edad y no poder hacer lo que hacen ellas. A mí también me gustaría pasear por Roma hasta tarde, o ir con amigos durante todo un fin de semana a Florencia, o sentarme en las escaleras de la Piazza di Spagna por la noche, cuando los turistas se han ido. En definitiva, no quería que el mundo pasara delante de mí sin poder asomarme, aunque fuera a escondidas.

Ahora que ya he contado cómo conseguí este diario, creo que lo más adecuado sería empezar por el principio.

Como decía, vivo dentro del Vaticano desde que tengo uso de razón. En un pequeño apartamento de la Via della Posta, con papá y mamá. No es grande ni especial, pero para mí siempre ha sido mi hogar. Papá trabaja en la Casa Pontificia. Es funcionario apostólico y se ocupa de tareas relacionadas con la burocracia: papeles que van y vienen, según dice él; documentos que hay que revisar y sellar. No sé exactamente en qué consisten todas sus funciones; solo sé que siempre vuelve cansado y que habla poco de su trabajo.

Mi abuelo hacía exactamente lo mismo antes que él. El mismo cargo, los mismos pasillos, las mismas rutinas. Por eso papá creció aquí y por eso yo también.

Solo espero que nadie piense que yo voy a continuar con la tradición familiar.

Nunca he conocido otro hogar. No tengo recuerdos de mudanzas ni de cambios, solo de este lugar cerrado y silencioso que para muchos parece extraordinario.

Pero para mí no lo es.

Vivir en el Vaticano es mucho más aburrido de lo que la gente cree. No hay nada misterioso ni emocionante en el día a día. Desde siempre he tenido que cumplir horarios muy estrictos para entrar y salir, para poder pasear, incluso para hacer ruido. Todo está medido, vigilado, contenido. Aquí no se corre ni se grita. Aquí se camina despacio y se habla en voz baja.

Y se reza; se reza mucho.

Mis primeros recuerdos son de los jardines vaticanos. Casi todos. Caminos largos, fuentes, bancos de piedra. Allí coincidí alguna vez con otros niños de mi edad, pero casi nunca se quedaban mucho tiempo. Pasaban unos meses y luego desaparecían. Mamá me explicaba que solían ser hijos de visitantes que venían a trabajar durante una temporada al Vaticano. Yo no entendía por qué ellos podían irse y yo tenía que quedarme. Era muy frustrante.

Hubo una vez un chico que se comía todas las hormigas que encontraba por el césped. Ni siquiera recuerdo cómo se llamaba; solo tengo la imagen nítida de verlo arrodillarse y empezar a rebuscar entre las hebras con sus dedos gordos y sucios. Hormiga que encontraba, hormiga que se llevaba a la boca. Su madre le gritaba y le daba un bofetón cada vez que lo hacía, pero a él le daba igual. En cuanto su madre se distraía, volvía a intentarlo.

Aquello de comer bichos era, casi con total seguridad, consecuencia directa del aburrimiento. Por eso salir a Roma me encantaba desde niña. Mamá rara vez me sacaba a mí sola, pero cuando llegaba el domingo siempre íbamos los tres juntos. Me pasaba toda la semana esperando ese momento. La ciudad era ruido, gente, colores, escaparates. Era vida. Volver al Vaticano después siempre se me hacía más pesado.

La rutina ha sido la tónica habitual de mi infancia. Aquí dentro no había mucho que hacer y no solía interactuar con muchas personas. A veces veía a cardenales que venían a meditar o a pasear por los jardines. Recuerdo especialmente al cardenal Kurz. Siempre que me veía me daba un caramelo Ambrosoli de miel que me encantaba. Muchas veces le pedía a mamá ir a los jardines solo para ver si lo encontrábamos y me daba otro.

Recuerdo pensar que los cardenales eran siempre amables con la gente. Se paraban, sonreían, y mamá y papá los trataban con un respeto profundo. Por no hablar del papa Pablo VI, a quien solo vi una vez caminar por allí junto a dos cardenales. Todo el mundo se detenía, bajaba la cabeza y lo reverenciaba. Yo también lo hice, sin saber muy bien por qué.

A pesar de vivir en el Vaticano, ni mis padres ni yo teníamos mucho trato con el papa o los cardenales. Pero siempre que me veían me trataban bien y me sonreían.

Jamás pensé que todo cambiaría.

Jamás me imaginé que llegaría el día en que haría lo que fuera por salir de aquí.

5

Oriol camina entre la multitud por el Corso del Rinascimento.

No ha dormido nada en toda la noche. Cuando terminó de leer las últimas páginas del diario de Giulia, no se movió del asiento de la terraza de Il Falchetto. Permaneció allí, con la espalda encorvada y las manos quietas sobre la mesa, mirando uno de los balcones cercanos del que colgaba una bandera de Italia. Roma seguía viva, pero para él todo se reducía a un zumbido lejano. Las conversaciones de los otros comensales se deshicieron en murmullos sin forma, risas apagadas y palabras sueltas. Nada logró atravesar el cerco de su concentración. Su mente estaba ya en otro lugar, girando una y otra vez alrededor del mismo nombre, del mismo vacío: Giulia Bernardi.

Cuando se recompuso, regresó al comando de los carabinieri y procesó las páginas del diario como prueba, después de hacer unas copias para la reunión de hoy. Está convencido de que no encontrarán nada, pero debe ser meticuloso en su trabajo, como siempre lo ha sido.

No hay desasosiego ni ansiedad ante el inicio de un caso que promete reabrir heridas antiguas. Al contrario. En escenarios como este es donde él más reluce. Donde el mundo se apaga y solo queda el problema, desnudo, esperando ser comprendido. Siempre ha sentido devoción por los casos sin resolver, por esas historias que se resisten a cerrarse y dejan grietas por las que aún se puede mirar. Y este, el de Giulia Bernardi, no es solo un expediente antiguo: es un desafío. Uno que reconoce al instante y que está dispuesto a aceptar sin reservas.

Ya era tarde cuando abandonó por segunda vez la comisaría. Caminó por calles estrechas hasta llegar al hostal que había encontrado minutos antes navegando por internet. Un lugar modesto, pero limpio, con techos altos y paredes que conservan el desgaste noble de la Roma antigua.

Pidió a la recepcionista algo para tomar notas y la atenta mujer, tras rebuscar un momento, le entregó un cuaderno de tapas blandas y un bolígrafo.

Esa ha sido toda su compañía esta noche.

Cuando los primeros rayos de luz se colaron por la ventana, Oriol ya había ordenado sus recuerdos sobre el caso, otorgándoles un grado de prioridad e ideando vías de investigación en las que profundizar. Analizó los pros y los contras de cada una y tuvo en cuenta sus posibles repercusiones. Un caso así levantará ampollas; lo sabe con certeza.

El mensaje de Lefebvre llegó pronto. A las siete de la mañana, cuando la ciudad apenas empezaba a desperezarse, el teléfono vibró sobre la mesilla y arrastró a Oriol fuera de su concentración. No necesitó releerlo más de una vez. La información era escueta y funcional, exactamente como esperaba de su jefe en la Interpol.

Media hora más tarde ya estaba sentado en una pastelería cercana, con el primer café del día entre las manos. Al entrar le invadió un agradable olor a masa recién horneada. Detrás del mostrador, un hombre rellenaba cannoli de cacao con la habilidad de quien lo ha hecho durante décadas. El amargor del café lo despejó lo justo. Su cabeza estaba en marcha desde mucho antes.

Según el mensaje, el lugar que les han asignado a él y a Dante Puzzo como centro de operaciones se encuentra en el Palazzo Madama, concretamente en la segunda planta.

Lo tiene justo delante ahora.

El edificio se alza sobrio y elegante, con una fachada que mezcla solidez y simetría, piedra clara con siglos de historia. Una gran puerta de madera lo recibe custodiada por dos carabinieri ante los que ha de identificarse. Todo en su exterior desprende elegancia, con un toque de modernidad incrustado en la arquitectura de tiempos remotos.

En el recibidor, la realidad se impone con menos solemnidad. El conserje que lo atiende frunce el ceño al escuchar su nombre. No parece tener la menor idea de quién es Oriol ni de por qué debería dejarlo pasar. Lo retiene allí durante casi diez minutos, teléfono en mano, realizando varias llamadas en voz baja. Él espera sin

protestar, con los brazos relajados a los lados, acostumbrado a ese tipo de fricciones. Observa el ir y venir de empleados, el roce de los zapatos sobre el mármol y el eco de sus voces perderse por los pasillos.

Finalmente, el conserje cuelga, carraspea y le indica el camino con un gesto algo avergonzado. Mientras se adentran en el edificio, le cuenta a Oriol que el lugar es, en la actualidad, la sede del Senado, con la intención —fallida— de impresionarle.

Cuando ya no hay pérdida, se despiden y Oriol sube por una escalinata amplia, de peldaños gastados en el centro que conduce a la segunda planta. El lugar que les han asignado.

Se detiene en seco. La sala es grande, sí, pero está prácticamente vacía. Un espacio desnudo en el que solo hay unas mesas y varias sillas que recuerdan demasiado a los pupitres de un colegio. Nada más. Ni despachos, ni archivadores, ni rastro de la importancia que se le supone al caso. O eso creía.

A su derecha, unos tablones de madera se apilan. Parece más un trastero que un centro de operaciones.

Se gira bruscamente cuando unos técnicos aparecen cargados con cajas grandes. Traen el equipo que Lefebvre ha solicitado: ordenadores con software policial instalado, impresoras, escáneres, reproductores de vídeo, pantallas…

Mientras comienzan a instalarlo, Oriol se queda quieto un segundo. Se lleva las manos a la cintura y suspira, largo y lento. No hay decepción en su gesto, solo aceptación. Tendrá que conformarse con lo que tienen.

Se arremanga y empieza a trabajar.

Extrae el teléfono del bolsillo y comienza a teclear con rapidez. El mensaje para Dante es claro y directo: que compre rotuladores, folios y todo el material útil que encuentre de camino. Le añade una segunda petición: que apremie al resto de los miembros del equipo que han seleccionado, tal y como Lefebvre les pidió el día anterior.

Envía el mensaje y, sin pensarlo demasiado, redacta otro. Esta vez el destinatario es Donato Villa. Su dirección de correo electrónico aparece en la página web de *La Repubblica*, donde aún colabora. Villa fue uno de los periodistas que cubrió el caso de Giulia Bernardi

durante años, hasta que lo apartaron de manera discreta, bajo presiones evidentes del Vaticano, debido a lo que dejaban entrever sus textos. Oriol no necesita adornar la propuesta. Es una de las personas que mejor conoce el caso, a pesar de ser ahora un hombre muy mayor; su presencia allí sería de gran ayuda. Le habla del caso, de la reapertura, de la posibilidad de volver a mirar donde otros dejaron de hacerlo. Sabe que es un anzuelo poderoso. Muy probablemente, irresistible.

Deja el teléfono sobre una mesa y se mueve por la sala. El espacio sigue siendo frío, impersonal y hostil, pero eso no lo detiene. Empieza a colocar las mesas; las arrastra hasta formar una disposición funcional. Las sillas chirrían sobre el suelo de mármol, rompiendo el silencio del edificio.

Luego mueve varios tablones de madera que había visto apoyados contra una pared y los coloca en vertical, improvisando una especie de pizarra. No es elegante, pero servirá. Sobre esas superficies empezarán a aparecer nombres, fechas, conexiones. Todo aquello que durante décadas ha permanecido disperso.

Cuando termina, se detiene un instante a observar el conjunto. El centro de operaciones sigue siendo austero, casi ridículo para un edificio como ese, pero ahora, al menos, está ordenado. Oriol asiente para sí mismo. El caso ya ha empezado a tomar forma.

El inspector Dante Puzzo accede a la gran sala de reuniones que Lefebvre ha gestionado para ellos con un maletín marrón en la mano derecha. El espacio es demasiado grande y está casi vacío. Se detiene en seco, mira a ambos lados, observa las paredes desnudas y esboza una mueca torcida.

—Veo que nos han facilitado las mejores instalaciones disponibles —comenta con ironía.

Oriol se encoge de hombros, sin darle demasiada importancia. Está de pie, junto a la pizarra improvisada con tablones de madera apoyados contra la pared. Con un leve gesto de la barbilla señala las sillas dispuestas en semicírculo.

—Ni siquiera estaban colocadas. He tenido que hacerlo yo —dice —. Pero bueno… ¿has traído lo que te he pedido?

Dante asiente. Deja el maletín sobre una de las mesas, lo abre y saca una bolsa de tela. Dentro hay cuadernos nuevos, bolígrafos aún sin estrenar y varios rotuladores de colores. Los va dejando uno a uno sobre la mesa.

El inspector Duarte agarra los marcadores casi al instante. Se gira y empieza a escribir sobre los tablones con cierta dificultad. Apunta nombres, fechas, lugares. Dante se fija en la seguridad con la que lo hace. Las palabras se acumulan sobre la madera, unas junto a otras, algunas subrayadas, otras rodeadas por círculos torpes.

Se siente mal por no haber repasado el caso. Ayer era tarde cuando llegó a casa y a su mujer no le había hecho ninguna gracia el cambio de planes de última hora. Intentó explicarle que solo asistiría a Oriol en la investigación, que no participaría en largas jornadas ni trasnocharía, pero ni él mismo se creía sus palabras a medida que salían de su boca. Acabó durmiendo en el sofá y, después de la discusión, lo único que quería era dormir. Se limitó a enviar unos cuantos mensajes para citar al equipo. Después puso el despertador e intentó no pensar.

—¿Has dormido algo? —pregunta Dante, apoyándose en el respaldo de una silla.

Oriol no se gira. Sigue escribiendo. Añade un apellido, una flecha que conecta dos fechas separadas por décadas. El silencio se estira unos segundos antes de que niegue con la cabeza, un gesto mínimo.

No dice nada más. No hace falta. Dante lo contempla con admiración, en completo silencio. No se atreve a hablar por si eso fuera a molestarle.

La puerta chirría al abrirse, un sonido áspero que rompe la quietud. Un chico joven se asoma indeciso, y luego se adentra del todo. Lleva el pelo rapado por los lados y una cresta teñida de verde que contrasta con su expresión tímida. Viste una sudadera con el logo de los Guns N’ Roses y unos pantalones oscuros, de cuyos bolsillos cuelgan varias cadenas de metal que tintinean al moverse.

Avanza con cautela, como si no estuviera del todo seguro de haber llegado al lugar correcto, hasta que sus ojos se detienen en

Dante. Entonces se relaja.

El inspector Puzzo se incorpora al verlo.

—Oh, Andrea, adelante.

Es joven, no más de treinta años. Oriol desvía la mirada de la pizarra solo un instante, lo justo para registrar su presencia, pero sigue concentrado, escribiendo sin detener la mano.

—Oriol, este es Andrea Cialdoni —anuncia Dante—. Es el chico del que te hablé. Un verdadero genio de la informática. A los quince años consiguió *hackear* la web de su instituto. Ha trabajado en ciberseguridad para las empresas más punteras de Silicon Valley.

Oriol levanta la mano izquierda y alza un dedo, pidiendo silencio, mientras termina de escribir un nombre en la madera: «Cardenal Fabbri». El rotulador se detiene al fin.

Dante y Andrea guardan silencio hasta que Oriol se da media vuelta.

—¿Por qué dejaste Silicon Valley? —pregunta sin rodeos.

Andrea sonríe. Es una sonrisa breve, más nerviosa que orgullosa.

—He leído mucho sobre ti —responde, desviando la vista al suelo —. Creo que alguien tan brillante como tú es capaz de imaginar los motivos.

—Sí. Supongo que te pillaron haciendo algo que no debías y llegaste a un pacto con la fiscalía. Colaborar con nosotros es tu condena.

El chico asiente. Dante se pasa la mano por la cara, incómodo.

—¿Supone eso un problema? —pregunta Andrea.

Oriol lo mira con calma, midiendo cada palabra antes de hablar.

—No, si estás comprometido. Tengo la intención de resolver este caso y solo quiero trabajar con personas que piensen lo mismo que yo. Si Dante te ha recomendado, entonces no tengo inconveniente. Pero quiero dejarte claro que vamos a pasarnos, como mínimo, unos cuantos días aquí metidos. Será intenso y no descansaremos hasta resolverlo.

Hace una pausa breve, suficiente para que el peso de lo que ha dicho se asiente.

—Te devuelvo la pregunta. ¿Supone eso un problema?

Andrea aprieta los labios y niega con la cabeza, decidido.

—Bien —dice Oriol—. Han traído algunos ordenadores. Echa un vistazo; si necesitas algo más, pídeselo a Dante y lo conseguirá.

La sala vuelve a quedarse en silencio durante unos segundos.

El inspector Puzzo no puede evitar tensarse. Quizá no haya sido buena idea decidir por sí mismo los integrantes del equipo, por mucho que Oriol haya delegado esa parte en él. Conoce bien su forma de trabajar: es exigente, meticuloso hasta el extremo, incapaz de pasar por alto un detalle. Si alguien no da la talla, será un desastre. No quiere ni pensar en esa posibilidad, aunque ya empieza a sentir la presión que ello le genera.

La puerta vuelve a abrirse.

Entra una mujer de unos cuarenta años. Mantiene un atractivo evidente, sereno, sin estridencias. Viste un pantalón de corte recto en lana gris antracita y una blusa de seda color marfil que cae con naturalidad sobre su cuerpo. Lleva una americana entallada de tejido ligero, perfectamente planchada, y unos zapatos de tacón en piel negra, discretos pero firmes. Todo en ella transmite orden y profesionalidad; su presencia resulta cuidada en cada gesto, en cada elección. Camina por la sala con decisión y elegancia, directa hacia los tres hombres, sin vacilar. Se detiene frente a Dante, que la saluda con cortesía.

Antes de que Dante pueda presentarla, es ella quien toma la palabra. Se adelanta un paso y tiende la mano a Oriol.

—Inspector Duarte, soy Aurora Baudino. Mi especialidad son los delitos económicos, pero me manejo muy bien en cuestiones burocráticas. Espero poder encajar donde lo considere oportuno. El inspector Puzzo me pidió que me uniera a su equipo y es un verdadero honor. Me esforzaré por estar a la altura. Gracias por esta oportunidad.

Oriol le estrecha la mano, evaluándola en silencio durante un segundo.

—Gracias, Aurora. Bienvenida al equipo. Y tutéame, por favor.

—Pues ya estamos todos —dice Dante, intentando recuperar algo de ligereza—. ¿Qué tal si empezamos?

—Falta alguien más —responde Oriol.

Dante lo mira, sorprendido.

—Ayer por la noche estuve revisando los informes. Creo que nos vendría bien una persona experta en el caso. Por eso he avisado a alguien que realizó en su día una investigación extraordinaria sobre la desaparición de Giulia Bernardi, pero a quien apartaron injustamente del caso.

Un silencio expectante se instala en la sala.

—Siento interrumpir, pero además de esa persona, sea quien sea, falto yo —dice una voz de mujer desde la puerta.

Oriol gira la cabeza. El tono es firme, seguro y no pide permiso para entrar.

Vittoria Mecca contiene una sonrisa en cuanto cruza el umbral de la sala, cargada con una pesada caja repleta de documentos. No es una sonrisa amable, ni mucho menos abierta; es apenas un gesto contenido que nace al ver el asombro reflejado en los rostros de todos los presentes. La sala de operaciones del Palazzo Madama es tan cochambrosa como le habían advertido, entre risas, los compañeros del Grupo de Delitos Violentos donde trabaja: paredes desnudas, mesas improvisadas, tablones de madera apoyados sin orden… No ha sentado bien que la Interpol haya metido las narices en esto. El caso de Giulia Bernardi es casi parte del patrimonio romano y de los Carabinieri.

Siempre había tenido ganas de conocer a Oriol Duarte. Lo admira, incluso. No hace tanto llegó a plantearse solicitar un plan de colaboración internacional solo para observar de cerca su manera de trabajar, su forma metódica de desmenuzar los casos imposibles. Pero esa idea se queda enterrada donde debe estar. No dirá ni una palabra al respecto. Aquí no ha venido a rendir pleitesía a nadie. Fingirá indiferencia. Será la mujer firme, seria, la que toma sus propias decisiones y no necesita dar explicaciones de ningún tipo.

Espera que así la tomen en serio.

Apoya la caja en una de las mesas que encuentra a su paso y avanza hasta situarse a unos metros de ellos. Su ropa es cómoda, funcional, pensada para la calle y no para una foto institucional.

Nada que ver con la mujer que está de pie a su izquierda, la que parece salida de una revista, vestida como una muñeca elegante y más pendiente del maquillaje o del esmalte de uñas que de lo que de verdad importa.

—Soy la inspectora Mecca, del Comando Provinciale de los Carabinieri —dice, con voz clara—. Mi jefe me ha ordenado unirme a vuestro equipo.

Un hombre se adelanta de inmediato y le ofrece la mano. Vittoria observa el gesto un segundo antes de corresponderlo con cierta indiferencia.

—Hola, soy Dante Puzzo, inspector de la Interpol. Un placer. —Hace una breve pausa—. Debe de haber algún tipo de error. Nuestro jefe, el señor Lefebvre, nos encomendó formar un equipo y no mencionó nada sobre usted.

Vittoria frunce los labios en una mueca leve, más irónica que molesta. Con un gesto despreocupado, se lleva una mano al bolsillo del pantalón y saca el teléfono móvil, dejándolo descansar sobre la palma.

—¿Quieres llamarle tú mismo?

No llega siquiera a contestar. Oriol interviene antes, con un tono sereno pero firme.

—No será necesario. Es evidente que los Carabinieri quieren elegir a una persona que trabaje con nosotros. Al fin y al cabo, se trata de un caso que no han sido capaces de resolver durante cuarenta años. Es lógico que quieran formar parte de esto.

Vittoria clava la mirada en él. Hay algo en su expresión que no encaja con lo que esperaba. Lo había idealizado trabajando en despachos amplios, con tecnología puntera y una organización impecable. Jamás habría pensado que el gran Oriol Duarte desempeñaría su labor en una sala tan desolada, ni que sus anotaciones acabarían escritas en tablones de madera con rotuladores baratos. No es exactamente decepción lo que siente, pero sí una desconcertante contradicción.

El ambiente se carga de una tensión sorda. Nadie sonríe. Nadie baja la mirada. Hay un pulso silencioso entre Vittoria y el resto, una medición mutua que no necesita palabras.

Entonces la puerta se abre de nuevo.

Entra un hombre vestido con un traje de seda negro y un sombrero fedora que parece sacado de otra época. Su presencia es llamativa e irradia teatralidad, con un aire de gánster que desentona aún más en aquel espacio improvisado. Vittoria lo observa de arriba abajo sin disimulo. Es un hombre mayor, de entre setenta y ochenta años, que camina despacio y encorvado, mirando hacia el suelo.

—Os presento a Donato Villa —anuncia Oriol—. El periodista que se encargó de investigar el caso de Giulia Bernardi en 1983.

Hay un breve intercambio de palabras, presentaciones rápidas y frases medidas. Donato sonríe con un gesto ladeado. Los observa uno a uno con atención.

Oriol da un paso al frente y junta las manos, marcando el final del tanteo inicial.

—Ahora sí. Estamos todos. No perdamos ni un segundo más.

Vittoria guarda el móvil en el bolsillo. La sonrisa, esta vez, no asoma ni siquiera por error.

El juego acaba de empezar.

6

Oriol se sitúa al frente de las sillas ocupadas por los miembros del equipo. Todos lo miran con expectación, ansiosos por descubrir su próxima labor. Detrás de él, los tablones improvisados como pizarra muestran anotaciones: fechas, nombres, líneas que se cruzan. A su lado, la pantalla de un ordenador muestra un fondo aleatorio que cambia cada pocos segundos. En este momento, un molino de viento recortado contra un atardecer.

Respira hondo antes de hablar.

—Lo primero, gracias a todos por venir. Como ya sabéis, el motivo por el que estáis hoy aquí es la reapertura del caso de Giulia Bernardi. Ayer apareció una nueva prueba que nos permite retomar la investigación.

Se gira y señala la pantalla del equipo conectado al USB.

—Lo que vais a ver a continuación es una copia digitalizada de la grabación que recibí ayer por la tarde, de manera anónima, en Fiumicino. La cinta original, en VHS, está ahora en el laboratorio. Los técnicos la están inspeccionando en busca de huellas o restos de ADN.

—¿Qué hacías tú en Fiumicino? —pregunta la inspectora Mecca.

Oriol se gira para mirarla a los ojos esbozando una leve sonrisa.

—Estaba de vacaciones.

Le sostiene la mirada un segundo más de lo necesario, ella se limita a asentir. Después pulsa el botón y el vídeo comienza a reproducirse.

El periodista Donato Villa se levanta de inmediato y se acerca a la pantalla, ajustándose las gafas con un gesto reflejo. El resto permanece en sus asientos, rígidos y atentos. Nadie habla. El sonido del vídeo llena la sala.

Todos observan con una mezcla de ternura y compasión a Giulia Bernardi hablar sobre los productos Bellavista en aquella sala de paredes azules.

Cuando la grabación termina, se forma un silencio absoluto en el que nadie se atreve a hablar. El desasosiego se percibe en los rostros, en los hombros tensos, en las miradas que evitan cruzarse.

—¿Había visto esta grabación antes, señor Villa? —pregunta Dante, rompiendo la quietud.

El periodista alza la cabeza despacio. Niega con movimientos pausados y después vuelve a mirar al suelo. Un par de lágrimas surcan sus mejillas.

Nadie interviene.

—No —dice cuando se recompone—. Esta grabación es inédita. Si se contaba con ella, nunca salió a la luz. De haberlo hecho, yo lo sabría.

La voz de Vittoria Mecca irrumpe con claridad, sin vacilaciones.

—Los Carabinieri no ocultaron ninguna prueba, eso puedo garantizarlo. Todo lo que se sabe está ahí —dice, señalando la caja repleta de papeles que ha dejado sobre la mesa, desbordada de informes amarillentos, notas antiguas y documentos sin orden aparente.

—El caso tuvo más rumores y teorías alimentadas por la prensa que pruebas reales —añade, con desdén.

Donato Villa esboza una leve sonrisa ante el comentario, una reacción casi imperceptible, más irónica que divertida.

Oriol vuelve a tomar la palabra tras fulminar a Vittoria con la mirada. Endereza la espalda, consciente de que ahora le toca conducirlos.

—¿De verdad crees que es normal que todo vuestro trabajo durante cuarenta años se reduzca a esa caja de cartón?

—No he trabajado nunca en ese caso. Soy demasiado joven para eso. Lo que sí puedo decirte es que confío en mis compañeros y si ellos dicen que lo importante está ahí dentro, les creo.

—Entiendo —replica Oriol, condescendiente. Bien. Esta conversación no nos lleva a nada. Vamos a ir por partes y a repartirnos el trabajo, centrándonos en las nuevas pistas. Si alguien tiene algo importante que decir, puede intervenir.

Hace una breve pausa, deja que la frase se asiente.

—Volvamos al vídeo. ¿Alguien reconoce esa sala?

La pregunta queda suspendida en el aire, cargada de expectativa. Oriol observa al equipo en silencio.

—Techos altos, esa arquitectura… —dice Donato Villa tras unos segundos—. Podría ser algún lugar dentro del Vaticano, pero también podría ser una iglesia cualquiera. En esta ciudad hay más de novecientas, inspector Duarte.

Oriol alza la cabeza y busca las reacciones del resto. Nadie dice nada. Los rostros permanecen serios, concentrados. Nadie reconoce la sala.

—De acuerdo —responde al fin—. ¿Podrías mejorar la calidad y el sonido de ese vídeo, Andrea?

El joven informático asiente con una mueca rápida y profesional.

—Si tengo acceso a la cinta original y al equipo adecuado, sí.

—Bien. Dante, asegúrate de que traigan la cinta y todo lo que necesite Andrea —dice Oriol antes de volver la mirada hacia el informático—. Aísla todos los sonidos posibles. Giulia no está sola. Hay alguien frente a ella, por cómo suenan esos pasos, y quiero saber si se oye algo más, aunque sea al fondo: un murmullo, el chasquido de un encendedor, campanas a lo lejos, un tranvía pasando cerca… lo que sea que nos ayude a ubicar esa sala.

Andrea asiente tras las palabras de Oriol.

—¿Puedes también buscar similitudes de la sala a través de las imágenes? —pregunta el inspector Puzzo.

—Sí, eso es sencillo. Me pondré con ello en cuanto terminemos.

Oriol le extiende un rotulador a su compañero de la Interpol. Dante lo coge, se gira y se acerca a los tablones. Justo debajo del encabezado que dice «ASIGNACIÓN DE TAREAS», empieza a escribir con letra clara y decidida:

«Andrea: procesamiento de vídeo e imagen. ¿Ubicación?»

Oriol observa el gesto con una breve sensación de alivio. El trabajo empieza a tomar forma.

—Bien —dice entonces—. Ahora vamos a repasar lo que sabemos sobre el caso hasta ahora. He hecho un resumen en esta… pizarra, por llamarla de alguna manera. He considerado solo las pistas relevantes y he desechado las que no nos llevarían a ningún sitio. Podéis intervenir si creéis que me he dejado algo.

Hace una pausa breve y se aclara la garganta.

—Giulia Bernardi desapareció el 22 de junio de 1983. Había salido de casa a las 16:30, como hacía todos los miércoles y viernes, para asistir a sus clases de interpretación en la Via degli Aquasparta, junto a la casa de Fiammetta.

—Muy cerca de aquí —añade Dante Puzzo.

Oriol asiente y continúa.

—Llamó a casa desde una cabina telefónica cuando terminó la clase y habló con su madre. Le explicó que, de camino a las clases, se había encontrado con un hombre que le había hecho una oferta de trabajo. Quería grabar un anuncio para una línea de cosméticos llamada Bellavista. Según su madre, aquel hombre le ofreció trescientas setenta y cinco mil liras por unas dos horas de trabajo.

—Para los que no hayáis visto una lira en vuestra vida —interviene Dante—, eso serían aproximadamente doscientos euros. Nada mal para una chica de quince años en 1983. Había gente que vivía con ese dinero un mes entero.

Oriol deja que el comentario cale antes de seguir.

—Por eso su madre desconfió y le dijo que volviera a casa. Giulia no obedeció. La última vez que fue vista fue en la Piazza di Monte Citorio, donde se despidió de una amiga y compañera de clase llamada Fausta Ventola. Por la declaración de Fausta y la hora de la llamada, es muy probable que fuese después de despedirse de su amiga cuando llamó a casa para hablarle a su madre de la oferta de trabajo.

Se detiene un instante. Nota cómo la sala entera parece inclinarse hacia delante, esperando lo siguiente.

—Entonces… ¿Es posible que el vídeo que acabamos de ver se grabara el mismo día de su desaparición? —pregunta Aurora Baudino.

—Apostaría a que se trata del mismo día. En la denuncia policial de 1983, la madre de Giulia asegura que su hija llevaba puesto un vestido blanco con estampado de flores. —Se gira, abre una carpeta y saca un folio impreso a color—. Aquí hay una foto suya con ese vestido. Fue tomada unos días antes en el Vaticano.

Oriol se la entrega a Dante, que la observa durante unos segundos y después se la pasa a Aurora. Uno a uno, los miembros del equipo comprueban que, en esa foto, Giulia Bernardi lleva puesto el mismo vestido que en el vídeo.

—También hay que tener en cuenta que la chica habla justamente de eso en la grabación, de productos Bellavista, como le había dicho a su madre por teléfono —apunta Dante—. Lo menciona de forma explícita.

—Por eso es tan importante averiguar dónde se grabó ese vídeo. Creo que la persona que me dejó la cinta sabe qué le sucedió a Giulia y está jugando con nosotros.

—¿Y por qué no decirlo directamente? —ironiza Vittoria Mecca—. Facilitaría mucho el trabajo.

Oriol ladea la cabeza antes de contestar.

—Tal vez no sepa ese dato concreto. O tal vez yo esté equivocado y solo quiera despistarnos. Supongo, inspectora Mecca, que a lo largo de su carrera se habrá topado con mentes criminales difíciles de entender. A muchas de esas personas les gusta jugar con el investigador. Una especie de narcisismo que les empuja a demostrar su inteligencia saboreando su victoria.

—También cabe la posibilidad de que la persona que dejó el vídeo no pueda revelar su identidad por motivos políticos o sociales —añade Dante.

Oriol asiente.

—Volvamos al día de la desaparición. Sea como sea, Giulia no regresa a casa aquel día y la familia Bernardi empieza a impacientarse. Se preocupan porque no es propio de Giulia retrasarse sin avisar; nunca lo había hecho. Cuando se aproxima la hora de cierre de las puertas del Vaticano, los nervios terminan por imponerse y su padre sale a buscarla con la ayuda de su cuñado, Riccardo Ferrante. Recorren las calles de Roma preguntando a quien aún permanece despierto. En la comisaría, sin embargo, no les hacen mucho caso. Les dicen que es demasiado pronto para denunciar una desaparición, que apenas han pasado unas horas. No es hasta la mañana siguiente cuando la policía inicia la búsqueda. Sin éxito hasta hoy.

Oriol observa cómo Vittoria frunce los labios, un gesto breve pero elocuente, mientras Aurora Baudino niega despacio con la cabeza, consternada. Andrea no consigue estarse quieto; mueve el pie derecho arriba y abajo de forma compulsiva y se muerde las uñas, ajeno a cualquier intento de disimulo.

—Un par de días después, sin testigos, sin pistas y sin rastro de Giulia, se decidió abrir una línea telefónica para que cualquier ciudadano romano pudiera aportar información sobre su paradero de manera anónima.

—Hay que tener en cuenta que, al residir dentro del Vaticano, la atención de los medios fue inmediata y la noticia cobró especial relevancia con el paso de las horas —añade Dante.

Oriol asiente levemente antes de continuar.

—Las llamadas llegaban directamente a la casa familiar de los Bernardi. Fueron muchas. La mayoría, inútiles, confusas, incluso crueles. Solo dos parecían aportar datos concretos. En ambas se habló de una chica que se hacía llamar Mara. Decían que había sido seleccionada para protagonizar un anuncio de televisión, que la habían visto paseando por el Lungotevere, mezclándose con chicos de su edad. Las dos llamadas procedían de informadores anónimos. En un primer momento se les concedió credibilidad porque incluían un detalle que no se había hecho público: la supuesta oferta de Bellavista que Giulia habría recibido. Ese dato bastó para que los testimonios se consideraran veraces y se investigaran.

—Sin embargo —continúa Dante Puzzo—, posteriormente un hombre con un marcado acento siciliano llamó a la comisaría.

Oriol nota cómo varias miradas se levantan al mismo tiempo.

—Ese hombre aseguró que las dos llamadas anteriores en las que se hablaba de una chica llamada Mara habían sido realizadas por miembros de su organización. Afirmó tener retenida a Giulia y exigió, para liberarla, la excarcelación de Domenico Valentis, un capo mafioso de la Banda della Magliana. A partir de ese momento, a aquel individuo se le conocería como el Siciliano.

Todos escuchan las palabras de Oriol con atención.

—Tras ello, hubo otras dos llamadas más del Siciliano a la comisaría. Supuestamente, para aportar pruebas de vida, algo que la

familia Bernardi reclamó antes de continuar con su campaña mediática. En una ocasión dejó un sobre en una papelera que contenía un examen de literatura de Giulia; los Carabinieri lo recogieron y analizaron su veracidad junto a su familia. Concluyeron que sí, que el documento era oficial y que esa era la letra de Giulia Bernardi.

—Si bien es cierto que aquel documento era auténtico, me gustaría recalcar que no se deben tener muy en cuenta las declaraciones de la familia Bernardi. Giasone y Dorotea, los padres de Giulia, estaban destrozados y atravesaban un momento muy difícil. Se aferraban a cualquier esperanza, por mínima que fuera. A un clavo ardiendo —interrumpe Donato, con firmeza.

El silencio que sigue pesa más que cualquier palabra.

—La segunda llamada del Siciliano —continúa Oriol, retomando el hilo— informó de otra papelera donde había dejado un paquete. Cuando los carabinieri acudieron, encontraron un sobre. En su interior había una fotocopia de su carné de la escuela de interpretación.

—¿Se investigó la procedencia de las llamadas del Siciliano? —pregunta Vittoria Mecca.

—Ojalá. Eso era algo difícil de hacer en 1983. Solo podía hacerlo la policía con el equipo adecuado que siempre estaba en comisaría, no en una casa particular como en este caso. Además, las llamadas tenían que durar varios minutos… No era sencillo.

El silencio vuelve a apoderarse de la sala.

—¿Está documentado en los registros policiales el aspecto de esos paquetes? ¿Podrían ser similares al que recibiste ayer? —insiste Vittoria.

Oriol asiente despacio.

—Eso es interesante. Yo también lo pensé. Pero no he visto ninguna fotografía ni ningún informe que lo aclare. ¿Crees que podrías encargarte de eso, Vittoria?

Ella ladea la cabeza, pensativa.

—Rindo mejor en la calle —responde—, pero algo me dice que no tengo opción.

—Formas parte de los carabinieri. Nadie mejor que tú para hacer las preguntas adecuadas y llegar antes a una respuesta —replica Oriol—. Habrá más tareas, te lo aseguro.

Vittoria cruza los brazos y asiente con un gesto despreocupado, como si acabaran de asignarle algo trivial.

De inmediato, como si quisiera aprovechar el momento antes de que la inspectora se arrepintiera, Dante Puzzo se gira hacia la pizarra y escribe con trazo firme:

«Vittoria: averiguar cómo eran los paquetes del Siciliano».

Oriol asiente despacio. Entiende que ha llegado el momento de comunicar al grupo que la cinta no fue el único envío que la persona misteriosa le hizo llegar el día anterior.

—Hay algo que debéis saber —dice con firmeza.

La frase cae con un peso distinto y devuelve el silencio absoluto a la improvisada sala de operaciones.

—Justo ayer, cuando me despedí del inspector Puzzo en la Piazza Sant'Ignazio, alguien dejó sobre mi Vespa otro sobre. Del mismo color que el que contenía la cinta de VHS. Incluso con un lazo idéntico.

Se dibujan expresiones de asombro en los rostros de todos los presentes.

—No me habías dicho nada… —murmura Dante.

Oriol lo mira con los brazos cruzados.

—Quería hacerlo en el momento oportuno, para que lo supierais todos a la vez. Ayer mismo dejé el sobre en el laboratorio, junto a la cinta de VHS, pero no os preocupéis. Os he impreso copias de su contenido.

Se gira de nuevo hacia la mesa sobre la que descansa la carpeta donde ha guardado las fotocopias. Después, reparte una copia a cada uno. Todos bajan la mirada de inmediato y empiezan a leer.

—Son unas cuantas páginas escaneadas de un diario —explica el inspector Duarte—. La persona que lo escribe dice ser Giulia Bernardi. He cotejado la letra con el examen de literatura catalogado como prueba en 1983, el que envió el Siciliano. Os he adjuntado también una copia del examen al final. Podéis ver las similitudes en la escritura: las emes invertidas, las eses tan características… El

grafólogo se tomaba hoy el día libre, así que, hasta que lo revise, me gustaría contar con vuestra opinión. ¿Creéis que es la misma letra? Para mí está bastante claro que sí.

Durante unos segundos, lo único que se escucha es el roce del papel y el crujido de la madera de las sillas al cambiar el punto de apoyo.

—Es la misma letra —afirma Vittoria, sin levantar la vista—. No hay duda.

Andrea y Aurora asienten casi al mismo tiempo. Dante, de pie frente a los tablones, escribe con rapidez bajo las anotaciones:

«Diario de Giulia, pendiente de informe grafológico».

—Sin embargo, el pasaje bíblico de la parte superior es distinto. Es evidente que la tinta es más reciente y que lo ha escrito otra persona. Es muy posible que sea quien está enviando los paquetes —añade Oriol.

—Esto es… ¡Por Dios santo! —exclama Donato Villa, con la voz rota—. Es el diario de Giulia.

—Parte de él —corrige Oriol—. Quienquiera que me lo hiciera llegar se tomó la molestia de seleccionar solo unas páginas.

Donato se lleva una mano a la cara. Los hombros le empiezan a temblar y, poco a poco, rompe a llorar de nuevo. Esta vez con más fuerza. Nadie dice nada. El silencio se llena únicamente del sonido apagado de sus sollozos. Oriol espera unos segundos y luego se acerca un poco más.

—Si necesita una pausa, señor Villa…

Donato asiente e intenta recomponerse. Respira hondo varias veces antes de alzar la vista. Cuando vuelve a hablar, las palabras le salen entrecortadas.

—Pensaba que todo esto sería una pérdida de tiempo… Discúlpeme, inspector Duarte. No lo digo por usted. Sé que es alguien respetado en su trabajo. Es solo que, durante cuarenta años, he tenido que soportar pistas falsas, testimonios inventados, gente buscando protagonismo. Y a los que de verdad nos importaba el caso… nos destrozaba cada vez que una nueva esperanza se derrumbaba sin llevar a nada. Ha sido muy duro.

—Su presencia aquí es muy valiosa para nosotros, señor Villa —sentencia Oriol con calma—. Tómese el tiempo que necesite.

Ambos cruzan una mirada cómplice. Después, Oriol levanta la vista y vuelve a señalar las páginas del diario.

—En el fragmento que he recibido no hay nada especialmente revelador. Habla de su infancia, de sus primeros años en el Vaticano. Aunque sí deja entrever que algo se torció, que no quería seguir viviendo allí. No entra en detalles, no explica qué ocurrió exactamente.

—¿Han comentado algo desde el laboratorio? Es imposible que sea una parte del diario de Giulia y no tenga su ADN —pregunta Vittoria.

—Buena observación. Yo tampoco recibí las páginas originales escritas por Giulia. Recibí una copia ya escaneada que he fotocopiado para vosotros. Dudo que encuentren algo, la verdad. Parece un trabajo muy profesional.

—En cualquier caso, las páginas de ese diario deben de tener unos cuarenta años —dice Vittoria—. Resulta un poco oportunista que hayan aparecido ahora, justo después del asesinato del cardenal Fabbri. Creo que queda bastante claro que se trata de un justiciero.

Oriol asiente despacio. Había dejado esa información para el final, pero ya no tiene sentido guardarla más.

—Había pensado contarlo después —admite—. Pero sí. Ya que lo mencionas, el resto debéis saber que ayer por la mañana, a primera hora, el cardenal Fabbri sufrió un paro cardiaco mientras caminaba de regreso al Vaticano desde su cafetería preferida.

El murmullo que recorre la sala es breve, contenido. Aurora Baudino inclina la cabeza, pensativa.

—Tuve la oportunidad de conocer al cardenal Fabbri hace unos años —interviene—. Era una persona muy mayor. ¿Por qué creéis que tiene relación?

Oriol deja que sea Dante quien continúe. Observa cómo el inspector busca las palabras, incómodo.

—Encontraron un dispositivo en el bolsillo interior de su abrigo —explica—. Resulta que el cardenal llevaba puesto un marcapasos por un… ¿cómo se decía?

—Un bloqueo auriculoventricular completo —contesta Oriol.

—Eso —confirma Dante—. Como decía, alguien colocó ese dispositivo ayer en su abrigo y lo utilizó para desactivar el marcapasos del cardenal Fabbri. A los pocos segundos, se desplomó en la acera.

Donato Villa se levanta de golpe, llevándose las manos a la cabeza. El gesto es teatral, pero la conmoción parece sincera.

—Con respecto a la muerte de Fabbri, nosotros hemos hecho nuestro trabajo hasta que os habéis metido por medio. He adjuntado el informe de lo que hemos averiguado hasta ahora. Interrogamos al camarero de Il Respiro, la pastelería donde desayunó ese día el cardenal y de la que es cliente habitual. Dice que no notó nada extraño en él, que acudió a la misma hora de siempre, pidió lo que suele pedir y se marchó como cualquier otro día. No hubo nada que llamase su atención. Le preguntamos por el abrigo y asegura que, como la mayoría de sus clientes, lo dejó en el perchero de la entrada. Pero el local no cuenta con cámaras de seguridad, así que no podemos comprobar si quien quiera que colocara ese sensor lo hizo ahí dentro. Hay una cámara de tráfico que graba el momento en que se desploma en la acera. Es todo lo que tenemos.

—De acuerdo, Vittoria. Pide a alguien de los carabinieri que envíe la grabación de esa cámara a Andrea. Habrá que someterla al *software* de reconocimiento facial, tal vez sirva.

—Vale. Pero eso ya lo hemos hecho nosotros y no hay nada.

—Aun así, si no te importa…

Oriol cambia el tono de voz, cansado de la constante réplica de Vittoria.

—¿Esto ha salido a la luz? —pregunta Donato Villa.

—No —responde Oriol—. Hoy el Vaticano hará un comunicado anunciando su muerte, pero no dirán nada sobre el marcapasos. Con su edad, nadie hará preguntas. De momento. Es imprescindible que no filtremos nada a la prensa.

—Es muy relevante este dato, inspector Duarte. El cardenal Fabbri fue investigado en su día. Convivió con Giulia en el Vaticano.

Oriol gira ligeramente el cuerpo hacia él.

—He leído un artículo suyo hablando del cardenal Fabbri, señor Villa. ¿Sería tan amable de comentar con el resto del equipo la

relación que existía entre Giulia Bernardi y el cardenal Fabbri?

—Por supuesto —responde Donato sin dudarlo.

Se da la vuelta hacia las sillas antes de sentarse. Es un hombre mayor, pero en ese instante parece disfrutar del silencio expectante. Se toma su tiempo. Vittoria esboza una sonrisa leve, casi burlona, ante las pausas calculadas y la forma en que Donato se da importancia al hablar.

—Hubo muchas teorías y muchas líneas de investigación en el caso de Giulia —comienza—. Una de ellas, por su edad y por dónde vivía, fue la hipótesis del escándalo sexual.

Hace una pausa teatral y toma aire.

—En aquellos años, los abusos por parte de la Iglesia eran un tema tabú. Nadie se atrevía a pronunciarlos en voz alta. Quizá fue a partir de 1985, cuando Gilbert Gauthe fue declarado culpable de once casos de abuso a menores en Estados Unidos, cuando empezó a investigarse seriamente este asunto dentro de la Iglesia católica. En 2010 escribí un artículo que me costó el despido. Recogía conocimientos y descubrimientos acumulados tras décadas de investigación y dedicación al caso.

Oriol retoma la palabra, apoyándose en ese hilo.

—Para centrarnos en lo relativo a Giulia, señor Villa, en ese artículo se mencionaban varios puntos que respaldaban su teoría. El primero era que la chica desapareció a plena luz del día, en el centro de Roma. Resulta muy improbable pensar que alguien se la llevara a la fuerza sin que nadie se diera cuenta. Todo apunta a que se marchó voluntariamente, con una cara conocida.

—No solo eso —añade Donato—. Recogí el testimonio del cardenal Nunes, uno de los cardenales presentes en el Vaticano por aquel entonces. Afirmaba haber escuchado una conversación entre dos guardas suizos del Vaticano. Comentaban que Giulia apareció esa misma noche en un automóvil. Según dijo, los escuchó comentar que la vieron inmóvil, tumbada en el asiento de atrás. Nunca aclaró nada más. Tampoco reveló la identidad de los guardas o de quién conducía el coche.

Oriol observa cómo Donato aprieta los labios antes de continuar, consciente del peso de lo que va a decir.

—Poco antes de que me despidieran por escribir aquel artículo, una persona muy cercana al papa me confirmó que Giulia había muerto esa misma noche —prosigue—. Durante una de las muchas… reuniones agradables, así las llamó. Según me contó, Giulia, al igual que otras chicas reclutadas por ayudantes externos, participaba en ellas desde tiempo antes de su desaparición, pero esa noche algo se torció. También me dijo que las llamadas anónimas y las del Siciliano fueron ideadas por el Vaticano para desviar la atención y ganar tiempo para borrar huellas.

—¿Quién le dijo eso? —pregunta Vittoria Mecca, afilada.

—Un periodista nunca revela sus fuentes.

Vittoria abre los ojos, incrédula. La furia le atraviesa el gesto.

—¿Vas a permitir eso? —espeta, girándose hacia Oriol.

Oriol no aparta la mirada.

—El señor Villa es libre de contestar lo que considere oportuno y yo no soy un juez con potestad para exigirle que revele su secreto. No puedo responder por él. Me gustaría conocer la identidad de quien le informó, pero, si no quiere ofrecérmela, tendré que conseguirla por otros medios.

—¡Se lo está inventando! —grita Mecca.

—Regula el tono, Vittoria —dice Oriol con firmeza—. No hace falta que grites. Todos podemos oírte.

—No me invento nada, señorita —replica Donato—. Puede creerme o no, me da igual. Gracias a agentes corporativistas como usted, la verdad del caso Bernardi nunca salió a la luz.

Dante da un paso al frente y levanta la mano, conciliador, cuando el rostro de Vittoria se enciende. Ella se muerde el labio, conteniéndose a duras penas.

—Por favor, inspectora…

Ella suelta un bufido. El inspector Puzzo le hace un gesto a Donato Villa para que continúe.

Él se aclara la garganta antes de seguir, esta vez con un tono más grave y medido.

—Lo más llamativo es que Fausta Ventola, la amiga de Giulia, aseguró que durante una conversación, Giulia le había dicho que el

cardenal Fabbri solía acercarse a ella en los jardines vaticanos de manera muy insistente y molesta.

Deja que la frase se asiente.

—Así que no —concluye—. La muerte de Fabbri no es una coincidencia que podamos pasar por alto.

Donato se acomoda en su silla despacio, llevándose una mano a la espalda. La edad no le permite grandes esfuerzos.

Oriol asiente, ahora con los brazos cruzados.

—Por todo esto, Aurora, quiero que realices una lista de todos los residentes del Vaticano en el año 1983 que sigan con vida en la actualidad. Es posible que, si tenemos un justiciero y había más personas implicadas, vuelva a actuar.

La señorita Baudino toma notas en un cuaderno con rapidez mientras asiente.

—¿Algo más? —pregunta, dispuesta.

—Sí. Es importante que sepáis que una de las líneas de investigación que se siguió en 1983 fue la de un asesino en serie. Un mes antes de la desaparición de Giulia, había desaparecido en Roma Eva Bozzuto, quien también tenía quince años. No se puede negar que existen ciertas similitudes. Un mes antes de la desaparición de Eva, también había desaparecido Elise Stenbeck. Era la hija de un director de cine sueco que por aquel entonces residía en Roma. Su caso es algo distinto porque, a diferencia de Eva y Giulia, su cuerpo sí apareció en un campo de cultivo cercano a una villa donde había acudido a una fiesta universitaria.

Hace una pausa y carraspea.

—Quiero que revises los informes de ambos casos y que averigües la situación de sus familiares y amigos cercanos en la actualidad. Quiero saber si han sido condenados por alguna otra causa o si encuentras algo digno de mención.

Aurora lo apunta todo. Vittoria da un paso al frente.

—¿Qué vas a hacer tú? —le pregunta a Oriol.

—Con respecto a esas fiestas organizadas con ayuda externa al Vaticano, Dante y yo vamos a seguir una pista. Resulta que en el año 2005 hubo una llamada anónima a un programa de televisión sobre personas desaparecidas. Un hombre, que prefirió no

identificarse, dijo que, si se quería saber lo que había sucedido con Giulia Bernardi, había que averiguar quién estaba enterrado en la cripta de la basílica de Sant'Apollinare. Allí se hallaron los restos del líder de la Banda della Magliana, Domenico Valentis, alias Valentino. La llamada también sugería investigar el favor que Valentis le hizo al cardenal Fabbri. La implicación de esta banda en la desaparición de Giulia es bastante posible teniendo en cuenta que el hombre que envió las pruebas de vida de Giulia en 1983, el Siciliano, decía exigir la liberación de su líder como moneda de cambio con Giulia Bernardi.

—Oriol y yo nos encargaremos de visitar al hijo de Domenico Valentis —concluye Dante.

Vittoria da un paso al frente, incrédula, y suelta una risa corta y áspera que no tiene nada de humor.

7

La reunión ha sido tensa. Todos se han dado cuenta. Era evidente que a los carabinieri no les iba a gustar que un agente de la Interpol se encargara de un caso tan mediático como el de Giulia Bernardi. Por eso han enviado a la implacable Vittoria Mecca para colaborar con ellos. Será todo un reto conseguir que la situación no se desborde.

Ahora cada uno está inmerso en su tarea, dispersos pero conectados por el mismo hilo invisible. Vittoria no ha disimulado su descontento al recibir el encargo de averiguar cómo eran exactamente los paquetes enviados por los supuestos secuestradores de Giulia en 1983. Oriol ha percibido su rigidez, la forma en que ha aceptado el trabajo resignada, con esa mirada inquisidora clavada en los ojos. Tiene la sensación de que se habría quejado fuera cual fuese la labor asignada.

Aurora Baudino, en cambio, ha asumido su tarea con la concentración metódica de la que ya advirtió Dante Puzzo. Le corresponde elaborar la lista de antiguos residentes del Vaticano en 1983 que sigan con vida en la actualidad, una tarea aburrida pero necesaria. Además, deberá gestionar los permisos para que Oriol y Dante puedan acceder al Vaticano, reunirse con la Gendarmería Vaticana y consultar los registros de la investigación original sobre Giulia Bernardi, a la vez que revisa los antecedentes de los familiares de Eva Bozzuto y Elise Stenbeck, las otras dos chicas desaparecidas en aquella época, cuando se barajó la posibilidad de que los casos estuvieran relacionados.

El informático Andrea Cialdoni ya se ha encerrado con el vídeo de Giulia en la supuesta audición del anuncio de Bellavista —la investigación inicial ya determinó que no existía una compañía de cosméticos con ese nombre ni nada parecido—. Lo procesará una y otra vez, diseccionando imagen y sonido en busca de alguna pista: un ruido de fondo, una sombra…

Mientras tanto, Oriol y Dante caminan juntos por la Piazza del Drago, en el Trastevere, con el paso sincronizado. Es una de esas zonas de Roma donde las fachadas parecen inclinarse unas hacia otras, como ancianas que cuchichean secretos. Las farolas proyectan sombras sobre los adoquines irregulares y resbaladizos.

Al pasar frente a un pequeño restaurante de fachada blanca desconchada, Dante señala el toldo con una media sonrisa y cuenta que allí tuvo su primera cita con su mujer: una cena caótica en la que se fue la luz, acabaron compartiendo una vela con otra mesa y él volcó el vino sobre el mantel nada más sentarse. Dice que pensó que no habría segunda cita, pero ella se rio tanto que supo, esa misma noche, que entre ellos podría surgir algo más duradero.

También le explica que aquello eran otros tiempos. Por aquel entonces, ese barrio crecía en un equilibrio frágil entre lo popular y lo nocturno: vecinos de toda la vida compartían aceras con estudiantes y artistas que alargaban las noches en bares sin nombre ni horario. Fue el auge que lo llevó a convertirse en lo que es hoy en día.

Oriol levanta la vista, atento a los portales, buscando el número correcto. Las calles se estrechan a medida que avanzan, se bifurcan sin aviso, y el Trastevere se despliega ante ellos con su belleza desordenada: ropa tendida entre ventanas, persianas a medio cerrar y grafitis estampados en muros centenarios.

De repente, repara en la hora al verla reflejada en el reloj electrónico de una farmacia. Acaba de acordarse de que había quedado con Pietro Rangoni, su amigo escritor de Fiumicino, para acudir al gimnasio a una clase de boxeo y tomar algo después.

Sus charlas suelen ser muy interesantes para Oriol; las disfruta mucho, pero hoy no podrá acudir. Saca el móvil y busca en internet el teléfono del gimnasio. Como lo apagó y lo guardó en la mochila nada más aterrizar en Italia, no tiene su contacto y no puede llamarlo directamente.

Se disculpa con Dante, realiza la llamada y alguien descuelga al tercer tono.

—Buenos días. Soy Oriol. Me gustaría hablar con Pietro, ¿está por allí?

—Un momento.

Se escucha el ruido metálico de las máquinas de fondo. Golpes de saco y gritos de arenga. A los pocos segundos, Pietro responde con voz jadeante.

—¿Oriol? ¿Eres tú?

—Sí, Pietro. Siento contactarte así, pero no tenía tu número y no voy a poder ir al gimnasio esta mañana. Quería avisarte para que no me esperases.

—No te preocupes, hombre. Te echaré de menos. ¿Va todo bien?

—Sí. Es solo que voy a estar unos días ocupado con asuntos de trabajo en Roma. Nos vemos a la vuelta.

—Yo también voy a Roma mañana. Tengo una reunión con el editor en la sede de la editorial. Si te apetece, nos vemos y tomamos algo.

—Lo veo difícil, amigo, pero lo tendré en cuenta.

Se despide, cuelga y, con un gesto, indica a Dante que vuelve a estar disponible.

Gilberto Valentis vive en el número dos de la Vía di Santa Nonosa. Es el hijo de Domenico Valentis, antiguo líder de la extinta Banda della Magliana.

Oriol percibe tensión en el rostro de su compañero. Él, sin embargo, se siente más expectante que nervioso. Se ajusta el cuello de la camisa, observa una última vez los nombres escritos junto a los timbres y llama.

El edificio es estrecho y antiguo, de fachada de ladrillo y un portón de madera oscura que ha visto pasar demasiadas generaciones.

Tras unos segundos, una voz masculina responde al otro lado, distorsionada por el telefonillo.

—Buenos días. Somos inspectores de policía y necesitamos hablar con Gilberto Valentis.

Silencio.

—Un momento, por favor.

Se escucha el clic seco al colgar. Oriol alza la vista, atento al edificio. Apenas han pasado unos segundos cuando una ventana de la segunda planta se abre de golpe. Un hombre de unos cuarenta y tantos años, sin camiseta, desafía al frío asomando media cabeza y

parte del torso. Tiene el pelo revuelto y el gesto desconfiado. Se dirige a ellos a voces:

—Enséñenme sus placas, por favor.

Oriol y Dante intercambian una mirada breve antes de obedecer. Alzan las placas para que pueda verlas desde arriba. El hombre las examina durante unos segundos, entornando los ojos para enfocar. Finalmente asiente.

—Vuelvan a tocar. Les abriré.

El portón se abre con un chirrido cansado. El interior es arcaico. No hay ascensor. Las escaleras son estrechas, de peldaños irregulares, pulidos por el paso del tiempo. Suben con cuidado, agarrándose a una barandilla de hierro negro que se tambalea al tacto.

Cuando llegan al rellano del segundo piso, el hombre los está esperando. Tiene la puerta abierta y asoma solo la mitad del cuerpo, como si no terminara de decidirse a dejarlos entrar. Los observa con atención.

—¿En qué puedo ayudarles? —dice a modo de saludo.

—¿Es usted Gilberto Valentis? —pregunta Dante.

—Sí.

—Soy el inspector Duarte y él es el inspector Puzzo. Ambos trabajamos para la Interpol. Necesitamos hablar con usted sobre su padre. Domenico Valentis —informa Oriol.

El cambio en su rostro es inmediato. La desconfianza se transforma en algo más profundo, más antiguo. Cierra los ojos un instante, como si asumiera que esa parte de su pasado sigue ahí, adherida a él, imposible de arrancar.

—Disculpen las formas. Debo ser precavido por quien era mi padre. Pasen y siéntense en el sofá. Voy a vestirme.

Deja la puerta abierta y se da la vuelta sin esperar respuesta. Oriol y Dante entran. El apartamento es pequeño, antiguo, pero sorprendentemente ordenado. Los muebles son viejos, de madera oscura, bien cuidados, salvo un escritorio moderno encajado en una esquina donde parece que Gilberto estaba trabajando con su ordenador. Hay una mesa de centro redonda con dos sillas y un sofá, una estantería con libros y una cafetera italiana sobre el fogón que

desprende un agradable aroma a café recién hecho. Solo hay una habitación, con la puerta cerrada, en la que se ha metido Gilberto.

Se escucha una conversación en voz baja al otro lado; una mujer habla de manera apresurada. Oriol se sienta en el sofá y Dante hace lo propio a su lado. Siente el crujido del cuero envejecido bajo su peso.

Esperan en silencio.

Al cabo de unos minutos, Gilberto reaparece ya vestido, con una camisa mal abotonada. Detrás de él surge una mujer visiblemente sonrojada, el pelo aún algo desordenado.

—Ella es mi amiga Lía. Ya se marcha.

La mujer les dedica una especie de reverencia torpe, evita mirarlos directamente, coge su bolso, que estaba colgado detrás de la puerta, y sale sin decir una sola palabra. El sonido de sus pasos se pierde por la escalera.

El apartamento queda en silencio.

Gilberto se sienta frente a ellos. Apoya los antebrazos sobre las rodillas y alterna la mirada de uno a otro, midiendo sus reacciones, como si buscara el motivo exacto por el que han acabado sentados en su salón.

—Parece que jamás podré librarme del pasado de mi padre —dice al fin, exhalando despacio—. Les atenderé, pero les digo lo mismo que he dicho a todos los que han venido antes que ustedes: no tenía buena relación con él, así que no sé si les seré de utilidad.

Oriol se inclina ligeramente hacia delante, atento.

—Estamos investigando el caso de Giulia Bernardi. ¿Le suena?

Gilberto alza una ceja y deja escapar una breve risa sin humor.

—Por supuesto. ¿A quién no?

Se pasa una mano por la nuca, un gesto automático, nervioso. Dante toma la palabra.

—¿Han venido otros agentes de policía a hablar con usted al respecto?

Gilberto abre las manos, resignado, y se incorpora ligeramente del sofá.

—Veo que esto va para largo —dice—. Acabo de hacer café. ¿Les apetece uno?

Oriol asiente sin dudar, atraído por el aroma. Dante se encoge de hombros, indiferente.

Mientras Gilberto se mueve por la pequeña cocina, Oriol deja vagar la mirada por el apartamento. Se fija en la estantería: libros modernos, bien alineados. Reconoce un par de títulos muy populares de principios de los años dos mil: *El código Da Vinci* y *Desde mi cielo*. Nada raro, nada oscuro. Todo está limpio, ordenado, funcional. La casa, igual que su dueño, transmite normalidad. Nada que ver con la imagen de su padre, a juzgar por las fotos que ha visto.

Gilberto vuelve con dos tazas humeantes, las deja sobre la mesa baja con cuidado y se sienta de nuevo frente a ellos. Viste de manera sencilla, habla sin alzar la voz, sin brusquedades. En su físico y en su forma de expresarse no hay rastro del hombre que fue su padre, un capo de la mafia, temido, excesivo, violento en gestos y palabras. Son dos mundos que no parecen relacionados.

—Hablé con la policía hace tiempo —continúa—, cuando reabrieron el caso. Creo que fue en 2005. Alguien llamó a un programa de televisión y sugirió que, para averiguar lo que había sucedido con Giulia Bernardi, abrieran la cripta de la basílica de Sant'Apollinare. La policía siguió esa pista y descubrió que mi padre estaba enterrado allí.

Oriol levanta ligeramente el mentón.

—Tenemos constancia de ello. ¿Usted sabía que el cuerpo de su padre se encontraba allí?

—En absoluto —responde Gilberto sin vacilar—. Para mí también fue una sorpresa. Debe saber que a mi padre lo metieron en la cárcel cuando yo tenía dos años, en 1982. Tengo muy pocos recuerdos de él. Mi madre no me dejaba verlo. Viví con ella hasta que se enamoró de otro hombre y se fue a Bérgamo. Yo me quedé en Roma con mi tía Lidia.

Hace una pausa, baja la mirada hacia el café y continúa.

—Mi padre cumplió condena hasta 1995 y murió al poco de salir de la cárcel. Creo que solo lo vi una vez antes de morir. Ya estaba muy mal, en el hospital.

Dante se inclina ligeramente hacia delante.

—¿Puedo preguntarle de qué murió?

Gilberto cierra los labios un instante antes de responder.

—Fumaba mucho. Tenía EPOC y murió de una neumonía —contesta con un tono neutro que deja entrever cierta indiferencia—. El último recuerdo que tengo de él es verlo consumido sobre la cama de un hospital.

Se reclina ligeramente en el sofá y cruza los brazos antes de continuar.

—Como ya les digo, vinieron a interrogarme. Les dije lo mismo que a ustedes: que no tenía ni idea de que mi padre estuviera enterrado allí y que jamás me contó nada sobre Giulia Bernardi ni sobre sus asuntos turbios.

Oriol sostiene la taza entre las manos, sin beber.

—¿Tiene relación con algún antiguo miembro de la banda de su padre, la Banda della Magliana?

Gilberto arquea las cejas y niega con la cabeza.

—Para nada. De hecho, no conozco a ninguno. Todo lo que sé sobre mi padre es lo que me contaban mi madre y mi tía Lidia, o lo que ha escrito la prensa durante estos años. Pero tampoco me importa mucho, la verdad.

—¿Le suena que le hablase de algún compañero que tuviera acento siciliano?

—Supongo que me lo pregunta porque hubo un hombre que llamaba a la familia Bernardi y que decía pertenecer a la banda de mi padre. Ese hombre al que llamaban el Siciliano y que exigía la liberación de mi padre como moneda de cambio.

—Así es —contesta Oriol, serio—. ¿Qué puede decirme al respecto?

Gilberto niega con la cabeza y pierde la mirada.

—Nada. Lo lamento, pero no sé nada. Ni conocía a los compañeros de mi padre ni escuché a alguien con acento siciliano. Lo siento de verdad; ojalá pudiera ayudarles.

—¿Y qué hay de su madre y su tía? ¿Le contaron algo relacionado con Giulia Bernardi o con alguna otra chica adolescente? —pregunta Dante, observándolo con atención.

Gilberto ladea la cabeza y duda un instante.

—Sí, pero eran opiniones sin pruebas reales. Ellas no tenían en muy buena estima a mi padre. Crecí en una casa donde se le criticaba por todo. Y no lo defiendo, que quede claro —añade, levantando una mano—. Lo que he descubierto por mi cuenta me deja bastante claro que mi padre no era un buen hombre.

Suspira.

—Háble me de esas opiniones que tenían su madre y su tía —pide Oriol.

Gilberto asiente con desdén.

—Mi madre aseguraba que mi padre recibía dinero del Vaticano, que le hacían «encargos». Mi tía le daba la razón. Se rumoreaba que mi padre y su banda conseguían chicas jóvenes para cardenales a cambio de favores o dinero, y que por eso estaba enterrado en la cripta de la basílica de Sant'Apollinare. Decían que era un hombre muy religioso y que lo habían llevado allí al morir por un pacto que tenía con algún cardenal del Vaticano.

Oriol levanta la mirada.

—¿Su madre sabía que estaba enterrado allí?

—Como ya le he dicho, mi madre se desentendió de mi padre cuando entró en la cárcel. Ninguno sabía nada.

Dante toma aire antes de continuar.

—¿Podría facilitarnos el contacto de su madre y de su tía?

Gilberto esboza una sonrisa seca, sin humor.

—Pues tendrá que preguntarle a san Pedro, inspector. Ambas están muertas.

—Lo lamento —murmura Dante.

Oriol apoya la taza sobre la mesa.

—¿Alguna vez ha hablado con el cardenal Fabbri? —pregunta.

Gilberto niega una vez más con la cabeza.

—Todo lo que sé de él es por la prensa y por la presunta relación que tenía con mi padre.

—¿Conserva algún tipo de recuerdo de su padre? Fotografías, objetos personales… ¿algo?

—Mi madre lo tiró todo —responde Gilberto sin titubear—. De verdad que lo siento, inspectores, pero sé que no voy a ser de mucha ayuda. Por ese motivo la policía nunca volvió a verme. El

resto de las personas a las que he tenido que despachar eran periodistas, escritores o simples curiosos que buscan su momento de gloria hablando del caso porque saben que tiene repercusión. Lo cierto es que yo no sé nada.

Un gesto de decepción se dibuja en el rostro de ambos detectives. Oriol se inclina hacia delante, dispuesto a levantarse y dar por terminada la visita, cuando el teléfono fijo de Gilberto empieza a sonar, rompiendo el silencio del apartamento.

Gilberto da un respingo cuando el teléfono rompe el silencio. El sonido lo atraviesa y dispara su nerviosismo. Durante un segundo no reacciona; luego se aclara la garganta y mira a los detectives, incómodo.

—Lo siento, pero tengo que contestar. Será solo un momento. Desde la COVID teletrabajo y…

Hace un gesto torpe, pidiendo paciencia, mientras se levanta. Da un par de pasos hasta el escritorio incrustado en una esquina del apartamento. Allí descansan el teléfono y el ordenador portátil, encendido, con un programa abierto que muestra gráficas, porcentajes y columnas de números que debe revisar antes de esa tarde, cuando envíe la facturación a la empresa para la que trabaja como contable.

Descuelga.

—¿Diga?

Al otro lado no hay una voz humana. Gilberto frunce el ceño. Luego hace una mueca extraña, a medio camino entre la sorpresa y una sonrisa incrédula. Piensa en colgar, creyendo que se trata de alguna llamada fraudulenta, pero lo que escucha no tiene nada que ver con eso.

—¿Cómo?

Se separa el teléfono de la oreja y lo observa, como si el aparato pudiera explicarse por sí solo. El hombre de rostro serio, el que se ha presentado como inspector Duarte, lo mira con expectación, exigiendo una explicación muda.

La llamada se corta.

Entonces todo sucede muy rápido.

—Ha sido… raro —dice Gilberto, todavía descolocado—. Era una voz robótica. Artificial. Como generada por un programa informático. Una grabación o algo parecido. Me ha dicho que revise mi correo electrónico antes de que ustedes se marchen.

De repente, el inspector Duarte se levanta de un salto y corre hacia la ventana. Aparta la cortina de golpe y empieza a vigilar la calle, asomando solo medio cuerpo, moviendo la cabeza de un lado a otro. El otro inspector saca el teléfono y marca un número sin apartar la mirada de Gilberto. Él siente cómo el pulso se le acelera. No entiende qué está pasando; solo percibe la urgencia, la tensión que se apodera de la habitación.

—Soy el inspector Puzzo, de la Interpol —dice el hombre al teléfono—. Necesitamos varias unidades rastreando la zona del Trastevere donde estoy con el inspector Duarte. Controles inmediatos cerca de la Piazza del Drago. Registro de matrículas e identificación de viandantes. No tenemos una descripción clara del sospechoso. Cualquier actitud extraña o sugerente debe ser tenida en cuenta.

Oriol se aparta de la ventana tras sacar un par de fotos con su móvil. Niega con la cabeza.

—No veo nada. Hay una furgoneta en la esquina. He fotografiado la matrícula, pero no veo nada fuera de lo normal. Pide que rastreen la llamada rápido, por si ha usado una cabina, aunque lo dudo.

El inspector Puzzo levanta el pulgar y explica lo sucedido por teléfono.

Antes de que Gilberto se dé cuenta, Duarte está frente a él, hablándole.

—Señor Valentis, ¿ha recibido alguna visita inesperada últimamente? ¿Algún vendedor ambulante, algún conocido que se haya presentado sin avisar?

Gilberto traga saliva.

—Pues… no lo sé. Hace un par de días vino el revisor del gas —dice con la voz entrecortada.

Oriol desvía la mirada hacia la galería.

—Agáchese y no se acerque a la ventana —le ordena.

En ese momento, el sudor se condensa en su frente y forma grandes gotas que le resbalan por la cara.

Todo va demasiado rápido. Gilberto se queda inmóvil, agazapado tras el sofá, con los brazos pegados al cuerpo, mirando cómo los policías se mueven con eficacia, como si su casa hubiera dejado de pertenecerle. El miedo empieza a filtrarse, denso e incómodo.

Duarte revisa el termo por encima y, tras unos segundos, se acerca de nuevo.

—Abra su correo —dice, señalando el ordenador.

Gilberto asiente, atemorizado. Se incorpora y se sienta frente a la pantalla. El cursor tiembla ligeramente cuando hace clic en el icono del correo. Aparece un mensaje nuevo.

Se queda paralizado al ver quién lo envía.

—Esto es… no puede ser.

—¿Qué sucede? —pregunta Puzzo, colgando el teléfono y acercándose.

—Es… NightCrawler —dice Gilberto.

—Ábralo —ordena Oriol.

Gilberto obedece.

Aparece un mensaje enigmático que muestra una serie de números separados por comas:

«1, 11, 21, 1211, 111221, xxxxxx».

Debajo, una carpeta con archivos adjuntos.

—Abra la carpeta —apremia Oriol.

Gilberto titubea.

—Este ordenador es de mi empresa —responde, con la voz rota—. Tengo prohibido abrir archivos que no pertenezcan a la corporación.

Oriol le sostiene la mirada, fría e inapelable.

—Nos vamos a llevar este ordenador, señor Valentis. Y si no quiere venir con él a comisaría y pasar un rato con nosotros, le sugiero que abra la carpeta.

Gilberto asiente. Con una lentitud desesperante, hace doble clic.

Un aviso aparece en pantalla.

—Está protegida con contraseña.

—¡Joder! —explota Dante.

Oriol no aparta los ojos del monitor. Puzzo maldice en voz baja.

Gilberto no entiende nada, pero el inspector Duarte parece haber tardado solo unos segundos en comprenderlo.

—Es una secuencia *look-and-say*. No es difícil.

—¿De qué estás hablando? —pregunta Dante.

Oriol asiente y se inclina para señalar los números de la pantalla.

—Es una serie numérica en la que cada cifra se genera describiendo verbalmente la anterior. En este caso parte del número «1». Lo que tú ves es: un uno, que escrito en números es «11». Ahora ves dos unos, es decir, «21»; luego, un dos y un uno: «1211»; la última cifra corresponde a un uno, un dos y dos unos: «111221». Así que la siguiente, la que falta, es «312211». Esa debería ser la contraseña.

—¡Joder, Oriol! Eres buenísimo —exclama Dante—. ¿A qué estás esperando? Ponla.

Gilberto obedece e introduce la contraseña. La carpeta se abre.

Contiene una imagen y un archivo PDF.

Dante deja escapar un grito de satisfacción. Oriol sigue inmóvil, concentrado.

—Abre la imagen.

Gilberto pulsa sobre el archivo.

Aparecen dos hombres sonriendo en primer plano, posando para la cámara, fumando puros en el jardín de una casa imponente, de fachada de mármol. Tras ellos, otro hombre está de pie, con los brazos cruzados, sin mirar a la cámara.

El aire abandona los pulmones de Gilberto.

—Ese hombre es mi padre —dice, señalando al de la izquierda—. Y esa era nuestra antigua casa, en Pinziano.

—Y el otro es el cardenal Fabbri. Bastante más joven, no sé quién es el que está de pie detrás —añade Oriol.

Gilberto sacude la cabeza, incapaz de asimilarlo.

—¿De verdad es NightCrawler quien acaba de enviarme un correo electrónico?

—¿Quién demonios es ese tal Crawler del que habláis? —gruñe Dante.

Oriol levanta la mirada.

—NightCrawler es un conocido *hacker* cuya identidad se desconoce. Empezó a actuar hace cinco años. Se hizo famoso tras exponer documentos secretos del Vaticano y de otras instituciones. Reveló investigaciones internas sobre abusos a menores dentro de la Iglesia que acabaron en escándalo. Cayó mucha gente. Es idolatrado y venerado en las redes sociales.

Dante asiente lentamente.

—Ahora lo recuerdo. El Vatileaks. No recordaba el nombre del *hacker*.

—Exacto —confirma Oriol, sin desviar la vista de la pantalla—. Abre el archivo PDF, por favor.

Gilberto lo hace. En la pantalla aparecen páginas escaneadas de un diario. El papel amarillento, la tinta gastada. Son antiguas y, por el gesto del inspector Duarte, le resultan familiares.

—Imprímelas —ordena Oriol.

Luego se gira hacia su compañero con el ruido de unas sirenas a lo lejos que se acercan.

—Habla con Andrea. Dile que le llevamos un ordenador y que necesitamos que se ponga con él inmediatamente. Tal vez pueda seguir su rastro. Volvemos al Palazzo Madama. Tú conduces mientras yo me leo las páginas del diario.

DIARIO II

«Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo…»
— Isaías 43:2

He pensado en esto muchas veces. Muchísimas. Y cada vez que lo hago, la idea cambia, se desplaza, se vuelve más incómoda. Supongo que crecer se trata de eso, de mirar atrás y descubrir tu ingenuidad. Cuando tenía diez años creía que lo sabía todo, que ya estaba preparada para enfrentarme a la vida adulta. A los doce pensé exactamente lo mismo y entonces comprendí —con una mezcla de vergüenza e inmerecida soberbia— lo ilusa que había sido a los diez. Ahora tengo quince y pienso de una forma muy distinta, aunque, viendo cómo se dan las cosas, es más que probable que dentro de un año vuelva a desdecirme.

Cuando eres una niña no le das importancia a ciertos comentarios ni a determinadas actitudes que deberían alertarte. O quizá no es que no se la des, sino que no sabes cómo actuar frente a la adversidad. No entiendes lo que sucede. Aún no tienes las palabras ni las herramientas necesarias. Es con el tiempo cuando empiezas a reconocer patrones, a notar cómo algunas personas se mueven a tu alrededor con una intención que no se parece en nada al afecto.

En mi caso fueron gestos pequeños. Tan pequeños que casi parecían casuales.

Pero no lo eran.

Recuerdo cómo más de un hombre de Dios esperaba a que me quedara sola en los jardines para sentarse a mi lado y colocarme en su regazo, demasiado cerca, demasiado encima. Un gesto aparentemente cariñoso que no lo era en absoluto. Me invitaban a pasear por zonas más apartadas, formulando la propuesta con una sonrisa amable, con un tono que pretendía ser protector.

Con el tiempo la estrategia cambió. Se volvió más sofisticada y directa. Empezaron con sugerencias de clases particulares para mejorar las notas, esas excusas académicas que lo justifican todo.

Llegaron lecciones que yo no había pedido, explicaciones sobre anatomía que no venían a cuento para una niña tan pequeña. Me señalaban partes del cuerpo con una naturalidad impostada, acompañando las palabras de contactos innecesarios, prolongados un segundo más de lo debido.

Mientras todo eso sucedía, yo seguía creciendo, entendiendo demasiado tarde qué significaban realmente aquellas manos, aquellas miradas, aquellas frases que entonces no supe cómo nombrar.

Porque ese es el verdadero problema.

No ocurre de golpe. No hay un instante claro en el que todo se vuelva evidente y puedas señalarlo con el dedo. Cuando quieres darte cuenta, la sensación es tan abrumadora que te paraliza. No lo verbalizas. No pides ayuda. No se lo cuentas a quien debes, a quien podría protegerte, a quien tendría la obligación de hacerlo.

Cuando quieres darte cuenta, ya es demasiado tarde, porque se ha instaurado la vergüenza.

La impotencia empieza a formarse dentro de ti, despacio, como algo que al principio apenas percibes. Luego crece. Se expande hasta ocuparlo todo, hasta apretarte el pecho y robarte el aire. Te absorbe. Te consume. Y te convence de que el silencio es más seguro que cualquier palabra. ¿Cómo explicar que es algo que sucede desde hace tiempo y no has sabido detenerlo? ¿A cuántas personas decepcionaría?

Al final solo te queda el valor suficiente para escribir. Para volcar la frustración en un diario que nadie leerá jamás. Un cuaderno condenado a permanecer oculto o a ser quemado antes de que salga a la luz, si es que algún día llega a hacerlo.

Vuelvo la vista atrás y no sé por dónde empezar.

Fueron muchas las personas que actuaron mal conmigo. La mayoría no fue más allá en sus acciones; todo se quedaba en una supuesta broma, de esas que no tienen ninguna gracia pero que los adultos se empeñan en disfrazar de normalidad. Supongo que por eso cuesta tanto señalarlas y darles el peso que merecen.

Pero si tengo que nombrar a alguien en estas páginas como el primero que fue más allá, como el primero que se aprovechó de mí

de verdad, ese fue el cardenal Dupont. Él fue quien empezó este infierno.

Se obsesionó conmigo cuando yo tenía ocho años.

Aún hoy maldigo el día en que no le dije nada a mi padre. Si lo hubiera hecho, nada de esto habría pasado. Quizá el silencio no habría crecido tanto. Quizá yo habría aprendido antes que callar nunca fue el camino que debí seguir.

¡Qué fácil es decirlo!

Yo era una chica obediente, de las que se portan bien sin que nadie se lo pida. Mis padres siempre me trataron con cariño y yo crecí intentando complacerlos, convencida de que era una forma de demostrarles que les quería. En mi casa se adoraba al Papa y a los cardenales. Aunque en nuestro día a día viviéramos en mundos muy distintos, separados apenas por unos metros de jardines y unos cuantos edificios, la realidad es que mi padre se sentía profundamente privilegiado por trabajar en la Casa Pontificia. La norma no escrita era clara: venerar todo lo que perteneciera o estuviera relacionado con la Iglesia.

Quiero dejar claro que nada de lo que sucedió fue culpa suya. Por supuesto que no lo fue. Quizá debería reescribir esta parte…

Mis padres no tienen la culpa de tener fe ni de aferrarse a unos valores que consideran únicos e incuestionables. Si hay alguien a quien culpar de todo esto, es a mí misma. Por no haber levantado la voz, por no haber sido lo suficientemente fuerte como para plantarles cara.

Dupont era francés. Un cardenal joven, demasiado joven en comparación a los demás cardenales. Llegó al Vaticano durante el Jubileo de 1975; en teoría iba a quedarse solo una semana, pero acabó haciéndolo casi tres meses. Tenía treinta años y resultaba chocante verlo rodeado de hombres mucho mayores que él. Era muy delgado, moreno, y su tono era distinto al de los otros cardenales: más cercano, más accesible.

Recuerdo la primera vez que lo vi. Yo estaba jugando al escondite con otros niños cerca de la Fontana dell'Aquilone. Apareció de repente y, contra todo pronóstico, se puso a jugar con nosotros. Fue gracioso. Todos reímos. Parecía simpático, incluso amable.

Pero dejó de serlo muy pronto.

Mi padre trabajaba todo el día y mi madre salía a comprar a la ciudad los lunes y los viernes. A muchos de los residentes del Vaticano no les gustaba salir a Roma, así que le pedían encargos a mi madre, que los hacía de buen grado. Siempre hemos sido muy serviciales en mi familia. Demasiado, quizá.

Así que yo me quedaba sola gran parte del tiempo. Mis padres nunca pensaron que pudiera pasarme algo allí dentro, protegida por unos muros que delimitaban lo que todos consideraban un lugar sagrado.

Y yo tampoco lo pensé, porque nadie te enseña a desconfiar cuando no hay motivos aparentes para ello.

Estábamos equivocados.

Él era mucho mayor e inteligente que yo; podía manipularme con muy poco esfuerzo. Un día que jamás olvidaré, se acercó a mí mientras estaba sentada cerca del jardín francés, jugando con mi muñeca de trapo. Se sentó a mi lado y me dijo que pidiera un deseo. Cerca crecían unas rosas blancas que a mí me fascinaban y siempre había querido llevarme una a casa, pero mi madre me había dicho que ni se me ocurriera arrancar ninguna, que a las niñas que lo hacían las castigaban y no podían volver a jugar en los jardines.

Con toda mi inocencia, le dije que mi deseo era una rosa blanca. Él se levantó, arrancó una del rosal con cuidado y me la entregó. Mi cara debió de ser de puro asombro. No sabía qué decir; solo recuerdo que en ese momento era muy feliz.

Entonces me dijo que nunca dejara de luchar por lo que quería. Comenzamos a hablar y yo le conté otro de mis sueños. Por aquella época estaba enamorada de Farrah Fawcett, hasta el punto de decir que quería mudarme a Estados Unidos y teñirme el pelo de rubio. No sé por qué le pregunté si allí existía Dios. Él se rio y me dijo que, incluso cruzando el Atlántico, el Señor siempre me encontraría y cuidaría de mí.

Recuerdo esa respuesta a menudo y ahora soy yo la que se ríe.

Porque ni siquiera fue capaz de cuidar de mí en el Vaticano.

No voy a dar detalles concretos de lo que sucedió. Hay cuestiones que no deberían contarse jamás. Palabras que no deberían

pronunciarse en voz alta.

Además, no tengo fuerzas para volver a llorar ahora que llega el final.

Solo diré que Dupont tenía mucha labia. Que desde el principio mostró un interés excesivo en acercarse a mí, disfrazado de atención y amabilidad. Yo me sentí especial al comienzo. Especial porque un cardenal se fijaba en mí, porque me hablaba con cercanía, porque pensé —qué estúpida— que eso haría sentir orgullosos a mis padres.

Pero esa amabilidad cambiaba cuando cerraba la puerta de su habitación.

Allí dentro no había sonrisas inocentes ni palabras tranquilizadoras. Allí dentro me obligaba a hacer cosas que no quería. Cosas que me repugnaban. Cosas que entonces no sabía cómo nombrar y que ahora, siete años después, siguen persiguiéndome en forma de pesadillas. Hay noches en las que despierto empapada en sudor, con el corazón desbocado, atrapada otra vez en ese cuarto del que nunca salí del todo.

Lo recuerdo todo: el crucifijo sobre la cama, con una colcha a cuadros blancos y marrones; una silla de madera junto a una pequeña mesa sobre la que siempre había una Biblia; y el desgarrador sonido de los muelles del colchón.

No escribo esto para que nadie me crea. Ni para que nadie me consuele. Lo escribo porque, si no lo hago, moriré sin que nadie sepa la verdad.

Ojalá te pudras en el infierno, cardenal Dupont.

8

Andrea Cialdoni no consigue dejar de mover la pierna. Sube y baja con un ritmo irregular, a veces violento, traicionada por el nerviosismo que este caso le provoca. La pantalla frente a él reproduce el archivo de vídeo una y otra vez; detiene, retrocede, ajusta niveles. El sonido que ha logrado extraer vibra en sus auriculares con una claridad perturbadora. Hay algo ahí, lo sabe, pero en estos momentos duda incluso de sí mismo y teme que sea una pista absurda que solo consiga desviar la atención de lo verdaderamente importante.

A su lado, Aurora Baudino trabaja en silencio. Tiene abiertos varios programas de registro. Reconoce al instante el censo del Instituto Nacional de Estadística. Debe admitir que esa mujer es una trabajadora ejemplar.

Él teclea más rápido, se mueve con mayor soltura entre ventanas, llega antes al resultado. Es imposible que ella lo alcance en esas destrezas. Pero su nivel de concentración es otro asunto. Aurora no ha apartado la vista de la pantalla desde que se han quedado solos en la gran sala del Palazzo Madama, su improvisado centro de operaciones. No ha pronunciado una sola palabra. Es metódica y eficaz, cualidades que despiertan en él un sentimiento de intimidación, porque Andrea es todo lo contrario.

¿Estará a la altura? ¿Es lo suficientemente bueno como para formar parte de este equipo con uno de los investigadores más aclamados del mundo?

Andrea traga saliva y vuelve al vídeo. Intenta centrarse. Le gustaría comentar con Aurora lo que ha encontrado, pero no sabe por dónde empezar y no quiere molestarla.

Siempre le han intimidado las mujeres. En la escuela era fácil señalarlo: el típico friki de los ordenadores, el chico que prefería pasar las tardes encerrado en su cuarto antes que salir con los demás a jugar al fútbol. Los compañeros de clase se reían y él aprendió pronto a bajar la mirada, a refugiarse en las pantallas. Con

los años ha ido ganando seguridad en casi todo, excepto en esto. Entablar una conversación con una mujer sigue resultándole un terreno minado, y mucho más cuando se trata de alguien como Aurora: atractiva, segura y absorta en su trabajo hasta el punto de parecer inalcanzable.

La puerta de la sala se abre de golpe, rompiendo cualquier conato de tertulia.

Andrea da un respingo. Oriol Duarte entra como una exhalación, sosteniendo una caja de cartón bajo el brazo. Detrás de él, Dante Puzzo intenta seguirle el paso mientras lee unos papeles que lleva en la mano.

Se levanta por pura inercia. Aurora se gira. Hace apenas diez minutos Dante lo ha llamado para decirle que volvían a la sala de operaciones a entregarle un ordenador. Han sido absurdamente rápidos.

Oriol se acerca a las mesas y deja la caja apoyada sobre la de Andrea, con un gesto decidido.

—Tenemos novedades —anuncia.

Andrea no puede evitar una mueca que intenta parecer una sonrisa.

—Yo también —balbucea.

El inspector Duarte le clava la mirada, intrigado. Andrea se obliga a sostener el contacto visual cuando el semblante interesado del inspector se afianza ante aquello que tiene que contar. No sabía quién era hasta que Dante Puzzo lo llamó y le pidió que trabajara con ellos. Después de colgar, la curiosidad pudo más que la prudencia: lo buscó. Bastaron unos minutos para entender, por la trayectoria y por las palabras veladas de Dante, que la oportunidad de colaborar con alguien como Oriol Duarte era única e irrepetible. Habría dicho que sí incluso si su condena no lo obligara a hacerlo.

Ese fue el acuerdo con la fiscalía: colaborar con las autoridades italianas cada vez que se le requiriera. Estará atado a esa obligación al menos tres años más. Podría haber intentado escudarse en que Dante y Oriol trabajan para la Interpol, no para los carabinieri, pero sería absurdo. Y, en el fondo, empieza a disfrutar de esta labor. Le incomoda admitirlo, incluso para sí mismo, pero la realidad es que

espera que le ofrezcan un puesto de trabajo cuando el periodo de su condena concluya.

—Adelante, tú primero —dice Oriol.

Dante sigue pendiente absorto en los papeles que sostiene. El teléfono del inspector Puzzo suena en ese momento y se apresura a contestar.

La llamada es breve.

—Eran los carabinieri. La llamada se hizo desde Azerbaiyán. El teléfono está a nombre de una ciudadana de Bakú llamada Leyla Hasanova. Tiene menos de treinta años; creo que le han *hackeado* el teléfono.

—Eso mismo creo yo. En cualquier caso, que lo investiguen.

Andrea y Aurora contemplan la escena sin saber muy bien de qué están hablando los inspectores. Oriol se percata.

—En seguida os ponemos al día, pero háblame primero de lo que has encontrado, Andrea.

Él asiente y se yergue en la silla.

—He trabajado en el archivo de vídeo, como me pedisteis —empieza Andrea—. Lo primero que he hecho ha sido extraer el audio. Era una grabación en VHS bastante antigua, así que no he podido hacer milagros.

Dante levanta la cabeza de inmediato y deja los papeles sobre la mesa, atento ahora a sus palabras.

—Después —continúa Andrea— he reducido el ruido y analizado las frecuencias para ecualizar las correspondientes a la voz humana y aumentar su volumen. Entonces he conseguido aislar una voz de fondo, imperceptible en el audio original, pero estaba ahí. Solo había que saber dónde buscar.

—No me jodas… —suelta Dante—. ¿Y qué dice?

—Os la pongo. Esperad.

Andrea se gira, se retira los auriculares que descansaban sobre su cuello, los desconecta con cuidado y regula el volumen de los altavoces. Duda un segundo antes de reproducirlo.

—Parece como si alguien hablase por un megáfono —añade—. Me ha recordado a esos antiguos coches que recorrían las calles con grabaciones publicitarias reproducidas por altavoces en el techo.

Hace clic en el botón de reproducción.

La sala se llena con una voz lejana, distorsionada, claramente amplificada por algún tipo de dispositivo.

«En el año 590, el papa Gregorio Magno tuvo aquí la visión de San Miguel Arcángel envainando su espada».

Oriol escucha con los brazos cruzados. Dante se inclina hacia la mesa. Aurora también ha dejado de lado lo que estaba haciendo; ahora mira la pantalla, atenta. Todos han oído la frase con claridad.

Andrea deja pasar unos segundos antes de continuar.

—He buscado la frase en internet y…

—Está hablando del Castillo Sant'Angelo —interrumpe Oriol—. De por qué se colocó la estatua del arcángel Miguel en la parte superior, después de que el papa tuviera una visión que interpretó como el fin de la epidemia de peste que azotaba la ciudad en aquel entonces.

—Correcto —sentencia Andrea, asombrado.

—No sé qué me molesta más: que lo hayamos tenido frente a nuestras narices o que tú seas el único que conoce esa historia de la peste sin ser italiano —ironiza Dante.

Oriol se gira hacia Dante sin hacer caso al comentario.

—Se grabó en el Castillo Sant'Angelo o en sus alrededores, Dante. Tenemos que ir allí. Es muy probable que ese fragmento de audio pertenezca a una guía turística que pasaba por la zona en ese momento. Era verano cuando Giulia desapareció. En varios informes se describe ese día como tremendamente caluroso. Las ventanas debían de estar abiertas. Por eso se escucha la voz de fondo.

El inspector Puzzo asiente despacio, llevándose una mano a la barbilla.

Aurora Baudino levanta un dedo antes de hablar.

—Puedo intentar contactar con la autoridad pertinente y solicitar que os reciban allí, pero ya os adelanto que estas instituciones tan turísticas no os van a recibir sin una orden judicial —advierte.

—¿Y cuánto tardarás en conseguirla? —pregunta Oriol.

—Uno o dos días.

Oriol niega con la cabeza.

—No podemos esperar tanto tiempo. —Hace una pausa, durante la cual se cruza de brazos y desvía la mirada hacia la pared del

fondo, pensativo—. No os preocupéis, tengo una idea que puede funcionar —añade, con un leve brillo en los ojos.

Andrea percibe cómo su hallazgo ha calado en los inspectores y siente alivio. Todos permanecen expectantes, pendientes de Oriol y de esa ocurrencia que, por ahora, solo está en su cabeza. Cuando por fin vuelve a hablar, no lo hace para desgranar ningún plan brillante ni para repartir órdenes.

Les cuenta lo que ha sucedido en casa de Gilberto Valentis.

Y los deja de piedra.

Andrea y Aurora escuchan con atención, reconstruyendo mentalmente cada detalle, hasta que Oriol fija la mirada en él.

—Has hecho un buen trabajo con el audio, Andrea. Ahora tienes que hacer lo mismo con el ordenador.

Frunce ligeramente el ceño, contrariado.

—¿Qué debo buscar exactamente? —pregunta—. Porque, según cuentas, Gilberto recibió un correo. No creo que haya dejado ningún rastro en ese *hardware*.

Oriol aprieta los labios antes de responder, un gesto mínimo que Andrea ya identifica como una advertencia.

—No te he dicho quién lo ha enviado. El nombre que aparecía como remitente era NightCrawler.

Andrea abre los ojos como platos. Por un segundo se le escapa cualquier filtro profesional.

—¿Es una broma?

Oriol niega con la cabeza, serio.

El pulso le da un salto. Andrea siente una mezcla de vértigo y excitación, una descarga que le recorre la espalda.

—Entonces… ¿cómo…? Es… Ese tío es Dios —dice, sin poder evitarlo—. ¿Me estás pidiendo que siga su rastro?

—Así es.

Andrea niega despacio, más para sí que para los demás.

—Pero… es de los mejores *hackers* del mundo, por no decir el mejor. Se coló en el archivo secreto del Vaticano y nadie sabe quién es. Este tipo de personas diseña su propio *malware*, crea cadenas de *proxys*, genera tráfico alternativo para esconder el rastro, utiliza conexiones públicas…

—En cristiano, por favor —corta Dante, impaciente—. Nos queda claro que el tal Crawler es majestuoso, pero habrá alguna manera de atraparlo.

Andrea se pasa la mano por la frente para limpiarse el sudor.

—Es imposible que yo dé con él. No voy a poder.

Oriol no se inmuta.

—No te pido que lo encuentres —dice—. Te pido que sigas, hasta donde puedas, el rastro de ese correo electrónico y que nos digas si es NightCrawler de verdad o si es un imitador. ¿Eso podrás hacerlo?

Andrea guarda silencio un instante. Evalúa riesgos, límites, posibilidades. Es diferente: se trata de comprobar si la sombra es auténtica.

Asiente.

—Sí —responde—. Eso es más factible.

Y, aunque no lo dice en voz alta, sabe que acaba de aceptar un reto al que está deseando enfrentarse.

—También necesitamos algo de ti, Aurora —añade Oriol Duarte.

A Aurora Baudino el comentario la coge desprevenida. Estaba distraída, observando en silencio la forma en que el inspector Duarte conduce la reunión, con esa firme determinación que no deja espacio para divagaciones. No alza la voz ni necesita imponer su autoridad; simplemente va directo al grano, con preguntas precisas, a veces incómodas, pero necesarias.

Le resulta embaucador.

Piensa que no ha visto nada igual en todos sus años en activo. Y eso que lleva tiempo en el cuerpo, aunque no en primera línea. Ella pertenece a otro ecosistema policial.

Su mundo suele ser distinto: oficinas interiores sin una sola ventana, iluminadas por tubos fluorescentes que parpadean de vez en cuando. El aire está siempre cargado. El sonido de fondo es constante: teclados golpeados con hastío, impresoras escupiendo informes interminables, teléfonos que no dejan de sonar. Voces superpuestas, discusiones a media voz, el murmullo permanente de

una comisaría que nunca duerme del todo. Allí todo es norma, procedimiento, plazos; papeles que entran y salen. Allí se siente cómoda; al fin y al cabo, es su mundo.

Por eso tarda un segundo de más en reaccionar cuando Duarte se dirige a ella.

—¿Has avanzado con la lista de los residentes del Vaticano?

Aurora parpadea, vuelve al presente y asiente con un leve movimiento de cabeza.

—Sí. La tengo preparada y cotejada con el censo —responde—. He intentado ampliarla con información de varias instituciones y he añadido a algunas personas que, aunque no residían allí de forma permanente en la época en que desapareció Giulia, estuvieron alojadas una temporada por algún tipo de colaboración con la Iglesia.

Habla con precisión, como está acostumbrada. Es terreno conocido: horas de archivos, bases de datos cruzadas, nombres repetidos, fechas que encajan o chirrían. Eso lo domina.

Duarte la observa con atención, evaluándola.

—¿La tienes a mano? —dice Oriol, extendiendo la mano.

—Sí —se gira hacia un montón de papeles apilados y coge los primeros folios grapados.

—¿Cuántas personas hay en la lista?

—Setenta y cuatro personas. Esta, en concreto, está ordenada alfabéticamente. Pero he hecho varias: una por orden cronológico, otra en la que he eliminado a las mujeres y a los niños…

—Esta es perfecta.

Oriol recorre la lista con la mirada. Se detiene en la segunda página.

—Hay que ampliar la información —dice—. Necesito que busques todo lo que haya sobre un cardenal llamado Dupont. No está en la lista porque se fue de allí años antes de que Giulia desapareciera. Lo que te puedo decir de él es que en 1975 visitó el Vaticano durante un jubileo y que tenía alrededor de treinta años entonces.

El nombre resuena en la cabeza de Aurora. No lo reconoce de inmediato, pero algo en el tono de Duarte le indica que no se trata de una búsqueda rutinaria.

Agarra el cuaderno que siempre lleva consigo y anota el nombre con letra clara y mayúscula.

—De acuerdo.

Duarte continúa, sin prisa pero sin pausas innecesarias.

—En el correo que NightCrawler, o quien quiera que sea, le ha enviado a Gilberto Valentis había un archivo PDF con varias páginas del diario de Giulia. En ellas habla de ese tal Dupont y da a entender que abusó de ella.

Aurora levanta la vista. No hace falta que diga nada. La gravedad de la frase se instala en su pecho. De repente le entran ganas de llorar, pero se contiene.

—Tenemos que localizarlo, si sigue vivo, y hablar con él —añade Duarte.

—También había una fotografía en la que Gilberto ha reconocido a su padre Domenico junto al cardenal Fabbri. Detrás de ellos hay un hombre a quien no hemos podido identificar. —Se gira para centrar su atención en Andrea—. Voy a reenviarte los archivos. Cuando termines con el ordenador, prueba a ver si el *software* de reconocimiento facial nos dice algo.

Andrea asiente con firmeza.

Hace una breve pausa. Se aclara la garganta antes de continuar.

—Por otro lado, Aurora quiero que juntes todas las páginas del diario que tenemos hasta ahora y busques mensajes ocultos o alguna pista que se nos haya pasado. La persona que nos está haciendo llegar estas pruebas parece disfrutar de los juegos y los acertijos. Échales un vistazo. Sobre todo a esas anotaciones de pasajes bíblicos de la parte superior que claramente son más actuales.

Aurora asiente antes de añadir la información que ha recabado.

—De acuerdo, lo haré. También he contactado con el Vaticano. No tienen problemas en recibiros. Os atenderán desde el departamento de Relaciones públicas, pero me adelantan que no tienen por qué compartir con vosotros ningún informe de su Gendarmería, al tratarse de un Estado con su propia autonomía, regido por la Ley Fundamental del Estado de la Ciudad del Vaticano —contesta.

—Ya veo. Me imaginaba que no querrían colaborar, pero había que probar suerte.

—Por otro lado, he investigado a los familiares de las víctimas, como me pediste. Los padres de Giulia ya han fallecido y no tenía hermanos. En cuanto a sus tíos, nada relevante. Además, viven en el sur de Francia. Algo parecido sucede con Elise Stenbeck y Eva Bozzuto. No encuentro nada extraño en sus familiares directos. Ni denuncias ni condenas… Nada. Ninguno de ellos vive en Roma y *a priori* sus movimientos parecen normales.

—Gracias, Aurora. Buen trabajo. Prioriza lo de Dupont y después ponte con lo del diario. Tal vez no haya nada, pero parece que a la persona que nos envía los paquetes le gustan los juegos.

Ella traga saliva.

—Haré lo que pueda, pero…

Esta vez las palabras le salen más bajas. Ahora sí siente la presión deslizarse sobre sus hombros. Ella no es ese tipo de policía. No es la que sigue corazonadas ni la que reconstruye horrores a partir de fragmentos íntimos. Su fuerza siempre ha estado en la burocracia, en el encaje legal, en que todo cuadre sobre el papel. No en leer diarios ajenos buscando dobles sentidos ni en enfrentarse a monstruos con sotana.

No termina la frase. No sabe cómo hacerlo sin que suene a excusa.

Duarte no le da tiempo a justificarse.

—Lo harás bien, Aurora —dice con seguridad—. Envíame la lista que has confeccionado al correo electrónico.

Hace una breve pausa antes de añadir:

—Dante y yo nos vamos de visita turística al Castillo Sant'Angelo.

9

Vittoria Mecca no tiene un buen día. Lo sabe desde que parpadea y ese malestar sordo se le instala bajo la piel. Su descontento es patente y eso le enturbia el carácter. Reconoce esa sensación con facilidad; aparece a menudo, cuando no consigue ser la versión de sí misma que considera aceptable; cuando su temperamento se le va de las manos y la necesidad visceral de no quedar por debajo de nadie la empuja a respuestas secas, a gestos torcidos, a refunfuñar ante cualquier comentario que le dirijan, por inocente que sea. Es algo que le sucede con frecuencia.

No ayuda que deteste la labor que se le ha encomendado. Le parece ingrata, una broma de mal gusto, una pérdida de tiempo que no se corresponde con su manera de trabajar ni con lo que sabe hacer mejor. Y, para colmo, debe afrontarla sola. En el fondo presiente que no es casualidad, que hay algo de castigo velado en el encargo, una especie de correctivo impuesto por Oriol Duarte.

El pensamiento le provoca una punzada contradictoria. Ahora lo odia y lo admira a partes iguales. Detesta su forma de imponerse, su autoridad incuestionable, pero no puede negar la eficacia con la que dirige cada paso de la investigación. A medida que el tiempo avanza, la incomodidad se transforma en un arrepentimiento persistente. Lamenta no haber colaborado más, no haber mostrado desde el principio esa otra Vittoria que también existe: la que siempre está cuando se la necesita, la que protege a sus compañeros por encima de todo, la que sabe trabajar en equipo sin sentir que cede terreno.

Quizá, piensa, si hubiera dejado ver esa actitud, ahora estaría a su lado, trabajando codo con codo, observando, aprendiendo, sintiéndose útil de verdad. En lugar de eso, se encuentra sola con sus pensamientos, rumiando errores pasados y preguntándose en qué momento dejó que su orgullo hablara más alto que su vocación.

No es idiota. Sabe que lo que tiene que hacer es necesario, que alguien debía encargarse de esa tarea y que, en el fondo, forma parte del engranaje que mantiene viva la investigación. Aun así, no

puede evitar el fastidio. Está acostumbrada a ser ella quien reparte órdenes, quien decide qué hace cada cual y en qué momento. Esa labor concreta, si hubiera dependido de ella, la habría asignado casi con total seguridad a un agente novato, alguien en prácticas con ganas de demostrar algo.

Resignada, reduce la velocidad y estaciona su Alfa Romeo Stelvio en un rincón de la Piazza Mincio, en pleno Quartiere Coppedè. Apaga el motor y se queda unos segundos inmóvil, observando el entorno. El barrio siempre le ha parecido una anomalía dentro de Roma, un capricho arquitectónico que no termina de encajar con nada más. Edificios que mezclan sin pudor lo medieval con lo art déco, arcos que parecen sacados de un decorado de ópera, fachadas recargadas de símbolos, frescos y balcones imposibles. Más un experimento que un estilo: el sueño personal de un arquitecto que decidió ignorar las normas y construir un pequeño universo propio.

Sus ojos se detienen en la Fontana delle Rane, justo frente a ella. El agua cae con suavidad, ajena al tráfico y al paso del tiempo, coronada por las ranas de piedra que dan nombre a la plaza. Y, sin quererlo, la memoria le evoca un recuerdo nítido que le arranca una sonrisa.

La última vez que estuvo allí fue durante la pandemia. Un aviso absurdo, casi surrealista, de esos que solo podían ocurrir en medio del caos de aquellos meses. Un hombre se había vuelto loco, eso decía la llamada. Cuando llegó, lo encontró bañándose desnudo en esa misma fuente, riendo, chapoteando, completamente ajeno al miedo y a las restricciones que asfixiaban la ciudad. Vittoria recuerda el silencio extraño de las calles, las mascarillas, la sensación de irrealidad absoluta mientras intentaba convencerlo de que saliera del agua.

Ahora la fuente está tranquila, hermosa incluso, y la escena le parece lejana, sacada de otra época. Suspira, abre la puerta del coche y se obliga a centrarse. El pasado, los errores y las nostalgias no le servirán de nada. Tiene un trabajo que hacer, le guste o no.

Esa labor incluye visitar al agente recién jubilado Enrico Sartori. Vittoria lo conoce, o cree conocerlo lo suficiente. Sabe que su trabajo dejó de importarle hace mucho tiempo, desde que su mujer

heredó una fortuna familiar que les permitió cambiar de vida sin mirar atrás: un ático moderno en uno de los barrios más exclusivos de Roma, viajes constantes, una rutina cómoda a la que no quiso renunciar.

Con Enrico siempre tuvo más trato visual que profesional. Coincidían en pasillos, en alguna reunión puntual, pero rara vez compartieron una investigación. En los últimos años antes de su jubilación, su presencia en la comisaría se volvió intermitente: largas bajas médicas por dolores de espalda, permisos sin sueldo, vacaciones que parecían no terminar nunca. Poco se veía al bueno de Enrico por allí, y mucho menos en la calle, vestido de uniforme, cumpliendo con ese trabajo que había dejado de tomarse en serio hacía tiempo.

Y, sin embargo, el destino —caprichoso y cruel— ha querido que fuera él quien, en 1983, se encontrara cerca de una papelera próxima a Piazza Navona en los días posteriores a la desaparición de Giulia Bernardi. El entonces jovencísimo policía recibió un aviso por radio con una orden clara: el agente más cercano debía revisar su interior. Se había recibido una llamada anónima del hombre conocido como el Siciliano, que aseguraba trabajar para un grupo que había secuestrado a Giulia y haber dejado una prueba en aquella papelera.

Vittoria se ajusta el abrigo mientras camina y no puede evitar cierta aprensión. Han pasado demasiados años. Demasiada vida, demasiada desidia acumulada. Espera, o más bien necesita, que el tiempo no haya difuminado del todo su recuerdo. Que Enrico Sartori aún sea capaz de evocar el aspecto de aquel paquete que encontró: su forma, sus detalles. Que pueda decirle, sin titubeos, si lo que tuvo entonces entre las manos se parece a lo que están recibiendo ahora. Solo así podrá avanzar hacia otra parte más estimulante de la investigación.

A Vittoria no le sorprende que el edificio antiguo ubicado en el número tres de la Via Brenta cuente con portero. El inmueble impone desde la acera: una fachada de piedra bien conservada, sobria y elegante, con grandes balcones que se abren como palcos sobre la calle. Es uno de esos edificios ostentosos que, solo con su fachada, delatan el modo de vida de quien vive dentro.

El portero, un hombre cincuentón de porte correcto, aparece impecablemente vestido: traje oscuro, camisa clara, zapatos lustrados. En la solapa lleva una placa identificativa con su nombre: «A. Nicolini».

—Buenos días, señorita. ¿En qué puedo ayudarla?

Vittoria saca la placa a modo de saludo.

—Soy la inspectora Mecca. Necesito ver a Enrico Sartori. Es importante.

El hombre asiente con una cortesía medida.

—Por supuesto. Permítame contactar primero con el señor Sartori.

Vittoria devuelve el gesto mientras, por dentro, una sonrisa irónica amenaza con escapársele. Piensa que, si lo hubiera visto borracho cantando *I Will Survive* en un karaoke decadente de Tiburtino, no lo llamaría señor con tanta solemnidad.

El portero camina hasta situarse tras un mostrador de madera noble y descuelga el teléfono. Mientras espera, Vittoria observa el interior del edificio. El vestíbulo es amplio y lujoso, con suelos de mármol pulido, lámparas de araña sacadas de una película de fantasía y motivos decorativos que remiten al estilo inconfundible de Coppedè: arcos, relieves, una mezcla armónica de clasicismo y utopía que convierte cada rincón en un espacio singular.

Al cabo de un minuto, el hombre cuelga y vuelve a dirigirse a ella.

—El señor Sartori la recibirá en su casa. Tercera planta, primera puerta a la derecha.

Vittoria asiente sin decir nada y se dirige al ascensor del fondo del recibidor. Las puertas se cierran con un suave susurro metálico.

Cuando se abren de nuevo, Enrico la está esperando. Apoyado en el quicio de la puerta, envuelto en un batín claro, haciendo gala de lo que es: un jubilado acomodado.

—¡Vittoria! Qué sorpresa.

Abre los brazos con entusiasmo y ella no tiene más remedio que corresponderle, forzando una sonrisa mientras lo abraza con la rigidez justa.

—Pasa, pasa. ¿Quieres tomar algo?

—Un café estará bien.

El interior del ático confirma todo lo que Vittoria imaginaba. Es enorme y luminoso, con un salón que se abre a una terraza repleta de plantas y enredaderas que trepan sin pudor por pérgolas y maceteros de diseño. Los muebles, de líneas modernas; los acabados, de calidad. Todo cuidadosamente elegido para transmitir confort y dinero bien invertido.

—¿No está tu mujer en casa? —pregunta Vittoria, dejando el abrigo.

—No. Ha ido a pasar unos días a Florencia con su prima Pierina. Lo hace un par de veces al año. Se marchan una semana y se pasan el día hablando de libros. Las dos están obsesionadas con eso. No hacen otra cosa —dice, riendo mientras se encamina hacia la cocina americana integrada en el salón.

Enrico prepara dos cafés de máquina. Luego los lleva hasta la mesa y le hace un gesto a Vittoria para que se siente frente a él. Ella obedece, rodeando la taza caliente con las manos.

—¿Qué tal todo por comisaría? —pregunta Enrico con media sonrisa—. Tanto me echáis de menos que has tenido que venir a verme.

—Todo bien, Enrico —responde Vittoria—. Por supuesto que se te echa de menos. Y espero verte en la despedida de Neriati.

Él frunce el ceño, sorprendido.

—¿Cómo dices? ¿Neriati se va?

Vittoria asiente.

—Pensaba que lo sabías. Le han ofrecido el puesto de Q*uestore* en Nápoles.

Enrico se lleva las manos a la cabeza, teatral.

—¿En Nápoles? Madre mía… ¿y ha dicho que sí?

Vittoria se bebe el café de un solo trago. El amargor le baja por la garganta mientras asiente y, casi al mismo tiempo, saca el teléfono móvil del bolsillo.

—Enrico, no tengo mucho tiempo. Le pediré a alguien de comisaría que te contacte y te avise de lo de la cena de Neriati, pero ahora necesito que me ayudes con algo.

Él se queda quieto, como si la ligereza de la charla acabara de evaporarse.

—Claro… De acuerdo. ¿De qué se trata?

—¿Recuerdas el caso de Giulia Bernardi?

El gesto de Enrico cambia al instante. Los ojos se le abren un poco más; la sonrisa desaparece, sustituida por una expresión de asombro e incredulidad.

—¿Cómo iba a olvidarlo? —dice—. Si yo estuve en medio del meollo. No sé si sabes que fui yo quien encontró un paquete en una papelera, en la Via di Santa Maria dell'Anima. Me llamaron por radio…

—Conozco la historia, Enrico —lo interrumpe Vittoria con suavidad —. Por eso estoy aquí.

—Ah… De acuerdo.

Ella desbloquea el teléfono.

—Quiero que le eches un vistazo a estas fotografías. ¿Te parece que el que encontraste en 1983 era similar?

En la pantalla aparece la imagen del paquete envuelto en papel de regalo rojo, con un lazo negro cuidadosamente anudado, que alguien dejó sobre la Vespa de Oriol Duarte. En la siguiente fotografía, el papel y el lazo se ven de cerca, con todo detalle.

—Un momento, necesito las gafas.

Enrico se levanta con cierta prisa y camina hacia una gran mesa de madera de roble. Sobre ella descansa un periódico abierto y, encima, sus gafas. Se las coloca apresuradamente y regresa casi corriendo. Le coge el teléfono de las manos a Vittoria.

Observa la pantalla durante unos segundos que a ella se le hacen eternos.

—Sí —dice al fin—. Sin ninguna duda. Lo recuerdo perfectamente. Era exactamente igual.

—¿Estás seguro?

—Sí, sí, te digo que no me equivoco. Recuerdo que parecía un regalo, con el lazo y todo. ¿De dónde lo has sacado?

Vittoria recupera el teléfono y se levanta.

—Será mejor que me vaya, Enrico. Nos vemos pronto.

—Espera —dice él, siguiéndola—. ¿No vas a contármelo?

—Lo estamos investigando. Tal vez no sea nada. Pero me has ayudado mucho. Gracias.

—¿Ha aparecido otro paquete?

Vittoria no responde. Camina hacia la puerta y Enrico la acompaña, visiblemente inquieto.

—Gracias por el café —dice ella antes de abrir.

Sale sin mirar atrás y la puerta se cierra a su espalda, dejando a Enrico inmóvil, con la pregunta aún flotando en el aire y una expresión atónita que Vittoria no llega a ver, pero que imagina con claridad.

Lo primero que hace cuando se despide del portero y pisa la calle es marcar el número de Oriol. Le agrada pensar que, al menos esta vez, va a demostrarle que puede encargarse de ese tipo de gestiones con la rapidez suficiente como para que le asigne tareas más difíciles y de mayor calado.

Él descuelga al tercer tono. Su voz es baja, casi un susurro, como si no quisiera que lo oyeran hablar.

—Oriol, me he reunido con Enrico Sartori. Fue el agente que encontró el paquete que dejó el Siciliano en una papelera en 1983. Le he enseñado las fotos y asegura que el que él encontró era idéntico. Dice que le llamó la atención que pareciera un regalo.

Hay un breve silencio al otro lado.

—Buen trabajo, Vittoria.

La frase le provoca una satisfacción inmediata, breve e infantil.

—¿Dónde estáis? Puedo ir y ayudaros con lo que sea que estéis haciendo.

—Estoy con Dante siguiendo una pista en el Castillo de Sant'Angelo. Vuelve al Palazzo Madama. Andrea y Aurora te pondrán al día; échales una mano. Nos vemos allí.

—Pero yo…

No tiene tiempo de terminar. La línea se corta.

Vittoria no puede reprimir un bufido y maldice en voz baja. Le duele que la manden de nuevo a la sala de operaciones, lejos de la acción. Se siente desplazada. Había pensado que ahora sí, que después de lo de Sartori, podría ir con Oriol y trabajar con él, demostrarle de qué es capaz. Lo último que le apetece es volver a esa enorme y fría sala, a revisar datos en un ordenador junto a ese friki y a la *barbie*.

Comienza a caminar por inercia hacia su coche. Sin prisa. Sin tener claro qué debería hacer. Tal vez debería renunciar, dejar que se apañen por su cuenta. Cuando quisieran darse cuenta del error que han cometido al dejarla marchar, sería demasiado tarde.

El rótulo negro de una *osteria* de acabados modernos, con música *country* sonando de fondo, empieza a atraerla desde la otra acera. La sensación es física, tímidamente magnética, como si algo tirara de ella y no la dejara ir. Es demasiado pronto para que alguien haya empezado a comer.

Precisamente por eso entra.

El camarero la saluda con voz dulce y Vittoria se sienta en la barra.

Levanta la cabeza hacia las botellas de licor alineadas tras el mostrador.

—Ponme un chupito de Johnnie Walker.

El camarero obedece, apurando lo poco que queda en la botella. Vittoria se lo bebe de un trago, notando el regusto amargo al deslizarse por la garganta.

—Tengo que ir al baño. Pon otro mientras tanto.

—No sé si me queda, iré al almacén a buscar otra botella —responde él.

Ella asiente y se dirige escaleras arriba, siguiendo las señales que indican dónde está el aseo.

El lugar está limpio y bien cuidado. El lavabo tiene acabados de mármol y la iluminación, demasiado intensa, resalta cada rasgo cansado que le devuelve el gran espejo. Se inclina, coloca las manos en forma de cuenco y se lava la cara con agua fría.

¿Qué está haciendo?

¿Por qué permite que la traten así?

Es la mejor inspectora de Roma. Lo sabe ella y lo sabe todo el mundo. Menos Oriol Duarte, por lo visto.

Lo que va a hacer es volver a llamarlo y dejarle claro que no puede encargarle aquello que nadie quiere hacer. Que no va a aceptar ese papel secundario.

Baja las escaleras con decisión.

Justo en ese momento, el camarero aparece con otra botella de Johnnie Walker en la mano, arrancando el plástico superior.

—Sírveme ese y cóbrame —dice Vittoria antes siquiera de llegar a la barra.

Pero cuando se sienta, lo ve.

Se queda paralizada, sin saber qué hacer durante unos segundos.

Sobre la madera pulida del mostrador hay un sobre envuelto en papel rojo, perfectamente doblado, con un lazo negro anudado con precisión. Un paquete que antes no estaba allí.

El estómago se le contrae hasta que, por instinto, saca su arma reglamentaria escondida en el interior de la chaqueta.

10

Oriol cuelga el teléfono y vuelve a colocarse en la cola con la naturalidad de quien no quiere llamar la atención. Ha hablado en voz baja, casi susurrando, midiendo cada palabra. Está interpretando un papel y debe ceñirse a él. Allí, entre turistas y mochilas, no es un inspector de la Interpol, sino un visitante más esperando su turno para entrar al Castillo de Sant'Angelo.

Dante lo observa sin disimulo. No le quita los ojos de encima mientras ajusta el peso de la cámara que le cuelga del cuello. Oriol tiene que morderse el labio para no sonreír cuando repara, otra vez, en el conjunto que ha decidido lucir su compañero: el sombrero de paja ladeado, la camisa clara, la expresión concentrada de quien parece estar a punto de fotografiar cualquier cosa… Tiene que admitir que es la primera vez, desde que tomó las riendas de este caso, que sonríe.

—¿Quién era? —pregunta Dante en un murmullo, sin apartar la vista del frente.

—Vittoria —responde Oriol, manteniendo el mismo tono bajo—. Ha hablado con el antiguo agente que encontró el paquete del Siciliano. Dice que son idénticos. Así que esto va en serio. Quien los esté enviando ahora tiene información de primera mano. La descripción de las pruebas no aparece en ningún registro policial. Creo que deberíamos pedirle a Aurora que complete otra lista, pero esta vez con los agentes que estuvieron implicados en el caso durante la década de los ochenta, cuando más repercusión tuvo.

Dante se queda callado, procesando la información. Sus facciones se endurecen apenas un segundo. La cola avanza solo unos pasos, lo justo para obligarlos a moverse y volver a detenerse. Oriol vuelve a contenerse la risa cuando ve al inspector Puzzo flexionar las rodillas para tomar una fotografía del exterior del castillo. Gira la cabeza hacia un lado, intentando recomponerse.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Dante—. ¿Te has reído?

Oriol niega despacio y se mete las manos en los bolsillos, disimulando.

—¿Te estás riendo de mí? —insiste Dante, ladeando la cabeza.

—A ver, amigo… —Oriol cede al fin—. No hacía falta esta puesta en escena. Solo íbamos a entrar como si fuéramos turistas. Pero te has pasado un poco, ¿no crees?

Esta vez no oculta la sonrisa. Dante alza las cejas y murmura algo por lo bajo, una respuesta ininteligible que suena más a protesta que a disculpa.

La cola para visitar el Castillo de Sant'Angelo sigue avanzando con parsimonia. A su alrededor hay familias con niños inquietos, parejas consultando mapas arrugados, grupos de turistas que se hacen fotos sin preocuparse por estorbar. Se escuchan idiomas distintos mezclándose en el aire, el arrastre de las suelas sobre el pavimento antiguo, el murmullo constante de la espera. Desde allí, el castillo se alza imponente, macizo, con sus muros claros recortándose contra el cielo. Oriol levanta la vista un instante y piensa en Giulia Bernardi, en su diario y en las calamidades que tuvo que sufrir. Empatiza con ella como pocas personas podrían hacerlo. Ambos comparten una infancia dura y terrorífica, pero él está ahí y ella no. Tal vez ese fue el motivo por el que decidió convertirse en inspector de policía. No hay nada que le resulte más gratificante que ayudar a quienes han sufrido como él.

Cuando llegan al mostrador, pagan las entradas y recogen las guías sin llamar la atención. Oriol observa el gesto cansado del empleado al arrancar los billetes y marcar el inicio de la visita.

Esperan unos diez minutos más mientras el grupo termina de formarse. Son unas veinte personas, además de ellos. Oriol las repasa con una mirada rápida, entrenada. Un matrimonio de mediana edad discute en voz baja frente a un plano desplegado; ella señala con insistencia un punto que él parece no encontrar. Cerca, un hombre joven viaja solo, mochila al hombro y auriculares colgándole del cuello, absorto en la pantalla del móvil. También hay una pareja de chicas que no deja de hacerse fotos, cambiando de pose cada pocos segundos, ajenas al resto.

El *tour* comienza justo en la puerta. La guía es una mujer joven, de sonrisa fácil y voz dulce, que se presenta con naturalidad y pide al grupo que se acerque un poco más. Empieza explicando la fachada del castillo, señalando la mole circular de travertino.

Cuenta que el edificio fue construido en el siglo II como mausoleo para el emperador Adriano y su familia, y que siglos después se transformó en fortaleza. Menciona el pasadizo elevado, el Passetto di Borgo, que conecta el castillo con el Vaticano y que sirvió como vía de escape para varios papas en momentos de peligro. Oriol escucha a medias, atento a los matices, a los silencios entre frase y frase.

Dante se inclina ligeramente hacia él.

—¿Nos separamos una vez dentro? —susurra.

—No te preocupes —responde Oriol sin mirarlo—. La sala del vídeo era bastante grande. Y una de sus paredes era curva, ¿lo recuerdas?

—Sí.

—Por la dirección de la luz y esa pared curva, lo más probable es que, si esa sala está aquí dentro, se encuentre en uno de los bastiones de la muralla exterior. Solo así se explica esa curvatura y que se escuchara a un guía hablando con un megáfono. —Hace una breve pausa—. Me he fijado en el recorrido. Vamos a pasar por los cuatro bastiones. Es entonces cuando tendremos que buscar.

La visita comienza, tal y como había anticipado Oriol, por la muralla exterior. Caminan junto al grueso muro mientras la guía explica que la fortaleza fue reforzada durante la Edad Media y el Renacimiento para resistir asedios, convirtiéndose en uno de los puntos defensivos clave de Roma. Añade, casi como una curiosidad, que durante siglos fue también prisión y escenario de ejecuciones públicas. Enfatiza esos datos llamativos que tanto atraen a los visitantes.

El primer bastión al que acceden es el de San Giovanni, situado en la esquina sudeste. Allí, el ambiente cambia ligeramente. Reconvertido en sala de exposiciones, en las paredes cuelgan cuadros de un pintor local que ha retratado los principales monumentos de Roma con trazos precisos y colores suaves: el

Coliseo, el Panteón, la plaza de San Pedro. El grupo se dispersa un poco, comentando las obras en murmullos.

Dante y Oriol avanzan con el resto, deteniéndose junto al grupo cuando procede, observando cuando toca observar. Aprovechan cada pausa para examinar el entorno. En un momento determinado, Dante se descuelga unos pasos del grupo y se acerca a un hueco oscuro en la pared sur del bastión. Desde allí parten unas escaleras. Se asoma lo justo, apenas un segundo, y luego niega con la cabeza al encontrarse con la mirada de Oriol.

Oriol, por su parte, se retrasa y explora un pasillo estrecho repleto de placas conmemorativas. Desde uno de sus extremos arranca una rampa de piedra. Espera, calcula el ritmo del grupo y, cuando nadie parece fijarse en él, sube con cuidado. Arriba no hay nada de interés. Solo una estancia vacía, anodina, sin rastro de lo que busca.

Tendrán que probar suerte en el siguiente.

Continúan el recorrido y Oriol camina con una atención obsesiva. Sus ojos no se detienen en los cuadros ni en los detalles decorativos que parecen fascinar al resto del grupo. Examina volúmenes, distancias, curvaturas. Cada sala, cada tramo de muralla, es sometido a una comparación silenciosa con el recuerdo que arrastra del vídeo de Giulia. Busca amplitud, esa pared curva, la disposición de las ventanas, cualquier elemento que encaje con la imagen mental de la sala que aún no ha conseguido localizar.

Avanzan por la muralla exterior sin apenas detenerse hasta llegar al Bastione San Luca. Nada más poner un pie allí, Oriol lo ve: un nivel inferior, claramente diferenciado, al que se accede por unas escaleras de piedra. Los peldaños descienden hacia una zona más oscura. Un cordón impide el paso y, colgado de él, un cartel reza: «Prohibido el paso».

Oriol no aparta la vista. Luego se gira levemente hacia Dante y se inclina lo justo para susurrarle al oído.

—Prepárate. Voy a distraer al grupo. Baja y echa un vistazo rápido.

Dante asiente con decisión.

La guía continúa hablando, ajena a lo que traman. Ahora explica, con la misma voz dulce, que Benvenuto Cellini, escultor y orfebre

italiano, fue encarcelado en el Castillo de Sant'Angelo en 1538, acusado de sodomía. Algunos turistas reaccionan con murmullos de sorpresa.

Oriol da un paso al frente y levanta ligeramente la mano.

—Perdone que la interrumpa —dice en voz muy alta—. He oído una historia sobre una capilla… ¿Cómo se llamaba…? Un lugar donde rezaban los presos antes de salir al patio de las ejecuciones.

La guía se queda mirándolo, visiblemente molesta por la interrupción.

—Usted habla de la capilla de los condenados —responde con sequedad—. Iba a hablar de ella ahora mismo.

Justo lo que necesitaba. Oriol levanta las manos y dibuja en su rostro una sonrisa conciliadora.

—Lo lamento mucho. Solo tenía curiosidad.

Mientras la atención del grupo se centra en la guía y en su explicación, Dante ya ha cruzado el cordón y ha descendido por las escaleras de piedra. Oriol permanece inmóvil, escuchando a medias, midiendo los segundos con una impaciencia contenida.

El discurso se alarga hablando de rituales, condenas y rezos finales. Al cabo de unos instantes, Dante reaparece por el mismo punto por el que ha desaparecido. Busca a Oriol con la mirada y, una vez más, niega lentamente con la cabeza.

A Oriol se le escapa una mueca breve. Un gesto de frustración que desaparece tan rápido como ha surgido. La sala que busca tampoco está allí. Las oportunidades se agotan.

Cuando la guía termina de ofrecer su explicación, no tiene más remedio que agradecerle la aclaración con una leve inclinación. Solo cuando la joven se da la vuelta y reanuda la marcha, Oriol se permite acercarse a Dante.

El siguiente bastión es el de San Marco. Nada más acceder, Oriol percibe que algo es distinto en la estructura del lugar. No sabría decir qué, exactamente, pero lo nota en el ambiente, en la disposición del espacio, en los accesos.

Se cruzan con otro grupo que sale de un pasillo angosto. Varias personas comentan lo curioso que ha sido aquel pasadizo secreto; hablan con entusiasmo, todavía excitadas por el descubrimiento. La

guía aprovecha el momento y comienza a explicar que lo que tienen delante es el Passetto di Borgo, un túnel elevado que conecta el castillo con el Vaticano. Su voz gana tensión y dramatismo. Describe huidas nocturnas, papas perseguidos, pasos apresurados resonando en la oscuridad, leyendas que podrían ser tan ciertas como fantasiosas. Y es precisamente esa duda la que cala en los visitantes.

En ese momento, Oriol y Dante se separan del grupo. Lo hacen con naturalidad, fingiendo interés por unos cuadros colocados en la pared norte del bastión. Nadie parece reparar en ellos. El grupo se dispone a entrar en el túnel estrecho, cargado de historia, cuando Oriol descubre algo que quizá sea lo que le había inquietado desde el principio.

Al inicio del túnel hay unas pequeñas escaleras de caracol que descienden, delimitadas una vez más por un cordón de seguridad. Por la disposición del bastión, es factible que abajo haya un espacio lo suficientemente grande como para albergar la sala donde Giulia grabó la falsa audición del anuncio de Bellavista hace cuarenta años.

Dos niños echan a correr de repente, gritando demasiado alto, desbordando la paciencia de sus padres. El ruido, el movimiento, la breve confusión que desvía la atención... Oriol y Dante no se miran. Simplemente actúan. Retiran el cordón y bajan.

Descienden con rapidez desde el Passetto di Borgo y llegan a un pasillo estrecho que se bifurca. Hay varias puertas a ambos lados. Una está entreabierta y deja ver productos de limpieza, cubos, fregonas, un carro metálico. Otra conduce a una pequeña sala en la que hay un reclinatorio y un confesionario, sencillos y austeros. Al fondo del pasillo, una puerta cerrada. No parece que esa parte del castillo se haya utilizado recientemente.

Avanzan con cuidado, atentos a cualquier sonido, a cualquier sombra que se mueva fuera de lugar. Cada paso está medido.

—¿Has pensado qué vamos a decir si nos pillan? —susurra Dante.

—Que estábamos buscando el baño —responde Oriol sin dudar.

Dante frunce el ceño.

—Poco creíble.

—Entonces será mejor que no nos pillen —dice Oriol en voz baja —, porque no quiero tener que escuchar a Lefebvre y sus lecciones de vida.

Mientras habla, saca del bolsillo interior el estuche de herramientas Spytool y coge las ganzúas. Trabaja con rapidez y precisión. Dada su pericia, la cerradura cede sin oponer resistencia.

La puerta se abre.

Dante observa la escena sin decir una palabra, pero con una expresión clara de asombro.

—No vas a dejar de sorprenderme nunca.

La sala está a oscuras. El aire es denso, huele a cerrado, a polvo acumulado durante años. Oriol tantea la pared en busca de un interruptor que no encuentra. La oscuridad parece tragarse los contornos, deformarlos. Dante avanza un par de pasos y descorre una cortina que cubre una ventana.

La luz entra de golpe.

Y entonces lo ven.

El color azul de las paredes. La forma inconfundible de la curvatura del muro del fondo. No hay duda posible. Han pasado cuarenta años, pero no se aprecian grandes cambios.

Esa es la sala.

La han encontrado.

Oriol saca el móvil y fotografía la estancia desde varios ángulos, con movimientos rápidos y precisos. Se asegura de capturar la curvatura del muro, la disposición de las ventanas, cada detalle que confirme lo que ya sabe.

—Fue aquí —murmura—. Justo al lado del Passetto di Borgo. Interesante.

—¿Crees que alguien lo usó para venir hasta aquí con Giulia desde el Vaticano?

Dante observa la sala una vez más antes de responder.

—Podría ser. Explicaría por qué desapareció de la faz de la tierra sin testigos… o al menos sin testimonios que no se contradigan entre sí.

Oriol asiente, pensativo.

—Cabe la posibilidad de que Giulia sí regresara aquel día al Vaticano, pero que por algún motivo no volviera a casa. Que saliera de nuevo por este pasadizo. Eso encajaría con el testimonio de los gendarmes que decían haberla visto regresar.

—Pero contradiría el de quienes aseguraban haberla visto paseando por los bajos del Tíber.

—Elemental, querido Puzzo. En este caso hay que tener claro que no puede uno fiarse de nada… ni de nadie. Lo más probable es que aquello fuera una estrategia del Siciliano para aprovechar la repercusión del caso e intentar que liberaran a Domenico Valentis. Pero ¿quién sabe?

Entonces se escuchan pasos a sus espaldas. El sonido llega amortiguado, pero inequívoco. Una voz al fondo, irritada:

—¿Qué hace abierta esa puerta?

Oriol y Dante cruzan una mirada fugaz. Por puro instinto buscan una salida alternativa. No hay ninguna. La sala es cerrada y la única puerta es la que Oriol ha forzado.

Los pasos se acercan. El gesto de Dante cambia poco a poco; sus hombros se tensan, su expresión se transforma en la de alguien que empieza a aceptar la derrota. Antes de que pueda decir nada, Oriol lo agarra del brazo y lo arrastra hasta el fondo de la sala. Se esconden detrás de una estantería, pegados a la pared curva.

Contienen la respiración.

La puerta se abre. Alguien entra. Permanece allí unos segundos que se hacen interminables. El aire parece espesarse. La persona maldice en voz alta, algo ininteligible, vuelve a correr la cortina que Dante había descorrido y abandona la sala. La puerta se cierra de nuevo con un golpe seco, seguido del sonido de la cerradura.

Dante suelta el aire de golpe, un suspiro largo y tembloroso. Se pasa una mano por la cara, todavía agitado.

—Espero que puedas abrirla desde dentro.

Tras unos minutos de espera, Dante avanza unos pasos en la penumbra y mueve levemente la cortina para que entre algo de luz, Oriol levanta una mano.

—Espera. Mira esto.

Señala el suelo. Hay unas marcas bajo la estantería, una baldosa recortada que llama la atención.

—¿Y eso? —susurra Dante.

—No lo sé. Pero vamos a averiguarlo.

Ambos desplazan la estantería sin esfuerzo. En el suelo aparece una trampilla que se abre con cierta dificultad; parece que la última vez que alguien la levantó fue hace mucho tiempo. Debajo aparecen unos peldaños de piedra que descienden hacia la oscuridad.

—Vamos. Enciende la linterna del móvil —dice Oriol.

—¿En serio vamos a bajar por ahí?

Oriol ya se ha adentrado en el hueco. No contesta.

Dante lo sigue, resignado. Descienden hasta un punto en el que la escalera termina y se abre ante ellos un angosto conducto por el que discurre una pequeña corriente de agua. El sonido fluye de manera constante. Las paredes están cubiertas de humedad, moho y suciedad acumulada durante años. Avanzan despacio: Oriol al frente, iluminando a ambos lados; Dante detrás, atento, temiendo encontrar lo inevitable en cualquier recodo.

Recorren unos quinientos metros en los que el conducto se va estrechando aún más, hasta obligarlos a avanzar agazapados, uno detrás del otro. La luz natural comienza a filtrarse al fondo, débil pero prometedora.

Finalmente, el túnel termina y vislumbran el exterior, sorprendidos por el lugar en el que se encuentran.

El pasadizo desemboca en el río Tíber, en un punto oculto entre la vegetación y los muros de piedra. Sus pies pisan una pequeña orilla fangosa.

Oriol levanta la vista y examina el lugar. Observa a su alrededor. El agua del río baja con un caudal sucio que arrastra ramas y basura de todo tipo. Una rata aparece de la nada y salta para desaparecer por el túnel, provocando que Dante dé un respingo.

Algo inquieta a Oriol. Coloca los brazos en jarra y pierde la mirada en el río.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? —pregunta Dante.

—Espero que tus zapatos no sean muy caros.

11

Andrea Cialdoni apenas es consciente del espacio que lo rodea. La música de Rammstein retumba en los auriculares a todo volumen, una vibración constante que le ayuda a aislarse. Acaba de comprobar que el *software* de reconocimiento facial no arroja ninguna coincidencia con el hombre que hay tras el cardenal Fabbri y Domenico Valentis en la fotografía recibida esa misma mañana. Además, ha confirmado que el teléfono de una tal Leyla Hasanova fue saboteado para realizar una llamada desde Azerbaiyán a Gilberto Valentis cuando Oriol y Dante se encontraban en su casa.

Ahora vuelve a recorrer, por enésima vez, el rastro del correo electrónico enviado bajo el alias de NightCrawler. Analiza datos que solo alguien como él entendería: *timestamps*, rutas de enrutamiento fragmentadas. Todo está cuidadosamente contaminado. Saltos por nodos intermedios, servidores comprometidos usados como *relays*, capas de cifrado encadenadas con maestría. No es solo anonimato; es una puesta en escena. Andrea reconoce ese patrón con la misma certeza con la que se reconocería en un espejo. Esa obsesión por borrar huellas, por no dejar ni el más mínimo error, solo puede pertenecer a alguien con un conocimiento extraordinario como NightCrawler.

Levanta la vista apenas un segundo y, de reojo, observa a Aurora Baudino. Sigue sentada en la misma posición desde hace horas. No se ha levantado ni siquiera para ir al baño. Frente a ella, una lista interminable de nombres se transforma en un mapa repleto de anotaciones: subrayados verdes, círculos rojos, marcas azules.

No han cruzado una sola palabra. Es un silencio al que Andrea está muy acostumbrado y que no le incomoda.

La calma reinante se rompe de repente cuando la puerta de la sala de operaciones improvisada en el Palazzo Madama se abre de golpe.

Un sonido seco resuena por encima de la música y Andrea alza la cabeza.

Oriol y Dante entran con un aspecto lamentable. La ropa empapada, manchada de algo oscuro, se les pega al cuerpo. El olor llega antes que cualquier palabra: húmedo, rancio, insoportable. Parecen haber salido directamente de una alcantarilla.

La música sigue sonando, pero ya no consigue aislarlo de nada.

Se quita los auriculares y la música se apaga de golpe, devolviéndolo a la realidad. Se pone en pie al mismo tiempo que Aurora, que empuja su silla hacia atrás con gesto de preocupación.

—¿Estáis bien? —pregunta ella.

Oriol ladea la comisura de los labios.

—Hemos tenido problemas. Pero la buena noticia es que hemos averiguado que la sala que buscábamos está en el Castillo de Sant'Angelo. Concretamente, en la zona inferior del bastión San Marco. Buen trabajo, Andrea.

El inspector Duarte coloca el teléfono que lleva en la mano sobre la mesa. Andrea no puede evitar fijarse en un detalle absurdo: de la manga del abrigo le cuelga algo verdoso, viscoso, una especie de alga que gotea lentamente sobre el suelo.

—He hecho fotos —continúa—. Ha sido todo un reto conseguir que el teléfono no se mojara, así que espero que sean lo suficientemente buenas.

—¿Pero qué os ha pasado? —pregunta Andrea, aún incrédulo.

Dante se pasa una mano por el pelo, dejándolo todavía más revuelto.

—Hemos encontrado un pasadizo dentro de esa sala. Oriol ha tenido la brillante idea de inspeccionarlo… y hemos ido a parar al Tíber.

Aurora se tapa la boca con la mano. Andrea aprieta los labios. Ninguno parece saber qué decir.

—¿Y a vosotros qué tal os ha ido? —pregunta Dante—. ¿Habéis averiguado algo?

Andrea asiente y hace un gesto para que se acerquen a la pantalla. Al caminar, cada paso provoca ese sonido inconfundible y desagradable de los zapatos aún empapados: un *chof* blando y pegajoso que se desprende del suelo con esfuerzo. Dante y Oriol se colocan detrás de él, inclinándose ligeramente para ver mejor.

—He seguido el rastro del correo y lo he comparado con la publicación de los documentos filtrados del Vaticano —explica Andrea—. No hay ninguna duda. La forma de ocultarse, de contaminar las rutas, de fragmentar la información… es la misma. Quien envió el correo es NightCrawler, o alguien con los mismos conocimientos, lo cual es bastante improbable.

—Me lo imaginaba —admite Oriol, sin sorpresa—. Por favor, comprueba que no haya trascendido nada sobre Giulia Bernardi en ningún foro. Ya sabes cómo son este tipo de personas: les gusta exhibir sus logros. Busca hasta debajo de las piedras y revisa si hay publicaciones nuevas de NightCrawler. Haz lo mismo con el cardenal Fabbri y con Eva Bozzuto, la chica que desapareció un mes antes que Giulia.

Luego gira la cabeza hacia Aurora.

—¿Y a ti qué tal te ha ido?

—Tengo algo —responde ella, y esta vez no oculta la sonrisa.

Recoge sus papeles y los abre en un abanico de colores imposible de descifrar para cualquiera que no sea ella.

—El cardenal Dupont está vivo y reside aquí, en Italia. Fue uno de los afectados por el Vatileaks. Aparecieron documentos relacionados con investigaciones de la Iglesia con respecto a una denuncia de acoso a la que su archidiócesis de Cambrai, en Francia, no prestó demasiada atención. El monaguillo de una parroquia describió lo que, según él, fueron tocamientos y actitudes indebidas. El Vaticano ordenó apartarlo de toda actividad cuando salió a la luz y se retiró a un monasterio cartujo en Viterbo.

—¿Tienes una copia de esas denuncias? —pregunta Oriol.

—Sí, las tengo, pero aparecen dentro de los documentos filtrados del Vatileaks. Supuestamente son investigaciones internas del Vaticano y oficialmente no se ha reconocido la autenticidad de esos documentos.

—Son auténticos —asegura Andrea.

La palabra cae en la sala con más peso del esperado. Todos giran la cabeza hacia él al mismo tiempo. Durante un instante se siente fuera de lugar, demasiado expuesto, como si hubiera hablado más alto de lo debido. Ahora debe explicarlo.

—Un *hacker* como NightCrawler no se arriesgaría a difundir documentos falsos —añade, forzándose a mantener la voz firme—. No juega a la desinformación. Si los ha publicado es porque son auténticos.

Oriol asiente despacio.

—Sí, yo también lo creo. Si fueran falsos, alguien habría salido ya a explicarlo y a desmentirlo —dice—. Envíame todo lo que tengas de Dupont. Y revisa si hay más denuncias en los archivos filtrados del Vaticano: otros cardenales, sacerdotes, cualquier persona relacionada con la Iglesia que conviviera o tuviera contacto con Giulia Bernardi.

—¿Qué quieres hacer con Dupont? —pregunta Dante.

—Le haremos una visita. Viterbo no queda muy lejos de aquí, ¿verdad?

—A una hora y media en coche.

—Entonces iremos mañana por la mañana. Tengo una pregunta, Aurora: ¿qué organismo gestiona el Castillo de Sant'Angelo?

—Es patrimonio italiano y lo gestiona la Dirección de Museos Estatales de Roma, que pertenece al Ministerio de Cultura —contesta Aurora.

—Bien, contacta con ellos y consigue que nos reciban lo más pronto posible. Necesito averiguar quién podría haber tenido acceso a esa sala y con qué fin.

Aurora apunta las órdenes en su libreta. Dante se cruza de brazos y los observa unos segundos.

—¿Habéis comido? —pregunta.

Andrea niega con la cabeza. Aurora hace lo mismo.

—Son más de las cuatro. Parad para comer; va siendo hora —dice Dante—. Oriol y yo iremos a darnos una ducha y a cambiarnos de ropa. Volveremos en cuanto terminemos.

Oriol asiente, con la mirada puesta en la pantalla de Andrea.

—Creo que antes de irte vas a querer ver esto, Oriol.

La voz irrumpe a sus espaldas con una claridad inesperada. Andrea se gira.

La inspectora Mecca acaba de entrar en la sala de operaciones improvisada. Su expresión es seria, tensa. En una mano sostiene un

sobre de pruebas transparente que atrapa la luz del techo y deja entrever su contenido. El ambiente, que ya era denso, se vuelve de pronto más pesado.

Vittoria Mecca no puede negar que está saboreando la sensación. Tener a Oriol Duarte pendiente de cada una de sus palabras le resulta adictivo. Siente que ahora la observa de otra forma, con una atención que no estaba ahí antes, como si ningunearla hubiese dejado de ser una opción viable. Y eso le gusta.

Mucho.

Nota cómo sus ojos se detienen en el sobre transparente que lleva en la mano. El papel de regalo rojo asoma sin pudor, inconfundible. Vittoria reduce el paso, consciente de cada movimiento, y lo alza con un dramatismo medido, lo justo para que todos lo vean. Se permite el lujo de gustarse mientras lo hace.

—¿Dónde has encontrado eso? —pregunta Dante Puzzo.

Ella le dedica una mirada lenta, de arriba abajo, acompañada de una mueca que no se molesta en disimular. Después fija los ojos en Oriol.

—Apestáis, por cierto.

Se gira sin esperar respuesta y ocupa una de las sillas libres. Al sentarse, se da una palmada en las rodillas con ambas manos, un gesto casi alegre, antes de continuar.

—Resulta que fui a ver a Enrico Sartori, mi antiguo compañero en los carabinieri. Como te dije por teléfono, ha reconocido los paquetes y asegura que el que él encontró en 1983 era igual. Como es un jubilado un tanto pesado, me fui pronto de su casa y entré en un bar cercano para ir al baño. Cuando salí, alguien había dejado esto sobre la barra —dice, mostrando una vez más el sobre de pruebas, en cuyo interior hay un paquete envuelto con papel de regalo rojo y un lazo negro.

—¿Son más páginas del diario? —pregunta Dante.

—Así es.

—¿Qué te ha dicho el camarero? ¿Tienes una descripción?

—Casualidades de la vida… El camarero estaba en el almacén y no lo vio.

—¿Has revisado las cámaras de seguridad? —inquiere Oriol.

Vittoria Mecca ríe con sarcasmo.

—Sí, inspector Duarte. Es lo primero que he hecho, además de interrogar al camarero y comprobar su identidad. El bar no tiene. Sin embargo, encontré dos cámaras de tráfico en los cruces a ambos lados de la calle. Podrían servir.

Oriol asiente sin perder tiempo.

—Dale la dirección a Aurora y que consiga una orden para esas imágenes.

Vittoria vuelve a reír con sarcasmo y se lleva la mano a la frente en un saludo militar exagerado.

—Ya me he encargado yo. Como me habías colgado y me habías pedido que volviera aquí, supuse que estarías muy ocupado. Por eso llamé a mi comisaría. Un equipo de la Unidad Científica se ha desplazado hasta ese bar y en estos momentos están tomando muestras, buscando huellas y ese tipo de cosas que hacen los polis.

Dante mira a Oriol con las cejas levantadas.

—La próxima vez, antes de tomar esa decisión, debes llamarnos. No estás al mando, Vittoria, y esta investigación es confidencial —advierte Oriol.

—¿Tengo que pedir permiso para respirar, inspector Duarte?

Él hace como que no ha oído ese comentario y no contesta.

—También quiero la dirección de tu amigo Enrico —añade Oriol—. ¿Su edificio tiene cámaras?

—Supongo que sí. Es un buen barrio. Hay portero.

—Interroga al portero y que Aurora consiga una orden para esas grabaciones también.

La reacción de Vittoria es inmediata.

—¿De qué estás hablando? Enrico no tiene nada que ver, joder. ¡Es uno de los nuestros!

—Para mí, Enrico es alguien que estaba muy cerca de ti cuando recibiste ese paquete —responde Oriol con calma—. Y también es de las pocas personas que siguen con vida que conocen el aspecto que tenían esos paquetes en 1983. No voy a pasarlo por alto, Vittoria.

Ella se levanta de forma brusca, más agresiva de lo necesario. Se acerca hasta quedar a pocos centímetros de él, con el gesto desencajado.

—¿Tienes algo contra los carabinieri?

Oriol ni se inmuta. Ni un parpadeo. Desvía la mirada hacia Dante.

—¿Nos dejáis un segundo, por favor?

La tensión crece a cada segundo. Dante, Andrea y Aurora se dirigen a la puerta sin decir palabra. Vittoria sigue clavada frente a Oriol, respirando rápido, hasta que la sala queda en silencio.

Él espera un instante antes de hablar.

—Estás enfocando esto como algo personal. No tengo el más mínimo interés en competir contigo. No nos conocemos, pero has de saber que lo único que me importa es resolver el caso.

—Entonces ¿por qué me has aislado desde que llegué? —replica ella—. Me enviaste sola a investigar algo que podía hacer cualquier novato.

—Te envié a ti porque eres carabinieri y tienes relaciones que el resto no tenemos. Y a la vista está que fue una buena idea: lo resolviste en unas horas.

—Lo que querías era librarte de mí. ¡No me jodas!

—Me da igual lo que creas —dice él sin elevar la voz—. Si quieres seguir trabajando con nosotros, bien. Creo que puedes ser útil. Pero esta actitud no puede volver a repetirse. Si vuelve a suceder, estás fuera. ¿Entendido?

Vittoria suelta una carcajada seca, incrédula.

—Imagino que lo de tomar un trago será algo puntual y no supone un problema. ¿Verdad? —pregunta Oriol.

La risa se corta en seco. Lo fulmina con la mirada; el estómago le da un vuelco mientras se pregunta cómo demonios lo ha sabido. Ha estado mascando chicles todo el camino, precisamente para evitar el olor.

Oriol capta su sorpresa y remata, tranquilo:

—Si tenías ganas de ir al baño, lo lógico habría sido usar el de tu amigo. No el del primer bar que te encontraste. Y tampoco habrías vuelto a la barra, donde encontraste el sobre. Por cierto, ¿lo has leído?

Vittoria respira hondo. Quizá no ha calculado bien esta vez. Ese carácter nocivo que aparece sin previo aviso, que no sabe controlar cuando siente que alguien intenta situarse por encima de ella. Intenta retomar el control.

¿Ha sido realmente así? Al margen de que la actitud de Oriol le resulte distante, ¿la ha tratado mal?

Repasa mentalmente cada gesto, cada orden. ¿Hay diferencia en la manera en la que trata a Aurora o a Andrea respecto a ella? No sabría decirlo. Ellos han trabajado en esa sala enorme y fría; ella, al menos, ha salido a la calle, ha tenido margen de maniobra. Tal vez no sea desprecio. Tal vez solo sea su forma de trabajar.

Sea como sea, no quiere quedarse fuera del caso. Tiene la sensación de que se está cociendo algo grande dentro de esas cuatro paredes, algo que no aparece todos los días, y necesita formar parte de ello. Además —aunque reconocerlo en este preciso instante le resulte una auténtica odisea—, la manera de trabajar de Oriol Duarte es, cuanto menos, fascinante. Directa, meticulosa y precisa.

Tendrá que hacer de tripas corazón.

Omite la primera parte de la reprimenda y agita el sobre transparente.

—Quería llevarlo yo personalmente al laboratorio para que empezasen ya con él —dice, agitando una vez más el sobre—. Pero antes de procesar la prueba he hecho unas fotos. Y sí, lo he leído.

—¿Había algo interesante?

—Creo que deberías verlo tú mismo. Tal vez me arrepienta de esto, pero… ¿qué tal si te envío las fotos y las lees de camino a comisaría para procesar la prueba? De paso podréis daros una ducha. Os hace falta.

—Me parece una idea estupenda.

Vittoria inclina la cabeza, satisfecha.

—Entonces busquemos alguna toalla —añade—. No quiero que me desgraciéis los asientos.

DIARIO III

«*Tú sosiegas el estruendo de los mares, el estruendo de sus ondas…*»
— Salmos 65:7

Dupont se marchó pronto.

Eso es lo que me repetí durante mucho tiempo. Pensaba, sin mucho tino, que aquello supondría el fin de mis problemas.

No lo fue. En absoluto.

Nunca pude olvidar el olor a *bourbon* que salía de su boca cada vez que se acercaba demasiado a mí. Tampoco su manera de hablar. Ese acento francés que volvía las palabras suaves y engañosas; la forma en que alargaba las vocales y arrastraba la erre; cómo pronunciaba ciertas palabras bajando la voz al final, casi en un susurro. Decía *ma chère* con una asquerosa dulzura que yo detestaba.

Después de que se fuera, mi actitud cambió por completo. Me llevó semanas volver a pasear por los jardines vaticanos sin miedo. Caminaba tensa, mirando atrás cada pocos segundos, con el pavor instalado en el cuerpo. En mi cabeza se repetía la misma idea: volvería. Regresaría al Vaticano por cualquier asunto relacionado con la Iglesia y, entonces, no se iría. Se quedaría para siempre.

Durante los meses anteriores, cuando él todavía estaba allí, dormí una media de dos horas al día. Caía rendida cuando el cuerpo ya no resistía más y descansaba lo justo hasta que una pesadilla me despertaba de nuevo. El miedo no me abandonaba ni siquiera en sueños.

Mi padre solía decir que dormir era su momento favorito del día, que cuando uno sueña es libre y puede visitar lugares que de otro modo no podría jamás. Siento contradecir a mi padre, pero yo vivía en el mismo infierno en ambos mundos.

Tres o cuatro veces me hice pipí en la cama. La primera vez mi madre no dijo nada. Me regañó en voz baja y ahí quedó todo, en un

descuido. A la tercera vez me llevaron al médico. Aún recuerdo al hombre de bata blanca con el estetoscopio colgado al cuello sonreír mientras decía que era lo más normal del mundo. Que los niños pasan por muchas fases a lo largo de su infancia y que pueden darse episodios de ese tipo que se resuelven por sí solos con el tiempo.

Yo rezaba a diario para que no se repitieran esos episodios.

Ahora, al volver la vista atrás, veo todas las oportunidades que tuve de contarle a alguien lo que me estaba pasando. Me duele haber sido incapaz de vencer el miedo. O, mejor dicho, el terror. No tuve fuerzas para abrir la boca. Aún me pregunto qué habría pasado si lo hubiera hecho. ¿Me habrían hecho daño? ¿Habrían hecho daño a mis padres? ¿Nos habrían expulsado del Vaticano?

Eso último incluso podría haber sido una buena opción. Tal vez así nos habríamos marchado de aquel lugar donde yo ya no quería estar. Pero también soy consciente del dolor que eso causaría en ellos. Esa sensación me afectaba mucho; jamás les habría hecho daño.

Poco después de que Dupont se marchara conocí a un hombre que tenía muy claro lo que habría sucedido si yo hubiera hablado. O, al menos, eso repetía una y otra vez cuando contaba sus historias. Siempre decía la misma frase, sin cambiar una palabra:

«Todo aquel que ose enfrentarse al Vaticano sufrirá la ira de Dios; y, si Él está ocupado, nos encargaremos de que acabe dando de comer a los peces del río».

Después se explayaba en la explicación. Decía que en la desembocadura del Tíber hay unos diques que retienen todo lo que baja con la corriente. Solía contarme que los bancos de peces se acumulan por esa zona, pendientes de todo lo que arrastra el río para alimentarse.

Escribiendo estas líneas intento entender el motivo por el que durante mi infancia me bloqueé y que me impidió levantar la voz. Lo cierto es que no ha cambiado mucho respecto al que me impide hacerlo ahora. Aunque ya sea demasiado tarde.

Hablo del miedo.

Un sentimiento que solo puede explicar quien lo sufre. Que te invade y se apodera de ti, anulándote como persona, como ser vivo.

El hombre que repetía esa frase una y otra vez era el secretario del cardenal Fabbri. No supe su nombre hasta mucho después. Es triste volver la vista atrás y descubrir mi ignorancia. Una pena que sea ahora cuando más información tengo. Cuando ya nada importa, cuando todo está perdido y cuando, por mucho que lo lamente, ya no tendré opción de contarle al mundo mi verdad.

Porque nadie me va a encontrar jamás.

He pensado en esconder este diario en algún lugar. Tal vez alguien lo encuentre con el tiempo y, si tengo la suerte de que aún se me recuerde, el mundo entero pueda saber qué sucedió.

Tengo mis reservas al respecto. Hace un mes desapareció una chica a la que yo conocía. Se llamaba Eva Bozzuto. No es que la conociera mucho. Sé quién es porque es vecina de una chica de mi clase que siempre está contando historietas y una vez contó que Eva es una jovencita bastante desobediente. Al parecer, ha llegado tarde a casa varias veces y los gritos de su padre se oyen hasta en las catacumbas.

Ese es el motivo por el que la conozco, y también porque la he visto entrar varias veces al Vaticano de noche.

Mi ventana es perfecta para eso, para ver sin ser vista. Cuando empieza el buen tiempo me gusta dormir con la ventana abierta: bajo la persiana y dejo un par de dedos por los que entre el aire y por los que poder echar una ojeada si oigo algo que me resulte curioso o digno de atención. Vivo en una planta baja, a ras de suelo. Así que tengo una buena perspectiva de todo aquel que camina cerca.

Solo han pasado unas semanas desde que Eva desapareció. Y ya nadie se acuerda de ella. Qué triste.

Ni una noticia en el periódico, ni una pista. Nada.

Una nada superlativa que me aterra.

Quizá deba darle la razón a Benti. Así llamaba el cardenal Fabbri a su secretario continuamente cuando quería algo de él: «Benti, haz esto», «Benti, haz lo otro», y yo acabé junto a Eva alimentando a los peces del río.

Benti fue quien se acercó a mí poco después de marcharse Dupont. Yo lo había visto alguna vez por el Vaticano. Llamaba mucho la atención: era un hombre alto y delgado, con una larga barba negra. Mi madre me había explicado que los cardenales tienen un secretario que les ayuda porque son personas muy importantes y deben contar con apoyo constante. Me dijo que incluso algunos tienen un enfermero detrás, por si les pasa algo.

Ojalá le hubiera pasado algo al cardenal Dupont.

Él no tenía secretario, así que no debía de ser tan importante como Fabbri.

Benti vino por primera vez portando una bolsa de La Galleria dei Giocattoli, la juguetería a la que toda niña romana de mi edad quería que la llevaran sus padres. Me la ofreció y me dijo que era un regalo del cardenal Fabbri. Explicó que se había fijado en que a otros niños les apasionaba una especie de caja de colores que los entretenía durante horas y que una niña tan guapa como yo merecía tener una.

No dijo nada más. Se levantó y se marchó.

Después de lo de Dupont yo no miraba a la gente a la cara. No levanté la vista hasta que estuvo muy lejos y, cuando abrí la bolsa, descubrí que en su interior había un cubo de Rubik.

Pasé horas y horas jugando con él durante los años siguientes, que, a decir verdad, fueron tranquilos y los mejores de mi vida. Aprendí a resolver el cubo: primero una cara, después dos capas y, con el tiempo, un par de años más tarde, era capaz de completarlo en menos de cinco minutos desde cualquier posición.

Lo que nunca pensé, durante todo el tiempo que empleé en descifrar sus secretos, es que la persona que me lo había entregado escondía mucho más que unas palabras bonitas.

Jamás pensé que ese regalo, que tanto me acompañó, fuera también el principio de mi perdición.

12

Oriol Duarte lee las nuevas páginas del diario durante el trayecto, con el cuerpo inclinado hacia delante y el codo apoyado en la ventanilla, ajeno al tráfico y al murmullo constante de la ciudad. Las palabras se le quedan adheridas a la cabeza, no por lo que dicen —ya ha aprendido a convivir con el horror—, sino por la naturalidad con la que están escritas. No hay victimismo, no hay búsqueda de compasión. Eso es lo que más le inquieta. Cuando el coche se detiene frente a la comisaría, siente que aún no ha terminado de procesarlo, que algo sigue recolocándose en su interior.

Mientras la inspectora Mecca procesaba la prueba, Dante y él se han duchado y cambiado de ropa. Lo necesitaban después del incidente en el Tíber.

Durante el trayecto posterior de vuelta a la sala de operaciones, apenas hablan. El agua de la ducha no ha conseguido borrar la dureza de las palabras escritas por Giulia. El inspector Puzzo, a quien incomodan los silencios, acaba pidiéndole a Vittoria que explique con detalle su encuentro con Enrico Sartori. Ella lo hace y Oriol escucha sin interrumpir, atento a los matices, a lo que se dice y a lo que se omite. Toma nota mental de todo, incluso de las pausas.

Al llegar al Palazzo Madama encuentran a Andrea y a Aurora sentados en las mismas sillas. También está Donato Villa, apoyado cerca de la mesa, observándolo con esa mirada inquisitiva que no ha perdido ni siquiera después de dejar el periodismo. Ha sido Oriol quien le ha pedido que se acerque. En este punto de la investigación puede ser muy útil.

Sobre la mesa quedan restos evidentes de comida rápida: envoltorios de papel arrugados, una caja de cartón manchada de grasa, vasos de café ya fríos. Andrea se apresura a recogerlo todo en cuanto los ve entrar. Oriol no puede evitar pensar que Dante ha acertado de pleno al elegir al equipo. Nadie se ha movido de su asiento en todo el día. No hace falta pedir compromiso cuando se demuestra con actos.

—¿Qué tal estáis? —pregunta Dante, rompiendo el silencio.

—Hemos comido algo —responde Aurora—. Íbamos a volver al trabajo ahora mismo.

Donato Villa se pone en pie y se acerca a Oriol para estrecharle la mano. A pesar de su edad, tiene el gesto despierto, expectante; esa energía que no se pierde del todo cuando uno ha pasado la vida persiguiendo historias.

—Gracias por llamarme, inspector Duarte. ¿Ha habido novedades?

—Ya lo creo, señor Villa. Tome asiento. Voy a necesitar sus conocimientos.

A Donato se le dibuja una sonrisa amplia y obedece. Vittoria Mecca y Dante también se sientan. Oriol, en cambio, permanece de pie, con las manos apoyadas en el respaldo de una de las sillas, dominando la sala con la mirada. La luz artificial resalta el cansancio en los rostros, pero también una tensión contenida, una expectativa que flota en el aire.

—Señor Villa —comienza—, han aparecido nuevas páginas del diario de Giulia Bernardi. Alguien está jugando con nosotros al gato y al ratón. Y no es un aficionado. No ha dejado huellas ni restos de ADN, ni ha sido captado por cámaras. Nada. Ni una sola pista. Además de eso, hemos descubierto que la sala azul de la grabación se encuentra en el Castillo de Sant'Angelo.

El periodista abre los ojos, sorprendido.

—¿Puedo leer esas páginas, por favor? —pregunta, inclinándose ligeramente hacia delante.

—Por supuesto. Pero antes quiero hacerle una pregunta —contesta Oriol, sacando su teléfono móvil—. ¿Reconoce a este hombre?

El inspector Duarte le muestra entonces la foto que NightCrawler ha enviado al correo electrónico de Gilberto Valentis junto a las páginas del diario.

Donato Villa se esfuerza por enfocar la vista y tarda unos segundos en contestar.

—¿Se refiere al hombre de atrás, verdad?

Oriol asiente.

—Por supuesto. Es Ugolino Bentivoglio. Monseñor Bentivoglio, para ser exactos. Fue el secretario del cardenal Fabbri.

—¿Sabe si está vivo?

—No. De hecho, falleció unos días después de desaparecer Giulia. Lo encontraron muerto en su cama; por lo visto arrastraba un cáncer terminal. Curiosa foto, por cierto. ¿De dónde la ha sacado?

El inspector Duarte necesita unos segundos para procesar la información acerca de Bentivoglio. Es un dato importante. Después se gira hacia Vittoria.

—Vittoria, por favor. Envía las fotos del diario a Andrea para que las imprima y que el señor Villa pueda leerlas. Su opinión es muy importante.

Ella baja la cabeza hacia el móvil y sus dedos se mueven con rapidez. Andrea ya está girando la silla hacia el ordenador, concentrado en la pantalla. Oriol continúa hablando, con la voz firme y medida.

—Hemos descubierto que los paquetes que estamos recibiendo tienen exactamente el mismo aspecto que los enviados hace décadas por la persona conocida como El Siciliano. Entonces aseguraba tener secuestrada a Giulia, decía pertenecer a la mafia y exigía la excarcelación de Domenico Valentis a cambio de su liberación.

Hace una pausa y le hace un gesto a Dante. Este le pasa una botella de agua desde atrás. Oriol bebe un trago corto antes de seguir.

—Los paquetes son inconfundibles: papel de regalo rojo, lazo negro. Siempre el mismo cuidado en los detalles. Por eso creemos que quien los está enviando ahora es la misma persona que lo hizo hace cuarenta años… o alguien que estuvo muy cerca de aquellos envíos y conoce su significado al milímetro.

Andrea se levanta para entregar las hojas recién impresas. Donato se inclina hacia delante y las recoge con ambas manos, como si temiera que se deshicieran. Oriol observa su reacción en silencio. Sabe que, en cuanto empiece a leer, nada en esa sala volverá a ser exactamente igual.

Donato agacha la mirada y se ajusta las gafas antes de empezar a leer. El gesto es lento, casi ceremonioso, como si necesitara unos segundos para prepararse.

—Espere, señor Villa. Tendrá tiempo de leerlas después. Ahora queríamos hacerle unas preguntas. Es muy relevante que haya reconocido al hombre que le he enseñado en la foto como Ugolino Bentivoglio. En las páginas del diario se menciona a un hombre al que llaman «Benti». Todo indica que hablan, precisamente, de Ugolino Bentivoglio —interviene el inspector Duarte.

Donato levanta la vista de inmediato, sorprendido pero dócil.

—Comprendo. Desconozco el papel que monseñor Bentivoglio puede tener en este caso. Es cierto que ahora su muerte resulta cuanto menos oportuna, aunque he de reconocer que jamás me había planteado nada al respecto.

—Cuando lea el diario descubrirá que Giulia tuvo problemas con un cardenal llamado Dupont. ¿Le suena?

Donato niega con la cabeza. Oriol se gira hacia Aurora Baudino.

—¿Puedes darme la lista de las personas que vivían en el Vaticano en 1983 y que continúan con vida?

—Claro. He conseguido delimitarla un poco más. He repasado la situación de algunos integrantes y su estado de salud los descarta como sospechosos. Retirando a personas mayores frágiles, con patologías o incapacidades severas, la lista se reduce a treinta y tres personas —responde ella sin vacilar.

Le tiende el portafolios. Oriol toma también el bolígrafo que descansaba sobre la mesa y se lo ofrece a Donato. La lista es breve, apenas una treintena de nombres alineados con pulcritud.

—¿Hay alguno que reconozca y que pueda descartar como sospechoso? —pregunta Oriol—. Nos ahorraría tiempo.

—¿Sospechoso de qué? ¿De entregar los paquetes?

Oriol asiente sin añadir palabra.

Donato no responde de inmediato. Se lleva el portafolios un poco más lejos del cuerpo para poder leer mejor. Los años pesan en la rigidez de sus dedos, en la manera en que entrecierra los ojos buscando enfocar. Inclina la cabeza, vuelve a ajustarse las gafas y respira hondo, como si cada nombre exigiera un esfuerzo consciente.

Con cierta torpeza, apoya la punta del bolígrafo y tacha uno de ellos.

—El cardenal Szymański oficialmente vivía en el Vaticano en 1983 —dice—, pero no fue así. La realidad es que entre 1980 y 1985 estuvo destinado a una misión humanitaria en Etiopía. Lo comprobé en su día. No se ha movido de allí desde entonces. Dudo que haya decidido volver a Italia. Y mucho menos que sepa el aspecto que tenían los paquetes en 1983.

Nadie habla. El sonido del bolígrafo al volver a tocar el papel rompe el silencio cuando Donato tacha otro nombre.

—Tomi Hunzinker estaba ingresado en el hospital cuando Giulia desapareció. Sufrió un grave accidente mientras trabajaba como miembro de la Guardia Suiza. Un andamio le cayó encima y le golpeó la cabeza. El traumatismo fue severo. Estuvo hospitalizado casi tres meses. Después le concedieron la invalidez y regresó a su país. No sé cómo estará ahora el pobre hombre.

Oriol observa cómo Donato deja el bolígrafo suspendido en el aire unos segundos antes de continuar. Cada nombre descartado no alivia la tensión; la concentra. La lista se acorta y, con ella, el margen de error.

Oriol cruza una mirada con Vittoria. Ella alza ligeramente las cejas, visiblemente sorprendida por la seguridad con la que Donato está descartando nombres, y esboza una sonrisa breve. Hay algo tranquilizador en esa determinación serena, en la forma en que el experiodista no duda ni vacila.

Donato tacha otro nombre.

—Lucio Minardi… —murmura—. Es imposible que Lucio sea culpable de nada, inspector. Es restaurador de documentos antiguos… Bueno, lo era. Ahora no sé muy bien dónde está; le he perdido la pista.

—¿Por qué lo descarta? —pregunta Oriol.

Donato levanta la vista despacio.

—Porque va en silla de ruedas. Nació con espina bífida. Y estoy seguro de que la que utilizaba en 1983 no tenía nada que ver con las actuales, con motor y asistencia. Se desplazaba impulsándola él

mismo, con los brazos. No es su hombre, créame. No me imagino a un justiciero con el aspecto y el estado físico de Lucio.

Sigue tachando nombres, uno tras otro. El bolígrafo deja líneas firmes, definitivas. Cuando termina, la lista se ha reducido a catorce personas. Catorce hombres.

Oriol toma el portafolios y repasa los nombres en silencio. Luego le da unos golpecitos suaves con el dedo índice, marcando el ritmo de un pensamiento que ya está avanzando varios pasos por delante.

—Voy a quedarme trabajando con estos nombres —dice al fin—. Pronto oscurecerá. El resto, id a vuestras casas. Con vuestras familias. Mañana iré con Dante a Viterbo a ver a Dupont; cuando acabemos, nos vemos aquí.

—Yo me quedo contigo —dice Vittoria.

Oriol asiente sin mirarla.

—Contaba con ello. De hecho, hay algo con lo que quiero que me ayudes.

Ella ladea la cabeza con curiosidad.

—El pasaje bíblico del último fragmento del diario de Giulia —continúa— habla de un río. Y ella lo refuerza de forma explícita con esa frase —hace una breve pausa—: «dar de comer a los peces del río».

Vittoria frunce ligeramente el ceño.

—No puedo dejar de pensar en el túnel que sale de la sala de las paredes azules, donde se grabó el anuncio —añade Oriol—. En que desemboca directamente en el río. Necesito que hagas las gestiones necesarias para que mañana unos buzos examinen el fondo del Tíber en esa zona.

El silencio que sigue no es de duda, sino de comprensión.

Encaja. Y ambos lo saben.

13

Oriol se sorprende a sí mismo sintiéndose despejado. Apenas ha dormido un par de horas, pero el cansancio no le pesa en los párpados ni le enturbia las ideas. La noche anterior regresó al hostal bien entrada la madrugada, tan tarde que Roma parecía otra ciudad: las calles vacías, el sonido de sus pisadas resonando a cada paso, el frío colándose por el cuello del abrigo.

Caminó despacio, sin prisa, y el paseo le resultó inesperadamente agradable, como un paréntesis en medio del caos que supone la investigación.

Horas antes había estado trabajando con Vittoria, cada uno frente a su ordenador, con la lista de nombres extendida entre ambos, repleta de anotaciones. Algunos nombres cayeron; otros se resistieron.

Limar, descartar y apretar el cerco: de eso se trataba. Y lo hicieron sin la atmósfera de tensión previa. No es que haya surgido una camaradería entre ambos, pero sí algo nuevo, más funcional. Oriol lo notó en el momento en que se quedaron solos y ella empezó a hacer preguntas. Cuestiones concretas, bien planteadas. Sobre cómo decide qué línea seguir y cuál abandonar; sobre la lógica detrás de sus descartes. Las preguntas típicas de una inspectora de homicidios a la que le importa su trabajo. Ahí entendió que, al menos en ese terreno, podían trabajar juntos.

Ahora Vittoria luce un par de enormes ojeras. Va al volante de su Alfa Romeo y conduce como si los límites de velocidad fueran una sugerencia amable más que una norma. Oriol ocupa el asiento del copiloto; Dante va detrás. El paisaje se desliza rápido a ambos lados de la carretera mientras se alejan de Roma en dirección a Viterbo.

El silencio se adueña del habitáculo. Solo se rompe por la voz de Dante, que formula alguna pregunta puntual para ordenar sus ideas respecto al caso. Oriol le responde con frases medidas, deseando que su compañero aprecie los beneficios que aportan los silencios. Han salido muy temprano, con la carretera despejada, pero el tráfico

empieza a espesarse conforme avanzan. Los coches se amontonan y el ritmo se vuelve irregular hasta que quedan atrapados en una retención.

Es entonces cuando suena el teléfono de Vittoria, conectado al manos libres.

Pulsa el botón sin apartar la vista del asfalto.

—Buenos días, inspectora Mecca. Soy Vincenzo Gallo, de la Unidad de Operaciones Especiales.

—Buenos días. Te conozco —responde ella—. Coincidimos en la redada de aquel local en Garbatella. ¿Lo recuerdas?

—Por supuesto. Me alegra que tú también.

—¿Cómo estás, Vincenzo?

—Todo bien. Te llamo porque tengo al equipo preparado. Nos han enviado una ubicación, una especie de tubería grande que desemboca en el río, en una zona apartada, pero no me han especificado mucho más. ¿Qué les digo a los buzos que busquen exactamente?

Vittoria gira la cabeza hacia Oriol. Él se inclina ligeramente hacia delante, serio, y levanta la mano en una petición muda. Ella asiente.

—Hola, señor Gallo. Soy Oriol Duarte, de la Interpol —dice—. Disculpe que me entrometa en la conversación, pero vamos en el coche con el manos libres y he escuchado la pregunta. Es posible que en la ubicación en la que se encuentran se hayan arrojado cadáveres en algún momento entre 1983 y la actualidad.

Hay una breve pausa al otro lado de la línea.

—Eso es mucho tiempo, inspector.

—Lo sé —admite Oriol—. Por eso entiendo que será una labor complicada. Necesito que se centren en lo obvio: restos humanos, bolsas, cajas, paquetes. Que saquen del agua cualquier objeto que no deba estar allí.

—Es un punto con una corriente relativamente alta. Por no hablar de lo sucio que está el Tíber hoy. Creo que es improbable que encontremos algo. En cualquier caso, los buzos van a entrar ya. Les comentaré que pasen el detector de metales por el fondo, pero después de tanto tiempo, si hay algo estará bajo una gran capa de lodo.

—De acuerdo. Gracias.

Vittoria intercambia unas palabras con su colega, se despide y corta la comunicación. El silencio regresa al coche. Oriol se recuesta en el asiento con la mirada fija al frente.

El resto del camino hasta el monasterio cartujo donde reside en la actualidad el cardenal Dupont, transcurre en silencio.

Todavía es temprano cuando llegan a Viterbo. La ciudad comienza a despertar con un aire distinto al romano. Las calles son más espaciosas aquí, el tráfico más fluido. Al pasar frente al palacio papal, Dante se incorpora en el asiento y empieza a hablar. Un recuerdo de sus años de instituto le ha venido a la cabeza. Vino a Viterbo de excursión y, por algún motivo, aún recuerda las anécdotas que le contaron sobre ese palacio.

Les explica a Oriol y a Vittoria que allí se celebró el primer y más largo cónclave papal de la historia: treinta y cuatro meses. Casi tres años de encierro, disputas y alianzas rotas. Oriol escucha sin interrumpir, a pesar de que conoce esa historia, con la mirada fija en la fachada. Dante continúa el relato. Ahora comenta que los ciudadanos retiraron el techo del palacio para presionar al cónclave, esperando que el frío, la lluvia y la intemperie forzaran una elección. Una solución drástica y primitiva que resultó ser eficaz.

Dante sonríe, satisfecho mientras lo explica, creyendo haberle enseñado algo al inspector Duarte. Se permite incluso recrearse un poco más de la cuenta, subrayando detalles, remarcando fechas, cacareando ese pequeño triunfo cultural. Oriol lo deja hacer. No le molesta. Hay algo reconfortante en ver a Dante así, lejos de la tensión constante del caso.

Dejan atrás el centro y continúan hacia las afueras. El monasterio cartujo aparece tras una curva amplia, imponente y silencioso. Se extiende sobre una gran superficie de terreno, completamente cercado por altos muros de piedra que aíslan el interior. La arquitectura es la típica de la orden: sobria y austera, de líneas limpias y una solidez que transmite disciplina. No hay adornos innecesarios, lo que realza la belleza de su sencillez.

En la entrada, una zona de aparcamiento rompe ligeramente la armonía del conjunto. Hay un par de pequeños establecimientos

donde se venden recuerdos: postales, rosarios, figuras religiosas. Vittoria aparca el Alfa Romeo y se baja sin decir una sola palabra. Al salir del coche, Oriol percibe el cambio en el ambiente, el silencio característico de un monasterio.

Se dirigen al edificio principal, al que se accede a través de una puerta alta y estrecha en forma de arco. Dentro, un hombre vestido de calle conversa en voz baja con un monje que lleva el hábito blanco cartujo. La escena se detiene en el instante en que cruzan el umbral. Ambos hombres callan y alzan la vista hacia ellos. Se cruzan miradas expectantes.

Oriol es el primero en hablar. Alza la placa con un gesto firme.

—Buenos días. Soy el inspector Duarte, de la Interpol. Me acompañan el inspector Puzzo, también de la Interpol, y la inspectora Mecca, de los Carabinieri.

Los dos hombres intercambian una mirada rápida, cargada de una preocupación que no intentan disimular. El monje es mayor; rondará los setenta. Delgado, con el hábito blanco cayéndole recto sobre un cuerpo frágil. Lleva gafas y su rostro está surcado por arrugas profundas que se acentúan cuando cambia la expresión.

—¿Ha sucedido algo? —pregunta.

Oriol guarda la placa y aprieta los labios antes de responder.

—Estamos realizando una investigación y necesitamos hablar con el cardenal Dupont.

El efecto es inmediato. El rostro del monje se transforma, pero no en alarma, sino en algo mucho más inesperado: alivio. Un alivio breve, pero suficiente para que Oriol lo capte.

—El cardenal Dupont es un hombre mayor, inspector. Vino hace unos meses desde Francia en busca de un clima mejor, dados sus problemas de salud. Por si no está al tanto, nuestra orden es eremita; llevamos una vida solitaria y usamos la palabra solo cuando es imprescindible, como en este momento. Si no es menester, le rogaría que no lo molestaran.

Oriol inspira hondo. Nota a Vittoria moverse a su lado, dando un paso al frente, pero alza la mano sin mirarla, indicándole que espere. Se toma un segundo para fijarse en la indumentaria del monje y observa que lleva cogulla.

—¿Cómo se llama, padre?

El monje abre los ojos; comprende, por la forma en que se ha dirigido a él, que conoce el funcionamiento de la orden cartuja.

—Soy el padre Tomei.

—De acuerdo. Me gustaría hablar con el prior de la cartuja.

—Soy yo mismo, inspector.

Oriol asiente, sin sorpresa. Se inclina ligeramente hacia delante, bajando la voz lo justo para que cada palabra resulte más incisiva.

—Excelente. Así será mucho más rápido. Le sugiero que vaya a buscar al cardenal Dupont ahora mismo y le convenza de hablar con nosotros, si no quiere que consiga una orden para detenerlo y lo saque de aquí esposado. Por supuesto, eso será después de haber avisado a la prensa para que venga a grabarlo.

El gesto del prior se endurece.

—No puede hacer eso, inspector.

Oriol se gira entonces hacia Vittoria.

—Llama a Aurora y dile que solicite la orden de detención. Llama también a ese amigo tuyo de *Il Corriere della Sera*… ¿Cómo se llamaba?

Vittoria no pierde ni un segundo. Con una sonrisa, saca el teléfono con decisión y empieza a marcar.

—Un momento, por favor. Espere —interrumpe el prior, levantando una mano—. Iré a hablar con él. Pueden esperar aquí.

—Vamos con usted —dice Oriol, sin dejar espacio a la réplica.

El padre Tomei frunce el ceño.

—La cartuja es un lugar donde rezamos y guardamos silencio. Dupont se encuentra recluido en su habitación. De hecho, ayer no salió en todo el día, ni siquiera para realizar su lectura espiritual. Ya le digo que su estado de salud es frágil.

Vittoria Mecca da un paso al frente. Su voz es suave y cordial, sin perder firmeza.

—No se preocupe, padre. Nosotros no somos muy habladores. De hecho, nos llevamos fatal. Así que adelante.

Hace un gesto con la mano, invitándolo a ponerse en marcha. Oriol observa al prior un segundo más, atento a cualquier fisura.

El padre Tomei echa a andar sin añadir nada más. Cruza el vestíbulo principal y abre una puerta trasera que da acceso a un patio interior. El contraste se percibe de inmediato: del recogimiento solemne del edificio principal pasan a un espacio abierto, empedrado, rodeado por muros de piedra clara que reflejan la luz de la mañana. El monasterio, por dentro, es un laberinto de arcos, pasillos largos y techos altos, con columnas desgastadas por los siglos y pequeñas hornacinas en las paredes que albergan imágenes religiosas casi borradas por el tiempo.

En el patio, un jardinero trabaja inclinado sobre un parterre. Recorta con paciencia un seto bajo, ajeno —o fingiendo estarlo— a la presencia del grupo. El sonido de las tijeras es lo único que se escucha.

Atraviesan el claustro y acceden a otro edificio. La construcción es más moderna y funcional, sin ornamentos: fachada lisa, ventanas rectangulares, líneas rectas. Nada que ver con la estructura antigua de la construcción principal, cargada de historia y simbolismo. Aquí no hay siglos acumulados en las paredes; solo utilidad y rutina.

En el interior, un pequeño mostrador preside la entrada. Detrás hay una silla sobre la que un monje reposa, un teléfono fijo, un cuaderno abierto y un llavero metálico con varias etiquetas colgando. Al ver entrar al prior acompañado de tres personas, el monje se pone en pie de inmediato.

—Hermano Marcello —dice el padre Tomei—. Estas personas necesitan ver al cardenal Dupont. ¿Podría llamarlo, por favor?

—Sí, padre.

Es joven, demasiado joven para ese entorno tan contenido. Descuelga el teléfono que tiene tras el mostrador, marca con cuidado y espera. Su expresión cambia poco a poco. Mira el auricular, luego al prior.

—No contesta… Voy a volver a llamar.

Lo intenta de nuevo. El tono se repite, monótono, hasta extinguirse. Siguen esperando. El silencio se espesa. Tampoco hay respuesta la segunda vez.

Oriol empieza a impacientarse.

—¿Cuál es su habitación?

—Está en el primer piso. Ya le he dicho que es un hombre mayor; puede que no haya escuchado el teléfono.

Oriol ladea la cabeza.

—Pero hasta ahora se valía por sí mismo, ¿verdad?

El prior asiente, aunque con un gesto menos seguro que antes.

—Llévenos a su habitación, por favor.

El padre Tomei se gira hacia el hermano Marcello.

—Coge las llaves y acompáñanos.

Avanzan por un pasillo largo, iluminado con luces blancas y frías. Las paredes son lisas e impersonales. El suelo, pulido en exceso, devuelve un eco sordo a cada paso. Las puertas se suceden a ambos lados, todas iguales, numeradas, cerradas. No hay símbolos religiosos ni cuadros, ni rastro de espiritualidad. Solo puertas y silencio.

Suben al primer piso. Marcello se detiene frente a una de las puertas.

—Es aquí —indica el padre Tomei.

Vittoria no espera más. Golpea la puerta con los nudillos, con una fuerza que resuena en el pasillo y hace que el prior dé un leve respingo.

No hay respuesta.

—Abra la puerta —ordena Oriol.

Marcello duda un segundo. Mira al prior, que asiente despacio. El chico introduce la llave en la cerradura. El clic metálico suena al girar.

Oriol es el primero en entrar.

La habitación está vacía.

La cama está perfectamente hecha.

Sobre ella, centrado, descansa un paquete rojo con un lazo negro.

Vittoria Mecca tarda en reaccionar. Hay un segundo —tal vez dos — en el que su mente queda suspendida, incapaz de ordenar lo que tiene delante. No se lo esperaba en absoluto. Una punzada de miedo la atraviesa de repente y resquebraja su habitual seguridad.

Sus ojos se fijan en Oriol Duarte. Ya está metiendo la mano dentro del abrigo, con un movimiento mecánico y seguro. Saca unos guantes y, después, un sobre de pruebas. Lo hace sin perder un solo segundo. A Vittoria le resulta impresionante su capacidad para mantener la calma.

Dante, a su lado, se ha llevado la mano a la boca. No dice nada, pero su expresión habla por él. El prior respira con rapidez, el pecho subiéndole y bajándole bajo el hábito, como si el aire no fuera suficiente.

—¿Qué significa todo esto? —pregunta el padre Tomei.

Su voz suena grave. Nadie responde.

El hermano Marcello se acerca a la cama. Da un paso decidido, casi impulsivo, y extiende las manos hacia el paquete que descansa sobre las sábanas. Vittoria apenas tiene tiempo de procesarlo cuando la voz de Oriol corta el aire.

—No lo toque.

Es una orden directa, sin matices. Marcello se detiene en seco, como si hubiera chocado contra una pared invisible. Retira las manos y da un paso atrás, obediente, descolocado.

Oriol no le dedica más atención. Se centra en el paquete mientras habla.

—¿Cuándo fue la última vez que vieron al cardenal Dupont?

Empieza a abrir el envoltorio con cuidado, evitando cualquier contacto innecesario. El prior se aclara la garganta antes de responder.

—Yo ayer no lo vi. Me dijeron que se encontraba mal.

Marcello carraspea, incómodo.

—Ayer vino a verle ese hombre —balbucea.

El prior se gira hacia él, sorprendido.

—¿Qué hombre? ¿De qué estás hablando?

Marcello duda un instante. Parece repasar mentalmente los hechos para asegurarse de no equivocarse.

—Se presentó aquí a última hora de la tarde. Decía que era un viejo amigo del cardenal Dupont y pidió verle. Yo no vi al cardenal, pero lo llamé a su habitación. Me dijo que no sabía quién era y que se encontraba mal, que se iba a quedar en su habitación.

—¿Recuerdas cómo era ese hombre? —pregunta Oriol, sin levantar la vista.

—Sí. Era mayor, alrededor de ochenta años. Llevaba traje y sombrero.

—¿Dijo su nombre?

—Sí. Dijo que se llamaba Donato.

Vittoria cruza una mirada cargada de significado con Oriol. No hace falta decir nada. El gesto basta. Él lo capta al instante y se gira hacia Dante.

—Dante, localiza a Donato Villa.

Mientras tanto, Oriol termina de abrir el paquete. No lo examina en profundidad. Apenas echa un vistazo rápido, lo justo para confirmar lo que sospechaba.

—Son más páginas del diario —anuncia.

Vuelve a introducirlas en el sobre de pruebas y se acerca a la ventana. Vittoria lo observa desde atrás. Su espalda está recta, tensa.

—¿Qué diario? ¿Puede alguien explicarme qué está pasando aquí? —pregunta el prior, con una voz a caballo entre el enfado y la preocupación.

Oriol responde sin girarse, mirando hacia el exterior.

—Se trata de una investigación confidencial. La prioridad ahora es encontrar al cardenal Dupont. ¿Disponen de cámaras de seguridad?

—No —responde el prior casi de inmediato—. Somos una institución religiosa, inspector.

Oriol se gira entonces. Le sostiene la mirada apenas un segundo, lo justo para que el mensaje cale.

—Pues parece que las necesitan, padre. Veo que hay una carretera secundaria que da justo a la parte trasera de este edificio. ¿Es parte de la cartuja o pertenece al exterior?

Marcello se apresura a responder, ansioso por aclararlo.

—Eso es la calle. Un camino secundario que conecta unas piscinas comunitarias con la carretera principal. Cualquiera puede circular por allí, solo que ahora están cerradas y por eso no hay nadie.

—¿Se puede acceder desde aquí?

—Sí. Hay una puerta automática que puedo ver desde la recepción. La abro cuando vienen a traer comida o para las furgonetas de los jardineros… Ese tipo de vehículos.

—¿Ayer la abrió?

—No. Pero no estoy allí de manera permanente. Solo un par de horas por la mañana y otras tantas por la tarde.

El prior interviene, intentando poner orden.

—El hermano Marcello es un familiar. Nos ayuda con ciertas tareas, pero no lleva una vida monástica como nosotros.

Oriol asiente despacio.

—Así que cualquiera podría haber accedido por esa puerta sin que nadie se diera cuenta.

—No es algo que nos suceda muy a menudo, inspector —responde el prior, a la defensiva.

Oriol hace una leve mueca.

—Avisa a los carabinieri, Vittoria. Que revisen cámaras cercanas, que busquen posibles testigos y que peinen los alrededores. Es posible que NightCrawler tenga a Dupont. Nosotros volvemos a Roma. Hay que llevar esto al laboratorio —dice, alzando el sobre de pruebas con las páginas del diario—. Las leeré de camino.

En ese momento, el teléfono de Vittoria suena.

El sonido irrumpe en la estancia como un disparo. Ella baja la mirada hacia la pantalla. Es Vincenzo Gallo, jefe de la Unidad de Operaciones Especiales.

Descuelga.

—Dime, Vincenzo. Que sea rápido. No es un buen momento.

Hay un breve silencio al otro lado de la línea. Luego, la voz de él, grave, urgente.

—Hemos encontrado algo en el río. Tenéis que ver esto.

DIARIO IV

«*…habitó como extranjero en la tierra prometida, morando en tiendas…*»

— Hebreos 11:9

El miedo.

Es un concepto en el que pienso más de lo que me gustaría. A veces me pregunto si no he pasado demasiados años intentando ponerle nombre, analizarlo, domesticarlo, como si entenderlo pudiera hacerlo menos pesado.

No lo he conseguido. Siempre ha sido mi gran carga.

Creo que hay que ser un necio para no tener miedo. O alguien muy bien entrenado para fingir que no lo siente. Nos educan para creer que el miedo es una debilidad, algo que debe reprimirse, superarse, esconderse bajo capas de fe y obediencia. En la Iglesia, al menos, siempre fue así. Nos repiten que no debemos temer nada porque Dios es nuestra salvación, porque Él nos protege, porque nada malo puede ocurrir si confiamos de verdad.

No es cierto.

O, al menos, no lo fue conmigo.

Espero que quien lea estas páginas haya tenido más suerte. De verdad lo espero. Yo aprendí demasiado pronto que la promesa de protección divina no siempre se cumple. Y, cuando no lo hace, nadie viene a explicarte por qué. Nadie se hace responsable.

Entonces, ¿por qué no tener miedo? ¿Por qué no aceptarlo como lo que es: un mecanismo de defensa, una alarma que intenta salvarnos cuando todo lo demás falla? No entiendo por qué se disfraza de seguridad divina lo que en realidad es ingenuidad, por qué se nos empuja a creer que estamos a salvo cuando no lo estamos.

En mi caso, esa osadía —esa fe ciega— no me protegió. Fue la causa de todos mis males. Y quienes me la inculcaron con más

fervor fueron, precisamente, los principales responsables de lo que ahora me va a suceder.

He llegado a una conclusión que puede resultar incómoda: el ser humano es malo por naturaleza. No cruel todo el tiempo, no monstruoso a cada instante, pero sí en su conjunto. La gracia de Dios le resulta indiferente. No frena la violencia, no detiene el abuso, no corrige el silencio cómplice.

La mayoría de las personas solo piensan en sí mismas.

Si Dios existe —no soy yo quien para ponerlo en duda—, estoy segura de algo: una de sus tareas no es vigilar lo que hacemos los seres humanos en la Tierra. No está pendiente de nuestros actos ni de nuestras decisiones. Si lo estuviera, muchas cosas habrían sido distintas.

No recuerdo el momento exacto en el que me convertí en un juguete del cardenal Fabbri. No hay una escena concreta que distinga como la primera en mi memoria corrompida. Solo sé que ocurrió. Que, en algún punto, algo se quebró y ya no hubo marcha atrás.

A veces ciertos recuerdos regresan con una claridad insoportable. Otros, en cambio, aparecen deformados, fragmentados, mezclados con imágenes que intento apartar de mi mente para protegerme. Es una defensa torpe, pero necesaria. Mi memoria se comporta como una habitación con demasiadas puertas cerradas: algunas se abren solas; otras me niego a tocarlas.

Hace no mucho hubo una escena que no conseguía expulsar de mi cabeza. Su olor. Su voz. Su… No. Me repugna incluso insinuarlo. No escribiré sobre ello. No aquí. Solo diré que el simple hecho de recordarlo tuvo consecuencias físicas. Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente. Me descompuse. Pasé el día entero vomitando, vacía, temblorosa, como si algo dentro de mí intentara salir para no seguir cargando con ese peso.

Convivir con este secreto, avergonzada y preocupada por las consecuencias que tendría para mi familia, era horrible. No callaba por el monstruo que me acosaba. Callaba por el miedo. El dichoso miedo.

Cuando salía a Roma para asistir a las clases de interpretación y después me quedaba un rato con mis amigas charlando, me descubría observándolas en silencio. Las miraba mientras hablaban, reían, se interrumpían unas a otras, y yo me quedaba ensimismada. Fantaseaba con que alguna de ellas, en un gesto espontáneo y heroico, me salvara. Que me tomara de la mano, me llevara consigo y me arrancara del mundo en el que estaba atrapada. Soñaba con una liberación que nunca pedí en voz alta, con abandonar el Vaticano, donde me sentía totalmente fuera de lugar; paradójicamente lejos de casa.

Una vez, sin embargo, algo se me escapó. Fue apenas una frase, pero me provocó un vuelco en el corazón. Le insinué a mi amiga Fausta Ventola que el cardenal Fabbri solía molestarme en los jardines del Vaticano. Ocurrió un día en que las chicas hablaban entre risas sobre la castidad de los sacerdotes, sobre lo comprometidos que debían de estar con su causa para aceptar esos votos durante toda su vida. Las palabras salieron de mi boca sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Fue como si mi propio cuerpo quisiera defenderse y alertar a alguien para que me salvaran.

Muchas veces deseé que mi padre no trabajara en el Vaticano. Que su devoción cristiana no hubiera sido un freno ni una amenaza constante de decepción si yo me atrevía a contar la verdad. Sentía el yugo de mi familia sobre los hombros. Dependían de mí, de mi silencio. Callaba para protegerlos, para evitarles la vergüenza, el dolor, la culpa. Decidí cargar con algo que no me correspondía.

Qué tonta fui. Ahora lo veo con una claridad cruel.

Ahora que ya no hay escapatoria posible.

Solo han pasado tres días desde que Benti me encerró en esta solitaria sala azul, de la que con total seguridad no voy a salir con vida. Aquí dentro se cuela, desde algún lugar, un olor a podredumbre que me provoca náuseas.

Daría lo que fuera para que todo esto fuera un sueño y mañana despertara en mi cama, siendo la niña inocente que alguna vez fui.

14

El aire del Lungotevere huele a humedad y a río revuelto. Oriol Duarte avanza junto a Dante y Vittoria por la franja acordonada mientras observa la carpa blanca que la Unidad de Operaciones Especiales ha levantado a pocos metros del agua. Un muro alto separa la escena del perfil imponente del Castillo de Sant'Angelo; al otro lado, Roma sigue su ritmo, ajena a lo que ocurre aquí. Varios agentes custodian ambos extremos del cordón policial, impidiendo el paso de paseantes y corredores matutinos.

—¿Has conseguido hablar con Donato? —le pregunta a Dante sin apartar la vista del río.

Él niega con la cabeza, con el móvil aún en la mano.

—Sigo intentándolo.

Oriol exhala despacio.

—Olvídalo. —Se gira hacia Vittoria—. En este punto vamos a necesitar que los carabinieri nos echen una mano. ¿Crees que podrás manejarlo sin que trascienda a la prensa?

Ella sonríe. Oriol no sabe interpretar si esa sonrisa nace del placer de escuchar, por fin, que necesitan apoyo externo o si es puro sarcasmo ante la duda implícita sobre su capacidad para ser discreta.

—Cuenta con ello —responde al cabo de un segundo.

—Envía a un par de agentes a casa de Donato Villa. De momento basta con que lo localicen.

—Hecho.

Siguen caminando y entonces Vincenzo Gallo alza una mano al verlos acercarse a la carpa.

—¿Qué tenemos? —pregunta Vittoria.

—El agua estaba muy sucia. Hemos hecho lo que hemos podido —responde Vincenzo y señala una mesa tras él—. Todo lo que hemos encontrado está aquí. Estamos esperando vuestra autorización para enviarlo a la Unidad Científica.

Oriol se acerca. La imagen ante él es la propia de la escena de un crimen: agentes yendo y viniendo, voces bajas, miradas esquivas. Sobre la mesa metálica, varios objetos reposan sobre fondos blancos, cada uno identificado con un número negro, impersonal.

El número uno detiene su atención de inmediato: un fragmento de hueso. No necesita más que unos segundos para reconocerlo, a pesar de su evidente deterioro. Es la porción proximal de un fémur humano. La certeza le provoca un escalofrío.

—¿Eso es…? —inquiere Dante.

Oriol se gira para mirarlo a los ojos y asiente.

El objeto número dos es una zapatilla cubierta de barro oscuro, deformada por el tiempo y el agua. Tiene que inclinarse para reconocer el modelo.

—La marca es más moderna. Creo que no nos servirá. Compruébalo, Vittoria. DC Shoes no empezó a vender zapatillas hasta finales de los noventa. No pueden ser de Giulia, ni de Eva Bozzuto o Elise Stenbeck.

Ella comienza a teclear con rapidez en su teléfono. Tarda solo unos segundos en hallar la respuesta.

—Correcto. DC Shoes se fundó en 1994 y no fue hasta 1998 cuando comenzaron a comercializarse en Italia —contesta, asombrada.

Y luego está el objeto número tres.

Oriol siente un leve nudo en el estómago. Una gargantilla de oro, apagada, erosionada por los años bajo el río, pero inconfundible. La reconoce al mismo tiempo que Dante y Vittoria.

La inspectora Mecca la señala con el dedo.

—Es la de Giulia —dice—. Voy a comprobarlo.

Saca el móvil y busca una fotografía. Oriol apenas la mira; no la necesita.

—Es la misma, sí. Estoy seguro.

La tensión se espesa. Los inspectores intercambian miradas incómodas.

—¿Aún están los buzos dentro? —pregunta Oriol, dirigiéndose a Vincenzo.

—Sí, pero hace rato que no encuentran nada más.

—Que amplíen el radio de búsqueda en el sentido de la corriente. Llevad estas muestras al laboratorio cuanto antes. Llamadnos si encuentran algo más. —Hace una pausa, cambiando el tono—. Y avisa a tus hombres: si alguien filtra algo, me encargaré personalmente de que lo sancionen. ¿De acuerdo?

—Por supuesto, inspector Duarte.

Oriol asiente y se gira hacia Vittoria.

—Tenemos que establecer un dispositivo de búsqueda. Sea quien sea NightCrawler, es muy probable que ahora tenga a Dupont y, viendo lo que hizo con el cardenal Fabbri, no creo que tengamos mucho tiempo.

—Puedo hablar con mi *questore* y ponerlo en marcha.

—Adelante.

Oriol vuelve a mirar el río. El Tíber sigue fluyendo, indiferente.

Se pregunta cuántos secretos se habrá tragado.

15

Oriol camina unos pasos por detrás de Dante y Vittoria mientras avanzan por la vía Innocenzo III en dirección a la Porta del Perugino. Las calles están llenas de turistas que se dirigen al Vaticano. Ellos van al mismo lugar, pero accederán por una pequeña entrada lateral del lado sur, desde la que se accede directamente al Palazzo San Carlo, el punto de encuentro que Aurora Baudino les ha confirmado hace apenas treinta minutos. Según ella, será Allegra Greco, responsable de relaciones públicas del Vaticano, quien los reciba.

Vittoria está que echa humo. La tensión le recorre los hombros desde que un gendarme vaticano la ha obligado a dar la vuelta y a aparcar fuera del perímetro que delimita la Ciudad Santa. Ha tenido que dar demasiadas vueltas por las inmediaciones, perder un tiempo que no estaba dispuesta a concederle a nadie, y ahora camina con el gesto rígido y la mandíbula apretada. No se puede negar que es una mujer con carácter.

Oriol, en cambio, avanza ensimismado. No se preocupa por aquello que no puede controlar. La investigación no le da tregua. Ha pedido a Andrea Cialdoni que colabore con los carabinieri y procese todas las imágenes de las cámaras de tráfico cercanas a la cartuja de Viterbo. El hermano Marcello asegura que habló con el cardenal Dupont pasadas las siete de la tarde, después de que un hombre cuya descripción coincide con la de Donato Villa preguntase por él. Si eso es cierto, y dando por hecho que NightCrawler es el responsable de la desaparición de Dupont, quien se lo llevó tuvo que acceder con algún tipo de vehículo por la puerta eléctrica lateral. No encaja otra opción.

En cualquier caso, resulta demasiado inverosímil que alguien entrara por la fuerza y sacara a Dupont sin que nadie lo notara, sin dejar un rastro evidente en una cartuja donde impera el silencio. Mucho menos que ese alguien fuese el señor Villa. Por eso no deja de considerar la posibilidad de que Dupont se marchara voluntariamente.

Y eso plantea una pregunta incómoda: en ese caso, ¿quién dejó el sobre rojo con el lazo negro sobre la cama del cardenal Dupont? ¿Fue el propio Dupont? ¿Fue NightCrawler? ¿Capturó él a Dupont y se coló en la cartuja posteriormente? ¿Qué tiene que ver Donato Villa en todo esto?

Son demasiadas incógnitas.

Empieza a lloviznar. Una lluvia fina que obliga a los tres a colocarse en fila, aprovechando la protección irregular de las cornisas. Oriol marcha el último. El agua oscurece el asfalto y apaga los colores de las fachadas cuando pasan frente a un edificio con un cartel sobrio y elegante en el que se lee «Arnoldo Mondadori Editore».

La planta baja está dominada por una gran cristalera. A través de ella se distingue el interior, luminoso y ordenado. Oriol baja la vista un instante y entonces lo ve. En uno de los sofás de la esquina está Pietro Rangoni. Su amigo habla con una mujer musulmana a juzgar por el *hiyab* que lleva puesto. Sostiene un cuaderno entre las manos; por la presentación y el formato, parece el borrador de una novela.

Oriol se detiene en seco.

—Id vosotros, ahora os alcanzo —dice—. Voy a saludar a un amigo.

Vittoria se vuelve con una expresión de asombro, pero no pregunta nada. Continúa caminando junto a Dante. Cuando ya han avanzado unos pasos, Oriol levanta la mano y da tres golpes secos con los nudillos sobre el cristal.

Pietro alza la vista y, al reconocer a Oriol tras el cristal, su expresión se ilumina. La sorpresa da paso a una sonrisa sincera. Dice algo rápido a la mujer que lo acompaña; ella apenas levanta la cabeza y continúa tomando notas en el cuaderno que sostiene, absorta en el borrador. Pietro se pone en pie y rodea la mesa para salir.

La puerta se abre y la lluvia los recibe a ambos.

—¡Amigo! Qué sorpresa —exclama Pietro, alzando un poco la voz para imponerse al murmullo de la calle—. ¿Qué haces por aquí?

—Tengo un asunto pendiente de trabajo en el Vaticano —explica Oriol.

—Vaya… suena interesante. ¿Vuelves a Fiumicino o se te acaban las vacaciones?

Oriol niega despacio.

—No creo que vuelva, Pietro. De hecho, te he visto de casualidad y quería despedirme.

La sonrisa de Pietro se apaga un instante. En su rostro se dibuja una pena contenida.

—Ah… vale. Echaré de menos nuestras charlas en las que resolvemos el mundo.

—Que tengas mucha suerte con tu libro —dice Oriol—. ¿Cuándo podré leerlo, por cierto?

Pietro suelta un bufido breve, resignado.

—Es complicado…

Oriol ladea la cabeza. No termina de entenderlo.

—De acuerdo —continúa Pietro—. Supongo que, como vas a marcharte, puedo contártelo. De no hacerlo ahora, nunca podré. Además, siempre he tenido una extraña confianza en ti. Me transmites seguridad.

—No te sigo, Pietro.

—Sí, perdón. Resulta que el libro que estoy escribiendo trata sobre el caso de Aldo Moro. ¿Lo conoces?

Oriol asiente sin dudar.

—Por supuesto que lo conoces… Qué preguntas hago —prosigue Pietro—. He pasado los últimos tres años investigando el caso. Es algo que siempre hago, incluso cuando escribía con pseudónimo. Y ahora mi editora dice que ciertas partes hay que eliminarlas. Que se revelan secretos que podrían levantar ampollas. Que serían demasiado polémicos.

Oriol alza las cejas, sorprendido.

—De eso se trata, ¿no?

—Eso le digo yo. La verdad es que estoy considerando romper el acuerdo editorial.

—Lo lamento. Sé que estabas ilusionado con publicar con tu verdadero nombre por primera vez. Pero creo que haces bien en

mantenerte firme y contar la historia que quieras contar.

La lluvia arrecia un poco más. Gotas frías les resbalan por el abrigo y el pelo. La gente pasa a su alrededor, esquivándolos para no sacarles un ojo con un paraguas.

—En fin, Oriol —dice Pietro—. Espero que algún día volvamos a vernos. Ha sido un placer conocerte.

Alza la mano para estrechársela. Oriol vacila apenas un segundo. Una idea se forma en su cabeza, rápida y afilada. No tiene nada que perder, así que se lanza.

—Pietro, una pregunta —empieza—. Dices que has investigado mucho para documentarte en tus anteriores novelas. ¿Podrías decirme…?

—Alto, alto —lo interrumpe con una media sonrisa—. Te tengo en gran estima, pero ya sabes que no hablo de mis novelas escritas con pseudónimo. Podría ser Elena Ferrante y tú no lo sabrías.

Oriol deja escapar una leve sonrisa. El agua le cae por la sien.

—Lo entiendo —dice—. Pero dime una cosa… ¿Alguna vez investigaste el caso de Giulia Bernardi?

El cambio en el rostro de Pietro es inmediato. La ligereza desaparece. Sus ojos brillan ahora, llenos de atención. Da un paso instintivo hacia Oriol, ajeno a la lluvia y al mundo que sigue moviéndose a su alrededor.

—¿Estás trabajando en algo relacionado con el caso de Giulia Bernardi? —pregunta Pietro, bajando la voz.

Oriol se la devuelve sin dudar.

—Ya sabes que no hablo de mi trabajo como policía. Podría ser un hombre de negro y tú no lo sabrías.

A Pietro se le escapa una carcajada breve, limpia, que se pierde entre el sonido de la lluvia.

—*Touché* —responde—. Me va a dar mucha pena no volver a verte.

Oriol sostiene su mirada.

—¿Qué tal si te digo que sí, que tengo algo sobre Giulia Bernardi, pero que para avanzar necesitaría conocer la historia de un antiguo residente del Vaticano? Era el secretario del cardenal Fabbri…

—Ugolino Bentivoglio —completa Pietro antes de que Oriol termine la frase.

Oriol levanta las cejas, sorprendido.

—Veo que lo conoces. ¿Qué puedes contarme de él?

Pietro se lo piensa. Desvía la mirada hacia el suelo mojado y juguetea con la punta del zapato, dibujando pequeños semicírculos sobre el pavimento húmedo. Tras unos segundos, alza de nuevo la vista.

—De acuerdo… lo de Bentivoglio es un caso curioso. Mucho, la verdad.

—¿Por qué?

—El Vaticano certificó su muerte un par de semanas después de la desaparición de Giulia Bernardi. No especificaron la causa. Solo anunciaron que no había sido capaz de superar una larga enfermedad. Ya sabes, el eufemismo habitual para el cáncer.

Hace una pausa, midiendo las palabras.

—Lo curioso viene ahora. Supongo que sabes que los residentes del Vaticano acuden al hospital Agostino Gemelli cuando lo necesitan. Se les da un trato especial.

Oriol asiente. Es un dato conocido.

—Pues bien —continúa Pietro—, digamos que tengo un amigo que trabaja en el archivo de ese hospital. El único registro que hay de Ugolino Bentivoglio data de 1982, cuando acudió por un cólico nefrítico. Nada más.

—¿Es fiable esa información?

Pietro sonríe con un deje de chulería, casi orgulloso.

—Muy fiable, Oriol. —Hace una pausa y carraspea—. En cualquier caso, fuese cáncer o fuese cualquier otra larga enfermedad, habría acudido al hospital a tratarse, a hacerse pruebas… Así que algo no cuadra.

La lluvia sigue cayendo. Oriol se queda en silencio unos segundos, procesando cada palabra.

—¿Sabes dónde está enterrado?

—Por supuesto. En el cementerio Teutónico de la Ciudad del Vaticano, como casi todas las personas vinculadas al servicio de la Santa Sede.

Nada más terminar, Oriol se queda pensativo, con la mirada perdida más allá de Pietro.

—No estarás pensando en… —empieza él.

—Ya hablaremos, Pietro —lo corta Oriol—. Mucha suerte con tu libro.

Dante Puzzo espera junto a la inspectora Mecca en la Porta del Perugino, con el abrigo empapándose poco a poco y la mirada fija en la silueta que avanza hacia ellos bajo la lluvia. Siempre ha pensado que Oriol tiene una manera de caminar que desprende garbo, aunque ahora llegue calado hasta los huesos.

Mientras lo observa acercarse, a Dante le pesa una certeza incómoda. Cree que no está siendo útil. No de verdad. Si está metido hasta el cuello en ese caso no es por su brillantez ni por una aportación decisiva, sino porque es amigo de Oriol y porque, por una de esas ironías administrativas, es el único inspector de la Interpol disponible en Roma. Nada más. Un parche. Un comodín.

Vittoria Mecca, en cambio, es otra historia.

No ha parado ni un segundo. Su teléfono debe de haberse quedado sin batería. Mientras conducía, ha dado órdenes, ha coordinado equipos y ha enlazado llamadas sin perder el hilo. La Unidad Científica trabaja ahora en la habitación del cardenal Dupont. Los buzos siguen peinando el río, a pesar de que la gargantilla fue lo último que encontraron. Vittoria ha conseguido también que más de una docena de agentes revisen cámaras de tráfico y de seguridad, apoyados por *software* de reconocimiento facial, con la esperanza de localizar al cardenal Dupont. Todo se mueve. Todo avanza.

Todo menos él.

Dante repasa mentalmente ese tiempo y no encuentra nada que le ayude a sentirse orgulloso. Ninguna idea clave. Ninguna gestión relevante. Absolutamente nada. La sensación le aprieta el estómago con una mezcla de frustración y vergüenza que intenta disimular manteniendo la boca cerrada.

Oriol llega por fin hasta ellos y se disculpa. Apenas intercambian palabras. La lluvia no invita a conversaciones largas. Vittoria se adelanta, muestra su credencial al gendarme que les ha obligado a aparcar fuera y le lanza una mirada cargada de rabia contenida. El hombre asiente y les permite el paso.

Acceden al Vaticano.

El trayecto hasta el Palazzo San Carlo es corto. El edificio se alza sobrio y elegante, con una arquitectura que combina la solemnidad clásica con intervenciones contemporáneas discretas. Fachadas limpias, líneas claras, una presencia que impone sin necesidad de alardes. En la actualidad, el Palazzo alberga oficinas administrativas y espacios de trabajo destinados a distintos organismos vaticanos.

Al cruzar el umbral, el sonido de la lluvia queda atrás. El recibidor es amplio y luminoso. No han dado más de unos pasos cuando una mujer se acerca a ellos. Rondará los cincuenta, pero el tiempo parece haber pasado por ella con una cortesía excepcional. Va impecablemente vestida, elegante sin exceso, y sostiene una carpeta contra el pecho.

Su sonrisa es profesional.

—Allegra Greco —se presenta con voz suave—. Les estaba esperando.

Les habla con amabilidad y les invita a seguirla. Cruzan hacia una sala con paredes de cristal y suelo de parqué claro. Por el olor, todo parece recién reformado. Dante entra el último. El lugar donde él mismo se coloca en su mente.

Los cuatro toman asiento alrededor de una mesa redonda y se presentan formalmente. Allegra deja la carpeta a un lado, pero antes de decir nada su teléfono comienza a sonar. Frunce los labios en una mueca de disculpa y atiende la llamada.

Habla en voz baja, aunque lo suficiente para que Dante capte palabras sueltas. Discute sobre unos horarios. Escucha que hablan de São Paulo, de Río de Janeiro. Alguien al otro lado parece estar organizando vuelos a Brasil y ella responde con datos concisos, sin una sola duda. Oriol apoya los codos sobre la mesa, entrelaza los dedos y clava en ella una mirada incómoda y tensa. Allegra lo percibe, pero no corta la llamada. Su prioridad es la conversación.

Cuando por fin cuelga, alza la vista.

—Lo lamento —dice—. Estamos muy ocupados con la organización de unos eventos que nos traen de cabeza.

Oriol sonríe, pero es una sonrisa sin rastro de humor.

—Y nosotros estamos muy ocupados investigando unos asesinatos. Así que haga el favor de atendernos sin hacernos perder más tiempo.

El ambiente se endurece al instante. A Allegra no le sienta bien la reprimenda; se le nota en la rigidez del gesto.

—Veo que no entiende que esto es la Santa Sede. La importancia de esta institución trasciende siglos de historia y…

—Todo eso me da igual —la corta Oriol—. Tengo varias preguntas y necesito saber si el Vaticano está dispuesto a colaborar o no.

—Es usted un insolente, señor Duarte.

Vittoria se inclina hacia delante, con los antebrazos firmes sobre la mesa.

—Limítese a contestar lo que se le pregunta. ¿De acuerdo?

Dante siente cómo la tensión sube un grado más. No sabe muy bien cómo colocarse, qué hacer con las manos o con la mirada. Observa el intercambio de palabras como si estuviera siguiendo un partido de tenis con un punto especialmente delicado en juego: la pelota viaja de un lado a otro cada vez más rápido.

—Le recuerdo que estamos en suelo vaticano —replica Allegra— y que los carabinieri no tienen potestad para actuar aquí.

—Y yo le recuerdo —contesta Oriol, sin alzar la voz— que su institución milenaria está en el punto de mira y que va a tener mucho trabajo como responsable de relaciones públicas si no colabora con nosotros. Se lo aseguro. Así que ¿por qué no dejamos de perder el tiempo y nos centramos en lo trascendente? ¿O acaso no le interesa lo que tenemos que contarle?

Allegra suspira. No es un gesto teatral, piensa Dante, sino el de alguien que no se da fácilmente por vencida, pero que empieza a comprender que no tiene margen. Finalmente asiente, con una dignidad tensa.

—Díganme en qué puedo ayudarles —zanja.

Oriol va al grano.

—La intervención de la Interpol se debe a la negativa de la Gendarmería Vaticana a permitir que los carabinieri se encargaran de la investigación de la muerte del cardenal Fabbri.

—Según tengo entendido —responde Allegra—, lo del cardenal Fabbri parece una muerte natural.

—¿Quién le ha dicho eso? —pregunta Vittoria.

—Tengo relación constante con miembros de la gendarmería y de todos los estamentos del Vaticano. Es mi trabajo.

—No hay más ciego que el que no quiere ver —responde Mecca, sin disimular el desprecio.

Allegra mantiene la compostura.

—Tenemos indicios suficientes como para afirmar que se trató de un asesinato —afirma Oriol—. ¿Por qué el Vaticano insistió en no dejar investigar a los carabinieri?

—Somos una institución a la que, desde hace muchos años, la opinión pública mira con lupa —responde Allegra—. Como tenemos pocos problemas internos, preferimos hacernos responsables nosotros mismos y buscar los remedios oportunos.

—¿Pocos problemas? —salta Vittoria.

Allegra asiente, desafiante.

—Los documentos del Vatileaks no fueron pocos, precisamente.

—Esos documentos son falsos en su mayoría —replica Allegra—, y los que no lo son están descontextualizados.

Oriol apoya la espalda en la silla, sin apartar los ojos de ella.

—De acuerdo. En ese caso, ¿por qué se decidió alejar al cardenal Dupont de la actividad relacionada con la Iglesia?

—Lo siento, pero no sé de quién me habla.

—Sí que lo sabe —espeta Vittoria.

—Le digo que no. No sé quién es ese hombre y, desde luego, no vive en el Vaticano.

—Entonces no le interesará saber que ha desaparecido.

El cambio en el rostro de Allegra es sutil, pero para Dante resulta evidente. La seguridad se le resquebraja durante una fracción de segundo.

—Espere… —dice Allegra, incorporándose levemente en la silla—. ¿Me está diciendo que ha desaparecido un cardenal y no tenemos

constancia de ello?

—El prior de la cartuja está al tanto —responde Oriol—. Desconozco si se ha puesto en contacto con el Vaticano. Se ha constatado su desaparición hace solo un par de horas.

El gesto de Allegra se endurece.

—Esto es muy grave, inspector Duarte. El cardenal Dupont es un hombre frágil.

—Creía que no lo conocía —apunta Vittoria, sin suavizar el tono.

Allegra ignora el comentario. Niega despacio con la cabeza y lleva la mano al teléfono, casi por reflejo.

—Deje el teléfono —ordena Oriol—. Ahora atiéndanos y después hará las gestiones que considere oportunas. Quiero decirle que estamos investigando la relación entre la desaparición del cardenal Dupont y la muerte del cardenal Fabbri. Seremos nosotros, la Interpol, quienes nos encargaremos del caso y hemos solicitado apoyo a los carabinieri.

La mujer comienza a mostrar apuro en los gestos, en la forma en que recoloca la carpeta, en cómo aprieta el móvil entre los dedos.

—Creemos —continúa Oriol— que ambos sucesos guardan relación con el caso de Giulia Bernardi, en 1983. Por lo que sabemos, tanto Dupont como Fabbri coincidieron con ella en el Vaticano y, aparentemente, abusaron de ella.

—Eso es ridículo, inspector.

Oriol no se inmuta.

—Voy a hacerle una pregunta. Antes de contestar, le pido que considere bien su respuesta. Esto trasciende los intereses de la Iglesia. ¿La institución ha recibido amenazas últimamente o tiene constancia de alguna actitud hostil que haya llamado su atención?

Allegra recula. No físicamente, pero Dante lo percibe en el retroceso de la mirada.

—Después de los documentos filtrados —admite— recibimos miles de cartas con calumnias. De eso se encargaba la gendarmería. Se decidió no denunciar para evitar que la tensión mediática escalara. Fueron meses muy convulsos.

—¿Se realizó algún tipo de investigación interna sobre el cardenal Dupont? —pregunta Vittoria.

Silencio. Allegra baja la mirada un segundo y vuelve a alzarla con una expresión neutra.

—Señora Greco —insiste Vittoria—, entre los documentos filtrados por un *hacker* que se hacía llamar NightCrawler figuraba la denuncia de un monaguillo que acusaba directamente a Dupont de abuso sexual.

Allegra no responde.

—Le aseguro —continúa Oriol— que será peor mirar hacia otro lado y no facilitarnos el acceso a esos documentos. El daño ya está hecho. A la gente le costará entender que no colaboren con nosotros.

Ella chasca la lengua.

—Le gusta mucho la atención de los medios, señor Duarte.

—Si me conociera, sabría que la detesto —responde él—, pero como sé que es su punto débil, la uso a mi favor.

—No podría darle nada aunque quisiera.

—¿Por qué motivo?

—Porque no existen —dice Allegra—. Se destruyeron tras el escándalo del Vatileaks. Antes de que se me lance al cuello, le informo de que somos un Estado con autonomía propia y no estamos obligados a mantener un registro de nuestra actividad.

Oriol se cruza de brazos.

—No se trata de leyes, señora Greco. Se trata de moralidad.

Dante siente que es el momento de decir algo. Abre la boca, inseguro.

—¿Le suena el nombre de Ben…?

—Ya nos marchamos —interrumpe Oriol—. Tendrá noticias nuestras pronto.

La mirada fugaz que le lanza basta para que Dante entienda el mensaje. El nombre de Bentivoglio no debe salir a la luz. No todavía.

Se levantan. Vittoria recoge su abrigo. Allegra permanece sentada, sin despedirse, sin un gesto de cortesía. A través del cristal, Dante la ve llevarse el teléfono al oído en cuanto salen de la sala. Habla de inmediato con alguien, gesticula con nerviosismo, como si el control se le escapara entre los dedos.

El camino de salida se hace en silencio.

Ya fuera del Palazzo San Carlo, bajo un cielo todavía encapotado, Dante es quien rompe por fin la quietud.

—¿Por qué no querías que hablásemos de Bentivoglio?

Oriol camina un par de pasos más antes de responder.

—Porque he recibido información recientemente. Es posible que Bentivoglio no muriera de forma natural. Creo que debemos pedir una orden para exhumar la tumba de Ugolino Bentivoglio.

Vittoria se detiene en seco.

—¿Está enterrado en el Vaticano?

Oriol asiente.

—Entonces ya te puedes ir olvidando —dice ella—. Con lo que tenemos será imposible que nos lo concedan. Y mucho menos en tan poco tiempo, porque ha de decidirlo un tribunal internacional.

—Quizá ha llegado el momento de utilizar la presión mediática a nuestro favor —responde Oriol.

—Si hacemos eso, no habrá vuelta atrás.

En ese instante, el teléfono de Vittoria suena. Mira la pantalla y se aparta un par de metros para contestar. Dante y Oriol se quedan mirándose, pensativos, cada uno atrapado en sus propias dudas.

—¿Tú qué opinas? —pregunta Oriol en voz baja.

—Creo que debemos pensarlo con calma —contesta Dante—. Es una decisión complicada. Y deberíamos hablarlo con Lefebvre.

Oriol asiente despacio.

—Te entiendo, pero es la única manera que tenemos de que el Vaticano ceda a la presión y acepte exhumar el cadáver y someterlo a una autopsia.

La voz de Vittoria los sorprende a sus espaldas.

—Tenemos novedades. Han encontrado un teléfono escondido en un doble fondo de la habitación del cardenal Dupont.

Oriol se pone en marcha de inmediato.

—Que se lo lleven directamente a Andrea, al Palazzo Madama. Vamos para allá.

16

Oriol siente el rugido del motor en cuanto Vittoria Mecca gira la llave. No espera a que nadie se acomode del todo. Arranca con brusquedad y, antes de que el primer semáforo termine de ponerse en verde, ya está abriendo la guantera con una mano mientras con la otra mantiene el volante firme. Saca la sirena, la coloca en el techo y pisa el acelerador. No hay titubeos, no hay margen para la duda. Cada segundo cuenta. Cada segundo que se pierde es una posibilidad menos de encontrar al cardenal Dupont con vida.

Es muy consciente de que ese hombre no es un ciudadano ejemplar; sin embargo, sabe diferenciar sus obligaciones de las cuestiones morales.

Observa Roma deslizarse tras la ventanilla como una sucesión caótica de luces, fachadas y lugares emblemáticos. El coche cambia de carril sin previo aviso, se cuela entre vehículos, frena y acelera con violencia. Dante se agarra al asidero; Vittoria no aparta la vista de la calzada. Su conducción es un reflejo de su personalidad.

De repente, el móvil de Oriol vibra en su mano. Acaba de recibir un mensaje de Telegram.

El nombre de NightCrawler aparece en la pantalla.

Le resulta increíble que haya sido capaz de sabotear su teléfono, a pesar de que el dispositivo cuenta con *software* de seguridad instalado por agentes especializados de la Interpol.

—¿Qué tal, Oriol? ¿Cómo te encuentras?

Oriol arquea las cejas. Alza la mirada un segundo. Vittoria sigue conduciendo a toda velocidad y Dante parece al borde de un infarto. No dice nada en voz alta. Escribe.

—Bien. ¿Tienes tú a Dupont? —teclea Oriol.

—¡Qué directo! Antes de hablar sobre eso podríamos ser más diplomáticos, ¿no crees?

—Tengo que hacer mi trabajo.

—Lo haces de maravilla. Lo cierto es que soy muy fan tuyo. Me encantó la manera de resolver el caso de Némesis, por no hablar de

aquella chica del lago de Como. Aquí, en Italia, causó auténtico furor.

—¿Eres italiano?

—¿Qué más da eso? Solo soy alguien que cree en la justicia, al igual que tú.

—Pero yo respeto la ley. Si Dupont es culpable de algún delito, seré el primero en llevarlo ante la justicia. No nos corresponde a nosotros juzgar a nadie.

Hay una pausa. La respuesta de NightCrawler tarda en llegar.

—Eso no es cierto, Oriol. Tú, mejor que nadie, deberías saberlo. La justicia no existe; las leyes protegen a los criminales y muchos son intocables.

El coche da un volantazo. Oriol se afirma contra el respaldo.

—¿Por eso mataste al cardenal Fabbri?

—Una pena hacerlo casi al final de su vida. He de reconocer que, si hubiera podido hacerlo antes, lo habría hecho.

Se toma un segundo para pensar cómo sacar provecho de la conversación.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué has esperado tanto tiempo?

—No es solo una razón. Debes tener en cuenta que no es fácil hacer lo que yo hago. Requiere preparación, un método… y luego, claro está, un propósito.

—¿Y cuál es tu propósito?

—Que la verdad salga a la luz.

Oriol teclea con rapidez, los dedos tensos.

—Si tenías el diario de Giulia Bernardi, ¿por qué no lo filtraste antes? Se habría sabido la verdad y tanto Fabbri como Dupont habrían sido juzgados.

—Hice una promesa.

—¿A quién?

La respuesta no llega de inmediato.

—Me caes bien, Oriol. Una pena que no podamos ser amigos. Vemos la justicia de manera diferente.

Oriol no se deja distraer.

—¿Por qué te tomas tan en serio lo de Giulia Bernardi? En otras ocasiones te has limitado a filtrar documentos desde tu ordenador.

En cambio, ahora has venido a Roma, preparas los paquetes, te has llevado a Dupont…

—Oriol, no juegues conmigo. Eres muy listo para eso. Los dos sabemos que podría haber contratado a alguien para dejar los paquetes en los sitios indicados. Lo de Dupont fue más fácil de lo que crees. Vas a descubrirlo pronto.

Oriol siente que se acerca a algo esencial.

—Sé que hay algo personal.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te hace pensar eso?

—Los paquetes son idénticos a los que recibió la policía en 1983.

Esta vez la pausa se alarga un segundo más.

—Sé que eres lo suficientemente bueno como para averiguarlo, por eso no cuento con alargar mucho esto.

Oriol escribe sin dudar.

—¿Eres Bentivoglio?

No hay respuesta inmediata. El coche atraviesa un cruce en rojo con la sirena aullando. Entonces, el mensaje aparece.

—Buena suerte, Oriol. Ha sido un placer hablar contigo.

Oriol va a contestar, pero se queda inmóvil. La pantalla se congela. El teléfono deja de responder y, ante sus ojos, el chat se borra solo, línea a línea, hasta desaparecer por completo.

Aprieta el móvil con fuerza.

Y comprende que acaba de perder algo más que una conversación.

La puerta de la sala de operaciones del Palazzo Madama se abre de golpe. Vittoria Mecca la empuja con el antebrazo, con la teatralidad seca de un viejo *cowboy* al entrar en una taberna. Oriol Duarte cruza el umbral tras ella, seguido de Dante. Los tres inundan la estancia de tensión por la urgencia de sus gestos y movimientos.

Aurora Baudino está sola, sentada frente a una pantalla. Vittoria recorre la sala con la mirada.

—¿Dónde está Andrea? —pregunta con cierto tono hostil.

—Aquí —responde una voz a su espalda—. He ido al baño.

El chico accede a la sala y ocupa de nuevo su asiento, cabizbajo y cohibido.

Oriol lo observa detenidamente.

—¿Tenéis novedades? —inquiere Vittoria.

Andrea contesta con la voz entrecortada.

—He revisado las imágenes de las cámaras cercanas a la cartuja. Hay una carretera que rodea una colina por detrás. Por ahí circulan vehículos que podrían venir de distintas direcciones… Es difícil saber si alguno podría transportar a Dupont. He separado las secuencias de los vehículos grandes, furgonetas y monovolúmenes, por si más adelante nos sirven.

Vittoria asiente despacio, mostrando que valora el esfuerzo y la paciencia detrás de ese trabajo ingrato.

—Bien hecho, Andrea.

El chico relaja un poco los hombros.

—Yo acabo de hablar con el laboratorio de los carabinieri —añade Aurora—. No sé qué les has dicho, Vittoria, pero me han asegurado que, al tratarse de un caso crítico, van a volcar todos sus recursos en obtener un perfil genético del fragmento de fémur que apareció en el Tíber. Creen que tendrán los resultados en las próximas horas.

La inspectora aprieta los labios, satisfecha.

—¿Has añadido las nuevas páginas del diario? —pregunta Oriol.

—Sí. Las he impreso y adjuntado —responde Aurora—. Me las he leído unas treinta veces. Lo siento, pero si hay algo oculto, no sé verlo. No encuentro nada extraño. Ningún mensaje en clave, nada fuera de lo normal.

—¿Y si me dejas echarles un vistazo? —propone Vittoria.

—Claro.

Aurora le entrega un taco de folios, ordenado con meticulosidad. Contiene los fragmentos recibidos hasta ahora del diario de Giulia Bernardi.

En ese momento llaman a la puerta.

Dos agentes de paisano entran en la sala. Ambos jóvenes. A uno de ellos le suena la radio, colgada del pantalón, escupiendo un mensaje entrecortado que nadie escucha del todo. El más alto

sostiene un sobre de pruebas transparente. Dentro se puede ver un teléfono móvil.

Vittoria los saluda con un leve gesto de cabeza.

Oriol Duarte se aproxima a ellos y señala el sobre con la mano.

—¿Habéis extraído huellas? —pregunta Oriol.

—Sí —responde uno de los agentes.

Su compañero se gira para bajar el volumen de la radio, que hasta ese momento inundaba la sala con un murmullo metálico y constante.

—Pero es un teléfono —continúa el agente—. La pantalla estaba llena. Las están volcando ahora mismo en la base de datos. No tenemos coincidencias todavía. Lo más probable es que todas pertenezcan al cardenal Dupont, así que hemos solicitado colaboración a la Gendarmería francesa. No deberían tardar en contestar.

Oriol asiente y se vuelve hacia Aurora.

—Ponte con eso, por favor.

Ella no hace preguntas. Asiente, se coloca los auriculares y ya está buscando la manera de contactar para acortar los tiempos de espera.

Después, Oriol toma el sobre con el móvil y se lo entrega a Andrea.

—Adelante, haz tu magia. ¿Cuánto tardarás?

Andrea valora el objeto apenas un segundo, calculando.

—Si es de un civil y no tiene ningún sistema de seguridad adicional más allá del bloqueo de pantalla… veinte minutos.

—De acuerdo —dice Oriol—. Cuando termines, quiero que te pongas con este.

Alza su propio teléfono móvil y lo deja sobre la mesa.

Todos lo miran, desconcertados.

—He recibido un mensaje por Telegram de NightCrawler de camino aquí —explica—. No me ha revelado nada interesante. Ya sabemos que le gusta jugar. Os enseñaría la conversación, pero, de algún modo que desconozco, la ha borrado en cuanto hemos terminado.

Andrea se lleva las manos a la cabeza y señala el aparato, alarmado.

—Tranquilo —añade Oriol—. Lo he apagado tras su último mensaje. Si tenía acceso a la ubicación o al micrófono, ya no lo tiene. Aunque a saber desde cuándo nos vigila.

Vittoria suelta un bufido.

—Eso explicaría cómo sabía que podría encontrarme en el Quartiere Coppedè —dice.

—Y también el motivo por el que había un sobre con las primeras páginas del diario de Giulia sobre mi Vespa cuando salí del comando de los carabinieri en la Piazza di Sant'Ignazio.

—No se puede negar que ese tal NightCrawler es bueno —dice Vittoria—. Si no te ha dicho nada relevante, ¿qué quería entonces?

Oriol se apoya en el borde de la mesa y cruza los brazos.

—Es el perfil clásico. Una persona muy inteligente que es consciente de ello y que se desvive por demostrarlo —responde—. Supongo que solo quería tocarnos las narices… y regodearse de que todavía no lo hemos encontrado. En cualquier caso, si ha conseguido acceso a mi teléfono que tiene un sistema de seguridad instalado por el departamento de informática de la Interpol, es muy probable que también tenga acceso a los vuestros. Apagadlos. Los usaremos solo cuando sea necesario. Haremos las llamadas desde el teléfono fijo a partir de ahora.

Todos obedecen en silencio y después se ponen a trabajar.

Vittoria se sienta en una silla entre los puestos de Andrea y Aurora. Comienza a leer las páginas del diario una vez más, con la esperanza de encontrar algo que hasta ahora nadie haya visto.

Eso siempre refuerza su voluntad de esforzarse.

Andrea Cialdoni vuelve a sentir la presión clavándosele en la nuca. No importa cuánto intente aislarse, concentrarse en la lógica fría del código y en la cadencia previsible de los algoritmos: el ambiente a su alrededor es opresivo. Oriol y Dante discuten a través del teléfono fijo con un tal Lefebvre sobre la conveniencia —o no— de exhumar

una tumba; el tono sube y baja como una marea tensa. Vittoria Mecca, con las piernas cruzadas, pasa páginas del diario y retrocede sin un orden lógico. Aurora Baudino no se detiene ni un segundo, enlazando correos electrónicos y gestiones con la gendarmería francesa, apuntando datos, repitiendo nombres, pidiendo plazos. Ha descubierto lo obvio, las huellas extraídas del teléfono pertenecen al cardenal Dupont.

Todos parecen ocupados con sus quehaceres cuando, en el fondo, están esperando a que él termine.

El teléfono que el cardenal Dupont mantenía escondido en su habitación sigue conectado al ordenador. Andrea sabe que el sistema no se acelera porque alguien lo mire, pero aun así no puede evitarlo y tiene los ojos clavados en la pantalla. Ha oído a Aurora y a Vittoria comentar que los móviles están prohibidos entre los cartujos, que su vida se sostiene sobre la oración y unos horarios rígidos de estudio, lectura y rezos que ocupan prácticamente cada minuto del día. Apenas alguna tertulia semanal, algún resquicio mínimo para lo mundano.

Se pregunta qué clase de voluntad hace falta para vivir así, para renunciar de forma consciente a cualquier comodidad, a la distracción, al ocio más básico. Le parece un sacrificio inhumano. Uno que él no sería capaz de asumir. No porque no tenga disciplina, sino porque nunca ha sentido la llamada de algo tan absoluto. Por eso eligió una vida muy distinta, al fin y al cabo.

En la pantalla, el *software* de fuerza bruta —solo él sabe que así se llaman los programas que descifran contraseñas mediante un método de ensayo y error— avanza con una perseverancia ciega. Una barra horizontal se va llenando lentamente, centímetro a centímetro. Treinta y cuatro por ciento. Treinta y cinco. Cada nuevo patrón probado aparece fugazmente en una esquina, descartado al instante. El sistema calcula, prueba, falla, vuelve a intentarlo. Treinta y siete por ciento. Andrea se inclina hacia delante, entrelaza los dedos, observa cómo la barra cambia de color a medida que progresa. No hay doble autenticación, no hay cifrado adicional. Con eso bastará. Dupont no se molestó en proteger más su secreto.

Pasa algo de tiempo. Lo justo para que el murmullo de la habitación se vuelva ruido de fondo.

Y entonces ocurre.

Un pequeño destello. La barra desaparece.

En el monitor aparece, nítida, la pantalla de inicio del teléfono del cardenal.

—Lo tengo —dice Andrea, alzando la voz sin darse cuenta.

Todo se detiene. Oriol se gira de inmediato; al otro lado del teléfono aún se oyen los gritos lejanos del tal Lefebvre antes de que el inspector corte la conversación.

—Señor, tengo que colgar. Pienso que comete un error, pero respetaremos su decisión.

Cuelga y se acerca al grupo. Dante ya está a su lado cuando le da un par de toques secos en la espalda a Andrea.

—Bien hecho.

—Abre el listado de llamadas —ordena Oriol.

Andrea obedece. La pantalla muestra un vacío incómodo. Ninguna llamada entrante, ninguna saliente.

—WhatsApp. Telegram. Todo eso —insiste Oriol.

Andrea busca las aplicaciones. No encuentra nada.

—No tiene nada instalado —dice, frunciendo el ceño—. De hecho, es bastante básico. No sé muy bien para qué lo usa.

—La galería —dice Oriol.

Andrea pulsa.

La reacción es inmediata. Dante se lleva las manos a la cabeza. Aurora se gira y se tapa la cara con un gesto instintivo. Vittoria maldice en voz alta, sin ningún tipo de filtro.

—Qué asqueroso hijo de la gran puta.

El único que no aparta la mirada es Oriol Duarte. Permanece inmóvil, con el rostro endurecido. En la pantalla desfilan imágenes que no deberían existir, que no tendrían que estar en ningún teléfono ni en ningún lugar. Niños sometidos a situaciones que no comprenden, cuerpos forzados a una lógica retorcida, escenas que solo pueden nacer de una mente enfermiza.

—¿Puedes seguir la ruta del archivo? —pregunta Oriol.

Andrea asiente. Sus dedos se mueven con rapidez, casi con rabia contenida. Un par de clics bastan.

—Esto es… ¿En serio?

—¿Qué sucede? —pregunta Vittoria, acercándose.

—Le han llegado a través de TikTok.

—¿Mantiene la aplicación? ¿Puedes acceder a los mensajes? —insiste Oriol.

—Si la tiene, la ha escondido. Pero no demasiado bien… A ver… —navega por la interfaz—. Sí. Está dentro de esta carpeta.

—Ábrela.

El perfil no tiene foto. Un nombre genérico: RedPeach2345. Andrea entra en los mensajes. Hay decenas de conversaciones iniciadas por él con diferentes perfiles, todos de chicas jóvenes a juzgar por la foto. Por suerte, todas sin respuesta.

Salvo una.

En cuanto Andrea abre esa conversación y leen las primeras líneas, Oriol se incorpora bruscamente.

—Imprímelo —ordena—. Nosotros volvemos a Viterbo.

17

Dante Puzzo cuelga el teléfono prestado por los carabinieri que le ha conseguido Vittoria. Acaba de recibir malas noticias.

Empieza a subir la colina frondosa que se alza tras la cartuja de Viterbo, acompañado de Vittoria y Oriol. A unos pocos metros, el padre Tomei, prior de la cartuja, dialoga con dos agentes que visten el uniforme azul marino propio de la gendarmería del Vaticano. El sendero serpentea entre encinas viejas y pinos piñoneros que filtran la luz.

Lo que acaban de decirle le ha afectado. Sabe, con certeza, que no será fácil trasladárselo a Oriol.

—Eran los agentes que han ido a buscar a Donato a su casa —dice al fin, con el gesto endurecido.

Oriol se vuelve hacia él de inmediato y le sostiene la mirada, expectante. Vittoria, en cambio, no se detiene; sigue avanzando unos pasos más, dispuesta a reunirse con sus compañeros de la Unidad Científica de los Carabinieri que investiga la zona.

—Verás… Se han presentado en su casa y nadie respondía al timbre. Preguntaron a los vecinos y uno de ellos tenía una llave. Se conocen desde hace años; se llevan bien. —Dante traga saliva antes de continuar—. Lo han encontrado en el suelo, inconsciente. Llevaba puesto el traje negro con el que lo vimos la última vez. Todo apunta a que le ocurrió ayer por la noche.

Los labios de Oriol se tensan, comprimidos en una línea dura que delata el impacto de la información. No dice nada durante un segundo, pero Dante reconoce el dolor en sus gestos.

—¿Está vivo? —pregunta al fin.

—Un vecino del edificio es médico jubilado. Lo llamaron de inmediato y pidió una ambulancia. Por lo que me han contado, cree que ha sufrido un ictus. No pinta bien; es un hombre muy mayor.

Oriol se queda en silencio unos instantes. Vittoria se ha detenido y ahora sí los mira, con el ceño fruncido.

—Sea como sea —concluye Duarte—, tenemos que seguir investigando. La descripción que dio el hermano Marcello era precisa. Es muy probable que Donato viniera a Viterbo a reunirse con Dupont. Quién sabe si llegaron a hablar. No podemos descartar que Dupont se viera acorralado y huyera. —Hace una breve pausa—. Pide a esos agentes que interroguen a los vecinos. Que averigüen si lo vieron llegar solo ayer por la tarde o si iba acompañado, si oyeron ruidos durante la noche… Que investiguen.

—De acuerdo —responde Dante, volviendo a descolgar el teléfono.

Emprenden de nuevo el trayecto hasta el punto indicado en los mensajes que el cardenal Dupont recibió a través de TikTok. Dante vuelve a comunicarse con los agentes y les transmite, una a una, las instrucciones de Oriol.

Está sufriendo.

Intenta apartar de su mente las imágenes del teléfono del cardenal. Ha visto atrocidades a lo largo de su carrera; demasiadas. Pero nada le había provocado una repulsión tan visceral como aquello. Nada.

Desde que nació su hija, el mundo se le presenta bajo otro prisma. Comprende el dolor que puede sentir un padre cuando alguien daña a su hijo: la vulnerabilidad absoluta, el punto débil que se abre en el instante en que un padre o una madre sostiene entre los brazos algo tan frágil como un recién nacido. Fue entonces cuando comprendió que su cometido había cambiado para siempre, que pasó a ser un guardián, alguien obligado a velar, por encima de todo, por la vida que depende de él.

Lo que ha visto no debería existir.

El odio le sube desde el estómago y le provoca ardor. Rabia. Ira. Una combustión silenciosa que amenaza con consumirlo mientras sigue caminando, rodeado de árboles y de una calma que ya no siente suya.

Todos han leído las conversaciones. Cada línea. Cada silencio calculado. La conversación que el cardenal Dupont mantuvo con una supuesta adolescente de catorce años que decía residir en Viterbo y llamarse Matilde.

El perfil estaba cuidadosamente construido: fotografías en la playa, rodeada de amigas, en el colegio, sonriendo a una cámara que parecía captar una vida sencilla y luminosa. Vacaciones, risas, inocencia, alegría, felicidad.

Todo falso.

Una breve búsqueda de Andrea Cialdoni bastó para desmontar el engaño. Las imágenes pertenecen a una chica real de San Marino, Viviana, cuyo perfil auténtico permanece blindado: visible solo para sus amigos y para expertos informáticos capaces de burlar esa seguridad. Gente como NightCrawler o el propio Andrea.

Le tendió un anzuelo. Y Dupont mordió.

Dante no puede evitar pensarlo ahora: además de pervertido, fue poco inteligente.

La conversación resulta brutal en su franqueza. Es Dupont quien marca el tono desde el inicio. No hay rodeos, no hay pudor. Ofrece dinero a cambio de un encuentro. Ella no acepta de inmediato. Juega. Dosifica. Deja pasar el tiempo, siembra la duda, despierta la obsesión. A ratos parece retroceder; luego insinúa que quizá sea posible. Pide más dinero. Plantea miedos, condiciones, excusas frágiles que solo consiguen atraparlo más. Un trabajo preciso y paciente, ejecutado en la sombra por alguien que sabe exactamente qué botones pulsar.

Finalmente acuerdan verse. Y es el propio Dupont quien propone el lugar: cerca de la cartuja. Un entorno discreto y apartado. NightCrawler acepta y fija el punto exacto, esa colina en la que ahora se encuentran.

Hay una parte de él —oscura, incómoda— que desea que el *hacker* se encargue de Dupont. Que todo termine sin que nadie tenga que ensuciarse las manos. Sería fácil mirar hacia otro lado, dejar que el destino ajuste cuentas a su manera, permitir que la justicia adopte una forma más primitiva.

¿Sería poco profesional admitir en voz alta que se alegra de su captura?

Sí. Sin duda. Dante debe ceñirse a su labor como policía, aunque en estos momentos desearía largarse de allí, con su mujer e hija, y no volver a ese lugar jamás.

Si lo hiciera, no sería un policía. No estaría haciendo su trabajo. Y, sobre todo, estaría traicionando esa línea que juró no cruzar, incluso cuando el monstruo que tiene delante parece merecerlo todo.

Los carabinieri reciben al trío de inspectores. La zona está acordonada. Se trabaja en silencio, buscando cualquier rastro que pueda servir: huellas, marcas de neumáticos, algo fuera de lugar que rompa la armonía engañosa del paisaje.

El enclave es perfecto para un encuentro furtivo. Y también para algo mucho peor. Un acceso sencillo para un vehículo se cuela entre los árboles, a pocos metros de una carretera secundaria en mal estado. Dante se imagina cómo Dupont pudo ser capturado allí.

Oriol permanece un rato en silencio. Observa el entorno con los brazos relajados a los lados, dejando que la mirada recorra la colina, los árboles, las leves pendientes del terreno. Parece medir distancias invisibles, ángulos, tiempos. Dante lo conoce lo suficiente para saber que también está reconstruyendo la escena en su cabeza, sin necesidad de decir una palabra.

Vittoria está hablando con uno de los técnicos, que señala la parte más frondosa de la colina. No alcanza a oír la conversación. Los dos agentes de la gendarmería vaticana se acercan a Oriol. Uno de ellos, un hombre de unos cuarenta y muchos, con la boina ligeramente inclinada hacia un lado, se dirige a él.

—Usted es Oriol Duarte, ¿verdad?

Oriol se gira y asiente sin decir nada.

—¿Puede informarnos de la situación?

—Pues hoy es martes y estoy casi seguro de que mañana será miércoles en esta verde colina de Viterbo.

A Dante se le escapa una risa. El agente lo mira con desprecio.

—Señor Duarte, solo estamos intentando colaborar. Ha desaparecido un cardenal; comprenderá que la gendarmería vaticana se interese por el caso.

—Tengo reticencias. No puedo considerar su interés como algo útil basándome en sus actuaciones previas. Ya se interesaron por Giulia Bernardi, una ciudadana vaticana por cierto, en 1983. Por si no lo recuerda, no salió bien.

—¡Ninguno de nosotros ejercía hace cuarenta años! Por favor, déjenos hacer nuestro trabajo.

Oriol sonríe levemente y niega con la cabeza.

—¿Sabe de dónde venimos?

El gendarme se encoge de hombros.

—Venimos del Vaticano, precisamente —continúa Oriol—. No nos han tratado muy bien, que digamos. ¿Verdad, inspector Puzzo?

—En absoluto —contesta Dante, dando un paso al frente—. Había una mujer, Allegra Greco. No ha querido colaborar con nosotros.

Oriol se gira y, con un gesto de la cabeza, señala al padre Tomei, que se mantiene alejado, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando al suelo.

—Vuelvan con el prior a la cartuja o a donde quieran. Aquí se está llevando a cabo una investigación de la que no forman parte.

El gendarme lo fulmina con una mirada cargada de furia. Se da media vuelta y se reúne con el padre Tomei.

La búsqueda continúa, entorpecida por inoportunas ráfagas de viento que mueven hojas, tierra y puede que incluso pruebas.

Entonces, la voz de una mujer joven rompe la quietud.

—¡Aquí hay unas marcas de neumáticos!

Una mujer con guantes de vinilo y el pelo recogido en una coleta tirante alza una mano mientras, con la otra, señala el suelo con decisión. Dante, Vittoria y Oriol se acercan para observar de cerca.

Las marcas son claras. Dos surcos paralelos dibujados sobre la tierra oscura, todavía blanda. El barro conserva bien el relieve, como si el terreno se negara a olvidar lo que ha pasado por encima.

—Ha llovido en los últimos días. Tienen que ser recientes.

Dante asiente despacio. Vittoria se agacha ligeramente, examinando la profundidad de las huellas, la dirección, la leve irregularidad en uno de los flancos.

Oriol se dirige al inspector Puzzo.

—Toma algunas fotografías y envíaselas a Andrea. Que busque coincidencias.

Dante lo mira, sorprendido.

—¿Dónde quieres que busque? —pregunta, con un deje de desconcierto.

—A Dupont se le hizo creer que se vería aquí con una chica llamada Matilde, a las siete y media de la tarde. Que coteje estas marcas con las imágenes de los vehículos grandes que aisló al revisar las cámaras de seguridad cercanas a la cartuja. Es posible que algún dibujo encaje.

Dante asiente y obedece.

Se pregunta si este podría ser el primer descuido de NightCrawler.

18

El Palazzo Madama los recibe de nuevo con el habitual silencio de su vestíbulo. El inspector Duarte percibe el cansancio en sus compañeros nada más cruzar el umbral de la sala de operaciones: hombros caídos, miradas perdidas, la dejadez de Vittoria al quitarse el abrigo y dejarlo sobre una silla sin preocuparse de colocarlo bien.

Ahora es Dante quien sostiene el diario e intenta encontrar un mensaje oculto, una pista… lo que sea que les ayude a dar con el paradero del cardenal Dupont.

Las páginas crujen levemente entre sus dedos mientras las repasa con atención. Dante lee despacio, vuelve atrás, subraya mentalmente palabras, los pasajes bíblicos, fechas, giros que ya ha visto antes. Busca algo que no salta a la vista, una grieta en el texto, una intención escondida entre frases aparentemente inocuas. Siente la frustración crecerle en el pecho: ese diario se resiste, se mantiene mudo, como si ya hubiera entregado todo lo que tenía que dar… o como si aún se estuviera burlando de ellos.

A pocos metros, Vittoria sigue al teléfono. Lleva más de una hora sin colgar, cambiando de interlocutor, gestionando recursos, órdenes, tiempos. Su voz es firme, pero Dante detecta el desgaste en las pausas demasiado largas, en el modo en que se masajea el puente de la nariz cuando cree que nadie la mira.

Gracias a sus gestiones, los carabinieri están en marcha y los buzos —que han seguido buscando hasta que ha caído el sol sin encontrar nada más— volverán a intentarlo mañana a primera hora, ampliando el radio de búsqueda.

Aurora Baudino está sentada cerca de él. Se yergue, tratando de estirar la espalda, y Dante repara entonces en su estado. Tiene los ojos enrojecidos, marcados por sombras violáceas que el maquillaje ya no consigue disimular. El pelo, habitualmente impecable, se le escapa en mechones sueltos del recogido, y sus gestos son más lentos. Aun así, acaba de concluir su última tarea: emitir un comunicado a todas las comisarías de Roma con una fotografía

reciente del cardenal Dupont acompañada de una descripción detallada. La prioridad absoluta es encontrarlo.

Es lo único que importa ahora.

Por el momento, la prensa sigue al margen. Un equilibrio frágil, piensa Oriol, sostenido por una discreción que amenaza con romperse. Pronto se correrá la voz; es solo cuestión de tiempo. La desaparición de un cardenal no puede ocultarse de manera indefinida, sobre todo ahora que hay muchas personas implicadas en su búsqueda.

Dante vuelve a bajar la mirada al diario.

Tal vez el mensaje esté ahí. Tal vez siempre lo haya estado y solo necesiten aprender a leerlo de otra manera.

Oriol permanece sentado frente al ordenador, con los antebrazos apoyados en la mesa y la mirada fija en la pantalla. A su lado, Andrea repite el mismo gesto, inclinándose hacia delante cada vez que el vídeo se detiene. No hablan. El sonido ambiente de la sala de operaciones —teclas, suspiros, la voz de Vittoria repartiendo órdenes — queda reducido a un murmullo amortiguado.

La idea de cotejar los neumáticos fue buena. Durante unos minutos incluso pareció prometedora. Pero la cámara de la autovía que une Viterbo con Roma no juega a su favor: la definición es pobre, insuficiente para distinguir con claridad el dibujo de las ruedas. No pueden hacer milagros con lo que tienen. Las imágenes no dan más de sí.

Al menos no todo es un callejón sin salida. El testimonio de uno de los técnicos de los carabinieri introduce un pequeño hálito de esperanza. Las marcas que han encontrado en la colina tras la cartuja de Viterbo corresponden a neumáticos de carga. Lo explicó con calma, señalando la profundidad del dibujo, más marcada, más agresiva. No es una certeza absoluta, pero sí un filtro. Uno que reduce el campo de búsqueda y convierte lo inabarcable en algo más manejable.

Así que Andrea y Oriol continúan trabajando codo con codo. Avanzan el metraje de la cámara de una de las autovías más transitadas de Italia, cuatro carriles que parecen no descansar nunca. Ahora se centran en furgonetas y monovolúmenes, vehículos

con los que podrían encajar esas marcas. Pero son muchos. Demasiados.

Su proceso es simple: están elaborando un listado con los propietarios de los vehículos que podrían estar implicados en la desaparición de Dupont, teniendo en cuenta la hora en la que el hermano Marcello habló con él por última vez y la emboscada de NightCrawler en la colina.

Hasta el momento cuentan con ciento cuarenta y siete posibles sospechosos. Oriol repasa el número sin pestañear. Mira la hora registrada en la esquina inferior de la pantalla: 19:47. Apenas han arañado el tiempo. Aún queda mucho metraje por delante; demasiadas matrículas, demasiadas opciones abiertas.

Oriol no dice nada. Se limita a pulsar de nuevo el avance, consciente de que la única forma de salir de allí es seguir mirando. Una imagen más. Y otra. Y otra. En estos momentos, se trata de su mejor pista.

Durante unos segundos, mientras vuelca la foto del último conductor al archivo, el nombre de Donato Villa se le cuela en la cabeza y lo invade la culpa.

Alza la vista. Observa el despacho con una atención distinta. Andrea lleva demasiado tiempo sin parpadear. Dante está hundido en la silla, con las páginas del diario descansando sobre su pecho. Aurora mantiene la espalda rígida, pero los hombros la delatan. Vittoria es la única que parece sostenerlo todo por pura inercia.

Su equipo necesita un descanso. No puede permitir que su obsesión arrastre a los demás. Lo del señor Villa ya ha sido un golpe difícil de encajar. Debe ser más laxo con su equipo.

—Vittoria —dice al fin—. ¿Puedes conseguir que los carabinieri nos echen una mano? Creo que necesitáis ir a descansar. Yo voy a salir un momento. Iré a visitar a Donato al hospital. Se lo debo. Después volveré aquí y seguiré cotejando los vehículos. A ver si aparece algo. Pero son muchos, y Andrea necesita dormir.

Vittoria no responde de inmediato. Se pasa la mano por la frente, pensativa.

—Puedo intentar hacer algo —admite—, pero ya hay muchas patrullas recorriendo las calles buscando a Dupont. Hemos puesto

controles en todas las salidas de Roma, la unidad científica sigue con la cabeza de fémur… Operaciones Especiales ha estado todo el día trabajando en el río…

—Lo sé —la interrumpe Oriol, sin dureza—. Soy muy consciente del esfuerzo.

Vittoria gira la cabeza y mira a Dante, que sigue repantigado en la silla, agotado, con el diario aún entre las manos.

—Puzzo, vete a casa, anda.

Él tarda un segundo en reaccionar. Luego se incorpora con un gesto torpe y busca a Oriol con la mirada, que asiente, dando a entender que está de acuerdo.

—Vale —dice él, dejando escapar un suspiro—. Os lo agradezco; la verdad es que estoy muy cansado. Mañana, a primera hora, estaré aquí. Y, si hay novedades, avisadme.

—Cuenta con ello.

—Tú también, Aurora —añade Oriol—. Has hecho un buen trabajo. Vete a dormir un poco.

Aurora asiente, agradecida, y esboza una mueca que intenta parecer una sonrisa.

—Yo me quedo —dice Andrea de pronto.

Oriol y Vittoria cruzan una mirada breve, cargada de un asombro que ninguno verbaliza.

—¿Estás seguro? —pregunta Oriol.

—Sí —responde Andrea, levantándose de la silla—. Solo necesito un café.

Oriol duda un instante, pero acaba asintiendo.

—De acuerdo. Os veo en media hora. No tardaré.

—¿Seguimos con los teléfonos apagados? —pregunta Vittoria.

—Sí, creo que es lo mejor. Si necesito algo te llamaré al fijo o al que te han dejado los carabinieri.

Se despide con un gesto rápido y sale del Palazzo Madama sin mirar atrás. El aire nocturno de Roma le golpea el rostro en cuanto cruza la puerta. Camina unos metros hasta la Piazza Rondanini, donde su vespa descansa aparcada.

Se coloca el casco, sube y arranca, abriéndose paso por las calles iluminadas en dirección al hospital Santo Spirito.

El trayecto es corto: apenas diez minutos en los que intenta ordenar sus pensamientos, conduciendo con automatismos.

El recinto hospitalario se alza ante él, majestuoso. El hospital más antiguo de Europa, fundado siglos atrás para acoger a los olvidados, conserva aún en su fachada la rueda de los expósitos, ese mecanismo donde, durante generaciones, se depositaron recién nacidos de manera anónima, envueltos en mantas raídas y en decisiones imposibles. Oriol la observa unos segundos al pasar por delante. Piensa en esos niños, en las infancias quebradas antes de empezar, en el abandono como punto de partida. Piensa también en su hermano, en cómo perdió la vida, y siente una punzada en el pecho, un dolor antiguo que no ha terminado de cicatrizar.

Aparca la moto en la esquina, frente a un quiosco. Aprieta la mandíbula, traga saliva y avanza hacia la entrada, consciente de que sus heridas no sanarán nunca, aunque parece haber aprendido a controlar el dolor que causan.

Siente lástima por Donato Villa. Piensa en su desenlace, en cómo dedicó su vida a buscar una verdad que no encontrará, ahogándose justo frente a la orilla. Un hombre al que le fallaron los tiempos, las decisiones y, quizá, también él mismo.

Debió mantenerlo al margen.

La puerta del Hospital Santo Spirito se alza pesada, de madera oscura, gastada durante siglos por manos que la han empujado buscando alivio. Al cruzarla, el murmullo del interior lo envuelve: pasos apresurados, voces bajas, el pitido lejano de alguna máquina. La recepción se abre ante él, amplia e iluminada con una luz blanca que se refleja en los azulejos. Tras el mostrador, un hombre de mediana edad teclea algo en el ordenador.

Oriol se acerca.

—Hola —dice, mostrando la placa—. Soy el inspector Duarte. ¿Puede indicarme la habitación donde está ingresado Donato Villa?

El hombre levanta la vista, asiente y baja la cabeza de nuevo. Busca entre unos papeles junto al teclado, los ordena con cuidado y finalmente toma uno.

—Se lo indico enseguida, inspector, pero antes… —hace una breve pausa— me han dejado este recado para usted.

Le tiende un trozo de papel doblado. En cuanto Oriol lo toma, un escalofrío le recorre la espalda, lento y desagradable. Lo despliega.

«Soy Vittoria. Llámame. Es urgente».

El hombre continúa hablando, ajeno a la inquietud de Oriol.

—Ha llamado hace unos cinco minutos. Ha dicho que usted estaba de camino, que preguntaría por la habitación de Donato Villa.

Oriol asiente sin decir nada. No tiene el teléfono encima. Se lo ha dejado a Andrea para que lo revise, aun sabiendo que NightCrawler es irrastreable. No piensa llevar consigo un dispositivo que pueda convertirse en una ventaja para su oponente.

—¿Puedo usar su teléfono, por favor?

El hombre sonríe, divertido.

—Ella también ha dicho que usted diría eso.

Oriol fuerza una mueca que pretende ser una sonrisa. Se inclina sobre el mostrador y marca el número. Tres tonos.

—¿Diga?

—Soy Oriol. ¿Qué ha pasado?

—Me han llamado del laboratorio. Tenemos un perfil genético. El fémur hallado en el río pertenece a Eva Bozzuto. La chica que desapareció un mes antes que Giulia.

Oriol se lleva la mano a la cabeza, cerrando los ojos.

—Esto compromete al Vaticano.

—No tiene por qué. Estaba en el Tíber, no en el Vaticano.

—Pero está cerca del Passetto di Borgo, Vittoria. Conduce directamente allí. Puede servirnos para que un tribunal internacional nos conceda la orden de exhumar la tumba de Bentivoglio.

—¿Y de qué nos sirve eso ahora? —responde ella, con la voz más tensa—. Tenemos que encontrar a Dupont cuanto antes. Esa orden tardará semanas.

—En eso he de darte la razón. ¿Has conseguido que los carabinieri nos echen una mano?

—Le he pedido a unos compañeros que terminaban jornada que hagan unas horas extra. Están de camino para ayudar a Andrea con las imágenes.

—Bien. Hay que priorizar la lista de propietarios de los vehículos sospechosos que hicieron el trayecto entre Viterbo y Roma. Fuese

adonde fuese, tuvo que pasar por allí, a no ser que se quedara en Viterbo.

—¿Propones algún cambio de efectivos?

—Sí. Tienes razón con lo de Bentivoglio, así que vamos a centrarnos en nuestra mejor pista. El tiempo juega en nuestra contra. Reduce los controles de la periferia de Roma a la mitad. Tú conoces mejor las zonas y confío en tu instinto: elige los accesos que consideres oportunos para mantener esos puntos. Los agentes que queden libres, distribúyelos al cincuenta por ciento. Unos que patrullen Viterbo y alrededores; el otro cincuenta, que trabaje con Andrea en la lista de sospechosos. Cuando la tengan, que me la envíen, revisen antecedentes y acoten perfiles. Es posible que tengamos que ir visitando sus casas una a una.

—De acuerdo. Lo pongo en marcha.

—Yo estaré allí en breve, en cualquier caso. Eva Bozzuto tenía un hermano; hay que comunicarle que hemos encontrado sus restos.

—Me encargo personalmente.

—Gracias, Vittoria.

Oriol cuelga despacio. Devuelve el teléfono al mostrador y, por un segundo, el hospital le parece más silencioso de lo que debería. Luego levanta la vista. Debe despedirse de Donato.

Ya en la habitación, Oriol se queda apoyado en el quicio de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho. Contiene una lágrima que amenaza con deslizarse sin permiso. No conoce demasiado a Donato; apenas se han visto un par de veces, siempre por motivos profesionales. Aun así, la escena le duele de una forma inesperada. Le parte el alma ver a un hombre que ha dedicado su vida entera a perseguir la verdad, a enfrentarse a injusticias y obstáculos, terminar así. Solo. Sin un familiar a su lado que acompañe el ocaso de su vida.

La mascarilla de oxígeno emite un sonido chirriante y constante que llena la habitación, un ruido mecánico que subraya su carácter impersonal y triste. Las paredes desnudas, el mobiliario funcional, la

luz blanca sin matices. Todo parece diseñado para no dejar huella. La piel de Donato tiene un tono cetrino, apagado, y su aspecto anuncia un final inminente.

Oriol siente la culpa asentarse en el pecho. Tal vez lo arrastró a esto. Tal vez, dada su edad, Donato no habría acabado así si él no lo hubiera localizado, si no le hubiera pedido ayuda. Ahora es tarde para ese tipo de pensamientos.

Está convencido de que un hombre tan intrépido como el señor Villa, al que solo separaban unos pasos de acercarse a las respuestas que ha buscado durante toda su vida, habría hecho cualquier cosa por aprovechar el tiempo. Por eso cree que ayer fue a reunirse con Dupont en cuanto leyó su nombre en las páginas del diario de Giulia. Se lo imagina intentando llegar hasta él, con la esperanza de mirarlo a los ojos y arrancarle la verdad. Si lo hizo o no, quizá nunca lo sepa. El aspecto de Donato revela que le quedan apenas unas horas de vida, siendo generosos, y cada minuto que pasa acerca más a Dupont al mismo destino irremediable.

Oriol se sienta en la silla junto a la cama y le toma la mano. Está fría, inmóvil. No hay respuesta.

—Hemos encontrado los restos de Eva Bozzuto en el río —dice en voz baja—, cerca del túnel que conecta el Tíber con el Passetto di Borgo.

Aprieta un poco más sus dedos.

—Creo que estamos cerca de saber la verdad y me encargaré de que esa parte salga a la luz. No tengo tan claro que consiga hacer mi trabajo y detener a la persona responsable de todo esto. Creo que usted no querría que lo atrapase —añade, con una sonrisa leve y cansada—. Pero espero que entienda que debo hacerlo. O, mejor dicho, intentarlo. Porque es bueno, Donato. Tengo que reconocerlo: sea quien sea, es muy bueno.

A los pies de la cama hay una bolsa de plástico con sus pertenencias. Alguien debió meterlas allí cuando llegó en ambulancia y le quitaron la ropa. Oriol la coge y la abre despacio. Dentro encuentra la cartera: algunos billetes y monedas de euro, el carné de la biblioteca. También un reloj y un anillo. Y, por último, su teléfono.

Toca la pantalla. Está bloqueado. Aún tiene batería suficiente. Se incorpora ligeramente y usa el dedo de Donato para desbloquearlo con la huella digital. El teléfono responde y muestra las aplicaciones. Oriol vuelve a sentarse y toca dos veces para ver las que están abiertas.

El navegador muestra un titular:

«Entrevista al mejor investigador de Europa».

Oriol recuerda que no tenía ninguna gana de hacer esa entrevista, pero Lefebvre lo obligó, alegando que era una buena manera de ensalzar las labores de la Interpol.

También está abierta la galería. La revisa. Reconoce la cartuja de Viterbo en cuanto aparece la fachada. Son fotos tomadas desde fuera durante un atardecer. El resto de las imágenes no revela nada interesante.

Por último, aparece una aplicación de notas de voz. Al acceder a ella, Oriol descubre que hay muchas grabaciones. Toca una al azar. La voz de Donato llena la habitación, débil pero firme.

«Treinta y siete años, seis meses y nueve días desde que Giulia desapareció. Por mi parte, hace dos semanas que no pienso mucho en ella. He decidido que me vendría bien despejar la mente unos días. Pero anteayer fui a ver a un viejo amigo. Comenzamos a pasear por su barrio, el Quartiere di Prati, y entonces vi a ese desgraciado cardenal. El cardenal Fabbri. Él no recuerda quién soy yo; tal vez no lo sepa siquiera o esté tan viejo que el alzhéimer le haya afectado y no recuerde nada. Entonces se me revolvieron las tripas y he vuelto a pensar en el caso. Creo que en los próximos días escribiré de nuevo un artículo, con la intención de que jamás se olvide su historia, de que la gente siga teniéndola en la memoria. Tal vez eso sirva de algo, aunque es posible que nadie me publique, como viene siendo habitual. Quizá sería buena idea dar rienda suelta a la imaginación e inventarme algo que volviera a dar cierta repercusión al caso para que no caiga en el olvido, como aquella vez que me inventé que una persona cercana al Papa me había dicho que Giulia Bernardi murió la noche en que desapareció. Podría funcionar».

Oriol baja la mirada hacia Donato. El sonido del oxígeno sigue marcando el tiempo mientras escucha el legado de su voz.

Oriol selecciona la última grabación. La fecha aparece clara en la pantalla: es de ayer por la noche. Pulsa reproducir.

«Me siento muy cansado, así que esta grabación será corta. He decidido ir por mi cuenta a la cartuja de Viterbo en cuanto he escuchado las palabras de ese genial inspector, el señor Duarte. Conducir el viejo Fiat Bravo me ha resultado muy laborioso; casi no tenía fuerzas cuando he llegado. Guardaba la esperanza de poder reunirme con el cardenal Dupont, aunque solo fuese un minuto. Es un hombre mayor, como yo. Tal vez en este último tramo de nuestra vida apareciera la dignidad y me contase la verdad. Necesito saberla antes de morir. Por eso he actuado por mi cuenta y he ido hasta allí, aunque no debería haberlo hecho, porque no ha servido de nada. Estoy empezando a marearme y… y… decía que…».

Un golpe seco irrumpe en la grabación. Después, silencio.

Oriol deja reposar el móvil sobre sus rodillas y se cubre la cara con las manos. Tarda unos minutos en recomponerse. Cuando baja las manos, los ojos le arden.

—Lo siento mucho, señor Villa —dice en voz baja.

Vuelve a agarrarle la mano. Sigue fría. Inmóvil.

Durante unos minutos trata de recomponerse.

Después, utiliza el móvil de Donato para llamar a la sala de operaciones del Palazzo Madama. La llamada conecta enseguida, contesta Andrea Cialdoni.

—¿Hola?

—Soy Oriol. ¿Cómo vas con la lista?

—Ah, ya está terminada. Acaban de llegar unos agentes de los carabinieri. Vamos a ponernos a revisar antecedentes y demás.

—De acuerdo. Voy para allá enseguida. Envíame la lista a este teléfono. ¿Tienes el número?

—Sí, me aparece. ¿Te lo envío por WhatsApp?

Oriol se aparta el móvil de la oreja para comprobar que Donato tenga instalada la aplicación.

—Sí.

—De acuerdo. Voy.

Oriol cuelga y contempla al señor Villa. La respiración comienza a alargarse más de lo normal, demasiado espaciada. No quiere dejarlo solo. Tiene la sensación incómoda e insoportable de que va a morir de un momento a otro.

El móvil vibra. La lista llega y Oriol la abre. Un sinfín de rostros extraídos de documentos de identidad y pasaportes se despliega en la pantalla. Empieza a deslizar con una mano, pasando imágenes hacia abajo, mientras con la otra sigue agarrando la mano de Donato. No lo soltará. No va a dejar que muera solo.

Durante los siguientes diez minutos, su respiración se va haciendo cada vez más débil, más irregular. Oriol continúa mirando caras desconocidas, una tras otra, nombres que no significan nada. Hasta que, de repente, lo ve.

Un nombre: Jason Bennett.

Al principio cree que se equivoca. Amplía la foto. El corazón le da un vuelco. No hay duda.

Se pone de pie de un salto.

Ahora lo entiende todo mucho mejor.

Conoce a esa persona, aunque no con ese nombre.

Se gira para decírselo a Donato, para compartir por fin la pieza que faltaba. Pero ya es demasiado tarde.

El señor Villa ha dejado de respirar.

19

Oriol se queda inmóvil, con la mirada clavada en la fotografía. Bajo el rostro aparece un nombre que no le suena en absoluto: Jason Bennett. Respira hondo; es el recurso que utiliza cuando quiere bajar las pulsaciones. Apoya el teléfono sobre la cama y, con una delicadeza ceremonial, cubre el cuerpo sin vida de Donato Villa.

—Adiós, señor Villa —murmura—. Puede estar orgulloso de su empeño y de su intachable dedicación. Descanse en paz.

Las lágrimas le humedecen la piel de las mejillas. Se las seca con la manga, torpemente, y gira la rueda del caudalímetro. El pitido constante del oxígeno se apaga y, con él, algo más. El silencio se adueña de la habitación.

Vuelve a mirar la fotografía en el móvil. Parece devolverle la mirada con una leve sonrisa burlona. Lo ha tenido delante. Cerca. Tan cerca que llegó a considerarlo un amigo, alguien con quien compartir conversaciones largas e interesantes al atardecer, frente al mar de Fiumicino.

Lo conoció con el nombre de Pietro Rangoni: un escritor prometedor, con un flamante contrato con la editorial Mondadori, a punto de publicar su primer libro sin esconderse tras un pseudónimo; su sueño, decía.

Le ha engañado desde el principio.

Ahora todo encaja con una claridad cruel. El primer paquete abandonado en la puerta de su caravana. La presencia, tan conveniente, de Pietro en Roma, supuestamente para reunirse con su agente. Cada gesto, cada coincidencia, deja de serlo de repente.

No hay tiempo que perder. Oriol marca un número.

Cuando Andrea descuelga, el ruido lo envuelve todo: voces cruzadas, pasos apresurados, teclados golpeados sin descanso. La sala de operaciones del Palazzo Madama hierve de actividad, ahora llena de carabinieri ayudando a Andrea con la revisión de antecedentes de la lista que han elaborado.

—¿Oriol?

—Andrea, reconozco a un hombre de la lista. Jason Bennett, treinta y ocho años. Según la ficha, vive en Kimball, Dakota del Sur. Ciudadano estadounidense. Necesito que busques todo lo que haya sobre él.

—¿Qué? ¿En serio? Espera, lo busco —responde Andrea. El tecleo se intensifica. Poco a poco, el bullicio de fondo se atenúa hasta apagarse. Todos parecen interesados en escuchar la conversación.

—¿De qué lo conoces?

—Coincidí con él en Fiumicino, cuando llegué de vacaciones. Venía conmigo a unas clases de boxeo. Nos caímos bien desde el principio. Me dijo que se llamaba Pietro Rangoni, que era escritor en Mondadori.

—¿Lo comprobaste?

—No.

Un silencio de varios segundos.

—Jason Bennett vive efectivamente en Kimball, Dakota del Sur. Nació allí en febrero de 1984, según su ficha y su pasaporte. No veo nada extraño en la documentación. No tiene antecedentes penales. Tampoco perfiles en redes sociales. Estudió en Kimball High School y después se fue a… ¡Vaya! Obtuvo una beca completa en Harvard. Debía de ser muy buen estudiante.

—¿En qué se matriculó?

—Ciencias de la computación. Pero solo durante un semestre. No continuó los estudios.

Oriol cierra los ojos un instante.

—Creo que hemos encontrado a NightCrawler.

—Esto es… ¡Guau! Estoy temblando.

—Andrea, no hay tiempo para eso —lo corta—. Necesito que averigües si tiene alguna propiedad en Roma o dónde se aloja ahora mismo.

—Claro, descuida —contesta Andrea. Al fondo, una voz pregunta si puede ayudar en algo—. Sí —responde Andrea, con Oriol aún a la espera—. Estamos buscando información sobre un escritor que se llama Pietro Rangoni. Publica con Mondadori.

—Ha firmado, pero aún no ha publicado —matiza Oriol—. Y no sé cuánto hay de cierto en esa historia.

Se oye cómo los carabinieri cuchichean entre sí mientras Andrea navega por el *software* policial. El murmullo constante acompaña los segundos que pasan.

—De acuerdo, Oriol. Estoy viendo su página *web*. A simple vista parece todo en orden. El trabajo es profesional, nada que pueda hacer un aficionado.

—¿Puedes ver desde cuándo está activa?

—Sí, espera.

Oriol aguanta la respiración. Apenas unos segundos.

—Hoy hace justo veinte días.

—Vale… —Oriol frunce el ceño—. Creo que es falsa. ¿Hay algo publicado por él fuera de la *web*? ¿Alguna referencia? ¿Es realmente un escritor?

—Espera. Pido a los carabinieri que busquen. Yo sigo intentando localizar dónde puede estar. Tal vez haya registrado el pasaporte en algún hotel.

—Bien. Espero.

La espera se alarga y el pulso se le acelera sin que pueda evitarlo esta vez. En ese instante, una enfermera aparece en la puerta, asomando solo la cabeza.

—¿Todo bien? —pregunta con cautela.

Oriol la mira y niega despacio. Ella entra, da unos pasos y suspira al ver la sábana cubriendo a Donato.

—Lo siento mucho… Hace unas horas el doctor nos comentó que su situación era terminal y que, por su evolución y pronóstico, no debían aplicarse maniobras de reanimación. ¿Es usted familiar suyo?

—Un momento, Andrea —se excusa Oriol, apartando el teléfono del oído—. Soy un compañero de trabajo. Acaba de suceder ahora —le contesta a la enfermera.

—Necesitamos avisar a algún familiar cercano. Pero en su ficha no aparece ninguna persona de contacto. ¿Puede ayudarnos con eso?

Oriol se disculpa con un gesto abatido y vuelve a llevarse el teléfono al oído al escuchar la voz de su compañero de fondo.

—Dime, Andrea.

—Aparece una página de Wikipedia que habla sobre su trabajo como reportero de guerra. Los carabinieri no encuentran nada

publicado por Pietro Rangoni. ¿Sabes si usaba algún pseudónimo?

—En teoría sí. Pero olvídalo. Es todo una patraña.

La enfermera lo observa con sorpresa. Oriol alza un dedo, pidiéndole que espere.

—¿Has encontrado algo más?

—Sí. Parece que alquiló un chalé bastante lujoso en Fontignani. Es una zona residencial entre Fiumicino y Roma. Su pasaporte aparece en el registro de huéspedes del Ministerio del Interior y, según la información que tengo delante, llegó a esa casa el mismo día en que se creó la página *web*.

—Dame la dirección —demanda Oriol, sin rodeos.

—Via Gaetano Azzariti, número siete.

Oriol aprieta el teléfono con más fuerza de la necesaria.

—A este móvil le queda poca batería —advierte—. Y el mío lo tienes tú. No tengo manera de comunicarme con vosotros. Avisa a Vittoria para que gestione a la Unidad de Operaciones Especiales. Dile que voy de camino.

No espera respuesta. Cuelga.

Durante unos segundos se queda quieto, con el teléfono en la mano. Luego guarda el aparato en la bolsa de las pertenencias de Donato.

La enfermera lo observa con una expresión de desconcierto absoluto cuando se gira hacia ella. Oriol mete la mano en el bolsillo y saca su placa para mostrársela.

—Soy Oriol Duarte, agente de la Interpol. El señor Villa trabajaba con nosotros en un caso. Su pérdida es muy dura para todos —dice, con una voz que intenta mantenerse firme—. Lamento decirle que no soy amigo de la familia. Desconozco si tiene algún pariente cercano al que avisar. Pero, por supuesto, contacte con los carabinieri. Me encargaré personalmente de que le ayuden a localizar a sus familiares.

La mujer parpadea, sorprendida.

—Vaya… de acuerdo. Gracias —responde al fin.

Después se da media vuelta y emprende el camino, dispuesto a descubrir la verdad sobre el caso de Giulia Bernardi después de tantos años.

20

Vittoria Mecca se encuentra en medio de un campo de cultivo en Fontignani, con la tierra húmeda cediendo levemente bajo sus botas. La dirección que le ha enviado Andrea Cialdoni la ha conducido hasta allí, a las afueras, donde los cultivos se extienden como un mar oscuro e inmóvil que huele a estiércol. Las plantas, altas y desordenadas, dibujan sombras densas que el viento apenas se atreve a mover.

Los efectivos están dispersos en varios puntos estratégicos, ocultos entre caminos secundarios y lindes naturales. Ninguna luz encendida. Ningún motor en marcha. Las radios permanecen en completo silencio. La tensión es tangible. El operativo entero parece contener la respiración. La oscuridad envuelve todo a su alrededor.

A su lado está Vincenzo Gallo, jefe de la Unidad de Operaciones Especiales. Su postura es firme, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante, como si ya estuviera dentro de la acción. No habla. Observa. Espera el momento exacto para dar la orden de entrada. Frente a ellos, a unos cientos de metros, se alza el chalé.

Es una construcción moderna, de líneas vanguardistas, con un diseño que no encaja en ese entorno rural. Hormigón visto, grandes ventanales, volúmenes rectos que se superponen y vaticinan una gran amplitud interna. Las luces de la planta inferior están encendidas y rompen la oscuridad del campo. Desde dentro llega el sonido amortiguado de la música, un ritmo constante que parece fuera de lugar.

Vittoria intenta concentrarse en el objetivo, pero un pensamiento la atormenta.

Oriol Duarte.

De manera inexplicable, no hay ni rastro de él. Y debería estar allí. Ha sido el primero en salir, o eso creía. Vittoria recompone la secuencia una y otra vez, buscando un error. Deduce que ha salido con su vespa desde el hospital Santo Spirito, en Roma, después de visitar a Donato Villa. Ella misma ha llamado al hospital para

cerciorarse. El recepcionista lo ha confirmado sin dudar: lo vio marcharse a toda prisa hace más de una hora. Demasiado tiempo. Debería haber llegado antes que nadie.

También ha llamado a varias comisarías. Una tras otra. Ha preguntado por accidentes de moto en la última hora, por avisos, por cualquier incidencia que explique la ausencia del investigador principal justo ahora, cuando todo parece a punto de estallar. No ha obtenido nada. Ningún registro. Ninguna llamada. Ninguna explicación.

Esa ausencia pesa más que el silencio del campo.

Vittoria vuelve a fijar la vista en el chalé iluminado, en las ventanas que no revelan lo que ocurre dentro. Siente la presión y cómo su respiración se acelera. No es solo preocupación profesional; es la certeza inquietante de que algo no va bien.

Vincenzo murmura a su lado, casi sin mover los labios:

—Tal vez se haya perdido. No conoce la zona y no tiene un teléfono con el que guiarse —sugiere.

A Vittoria le cuesta aceptar esa idea. No aparta la vista de la casa mientras responde en voz baja:

—Me extraña mucho. No es que le conozca demasiado, pero no me parece el típico hombre que se pierde con facilidad.

Vincenzo se encoge de hombros, sin insistir. En ese gesto hay resignación, pero también algo de incomodidad. En ese momento, la radio rompe el silencio absoluto.

—Acaba de apagarse la música —se oye decir por el aparato.

Vittoria clava la mirada en la fachada. Justo entonces, una luz se enciende en el piso superior, blanca, nítida, como un ojo que se abre de repente. Siente un leve cosquilleo en la nuca. Agarra la radio con firmeza y susurra:

—Esperamos cinco minutos más. Preparaos para entrar.

Vincenzo la mira. Acepta la orden con un leve gesto de cabeza. Vittoria se cuestiona su propia decisión. Al fin y al cabo, será la Unidad de Operaciones Especiales la que corra el riesgo entrando en primer lugar. ¿Qué más da que Oriol no esté presente?

No sería importante, si no fuera por ese mal presentimiento que no consigue sacudirse.

De pronto, se escucha el ruido de un motor acercándose. Inconfundible. Una moto. Va despacio. Vittoria siente cómo el alivio le recorre el cuerpo de golpe. Oriol ha debido perderse. Esa tiene que ser la explicación. Sus músculos se relajan, inspira hondo, casi se permite una sonrisa contenida.

Pero todo se tuerce en cuestión de segundos.

Por la esquina no aparece una vespa.

Es la moto de un repartidor de pizza.

El vehículo avanza lentamente hasta detenerse frente a la puerta del chalé alquilado por NightCrawler. El chaleco reflectante, la caja térmica a la espalda… Resulta cómico e intimidante a la vez.

Comienzan entonces a transcurrir unos segundos de incertidumbre, de tensión pura. Vittoria no sabe qué hacer. Todo ocurre demasiado rápido.

—Hay que detenerlo —sugiere Vincenzo.

Ella asiente, claramente decepcionada.

Ahora es el inspector Gallo quien se comunica por radio:

—Interceptadlo.

Dos agentes, con casco, chalecos antibalas y uniformes oscuros, emergen de la oscuridad y se abalanzan sobre el joven repartidor. El chico alcanza a emitir un grito ahogado antes de que una mano enguantada le tape la boca y lo aparten de la puerta. Se resiste lo justo, más por instinto que por fuerza, hasta que no le queda más remedio que ceder ante la superioridad física del agente que lo inmoviliza.

Vittoria observa la escena con el corazón acelerado. Sabe que ya no hay vuelta atrás.

¿Dónde demonios estará Oriol?, se pregunta.

Ya no puede esperar más.

—Vamos a entrar —dice.

La orden se transmite al instante y desencadena una serie de movimientos precisos. Vincenzo Gallo es el primero en avanzar, y con él lo hace toda la coreografía ensayada. En cuestión de segundos, los agentes de la Unidad de Operaciones Especiales se despliegan alrededor de la casa, ocupando posiciones. Dos equipos se deslizan hacia los laterales; otros rodean la parte trasera. Ventanas, accesos

secundarios, puntos ciegos. Cada uno sabe exactamente dónde colocarse.

El ariete golpea la puerta junto al acceso a la cochera con un golpe seco y controlado. El primer impacto la hace ceder; el segundo la arranca de sus anclajes. Antes incluso de que el eco del golpe se disipe, los agentes ya están dentro. Al mismo tiempo, cristales que estallan en otras fachadas, sombras que irrumpen por ventanas forzadas, movimientos sincronizados que convierten el asalto en una especie de danza.

Vittoria entra tras el primer grupo, alzando su arma. El jardín que atraviesa es impecable, perfectamente cuidado, un indicio de que ese mes de alquiler ha debido de costarle una pequeña fortuna a NightCrawler. El césped recortado con precisión milimétrica, la iluminación ornamental, las líneas limpias de los setos… Todo reluce impoluto al ser descubierto por el potente foco de luz que un agente acaba de encender.

La puerta de la casa no tiene pasada la llave, con lo que acceden sin dificultad. Dentro, un recibidor se abre en un espacio amplio, moderno, inundado de luz artificial. Todo es sinónimo de lujo: suelos pulidos, paredes limpias, mobiliario minimalista. No hay signos de lucha. No hay desorden. Solo una escena congelada en el centro del salón.

Un hombre está sentado en una silla, de espaldas.

Vittoria lo reconoce de inmediato, incluso antes de rodearlo: el pelo blanco, la rigidez del cuerpo, la palidez casi cerosa de la piel.

Es el cardenal Dupont.

Está atado a la silla para evitar que se desplome, y sobre su regazo alguien ha colocado una rosa blanca.

Vittoria se agacha y le toma el pulso. No necesita más de un segundo. La carne está fría. Retira la mano con lentitud.

Está muerto.

Las voces de los agentes resuenan por la casa, firmes y potentes, abriendo puertas, despejando estancias, moviéndose con rapidez de un lado a otro. Vittoria observa entonces que la ropa del cardenal está manchada de sangre a la altura del corazón. No lleva puesto el hábito cartujo. Un jersey negro brilla allí donde la sangre lo ha

empapado. Un pequeño charco oscuro se ha formado sobre la alfombra, justo bajo la silla, manchando las fibras claras.

Desde la doble altura que da al salón, los agentes que han subido a la planta superior se asoman.

—¡La casa está vacía! —grita uno de ellos.

—¡Aquí no hay nadie, Vittoria!

Ella no responde de inmediato. Su mirada se ha perdido en una pared lateral, donde un panel de control domótico parpadea con una luz verde intermitente. Observa cómo el parpadeo se detiene de pronto. La luz queda fija durante un segundo eterno.

Luego cambia a rojo.

Y, de repente, todas las luces se apagan.

21

Oriol Duarte conduce la moto con la mente trabajando a toda velocidad. El rugido del motor apenas logra imponerse al ruido de sus pensamientos.

Ha habido un cambio de planes.

Una de esas decisiones que obligan a reaccionar sin margen de error.

Todo ha sucedido un par de kilómetros antes de tomar la salida de Fontignani, allí donde supuestamente NightCrawler residía y donde podría estar retenido el cardenal Dupont. Al darse cuenta, ha reducido la velocidad de su vespa; necesitaba tiempo para pensar.

Las pistas que ha ido dejando no han sido fáciles, y eso lo sabe bien. Más bien son propias de una mente brillante como la de NightCrawler, quien ha demostrado no ser un aficionado ni un fanático impulsivo. Es un rival de enjundia, probablemente el más capaz al que se ha enfrentado en toda su carrera. Metódico, paciente, lo bastante inteligente como para jugar con él y su equipo durante todo este tiempo.

Ha tenido que tomar la decisión rápido. El tiempo se le echaba encima. Ha optado por seguir su instinto, ese que le ha salvado otras veces cuando la lógica llegaba tarde. Su teléfono sigue apagado en el Palazzo Madama, con lo que no ha tenido opción de avisar a Vittoria Mecca. Sabe que es posible que se preocupe, que intente localizarlo, que eso ralentice la operación. Un daño colateral que no le gusta, pero que está dispuesto a asumir.

Alguien tiene que seguir esta nueva pista, y no hay nadie más indicado que él. Por eso cambia el rumbo y deja atrás Fontignani.

Se siente estúpido y culpable por no haberlo visto antes. Todo estaba ahí desde el principio, escondido en los versos del diario. En esas anotaciones que alguien se tomó la molestia de escribir en la parte superior de cada fragmento. Pasajes bíblicos que no estaban elegidos al azar, que no eran un adorno ni una provocación. Eran un mensaje. Un mapa.

Nadie lo ha visto. Él era el único que podía verlo.

Aunque tal vez lo haya hecho demasiado tarde.

Ahora, cuando gira a la derecha para incorporarse al camino de tierra que conduce hasta su caravana alquilada de Fiumicino, Oriol repasa mentalmente cada una de las pistas que lo han llevado a tomar esta decisión, incluso con el miedo aún clavado en el estómago ante la posibilidad de estar equivocado.

Piensa en el primer fragmento del diario. El que le dejaron sobre la misma vespa que ahora conduce, aquel mensaje cuidadosamente colocado que encontró al abandonar el comando de los carabinieri de la Piazza Sant'Ignazio. En la parte superior del texto alguien había escrito un pasaje bíblico: «*No me ruegues que te deje… A donde tú vayas, yo iré; y donde tú vivas, viviré*».

En su momento, todos —él mismo, Dante, Vittoria, Aurora— interpretaron lo mismo. Era casi inevitable. La relación con el texto que contenía aquel fragmento de diario parecía clara: una mujer sin elección, forzada a vivir en el Vaticano, atada a una vida que no había escogido. Era la lectura más obvia, la más cómoda. Demasiado evidente.

Pero esa no es la manera de actuar de NightCrawler.

No fue hasta conocer la verdadera identidad de su amigo Pietro Rangoni cuando algo se recolocó en su mente con la claridad necesaria. El pasaje bíblico no era una referencia simbólica al contenido del diario. No hablaba de ella. No hablaba del pasado.

Era un mensaje directo para él.

«*A donde tú vayas, yo iré; y donde tú vivas, viviré*».

Ahora lo entiende con una lucidez que le llega tarde y le eriza la piel. No era una metáfora. Era una advertencia. Una promesa.

NightCrawler quiere que Oriol acuda al lugar donde comenzó todo. Allí donde vive durante su estancia en Italia; donde recibió la cinta de VHS.

Su caravana.

El resto de los pasajes contenían pistas más claras. Evidencias que no supo ver.

Recuerda las páginas que Gilberto, el hijo de Domenico Valentis, recibió por correo electrónico cuando Dante y él se encontraban en

su casa interrogándolo. En la parte superior de aquel fragmento aparecía otro pasaje bíblico: «*Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo…*». En aquel momento no vio nada más allá. No supo leer el trasfondo. No entendió que no hablaba de consuelo ni de fe, sino de un lugar concreto.

Para llegar a su caravana hay que cruzar un puente estrecho sobre un pequeño arroyo. El mismo por el que circula ahora mismo, con la moto vibrando bajo él y el murmullo del agua colándose entre sus pensamientos. Tan literal que resulta casi insultante. Tan evidente que duele.

Creyeron que el pasaje hacía referencia, de nuevo, al texto que contenía el diario. A ese fragmento de la historia en el que Dupont le dice a Giulia que, vaya donde vaya, el Señor estará con ella. Aquel momento en que ella confiesa su deseo de cruzar el Atlántico y empezar una nueva vida en América. De nuevo, la interpretación fácil. La que encajaba sin esfuerzo.

Pero no era eso.

Ahora, con cada metro que avanza por el camino de tierra, entiende hasta qué punto ha sido manipulado. Hay que reconocerlo: Pietro, Jason, NightCrawler —o como quiera que se llame en realidad — ha hilado muy fino. Demasiado. Ha sabido jugar con su mente, con sus recuerdos, con su propia historia, dejando migas de pan que solo conducen a un único destino.

El tercer fragmento, el que encontró Vittoria Mecca sobre la barra de un bar, justo después de ausentarse para ir al baño, contenía otro pasaje. «*Tú sosiegas el estruendo de los mares, el estruendo de sus ondas*», decía. También aquel pasó por sus manos sin levantar sospechas.

Entonces le pareció un pasaje solemne, poético. Una referencia más al peso simbólico del agua, al caos, a la violencia contenida. Nada que desentonara con el tono del diario ni con la historia de Bentivoglio y aquella historia de los impuros que iban a parar al río y la corriente los arrastraba hasta la desembocadura en el Mediterráneo, donde los diques protegen las embarcaciones de los puertos. Lo lógico era pensar que ese pasaje hacía referencia a la palabra *dique*, que tanto perturbó a Giulia.

Ahora no.

Ahora alza la vista y el rostro se le endurece. Frente a él, marcando la entrada del aparcamiento de autocaravanas, hay un cartel desvencijado, torcido por el paso del tiempo y la humedad. Las letras están comidas por el óxido, pero aún se leen con claridad suficiente: «Camping la escollera». El pasaje hacía alusión a ese lugar; no se refería a un dique, sino a un sinónimo; una escollera. El nombre del lugar donde se encuentra su caravana.

Oriol chasca la lengua, molesto consigo mismo. No por el hallazgo, sino por no haberlo visto antes. Por haber buscado siempre significados metafóricos cuando la respuesta estaba anclada al terreno, a la geografía, a los nombres.

NightCrawler no ha dejado nada al azar. Cada palabra, cada cita, cada guiño estaban pensados para conducirlo hasta aquí. Paso a paso. Verso a verso.

Y, por último, el cuarto pasaje. El más evidente y, al mismo tiempo, el más cruel. El que apareció en el fragmento de diario encontrado en la habitación del cardenal Dupont, en la cartuja de Viterbo. En la parte superior alguien había escrito: «*Habitó como extranjero en la tierra prometida, morando en tiendas…*».

Todo parecía indicar lo mismo de siempre. La lectura cómoda. La que encajaba sin fricciones. Ese sentimiento de extrañeza que Giulia describe en el texto, sus penurias al saberse ajena al lugar donde reside, la falta de arraigo, la imposibilidad de sentirse parte de unas costumbres que no son las suyas.

Pero la frase no hacía referencia a Giulia.

Nunca lo hizo.

Hacía referencia a él.

Oriol aparca la moto junto a su caravana, en un lugar que tampoco a él le pertenece del todo. Un espacio provisional. Prestado. Siente que ha llegado exactamente a donde NightCrawler quería. Que ha perdido la partida. Y, aun así, decide aceptarlo. Al menos lo hará con dignidad. Atento a la sorpresa que le espere dentro.

La caravana de su vecina, la mujer extranjera, emite una luz suficiente para no caminar a oscuras. El *border collie* sigue acostado

en el suelo, en la misma posición que la última vez que lo vio. Solo las orejas se mueven en su dirección, acompañando a sus ojos.

Oriol se quita el casco y da unos pasos. La tensión crece en su interior a medida que se acerca. Al abrir la puerta, lo primero que hace es esperar unos segundos. Escucha. Aguanta la respiración. No cree que haga falta pelear. No parece el estilo de NightCrawler, pero se prepara por si es necesario. Luego entra y enciende la luz.

Mira a un lado y a otro.

No hay nadie.

Sobre la mesa, perfectamente colocado, alguien le ha dejado un regalo envuelto en papel rojo con un lazo negro. Idéntico a los anteriores. Lo toma entre las manos sin ponerse guantes. A estas alturas sería absurdo e inútil. Cuando lo abre, el pulso se le ralentiza.

Dentro está el resto del diario de Giulia Bernardi.

NightCrawler quiere que lo lea.

Y él también quiere leerlo.

DIARIO V

«Porque nada hay oculto que no haya de ser manifestado; ni escondido, que no haya de ser conocido y salido a luz.»
Lucas 8:17

Ha sido el tercer día recluida en esta sala azul cuando he retomado este diario y me he puesto a escribir. Tampoco he tenido otro pasatiempo que me ayudara a combatir el aburrimiento. Habría sido distinto de haber dispuesto de una colección de clásicos: Cicerón, Ovidio, Aristófanes… Siempre he pensado que acabaría leyéndolos antes de morir y, ahora que ese día parece mucho más cercano de lo que debería, creo que es algo que nunca haré. Como tantas otras cosas, a decir verdad; esos pequeños placeres de la vida que me permitía de vez en cuando. Por ejemplo, tomar el sol en la playa de Ostia en verano, con mi amiga Fausta, intentando relajarme mientras ella me habla de su último novio y le saca pegas a todo. Me gusta tomar el sol, aunque hace una semana me salieron manchas en la piel y ahora dicen que hay que llevar cuidado, que no conviene hacerlo a menudo porque puede ser malo para la salud. Melanoma o algo parecido lo llaman.

Hoy, tres días después de que Bentivoglio me trajera aquí, ha sucedido algo que me ha hecho recapacitar. La incómoda realidad es que no echo de menos el Vaticano. Nada, ni un poco, y esa sensación, de pronto, me parece increíble.

Significa mucho más de lo que pueda parecer a simple vista. Lo he comprendido con claridad y creo que me ha aportado la valentía necesaria para enfrentarme a mi muerte inminente.

Lo normal, cuando encierran a alguien, es desear salir, contar los minutos, imaginar la calle, el aire, intentar escapar. Gritar hasta desgañitarse, dar golpes en la pared, buscar un arma con la que defenderse de la persona que te ha capturado.

Pero yo no quiero hacer nada de eso. No quiero volver y estoy dispuesta a morir si eso me libera para siempre.

Benti va y viene sin darme muchas explicaciones sobre lo que está ocurriendo. Se limita a aparecer y desaparecer, a decidir por mí con la naturalidad de quien cree tener ese derecho. Tampoco yo insisto mucho; Dios me libre de levantarle la voz a un miembro de la casa pontificia. No, claro que no. Yo actúo como me han enseñado durante años, con el debido respeto hacia alguien que, en realidad, no se lo ha ganado. Aunque, para ser justa con la verdad, he de decir que él no ha abusado de mí nunca. Eso no cambia el hecho de que sigue siendo un ser despreciable, porque vio, consintió y colaboró en algo que ha marcado mi corta vida hasta el punto de desear que todo termine.

Como decía, hace tres días vino a buscarme fuera del Vaticano. Eso es algo que hasta ahora no había hecho. Me resultó tan extraño que, cuando lo vi de lejos, no lo reconocí. No llevaba el hábito. Sin esa vestimenta parecía otro hombre, uno cualquiera, y esa normalidad me desconcertó más que su presencia. Solo cuando estuvo muy cerca supe quién era. Su voz confirmó lo que mi cuerpo ya había entendido antes que mi conciencia, respondiendo con náuseas y el pulso acelerado: lo que el miedo me provocaba cada vez que debía acudir a las «reuniones» con el cardenal Fabbri.

Me dijo que debía dirigirme con inmediatez al Palazzo Apostólico a una reunión y que él mismo iba a llevarme. Normalmente quedábamos a una hora concreta en la puerta trasera, junto a la muralla leonina. Pero ese día no fue así. Como esos encuentros, por desgracia, sucedían con cierta frecuencia, no fue algo que me sorprendiera especialmente. No más allá de la repugnancia y el temor que se instalaban en mi cuerpo cada vez que esas palabras aparecían en su boca.

La angustia llegaba antes incluso de que Fabbri me tocara. Mi estómago se cerraba, las manos me sudaban, la cabeza empezaba a latirme con un dolor sordo y constante. Había aprendido a reconocer los cambios de mi propio cuerpo, a anticiparlos. El estrés me dejaba sin apetito durante días; me temblaban las piernas y sentía un cansancio profundo, como si llevara semanas sin dormir. A veces tenía ganas de vomitar; otras, una sensación de frío que no se iba ni cubriéndome con todas las mantas de mi armario.

Había temporadas en las que pasaban semanas sin que Bentivoglio apareciera y me reclamara para Fabbri. En esos silencios llegaba a sentirme estúpida por albergar esperanza. Pensaba que quizá se habría olvidado de mí, que tal vez todo había terminado. Me avergonzaba de esos pensamientos, pero aun así volvían una y otra vez.

He de decir que no solo soñaba con que eso sucediera. También me esforzaba para que sucediera. Había engordado quince kilos el último año, lo cual no es una buena decisión si quieres ser actriz, como yo. Me lavaba el pelo lo mínimo posible, hasta que mi madre me soltaba una reprimenda y no tenía más remedio. Me vestía con las prendas más horrorosas y menos sugerentes de las que disponía, pero nada de eso sirvió para dejar de llamar la atención de Fabbri.

Bentivoglio siempre regresaba a buscarme. A veces, dos veces por semana; otras, una única vez al mes. La frecuencia cambiaba sin ningún patrón que yo pudiera entender. Esa incertidumbre era insoportable.

Yo solo quería que aquello dejara de suceder. Nada más. Rezaba por ello a diario, pero no dio resultado. Creo que ese es el motivo por el que he perdido la fe.

No pensaba en huir ni en rebelarme, ni siquiera en ser libre. Ni se me pasaba por la cabeza, después de lo que le sucedió a Eva Bozzuto. Nadie lo admitirá nunca, pero yo la vi entrar al Vaticano antes de desaparecer y no creo que esté viva en alguno de esos paraísos que salen en las revistas, rodeada de palmeras en una playa paradisíaca. Yo creo que está donde Benti dice que acaban aquellos que atentan contra el Vaticano: en los diques de la desembocadura del Tíber.

Lo único que deseaba era mucho más simple que reunir el valor suficiente para dar un paso adelante y huir. Solo quería que un buen día todo esto acabara, que no vinieran a buscarme, que mi nombre se les olvidara, que mi cuerpo dejara de reaccionar con miedo al sonido de unos pasos acercándose.

Solo eso. Que todo terminara.

Hace tiempo decidí que no destaparía las miserias del Vaticano. No por cobardía —o al menos eso me repetía una y otra vez—, sino

por amor a mi familia. Sabía el daño que aquello les haría. Solía imaginarme alzando la voz, contando lo que ocurría entre aquellos muros, y siempre llegaba al mismo final: nadie me creía. ¿Quién iba a darle la razón a una niña de quince años relatando semejantes horrores sobre las deidades que todo el mundo veneraba? Sobre los hombres intocables a los que se rendía obediencia ciega.

Además, estaba mi familia. Siempre estaba mi familia. Mi padre perdería su trabajo, eso era seguro. Nos señalarían, nos aislarían, nos arruinarían. Y me odiarían. Me odiarían para siempre por haber sido yo la causa de su caída. Ese pensamiento me resultaba insoportable.

Así que tracé otro plan, uno que ha fracasado a tenor de las circunstancias. Consistía en sobrevivir. Aguantar hasta tener la opción de marcharme y no volver jamás. Me idealizaba encontrándome con mis padres fuera de aquel mundo, invitándolos a mi casa de Milán, recibiéndolos con una sonrisa sincera y libre de miedo. Me imaginaba viéndolos cerca de los estudios de Cinecittà cuando yo estuviera en Roma rodando una película. Ese era mi sueño. Sencillo y enorme al mismo tiempo. Y estaba dispuesta a hacerlo realidad, aunque el precio fuera soportar las inclemencias de las mentes perversas que me rodeaban.

El día que Benti me interceptó cuando regresaba al Vaticano desde las clases de interpretación parecía más nervioso de lo habitual. Estaba inquieto, como si hubiera surgido algún problema. Me dijo que teníamos que volver en su coche, que lo había aparcado cerca de la Piazza Navona. Desde ese primer momento actuó de una manera extraña, distinta de la habitual. Acepté su propuesta sin discutir, aunque estaba acostumbrada a caminar esas distancias y nunca me había importado hacerlo.

Normalmente, cuando él venía a buscarme para organizar uno de esos encuentros, solía darme tiempo. Un par de días, a veces incluso una semana entera, para que avisara en casa de que llegaría tarde. Me sugería siempre la misma excusa: decir que él mismo me había ofrecido ayudar en las salas de conferencias, recogiendo sillas o limpiando a cambio de unas cuantas liras. Así se aseguraba de que

mi padre no pusiera objeciones. Nunca lo hacía si se trataba del digno y maravilloso oficio de servir a la Casa Pontificia.

Pero aquel día todo fue apresurado. Demasiado. Lo más extraño fue que me pidiera que llamara a casa desde una cabina para avisar a mi madre de que llegaría tarde. No desde el Vaticano, no más tarde, sino allí mismo, en ese momento. Cuando le pregunté qué excusa debía poner esta vez, me dijo que contara que iba a hacer una audición para un anuncio de televisión.

Eso fue muy raro.

Como diría Shakespeare: algo huele a podrido en Dinamarca.

Sin embargo, no lo pensé dos veces. Le obedecí. Supongo que me movió la tentación de creer en esa mentira, de pronunciarla como si pudiera volverse real solo por decirla en voz alta. Ojalá lo hubiera sido. Ojalá hubiera tenido una carrera prolífica como actriz. Ojalá aquella llamada hubiese sido el comienzo de otra vida y no solo otra pieza más del mismo engaño.

La última pieza.

Después de hacer la llamada caminamos hasta su coche. Me dijo que no me acercara demasiado, que nadie podía vernos juntos. Por eso se adelantó unos metros y yo lo seguí desde cierta distancia. Recuerdo pensar que todo aquello era absurdo. Yo no era, ni mucho menos, una chica popular en Roma. Nadie me conocía. Nadie iba a reparar en mí aunque me vieran caminar junto a él. Aun así, obedecí con sumisión, como tantas otras veces.

Tenía un BMW verde. No sabría decir si era suyo o si pertenecía al Vaticano. Uno de esos que los secretarios o los cardenales podían usar cuando les convenía. Nunca entendí por qué alguien como Benti, o como el cardenal Fabbri, necesitaría un coche. Vivían rodeados de privilegios y personas dispuestas a llevarles de un sitio a otro con tal de ser bendecidas.

Me pidió que me subiera a los asientos de atrás. Lo hice sin protestar. Juro que no intercambiamos ni una sola palabra desde que cerré la puerta hasta que llegamos. El silencio era incómodo, distinto. No es que Benti y yo tuviéramos largas conversaciones de manera habitual en las que nos confesábamos nuestras intimidades,

pero al menos solía preguntarme por mi día, por las clases, por alguna banalidad que hiciera todo aquello un poco más soportable.

Al llegar al control de acceso del Vaticano, me pidió que me agachara para que no me vieran los guardias suizos, a los que conozco desde hace muchos años. En ese momento, uno de ellos se inclinó para saludar a Benti antes de dejarnos pasar. Entonces me moví sin querer y sentí cómo el nerviosismo empezaba a apoderarse de mí. Algo no iba bien. Nada de lo que estaba ocurriendo era habitual.

Detuvo el coche junto a la puerta trasera del Palazzo Apostólico. Yo solía encontrarme con él allí cuando acudía a las reuniones, bajo el gran árbol que crecía en esa esquina casi oculta y recóndita que formaban el palacio y la muralla. Bajó del vehículo, tomó su manojo de llaves y abrió la puerta de metal blanca. Se adentró en el Palazzo y yo lo seguí.

Mi sorpresa llegó cuando cambió el rumbo habitual. En lugar de subir la escalera de caracol hasta el tercer piso, donde aquel acceso conectaba con la lencería, se detuvo en el segundo nivel. Allí abrió una diminuta compuerta lateral en la que nunca me había fijado. Habría jurado que detrás habría tuberías, llaves de paso, algún espacio técnico sin importancia. Pero no fue así.

Un pasadizo oscuro y estrecho se abrió ante nosotros. Se agachó para entrar por aquel hueco imposible, y me sorprendió que cupiera. Desde la oscuridad, su mano apareció de pronto, extendida hacia mí.

—Ven conmigo —me dijo.

Dudé. No quería entrar ahí. Imaginé ratas, humedad, el olor a encierro. Y, sobre todo, no sabía qué pretendía hacer Bentivoglio conmigo en un lugar así. No contesté. Pasaron unos segundos largos, interminables.

—Giulia. Ven conmigo si quieres seguir con vida.

Entonces sí tuve miedo. Un miedo real, paralizante. Me puse a llorar casi de inmediato.

—No hagas ruido —me ordenó.

Pero yo ya no escuchaba. Mi cabeza daba vueltas sin control. ¿Me estaba salvando Benti? ¿O me estaba mintiendo? ¿Era una trampa?

No supe qué hacer. Dudé mucho. No pensé siquiera en huir, no valoré opciones, no fui capaz de reaccionar. Al final, hice lo único que sabía hacer.

Obedecer.

Le di la mano y entré por aquel agujero oscuro, sin saber qué me esperaba al otro lado.

DIARIO VI

Yo no había oído jamás hablar de ese lugar. Fue Benti quien me lo explicó después, con una calma que contrastaba con el pánico que yo todavía sentía. Dijo que aquel pasadizo era el Passetto di Borgo, un corredor antiguo que unía el Vaticano con el Castillo Sant'Angelo. Me contó que había servido para que algunos papas huyeran en tiempos de peligro, para escapar de asedios, traiciones y revueltas. Mientras hablaba, pensé que era irónico que un camino creado para salvar a los hombres más poderosos de la Iglesia se convirtiera, a su vez, en el mejor remedio para huir de ellos.

La primera noche en aquel cuarto azul fue muy dura. No conseguí dormir. Mi cabeza no dejaba de girar alrededor de una sola idea: mis padres. Me los imaginaba preocupados, esperándome, preguntándose dónde estaba, qué había hecho mal. Pensaba en las repercusiones, en lo que aquella desaparición repentina podría significar para ellos.

Benti me dijo que no podía quedarse. Tenía que volver al Vaticano y actuar con normalidad, como si nada hubiera ocurrido. Yo no entendía a qué se refería y comenzaba a comprender que mi destino se parecía cada vez más al de Eva Bozzuto.

Antes de irse me hizo prometer que no intentaría salir de aquella sala, que no gritaría, que no haría ruido. No me dio demasiados motivos, pero ya había conseguido algo mucho más eficaz: hacerme sentir miedo. Y el miedo me paralizaba.

Vomité unas cuatro veces esa noche, en una esquina del cuarto. No había baño. También tuve que hacer pis en el suelo. El olor empezó a notarse a los pocos minutos: denso, desagradable, casi insoportable. Aun así, no había otra opción. No podía moverme de allí porque él había cerrado con llave, no podía pedir ayuda, no podía hacer nada más que aguantar.

Regresó con el primer rayo de luz. Por sus ojeras deduje que tampoco había dormido nada. No hizo ningún comentario sobre el olor. Me preguntó cómo estaba y volvió a marcharse. Al rato regresó

con productos de limpieza. Él mismo limpió el estropicio, sin una palabra de reproche. También me trajo una palangana y algo de comer. Me dijo que iba a pasar allí unos días, que necesitábamos ganar tiempo.

Le pregunté una y otra vez por los motivos de todo aquello. Me juró que me lo explicaría llegado el momento. Entonces le pedí que avisara a mis padres. Sabía que estarían desesperados. Su respuesta cayó sobre mí como un jarro de agua fría. Me dijo que jamás volvería a verlos, que no podía hacerlo si quería seguir con vida.

Le dije entonces que, si todo aquello tenía que ver con los encuentros con Fabbri, no debía preocuparse. Que no diría nada. Nunca. A nadie. Él sonrió de una manera extraña, triste y cansada a la vez. Me dijo que ese era el problema en sí mismo. Que nunca podríamos decirlo. Que, si hubiera sido tan sencillo como hablar, todo se habría solucionado. Pero que el poder de la Iglesia era demasiado grande y que nadie nos creería jamás. Solo serviría para provocar más daño, más castigo.

Decidí entonces preguntarle por Eva Bozzuto. Quería saber si a ella le había pasado lo mismo que a mí. Si ella había estado en esa sala antes que yo.

Me clavó la mirada y guardó silencio durante unos segundos interminables.

Después se marchó y me dejó sola.

Aquí no había nada que hacer. Ni libros, ni ventanas, ni pasatiempos. La espera se volvió eterna. Cada minuto parecía una hora y cada hora, un día entero.

El sonido de unas campanas se escuchaba a lo lejos con cierta frecuencia, sin que fuera capaz de entender su patrón. Al principio pensé que sonaban cada hora, pero estoy casi segura de que transcurría mucho más tiempo entre campanadas. No tengo modo de saberlo.

Benti volvió más tarde con comida… y con algo que me resultó profundamente extraño.

Una cámara de vídeo.

Me dijo que tenía que grabar un anuncio. Aseguró que lo usaría como prueba falsa, que lo enviaría a la policía junto con una carta

escrita de mi puño y letra. Harían creer a quienes me buscaban que me había marchado voluntariamente, que me había cansado de mi vida en el Vaticano y que quería labrarme un futuro como actriz.

Mientras hablaba, asentí sin discutir. Decidí que lo más inteligente que podía hacer era obedecerle. Haría lo que él quisiera porque, estando los dos solos en esa sala, me sentía muy vulnerable. Pensaba que, en cualquier momento, si no cumplía con sus directrices, se abalanzaría sobre mí y me estrangularía con sus propias manos. Nadie lo oiría, nadie lo vería. Yo también acabaría en los diques, dando de comer a los peces.

Me engañé a mí misma e intenté creer que sus palabras sobre grabar un anuncio e iniciar una nueva vida podrían ser ciertas. Por algún motivo que todavía no comprendo, una sonrisa se dibujó en mi rostro. Una sonrisa fuera de lugar, quizá nacida del alivio o de la pura negación.

Hice lo que me pidió y grabé el anuncio.

No presté atención cuando Benti se agachó y recogió un poco del pis que había en la palangana, guardándolo en una especie de frasco. Yo solo quería terminar de grabar. Quería cumplir, hacerlo bien, pensar que aquello servía para algo.

Fue ridículo. Me pidió que imaginara que estaba grabando un anuncio para una compañía de productos de belleza. Me dijo que esa había sido la excusa que le di a mi madre el día que me llevó a la sala azul y que eso lo hacía más creíble. Cerré los ojos un segundo y me metí en el papel. Me vi a mí misma frente a una cámara de verdad, con focos, con gente alrededor. Le puse imaginación y un punto de descaro, como si ese papel pudiera abrirme una puerta que siempre había deseado cruzar.

Eso fue hace dos días.

Y aún sigo aquí.

DIARIO VII

Hoy ha sucedido algo que a Benti no le va a gustar. Aún me tiemblan las manos y me cuesta escribir estas palabras. Me he quitado los zapatos y los calcetines: estaban empapados y tenía los dedos de los pies arrugados como pasas.

Ayer terminé de escribir en el diario y me quedé dormida. Creo que he dormido algo así como diez horas seguidas. Es posible que el cansancio acumulado haya tenido algo que ver. No tenía claro si volvería a escribir, pero creo que lo que voy a narrar es digno de mención.

Todo ha empezado después del desayuno que me ha traído. No he podido terminarlo. Nada me sienta bien últimamente; cada bocado se me queda atravesado, con el estómago revuelto y la garganta ardiendo. He acabado inclinada sobre la palangana, que ya estaba llena de orina y vómito, y el olor era insoportable. Me mareaba solo con respirar.

Desesperada, he buscado algo con lo que taparla, cualquier cosa que amortiguara ese hedor que parecía pegarse a la piel.

La sala no destaca precisamente por un mobiliario abundante. Cada día me parece una estancia más triste y comienzo a aborrecerla. Llevo días durmiendo en el suelo, sin colchón, sin nada que amortigüe la dureza de las baldosas. Me duelen todos los huesos, como si hubiera envejecido de golpe. Me duele la cabeza casi a todas horas: una presión constante detrás de los ojos que me está matando.

Me he visto obligada a abrir las ventanas. Sé que le prometí a Bentivoglio que no lo haría, pero necesitaba aire puro. Aun así, no había de qué preocuparse: es imposible escapar por allí. Están demasiado altas, encajadas en un muro de piedra imposible de trepar. La caída me mataría. Tampoco nadie podría verme desde fuera, aunque me asomara. Otro muro, justo enfrente, cierra cualquier campo de visión.

A veces escucho voces lejanas, un murmullo indistinto que va y viene. He estado pensando en eso. Si yo puedo oírlas, ellos también podrían oírme a mí si levantara la voz. Podría gritar, podría intentarlo. Pero ¿estoy segura de querer hacerlo? No debo olvidar lo que Benti dejó caer: alguien en el Vaticano me quiere muerta y estoy escondida muy cerca de la boca del lobo. Sería una imprudencia por mi parte. Si ellos fuesen los primeros en descubrir que sigo aquí, el olor a vómito y orina sería el menor de mis problemas. Es el mismo motivo por el que no tiro el contenido de la palangana por la ventana. No quiero ni imaginar qué pasaría si alguien subiera a esta sala a investigar de dónde ha caído y Benti no estuviera para protegerme. Aún no entiendo por qué me está ayudando. Aunque ni siquiera estoy del todo segura de que lo esté haciendo.

Entonces he tenido una idea que podía funcionar. En la sala hay una estantería vacía apoyada sobre una alfombra fina y gastada que podría servirme para cubrir la palangana. Al acercarme he tenido que apoyarme en la pared; el mareo seguía ahí, persistente. Con algo de esfuerzo, he conseguido mover la estantería. No pesaba tanto como imaginaba.

En ese momento he encontrado algo inesperado.

Debajo había una trampilla.

Durante unos segundos me he quedado mirándola, sin atreverme a tocarla. El corazón me latía con fuerza y he tenido la absurda sensación de que aquello llevaba mucho tiempo esperándome. Al final, la he abierto.

Debajo se abría un pasadizo oscuro.

La primera bocanada de aire que subió desde allí me revolvió aún más el estómago. El olor era peor que el de la palangana: húmedo, rancio, podrido. He bajado despacio, tanteando con los pies, y no he tardado en ver las ratas. Se movían rápidas, rozándome los tobillos, desapareciendo entre las sombras. Había una corriente de aire constante que me erizaba la piel. He tenido que detenerme para vomitar otra vez, apoyada contra la pared de piedra, con lágrimas involuntarias corriéndome por la cara.

Aun así, he seguido descendiendo, imbuida de una valentía impropia de mí.

No sé cuánto tiempo ha pasado hasta que he visto la luz. Al principio era solo un cambio en la oscuridad, una claridad tenue que me ha obligado a parpadear. Luego, de pronto, el exterior. El cielo abierto. El aire fresco en la cara.

Y el Tíber.

El río se extendía ante mí, silencioso y oscuro, arrastrando su corriente con una calma inquietante. Me he quedado allí, de pie, temblando, con el estómago vacío y la cabeza confusa, consciente de que en ese momento era libre.

Me di cuenta de dónde estaba casi sin querer. Los muros altos no me dejaban ver el exterior con claridad, pero no lo necesitaba. Reconocí las estatuas del puente de Sant'Angelo incluso desde abajo, recortadas contra el cielo.

Los ángeles de mármol. Los conozco bien, ya que mi padre contaba la misma historia cada vez que pasábamos por allí: la leyenda del fantasma de Beatrice Cenci, una joven noble ejecutada en 1599 por haber participado en el asesinato de su padre.

Se dice que su espíritu decapitado aparece cada año, en la noche del 10 al 11 de septiembre, caminando por el puente mientras sostiene su cabeza entre las manos. Quizá conozca pronto a Beatrice.

Observé a mi alrededor con miedo, pensando que podía ser una trampa. Estaba sola y ya no me encontraba dentro del Vaticano: estaba en Roma. Libre.

Fue entonces cuando entendí que, frente a mí, se abría una posible vía de escape.

La idea me golpeó con fuerza. Huir. Desaparecer. Esconderme en algún sitio desde el que pudiera llamar a mis padres y pedirles que vinieran a buscarme. Contarles toda la verdad, sin silencios ni medias frases. Imaginé sus caras: el miedo primero, la rabia después y, finalmente, su apoyo incondicional. Seguro que estarían de mi lado. Pensé que juntos podríamos empezar de cero en cualquier otro lugar, lejos del Vaticano, lejos de secretos, lejos de cardenales como

Fabbri y Dupont. Nadie me conocía y aunque siempre he querido ser actriz, renunciaría a mi sueño sin mirar atrás.

Metí los pies en el agua del río. Estaba fría y sucia. Caminé por la orilla con torpeza, con el agua subiéndome hasta las rodillas, tratando de no resbalar. Luego subí al camino asfaltado del Lungotevere y empecé a andar sin rumbo claro, con el corazón desbocado y la cabeza llena de planes frágiles.

Entonces los vi: dos chicos jugando con un balón. Tendrían más o menos mi edad. Sus risas sonaban normales, ajenas e inofensivas. Uno de ellos me miró con atención. Supongo que mi aspecto debía de ser alarmante: sucia, desaliñada, el pelo pegado a la cara y los pies mojados.

—¿De dónde sales? —me preguntó.

Abrí la boca para decir mi nombre. El verdadero: Giulia. Estaba a punto de hacerlo cuando algo, tras el chico, me heló la sangre. Un cartel pegado en la piedra del muro con mi foto. Era reciente; en la imagen llevaba puesta la misma gargantilla que llevo ahora, la que me regaló mi madre por mi cumpleaños el año pasado. No pude leer el texto. No me hizo falta.

El miedo volvió a apoderarse de mí, paralizante. Miré a un lado y a otro. A lo lejos distinguí a unos carabinieri montados a caballo sobre el puente, patrullando con calma y, tal vez, buscándome.

Bajé la mirada al suelo.

—Me llamo Mara —dije—. Soy actriz.

La palabra me sonó absurda incluso antes de terminar la frase.

—Me han elegido para rodar un anuncio de televisión… —continué —. La ropa es atrezo.

Ni yo misma me creí la excusa. Era mala. Muy mala. Tan mala que, en otro contexto, me habría hecho reír. Supongo que el miedo y el estrés no son buenos guionistas. Era lo primero que se me había ocurrido, con el pulso temblándome y la garganta cerrada.

Los chicos se miraron entre ellos, extrañados. No dijeron nada más. Yo tampoco. Me di media vuelta, incapaz de sostener sus miradas, con la sensación de que, en cualquier momento, alguien gritaría mi nombre. Escuché risas a mi espalda mientras me alejaba: rápidas, ligeras, ajenas a la catástrofe que yo sentía.

El pánico pudo más que la esperanza.

Regresé sobre mis pasos, con cuidado, y volví a meterme en el túnel sin que nadie me viera. La oscuridad me envolvió de nuevo: el olor, la humedad, las ratas. Cerré la trampilla tras de mí y regresé a la sala azul.

Al final, no escapé.

Solo volví a esconderme.

Benti acaba de marcharse.

Me ha contado algo que me ha descolocado por completo y necesito escribir para no echarme a llorar. Es la única manera que tengo de sostenerme ahora mismo, de poner en orden mis ideas con respecto a lo que acaba de decirme. De repente, comienzo a comprender algunos cambios que atribuía a otras razones.

Todo tiene sentido ahora.

Nada más entrar me ha visto descalza, con la ropa sucia, el pelo apelmazado y los pies aún húmedos. No ha hecho ningún comentario. Ha cerrado las ventanas una a una, con calma y sin hacer ruido. Luego ha recogido la palangana y se ha ido sin decir una sola palabra. Han sido unos quince minutos que se me han hecho eternos. He sentido el miedo recorrer cada centímetro de mi piel, pensando que la próxima vez que abriera la puerta sería para acabar conmigo por haber supuesto un problema. Ni siquiera me percaté de que el olor se había mitigado al llevarse la palangana. Tengo la sensación de que se me ha quedado adherido por dentro, como si ya formara parte de mí y fuera imposible desprenderme de él.

Ha regresado con algo de comida que ha dejado en el suelo, sin mirarme a los ojos. Después se ha sentado en una de las sillas y me ha señalado la de enfrente para que hiciera lo mismo. He sido yo quien ha hablado primero, incapaz de contenerme más.

—He encontrado una salida —le he dicho—. Bajo la estantería. Hay una trampilla con un pasadizo que llega hasta el Tíber. Pero no

me he escapado. Me he portado bien y he vuelto. Eso significa que puede fiarse de mí.

No se ha sorprendido. Ni siquiera ha parpadeado.

—Lo sé. Es por ahí por donde vamos a escapar. Pero no deberías haber salido. ¿Te ha visto alguien?

En cuanto ha dicho eso, me ha cambiado la cara y él se ha dado cuenta. Debí haber sido más cauta y controlar mis expresiones, pero esa palabra, *escapar*, me había atravesado como una descarga y vulnerado mis defensas.

—Solo unos chicos que jugaban al fútbol, pero no me han visto entrar ni salir del pasadizo.

—¿Has hablado con ellos?

—Apenas.

—¿Les has dicho tu nombre?

—No.

—¿Estás completamente segura de que no te han visto entrar al túnel?

—Sí.

Él ha hecho una mueca; se le ha torcido el gesto.

En ese momento he logrado reunir la valentía necesaria para pedirle explicaciones.

—Creo que ya es hora de que me explique qué está pasando aquí, monseñor Bentivoglio.

Se ha cruzado de brazos. Su mirada penetrante me ha confirmado lo que ya intuía: iba a ser mucho más duro de lo que estaba preparada para escuchar.

Antes de nada, me ha pedido disculpas. Ha dicho que no ha actuado bien, que espera que el Señor pueda perdonarlo… y que yo también pueda hacerlo. Me he quedado callada y le he dejado continuar, omitiendo que pienso lo mismo, aunque no estoy del todo segura de poder perdonarle.

Me ha confesado que siempre supo lo que el cardenal Fabbri me hacía cuando lo obligaban a ir a buscarme. A mí y a las otras chicas. Ha reconocido que miró hacia otro lado. Ha dicho que no quiere que suene a excusa, pero que estaba limitado, que los cardenales tienen demasiado poder. Que denunciarlo ante la Santa Sede habría servido

de poco: todo se habría tapado, ocultado, enterrado. Que probablemente a él lo habrían expulsado… o algo peor. Según sus palabras, esto era lo único que podía hacer ahora.

—Yo solo quiero volver con mis padres —le he dicho en cuanto ha terminado su preludio.

Se lo he dicho con una claridad que me ha sorprendido incluso a mí. Le he asegurado que no diré nada de los encuentros. Que no lo mencionaré a él, ni al cardenal Fabbri ni a Dupont.

Ha sido entonces cuando su expresión ha cambiado al asombro, como si ese nombre hubiera abierto una grieta.

—¿Qué sucedió con el cardenal Dupont?

No he podido responder de inmediato. Las lágrimas han empezado a brotar sin control, con una fuerza que llevaba demasiado tiempo contenida. Él no ha insistido. Me ha dado tiempo. Ha entendido que no era el momento de traer de vuelta a ese indeseable.

Cuando por fin me he calmado, he conseguido hablar de nuevo. Con la voz rota, pero firme.

—Quiero volver con mis padres —he insistido.

—Eso no es posible, Giulia.

Lo ha dicho sin elevar la voz, con una calma que me ha resultado insoportable. Luego me ha explicado que, unos días atrás, cuando fue a buscarme a la salida de mis clases, el cardenal Fabbri le había ordenado que me contactara por lo que había calificado como una «creciente preocupación».

—¿A qué se refiere, monseñor? —le he preguntado, aunque algo dentro de mí ya empezaba a tensarse.

Entonces se ha llevado la mano al costado. De algún tipo de bolsillo oculto, invisible a simple vista, ha sacado una pequeña bolsa de papel. Ese gesto me ha golpeado con un recuerdo absurdo y doloroso: el cardenal Kurz, repartiendo caramelos a los niños, sacándolos de un bolsillo escondido de su hábito. Un gesto que me alegraba el día cuando era una niña inocente y que hoy me ha desmoronado.

Me ha dicho que no era la primera vez que sucedía algo así. Que también le ocurrió a la chica que yo había mencionado, Eva Bozzuto. Que Fabbri empezó a notar cambios en su cuerpo: el crecimiento de

los pechos, el oscurecimiento de las areolas. En mi caso, según él, no tenía ninguna duda. Aseguró haber visto algo llamado línea alba en mi abdomen y que por eso había dado orden a los miembros de la Banda della Magliana de acabar con mi vida.

—¿De qué está hablando, señor? —he conseguido decir.

Pero en mi interior la idea se iba forjando. Demasiado rápido. Demasiado clara.

Ha metido la mano en la bolsa de papel y ha sacado un pequeño frasco con un tapón azul.

—¿Sabes lo que es?

He negado con la cabeza.

Me ha explicado que sirve para que las mujeres sepan si están embarazadas. Que hay que poner orina en el frasco y añadir un reactivo. Que, si cambia de color o se forma un precipitado en el fondo… Se ha quedado en silencio un segundo antes de extenderme el frasco.

Lo he cogido con las manos temblorosas. Dentro, en el fondo, había un sedimento blanquecino, perfectamente visible.

—Significa que la mujer está embarazada.

Entonces lo he mirado. No hacía falta que dijera nada más; su expresión ya lo había dicho todo por él. Aun así, lo ha verbalizado.

Me ha confesado que el otro día recogió un poco de mi orina de la palangana e hizo la prueba. Que tenía la esperanza de que no estuviera embarazada. De haber sido así —ha dicho—, todo habría sido más sencillo. Podría haber vuelto al Vaticano con el tiempo y Fabbri me habría dejado en paz, convencido de que no le causaría problemas.

Pero estando en cinta, no. Ahora mismo soy su mayor amenaza.

Ha sido entonces cuando ha pronunciado las palabras que todavía me retumban en la cabeza:

Que no puedo volver. Que es imposible. Que Fabbri me matará en cuanto tenga ocasión. Que, si alguna vez acudo a la policía, la furia del Vaticano caerá sobre mí… y sobre mi familia. Que perderé en todos los casos porque nadie creerá en mi inocencia. Lo controlan todo: mafia, política, cuerpos de policía…

No puedo ganar.

He sentido cómo algo se rompía dentro de mí. No ha sido un golpe seco, sino un desvanecimiento lento y doloroso.

No he sabido qué decir. Solo he podido pensar, con una claridad aterradora, que mi vida ya no me pertenece.

He estado llorando sin parar durante una hora. Una hora entera en la que Bentivoglio no ha pronunciado una sola palabra. Pensaba que estaba más curtida en la vida, que la forma en que se han ido encadenando los acontecimientos habría forjado en mí una especie de coraza, una fuerza capaz de protegerme de golpes como este. Pero no. Hoy me he dado cuenta de que sigo siendo una niña. Lo he entendido al escuchar esas palabras y sentir cómo los cimientos sobre los que se asentaba mi vida se derrumbaban por completo, sin resistencia alguna.

Cuando por fin he levantado la vista, ha vuelto a hablar.

—¿Quieres tenerlo?

La pregunta se ha quedado suspendida entre nosotros, pesada, insoportable. Un aire de irrealidad ha impregnado la estancia.

—Puedo encargarme de ello si no es así.

¿De verdad me estaba planteando algo así? ¿Era un sueño? ¿Despertaría de nuevo en mi cama, con las sábanas empapadas de sudor, aliviada porque todo había sido una pesadilla?

Pero todo era real. Estaba sucediendo, y su rostro era un reflejo de la dureza de sus palabras.

De algún modo, mis pensamientos se aceleraron y fue entonces cuando, por primera vez, vi en monseñor Bentivoglio a mi mejor aliado. Si un hombre de las altas esferas de la Santa Sede me estaba proponiendo algo así y, además, se ofrecía a encargarse personalmente, era porque estaba dispuesto a jugarse su propia vida por mí. Por salvarme.

Hasta ese momento lo había odiado. Lo había considerado cómplice de todas las atrocidades que me han ocurrido a lo largo de mi vida. Pero, de algún modo, he sabido que ahora me estaba ayudando. Que podía confiar en él.

Sí, lo sé. No aprendo. Tal vez sea porque necesito algo a lo que aferrarme para mantenerme a flote, aunque sea un clavo ardiendo.

No le he respondido. Primero necesito contestarme a mí misma, y no es una decisión que pueda tomar a la ligera. No ahora. No cuando tantas ideas se amontonan en mi cabeza.

Al ver que no contestaba, ha decidido explicarme su plan, punto por punto. Quizá creía que, si contaba con más información, podría decidir con mayor facilidad.

Me ha dicho que, desde que desaparecí, todo el mundo me está buscando. Ha evitado mencionar a mis padres, pero no soy tonta. Sé que lo están pasando mal. Muy mal. Me ha dicho que he salido en todas las noticias, que hay carteles con mi foto en cada esquina. Eso ya lo sabía: los vi cuando caminé por el Lungotevere tras salir por el pasadizo, pero no se lo he dicho. Lo más surrealista de todo es que hasta el mismísimo Papa ha emitido un comunicado esperando que aparezca sana y salva.

Sin duda, el hecho de ser una residente del Vaticano ha convertido mi desaparición en un espectáculo mediático. El caso ha escalado a nivel internacional y un sinfín de reporteros se han desplazado hasta Roma para cubrirlo.

Siempre había soñado con ser famosa, solo que quería serlo por mi trabajo, no por haber huido embarazada del Vaticano.

Bentivoglio me ha explicado que lo del anuncio fue solo una estrategia para ganar tiempo. Está buscando un lugar donde escondernos. Dice que tiene un amigo de su parroquia que le ayudará, un hombre que vive en Estados Unidos, en un pueblo de Dakota del Sur llamado Kimball, o algo parecido. Allí, según él, podríamos empezar de cero, con otra identidad. Pero salir del país no será fácil.

Lo peor de todo es que no sería capaz de señalar Dakota del Sur en un mapa, y ahora resulta que es mi mejor opción. Lo único que sé de ese lugar es que hace unos años Elvis Presley dio uno de sus últimos conciertos antes de morir. Vimos el vídeo en clase de interpretación. Mi profesor alababa la entereza de Elvis días antes de su muerte, quien, a pesar de todos los problemas de salud que lo azotaban, fue capaz de interpretar una maravillosa versión de *Unchained Melody* y deleitar al público con la excelencia de su voz.

También me ha dicho que ya no podrá usar el vídeo del falso anuncio que grabamos. Si alguien me vio cerca del castillo de Sant'Angelo cuando salí por el pasadizo, podría reconocer la sala. Sería demasiado peligroso. Me ha contado que la sala azul donde estoy recluida lleva años sin usarse, que muy poca gente sabe de su existencia. Parece uno de esos espacios olvidados que algunos hombres utilizan para esconder sus secretos.

Según Benti, fue por ese corredor secreto por donde sacaron el cuerpo sin vida de Eva Bozzuto. Lo hicieron miembros de la Banda della Magliana, que colaboraban con Fabbri, consiguiéndole chicas para sus fiestas a cambio de favores. Monseñor Bentivoglio no tiene ninguna duda de que su cuerpo acabó en el río.

Después de relatarme su plan, ha estado caminando de un lado a otro de la sala, pensando en cómo ganar más tiempo hasta encontrar a alguien dispuesto a llevarnos en coche hasta Nápoles. Allí embarcaríamos en un ferry con destino a Túnez. Por lo que cuenta, siendo italianos con pinta de turistas, nadie indagará. Cuenta con unos ahorros suficientes como para poder esperar un par de meses a que todo se calme. También conseguiría unos pasaportes falsos, necesarios para poder salir del país.

Toda una aventura.

Eso ha dicho. Como si la palabra no doliera.

Antes de marcharse de nuevo, me ha dicho que había tenido una idea y que debía ir a una cabina de teléfono. Me ha pedido algún objeto personal. Ha señalado la gargantilla que llevo al cuello, pero me he negado. No pienso desprenderme de ella. Me la regaló mi madre y tiene un significado demasiado profundo para mí.

Entonces he abierto el bolso y le he dado un examen que hice hace unos días en la escuela y el carné de la Academia de Bellas Artes, donde estudio interpretación.

Luego se ha ido.

Y yo me he quedado sola. Llorando otra vez.

Por momentos desearía estar muerta.

Por otro lado, pienso que, si sigo viva, ya nadie más podrá aprovecharse de mí.

Y entonces quiero vivir esa vida. Por fin.

DIARIO VIII

Han pasado cuatro días desde la última vez que escribí en este diario. No me he movido de la sala azul. Quería escribir, quería plasmar mis sentimientos en estas páginas, que se han convertido en mi única compañía, pero no tenía muy claro qué quería decir.

¿Cómo querría que el mundo me recordara? ¿Como una víctima, como una heroína que consiguió escapar de las garras del demonio…?

No estoy segura. Y cuanto más tiempo paso recluida en esta sala, más me cuesta averiguarlo.

De algún modo, ya no siento este cautiverio como una condena. He conseguido que Benti —ahora incluso puedo llamarle así— me trajera una almohada y unas mantas. No es gran cosa, pero al menos no duermo directamente sobre el suelo duro y frío. No negaré que yo misma pienso, en ocasiones, en lo poco con lo que me conformo.

Monseñor me ha ido contando todas las novedades. Cada día que viene a traerme comida las escucho con la misma esperanza con la que los parisinos escuchaban, a escondidas, la radio antes de su liberación durante la Segunda Guerra Mundial.

En el Vaticano siguen muy nerviosos, lo cual me resulta placentero. Fabbri ha cancelado todas sus agendas; la ansiedad no le permite siquiera salir de su habitación. Benti me ha descrito una atmósfera densa, cargada de miedo, de silencios torpes y miradas esquivas.

Con frecuencia, me imagino al cardenal alterado, desbordado, pendiente de cada rumor, y eso me produce una satisfacción que no reconozco como propia. Me siento extrañamente poderosa. Más animada de lo que debería.

Hasta que recuerdo que estoy embarazada.

Aún no he decidido qué hacer con el bebé.

Ahora todo cobra sentido. Las manchas de mi piel no eran por tomar el sol, como decía mi madre. Las náuseas no se debían al

miedo. La agudeza de mi olfato, tan inoportuna y constante, no es una rareza: es mi cuerpo adaptándose.

Tendré que decidir pronto. Sé que llegará un momento en el que será aún más difícil hacerlo. Lo sé con una certeza que también entiendo como impropia para mi edad, y eso me asusta. Cada vez que el pensamiento aparece, intento apartarlo. No quiero pensar en ello. Me aterra.

Benti me ha contado que llamó a la policía de manera anónima desde una cabina, haciéndose pasar por un miembro de la mafia que exigía la excarcelación de Domenico Valentis, un capo que actualmente está en prisión, y que dejó un par de pruebas de vida: el examen y el carné de la escuela de interpretación. Gracias a ello, la policía se ha centrado en estas pistas y están ocupados buscándome en lugares alejados del castillo de Sant'Angelo. Me contó, entre risas, que preparó los paquetes como si fuesen regalos, envueltos en papel rojo con un lazo negro. Jamás pensé que Benti pudiera tener ese sentido del humor.

Oportunamente, un grupo terrorista ha aprovechado la ocasión y ha emitido un comunicado exigiendo la liberación de Mehmet Ali Ağca, el hombre que hace dos años atentó contra el papa Juan Pablo II disparándole varias veces en la plaza de San Pedro. Pocos dan por creíble esta información, pero ha sembrado la duda, y eso es bueno para nosotros.

Además, la prensa, cada vez más incisiva, comienza a lanzar teorías que involucran al Vaticano. Destaca la figura de un tal Donato Villa, un joven periodista romano que trata de aclarar las causas de mi desaparición. Me gustaría poder agradecerle algún día que haya mostrado ese interés sin conocerme, solo alimentado por el deseo de dar a conocer la verdad.

La confusión es total.

El Vaticano está en contacto constante con los carabinieri. Quieren saberlo todo. Benti dice que los investigadores se refieren al hombre que realizó la llamada anónima como el Siciliano, por el acento de su voz. Me ha contado cómo lo forzó durante la llamada. Aunque nació en Sicilia, apenas conserva el acento después de tantos años fuera,

pero es capaz de recuperarlo y adaptarlo si la ocasión lo requiere. Lo cuenta con orgullo, como si se tratara de una habilidad artística.

Se marchó hace apenas unos minutos; debe llevar cuidado de que nadie sospeche si se ausenta demasiado sin una causa aparente.

Lo último que me ha contado es muy relevante.

Porque, si todo va bien, mañana abandonaré esta sala.

Hace días que no escribo en el diario. Una semana, más o menos. El tiempo aquí se ha vuelto impreciso. A veces me quedo mirando por la ventana durante horas; veo cómo el sol se acuesta y, cuando echo la vista atrás, me doy cuenta de que he desperdiciado el día entero ensimismada en el atardecer.

Empezaré por el principio, por cómo salí de Roma.

Benti me explicó que las campanas que se oían a lo lejos en la sala azul procedían de la iglesia de la Annunziatina, cerca del castillo de Sant'Angelo. Me dijo que constituían el Ángelus y que sonaban tres veces al día: a las seis de la mañana, a las doce y, por último, a las seis de la tarde. En teoría, aquellas campanas invitaban a la oración. Pero a nosotros nos servirían para algo muy diferente. Íbamos a aprovechar la última para sincronizarnos; la de las seis sería nuestra señal.

Habíamos acordado que, en cuanto escuchara las campanas, bajaría por el pasadizo secreto oculto tras la trampilla. Descendería por su recorrido angosto hasta el Tíber, donde él me estaría esperando con una barca.

Simple en apariencia, pero sin margen para dudas ni para arrepentimientos.

Y eso fue exactamente lo que sucedió.

Salí corriendo en cuanto comenzó a sonar el Ángelus. Esta vez no sufrí arcadas por el olor. Hice caso omiso de las ratas que se cruzaban a mi paso, de la humedad que se me pegaba a la piel, del miedo que solía paralizarme. Solo pensaba en avanzar. En no detenerme. Temía llegar y descubrir que Benti no había cumplido su

parte del trato, que no estuviera allí, que todo terminara justo cuando estaba tan cerca de ser libre.

Pero sí estaba.

Puntual como un reloj, me esperaba subido a una pequeña barca de madera, sosteniendo un par de remos. Me extendió la mano para ayudarme a subir. Lo miré a los ojos y creo que entendió lo que no supe decir en voz alta: mi agradecimiento y mi perdón. Sus fantasmas seguramente lo acompañarán el resto de su vida, pero yo agradecí ese gesto. Que me salvara. Que me ofreciera una segunda oportunidad para empezar de cero. Para intentar ser feliz a pesar de las pérdidas, del dolor de dejar atrás Roma, a mi familia, mi vida.

No negaré que la idea de arrepentirme rondó mi cabeza durante todo el día. En realidad, aún sigue haciéndolo. Sin embargo, era una decisión propia. En caso de sobrevivir a la ira del Vaticano gracias a la repercusión mediática de mi caso, me imaginaba siendo para siempre la chica de la que abusaron, a la que dejaron embarazada con sus padres a pocos metros. Surgirían habladurías, teorías absurdas; se culpabilizaría a quien no debía y muchos no me considerarían lo que realmente soy: la víctima.

Por eso no podré volver. Jamás.

Fabbri y Dupont no solo me habían robado mi cuerpo, también mi vida.

Clavé la mirada en Bentivoglio, quien me estaba dando la posibilidad de abandonar definitivamente a los demonios que caminan vestidos de ángeles.

Justo después señaló su propio cuello.

—Deshazte de eso, Giulia. Aparece en todas las fotos tuyas que hay por toda la ciudad.

Instintivamente me llevé la mano al cuello y me desabroché la gargantilla con una tristeza profunda. Alcé la vista y vi la cúpula del Vaticano a lo lejos, recortada contra el cielo. Sin pensarlo dos veces, la arrojé al río. No pude evitar las lágrimas. Eran el reflejo de todo lo que estaba dejando atrás. El dolor de separarme de mis padres para siempre.

Luego nos dejamos llevar por la corriente.

Descendimos el Tíber.

El trayecto no fue largo. Navegamos hasta la Isola Tiberina y, mientras la barca avanzaba, me dediqué a observar la ciudad en silencio, con la certeza íntima de que sería la última vez que la vería así. Las fachadas se sucedían a ambos lados del Tíber, desgastadas, reflejadas en un agua oscura que parecía guardar secretos antiguos. Reconocí puentes, muros, cúpulas que reflejaban la luz del atardecer. Todo me resultaba familiar y, al mismo tiempo, ajeno. Roma seguía viva, imperturbable, mientras yo me alejaba de ella para siempre.

Llegamos a la isla y Bentivoglio amarró la barca bajo el puente Cestio. Sin perder un segundo, subimos las escaleras que conducían a la parte superior. Cada peldaño parecía haber sido pulido por siglos de pasos apresurados. Al salir a la Piazza San Bartolomeo, un hombre nos esperaba apoyado en un coche negro. No dijo su nombre. Ni siquiera cruzamos palabra. Todo sucedió de manera vertiginosa.

Nos sentamos en los asientos traseros. Los cristales llevaban un vinilo oscuro que no permitía ver el exterior con claridad, solo sombras y luces difusas que se deslizaban mientras el coche arrancaba. Fue entonces cuando Bentivoglio, vestido de calle, sin su hábito, sacó una pequeña cruz de madera del bolsillo. Comenzó a balbucear en voz muy baja. Estaba rezando. Sus ojos se llenaron de lágrimas sin que intentara ocultarlo.

Me quedé observándolo un rato. El silencio absoluto al dejar Roma atrás, el vaivén constante del coche y el cansancio acumulado durante tantos días terminaron por vencerme. Cerré los ojos sin darme cuenta.

Lo siguiente que recuerdo, al despertar, fue la visión de un castillo enorme junto a un puerto. La imagen apareció ante mí como una postal irreal, bañada por una luz distinta, más abierta, más viva. Benti me explicó que era el castillo Maschio Angioino y que ya habíamos llegado a Nápoles.

Mi estancia en la ciudad de Campania se redujo a un abrir y cerrar de ojos. Apenas tuve tiempo de asumir dónde estaba cuando nos pusimos en marcha. El hombre del coche negro se despidió sin demasiadas ceremonias. Bentivoglio le había entregado un sobre grueso. El hombre lo abrió allí mismo y revisó el interior con calma, contando, separando, comprobando una y otra vez. Tardó lo suficiente como para que yo entendiera que la cantidad debía de ser considerable.

Cuando por fin pareció satisfecho, abrió la guantera y sacó dos pasaportes. Se los tendió al monseñor sin mirarlo a la cara. Bentivoglio se detuvo apenas unos segundos en el suyo. En aquel momento no le di importancia, pero más tarde supe que, a partir de entonces, se llamaría Igor Bennett. El mío, en cambio, lo observó con detenimiento antes de bajar del coche. Yo también lo miré. La chica de la fotografía no era yo. Ella era más guapa, sin duda. Tenía algo de mí, lo justo para no levantar sospechas, pero también algo que me resultaba ajeno, como una versión mejorada que no reconocía como propia. Alcancé a leer el nombre antes de que lo guardara: Rose Bennett. Aquello implicaba una historia detrás, un parentesco forzado. Hija, sobrina… algo lo bastante cercano como para no hacer preguntas.

Cuando Bentivoglio dio por bueno el intercambio, nos bajamos del coche y pusimos rumbo al ferry con destino a Túnez. Todo ocurrió con una rapidez desconcertante en la que mi nerviosismo no dejaba de crecer.

El viaje se me hizo eterno. Más de veinte horas suspendida en un vaivén constante que no hizo sino empeorar mis náuseas. El interior del ferry tenía varias hileras de butacas que me recordaron a las de un cine, solo que no había ninguna película con la que distraerse. A mi alrededor, hombres que hablaban en una lengua que no reconocía, voces graves, risas secas, miradas que se demoraban más de la cuenta. Yo era la única mujer allí.

Bentivoglio no se separó de mí en todo el trayecto. Ni siquiera una de las más de quince veces que tuve que ir al aseo. Por algún motivo, ahora no era capaz de aguantar mucho. Él esperaba fuera, siempre cerca, como si temiera que pudiera desaparecer en

cualquier momento. Yo me sentía mareada, cansada, vacía. Y mientras el ferry avanzaba hacia una costa que no conocía, tuve la sensación de que, con cada balanceo, me alejaba un poco más de la persona que había sido hasta ese mismo día.

Cuando llegué a Túnez sentí que algo dentro de mí se apagaba del todo. No fue miedo ni desconcierto; fue una tristeza profunda, una sensación de pérdida que no me dejaba respirar con normalidad. Empecé a llorar sin control en el puerto. Monseñor me pidió que me controlara, que no convenía llamar la atención.

Recuerdo que, días atrás, me había advertido de ello con su tono pausado. Me dijo que era normal, que mejoraría con el tiempo, que mi cuerpo estaba experimentando una serie de cambios y que eso hacía que las emociones se vivieran de forma más intensa, más cruda. Yo asentí entonces, aunque no estoy segura de haberle creído del todo. Ahora sé que tenía razón, al menos en parte.

Desde el trayecto del puerto hasta las afueras de la capital tuve la sensación de estar atravesando un lugar suspendido en el tiempo. Era la primera vez que salía del país y me chocó el cambio de mi conocida y querida Roma a Túnez. Allí encontré calles polvorientas, fachadas claras castigadas por el sol, pequeños comercios con persianas metálicas medio bajadas, hombres sentados a la sombra fumando y observándolo todo sin prisas. Los coches parecían viejos incluso para su época, y el aire tenía un olor distinto, una mezcla de sal, gasolina y algo especiado que no supe identificar. Miré por la ventanilla del taxi, intentando evadirme en algo totalmente nuevo para mí.

Terminé de entender que había dejado mi vida atrás. No solo Roma, no solo Italia. Había dejado atrás a Giulia Bernardi. Y tuve la certeza, tan clara que me dolió físicamente, de que nunca volvería a ser ella. Añoré a mis padres con una intensidad que me desbordó. Sus voces, su manera de mirarme, incluso sus silencios. Añoré mis clases de interpretación, el escenario, los ejercicios absurdos frente al espejo. Añoré hasta el Vaticano, aunque solo algunos recuerdos buenos, los pocos que merecían ser salvados. Todo lo demás prefería enterrarlo para siempre.

Han pasado un par de semanas desde entonces.

Durante este tiempo hemos estado viviendo en casa de una prima de Bentivoglio. Se casó hace años con el dueño de un astillero y viven cómodamente en una finca a las afueras, rodeados de terreno y de un silencio que aquí parece natural. Tienen dos hijos adolescentes, algo mayores que yo. Ellos no saben quién soy en realidad. Aquí no llegan las noticias de Italia y, aunque chapurrean el italiano por su madre, no son capaces de mantener una conversación fluida. Eso me tranquiliza.

Bentivoglio cuida mucho de mí. Creo que se ha dado cuenta de que no puedo estar sola cerca del marido o de los hijos de su prima. No me han hecho ni dicho nada, siendo sincera, pero por algún motivo me pongo muy nerviosa si me quedo a solas con un hombre. Es una reacción que no controlo, que nace antes incluso de que pueda razonar. Creo que nunca acabaré de superar las atrocidades a las que me vi sometida durante todos estos años. Tal vez algunas heridas no cierren del todo. Quizá solo aprendes a convivir con ellas, fingiendo que no duelen cuando, en realidad, siguen marcando cada uno de tus pasos.

Los días pasan y apenas he encontrado la forma de matar el tiempo. No tengo ganas de comer nada; no consigo acostumbrarme a la comida de aquí, a sus olores intensos, a las especias que lo impregnan todo. Sin embargo, hay momentos en los que siento una necesidad imperiosa de comer dulce. No sé de dónde nace, solo sé que aparece de golpe y no me abandona hasta que cedo. Al menos eso no es un problema en esta casa. Siempre hay chocolate y me dejan comer todo el que quiera, sin preguntas, sin miradas extrañas.

El calor es insoportable. Se pega a la piel, se instala en la cabeza. Ya me he mareado un par de veces al levantarme demasiado rápido. Bentivoglio dice que debo beber más agua, que tengo que cuidarme. Por suerte su prima dispone de aire acondicionado. Gracias a eso, durante gran parte del día me quedo en casa, refugiada del sol, leyendo.

Ella conserva todavía una pequeña colección de libros en italiano. Volúmenes gastados que debieron de llegar aquí hace muchos años. He encontrado novelas que me suenan de oídas, historias que en Italia ya eran clásicas antes de la década de los setenta, nombres

que me devuelven a otra vida: tramas lentas, familias rotas, mujeres que esperan, hombres que callan demasiado. Leerlos me produce una sensación extraña, una mezcla de consuelo y nostalgia. Es como asomarme a un lugar conocido al que ya no puedo regresar.

Cada vez tengo menos ganas de nada. Me cuesta incluso escribir estas líneas. Por eso creo que voy a tomarme un descanso de este diario. No me gustaría que la próxima vez que lo abra mis palabras vuelvan a sonar tan tristes como ahora.

Tal vez, cuando vuelva a escribir, algunos de los pedazos que se rompieron de mí se hayan vuelto a juntar.

DIARIO IX

Ha pasado un mes desde que nos instalamos en Kimball, Dakota del Sur, y voy a empezar diciendo que me encuentro mucho mejor. Escribirlo me ayuda a creerlo.

También he tomado decisiones importantes —las más importantes de mi vida—, pero antes necesito dejar constancia de cómo llegué hasta aquí. De todo lo que ocurrió antes de que este lugar empezara, tímidamente, a parecerme real.

Los últimos días en Túnez noté a Benti especialmente nervioso. Más de lo habitual. Una tarde lo escuché llorar en el jardín, junto a su prima, mientras yo fingía dormir la siesta en una de las habitaciones. No alcancé a oír toda la conversación, pero sí lo suficiente como para entender que la culpa lo estaba devorando. Ella intentaba consolarlo, repitiéndole que estaba haciendo lo correcto. Mencionaron al bebé. Dijeron que había que hacer algo pronto con él. Aquellas palabras se me quedaron clavadas, aunque no supe —o no quise— interpretarlas del todo.

Unos días antes había sospechado que la prima de Benti estaba al tanto de mi embarazo, cuando me dio un bote de pastillas. Me aseguró que eran de hierro, que me vendrían bien, aunque no mencionó por qué. Recuerdo haber asentido sin hacer preguntas. Como a estas alturas me cuesta confiar en alguien, le mentí. Fingí tomarlas, cuando en realidad no lo hacía. Las escondía entre servilletas usadas y las tiraba después a la basura. No me fiaba ni de mi sombra. Tenía la sensación, quizá errónea, de que querían engañarme.

No me arrepiento de esa desconfianza. Tal vez haya sido lo más inteligente que he hecho en toda mi vida. Si hubiera sido menos ingenua antes, quizá habría estado más protegida.

Una tarde, Benti se acercó a mí y me dijo que guardara todas mis cosas. Me desconcertó. No tenía nada. Había salido de Roma con lo puesto. Solo conservaba mi bolso, este diario y algunas notas de la escuela. En Túnez me habían comprado ropa, prendas que no eran

muy de mi estilo, pero que al menos me permitían no repetir siempre lo mismo.

Bentivoglio, en cambio, sí tenía una maleta. Él había tenido tiempo de prepararse cuando nos fuimos de Roma. Me pidió que metiera todas mis cosas en la suya, y fue entonces cuando vi la cinta en la que habíamos grabado el anuncio falso en la sala azul. Aún la conservaba.

No entiendo para qué quiere guardarla. Supongo que tendrá algún motivo. Si algo he aprendido de él durante este tiempo es que es un hombre extraordinariamente inteligente, de quien me gusta aprender. Tiene un conocimiento casi enciclopédico sobre cualquier tema que se trate y siempre hace aportaciones brillantes, incluso cuando guarda silencio. Ese silencio suyo que nunca es vacío. Se ha convertido en mi mentor y estoy encantada de que sea así.

El vuelo desde Túnez hasta Estados Unidos fue interminable. Primero volamos a París y, desde allí, tomamos otro avión con destino a Nueva York. Benti había insistido en que era imprescindible no permanecer demasiado tiempo en el aeropuerto Charles de Gaulle. Las noticias sobre mi desaparición habían tenido repercusión internacional en toda Europa, incluida Francia.

Cuando llegamos a Nueva York, nos retuvieron un par de horas en la aduana. Monseñor hablaba un inglés perfecto. Yo no entendía casi nada de lo que decían, pero observaba con atención la expresión del agente que lo interrogaba, las muecas medidas de Bentivoglio, el modo en que la tensión fue cediendo poco a poco. Finalmente, nos dejaron pasar.

Más tarde me explicó que, a veces, se realizaban inspecciones aleatorias y que aquella vez nos había tocado a nosotros. Me contó la coartada que había utilizado: que él —Igor Bennett— era miembro de la Compañía de Jesús y, a su vez, mi tío; hijo de madre italiana y padre americano. La historia inventada contaba que mis padres habían fallecido en un accidente y que había viajado conmigo a Estados Unidos para acompañarme hasta Kimball, cuya parroquia había accedido a acogerme tras quedar huérfana.

Los documentos que acreditaban estos supuestos hechos habían llegado por correo mientras esperábamos en Túnez. Procedían de la

propia parroquia, donde un viejo amigo del monseñor le había hecho un favor. Ese fue el verdadero motivo de nuestra espera en el país africano. Nada fue improvisado. Nada quedó al azar.

Ahora, al escribir todo esto desde Kimball, con un mes de distancia, entiendo que aquel trayecto no fue solo un viaje entre continentes. Fue una línea invisible que separó lo que fui de lo que, quizá, empiezo a ser.

Este mes en Dakota del Sur ha sido, contra todo pronóstico, un buen comienzo. No perfecto. No limpio de sombras. Pero me he sentido a salvo, una sensación nueva para mí. Hay días en los que el recuerdo de mis padres aparece sin avisar y me deja sin aire, como si alguien hubiera abierto una puerta que yo mantenía cerrada a la fuerza. Esos momentos siguen ahí y no pretendo negarlos. Aun así, algo en mí ha empezado a asentarse, a aceptar que sigo viva y que eso, aunque duela, también implica continuar.

Vivimos en una pequeña casa adosada cerca de la parroquia. Pertenece a una comunidad jesuita que me acogió sin hacer demasiadas preguntas. Todo es austero y funcional. Mi habitación es sencilla: una cama estrecha, un escritorio de madera clara junto a la ventana y un armario que aún huele a barniz viejo. Desde allí veo el campanario y una extensión casi infinita de terreno plano que cambia de color según la hora del día. Kimball es exactamente como Benti lo había descrito: calles anchas, casas bajas, coches grandes y un silencio que no resulta incómodo, sino acogedor.

Aquí todos creen la misma historia: que soy una chica italiana cuyo padre era americano. Huérfana, que vivía en Milán y que ha venido con su tío para empezar de nuevo. Nadie cuestiona demasiado ese relato. En una comunidad pequeña, la iglesia es el centro de todo y la palabra de un jesuita tiene un peso que no se discute. A veces me sorprendo a mí misma olvidando que, un tiempo atrás, mi nombre era Giulia, que vivía en el Vaticano y que amaba la interpretación.

He encajado mejor de lo que esperaba. He hecho un par de amigas. Chicas de mi edad, vinculadas a la parroquia, con las que me cuesta comunicarme más por el idioma que por falta de voluntad. Aun así, vienen a buscarme. Me esperan en la puerta y me

proponen planes sencillos: caminar hasta el lago cercano, sentarnos en el césped a hablar de cosas que no importan, ayudar en actividades de la iglesia o simplemente dar vueltas sin rumbo fijo. Supongo que es lo que hacen las chicas de quince años en Dakota del Sur. Yo las observo y aprendo. A veces me siento torpe, fuera de lugar, pero no excluida.

Una vez por semana, Bentivoglio organiza excursiones. Dice que es importante que conozca el país en el que voy a vivir, que lo sienta mío, aunque sea poco a poco. La primera fue al monte Rushmore. Recuerdo la impresión al verlo aparecer entre las montañas, desproporcionado, irreal. Aquellos rostros gigantes esculpidos en la roca me produjeron una mezcla extraña de admiración y desconcierto. Pensé en la necesidad humana de dejar huella, de desafiar al tiempo. Me sentí pequeña.

Otro día fuimos a Deadwood. Allí la sensación fue distinta. El lugar tiene algo crudo, una energía áspera que emerge de un pasado conflictivo. Calles que parecen detenidas en otro siglo, historias de violencia y supervivencia flotando en el aire. Caminé por allí con curiosidad, intentando imaginar cómo habría sido vivir en un sitio como ese después de que Benti me contara la historia de Calamity Jane. Me fascinó la valentía de una mujer que consiguió abrirse un hueco en un mundo dominado por hombres, jugando con sus propias reglas. Disfruté mucho esa visita, haciendo algo completamente nuevo, lejos de todo lo que me definía antes.

Hay momentos en los que me siento culpable por estar bien. Como si no tuviera derecho a esta calma incipiente. Pero luego recuerdo que seguir adelante no es traicionar a nadie. Este mes en Kimball no ha borrado mi pasado, pero ha empezado a construir algo sobre sus ruinas. Y por fin siento que el miedo se disipa.

Ahora debo contar lo verdaderamente importante. Algo que sucedió la semana pasada.

La conversación que lo cambió todo.

Bentivoglio vino a verme a mi habitación al caer la tarde. Cerró la puerta con cuidado y se sentó a mi lado, en el borde de la cama. No me gustó su expresión. Empiezo a conocerlo demasiado bien y supe,

incluso antes de que hablara, que no iba a ser una conversación amable ni breve.

No dio rodeos. Nunca lo hace cuando debe decir algo relevante. Me dijo que el embarazo había llegado a un punto en el que era necesario tomar una decisión. Que ya no se podía aplazar más.

Me explicó cómo lo haríamos si decidía no seguir adelante. Habló en voz baja, como si las paredes pudieran escuchar. Dijo que era algo que jamás debería saber nadie, que muchas personas de nuestra comunidad no lo entenderían nunca. Me habló de discreción, de silencio, de olvido.

Me dijo que, aunque en Dakota del Sur se acababa de legalizar, por mi situación no podíamos acudir a un hospital. Tendríamos que recurrir a una comadrona, alguien que lo haría de manera clandestina. Reconoció que había riesgos, pero aseguró que sería lo más sencillo para mí. Lo más rápido.

Me dijo —con una serenidad que me dolió— que no estaba preparada ni física ni mentalmente para ser madre. Y añadió que la decisión era solo mía.

Repitió una vez más que, si decidía recuperar mi vida anterior y volver a ser Giulia Bernardi, tan solo tenía que decirlo y él se encargaría de todo. Asumiría su parte de responsabilidad y pagaría las consecuencias. Yo volvería a Roma y, ahora, al haber sido un caso tan mediático, no correría peligro alguno. Si estuve recluida en esa sala azul fue para evitar que me sucediera lo mismo que a Eva Bozzuto, a quien los miembros de la Banda della Magliana arrojaron muerta al río. Yo contaría con la protección que ella no tuvo; sin embargo, nada podría evitar que mi vida fuese un infierno, señalada por todos y sin disfrutar de la normalidad que ahora sí tenía y apreciaba en Kimball.

No había ido aplazando esta conversación por ignorancia ni por falta de interés. Lo había hecho porque no quería enfrentarme a ella. Porque nombrarla la volvía real. A estas alturas ya se me empieza a notar la barriga y los cambios son cada vez más evidentes.

Sabía que Bentivoglio tenía razón en muchas cosas. Que una adolescente de quince años no debería ser madre. Que debería vivir

sin ataduras, cometer errores pequeños, pensar solo en sí misma. Disfrutar de los años que se suponen los mejores.

Pero yo no elegí esto. No elegí que decidieran por mí, que me robaran mi cuerpo, que me privaran de mi libertad. No elegí que me quitaran la identidad.

Y precisamente por eso no iba a hacer lo mismo.

No iba a repetir la historia con el pequeño ser que ahora habita en mi vientre. No iba a arrebatarle la posibilidad de existir del mismo modo en que a mí me arrebataron tantas cosas sin darme opción alguna.

Por eso, tras pensarlo detenidamente —con miedo, con lágrimas, con noches sin dormir—, he decidido seguir adelante.

No le robaré a mi propio hijo lo que me robaron a mí.

Ya he elegido los nombres teniendo en cuenta el futuro que tendremos en este país, que pronto será nuestro nuevo hogar.

Si es un niño, se llamará Jason, por mi padre, Giasone.

Y si es una niña, se llamará Dorothy, por mi madre, Dorotea.

Es la primera decisión que siento verdaderamente mía en mucho tiempo.

Y no pienso arrepentirme.

DIARIO X

Han pasado cinco años desde la última vez que escribí en este diario.

Cinco años. Lo acabo de comprobar al leer la fecha de la última página, y me ha recorrido un escalofrío al darme cuenta de cuánto tiempo lo he dejado olvidado.

Tiene una buena explicación.

Unos días después de aquella última entrada en la que comentaba los posibles nombres del bebé, nos evacuaron a causa de un tornado. Jamás pensé que algo así pudiera suceder de verdad. Arrasó con gran parte de la parroquia y con las fachadas de nuestras casas. Recuerdo el ruido, el aire hostil, la sensación de que todo lo que creía estable podía desaparecer en cuestión de segundos. No pudimos regresar hasta tres días después. Tres días suspendidos en una inoportuna incertidumbre, sin saber qué encontraríamos al volver.

La estructura de nuestro hogar había quedado muy dañada. Las paredes abiertas, el tejado destrozado, cristales por todas partes. Aun así, cuando por fin nos dejaron entrar, sentí un alivio inesperado: casi todas mis pertenencias seguían allí. El tornado no se las había llevado. Fue una pequeña victoria en medio del caos, un gesto mínimo de misericordia en un paisaje devastado.

Empaquetamos todo lo que quedaba en cajas de cartón. Recuerdo haber guardado este diario con la clara intención de retomarlo. Lo introduje junto a unos libros con los que intentaba mejorar mi inglés y guardé la caja en el desván de mi nuevo hogar, donde ha permanecido intacto hasta hoy.

Ahora vivo con Jason en una casa adosada de dos plantas que la iglesia me proporcionó. A veces todavía me sorprende escribir esa frase con naturalidad. Nuestra casa. Nuestra vida.

Y sí, di a luz a un varón que ahora tiene cuatro años y se llama Jason.

Al volver la vista atrás me doy cuenta de cuánto ha cambiado todo.

Jason es lo mejor que me ha ocurrido en la vida. No hay exageración posible en esa afirmación. Su risa llena espacios que yo creía irrecuperables. Su manera de mirarme, con esa confianza absoluta, sostiene partes de mí que siguen siendo frágiles. Si sigo adelante, si algo me mantiene en pie incluso en los días en que el pasado aprieta demasiado, es él.

Esta mañana he decidido hacer limpieza. He sacado todas las cajas del desván. Polvo, recuerdos, papeles que ya no significan nada. Ni siquiera recordaba que el diario estaba dentro de una de ellas. Lo he reconocido por el tacto antes que por la vista.

Siendo sincera, releerlo me ha hecho daño.

He regresado mentalmente a esa parte de mi vida y he sentido el dolor de aquella época. Siempre dicen que el tiempo lo cura todo. En mi caso no ha sido así. Las heridas no han desaparecido; simplemente he aprendido a convivir con ellas. Hay recuerdos que siguen teniendo filo, imágenes en la retina que resisten al olvido, palabras que todavía me hacen contener la respiración.

He llorado mucho hoy. Más de lo que esperaba. No solo por lo que ocurrió, sino por la chica que fui mientras sucedía. Por su miedo. Por su soledad. Por su forma de aceptar decisiones que la superaban.

Y, sin embargo, ahora las cosas van bien. Esa es la parte que más me desconcierta. La calma actual convive con la memoria de aquel infierno. Disfruto de días luminosos, rutinas sencillas, planes de futuro. Gozo de una estabilidad que hace cinco años me habría parecido imposible.

Quizá por eso he decidido volver a escribir.

No para recrearme en el dolor, sino para no volver a encerrarlo en una caja. Para no fingir que ciertas partes de mi historia no existieron. Es posible que expresar lo que siento de vez en cuando me ayude a ordenar lo que aún duele y a proteger lo que hoy sí funciona.

Si algo he aprendido en estos cinco años es que la felicidad no borra el pasado, pero puede darle otro lugar.

Lo que quiero escribir es que la batalla, a pesar de todo, la gané yo.

Y fue gracias a Jason.

Mi inglés ha mejorado mucho desde que llegué. Tanto que, si no lo menciono, nadie sospecha que soy italiana. Debo de tener un don para los idiomas.

Ahora soy otra persona. Creo que he conseguido romper con el pasado. Intento mantenerlo fuera de mi memoria, como si pudiera cerrarle la puerta con llave.

Aunque a veces es inevitable.

En Estados Unidos apenas se habla de mi historia. Aquí soy una mujer más en un pueblo pequeño donde las noticias importantes tardan en llegar y, cuando lo hacen, ya están desgastadas. Pero hace un par de años ocurrió algo que me descolocó durante meses. Algo que removió lo que creía sedimentado.

Una pareja de italianos, algo mayores que yo, estaba recorriendo el país durante sus vacaciones de verano. Habían alquilado un coche que se averió de camino al monte Rushmore y acabaron alojándose cerca de la parroquia. Los encontré por casualidad en el *diner* de Billy Cooper, donde suelo desayunar con Jason los domingos. Me llamó la atención escucharlos hablar en italiano. Fue un sonido que me atravesó. Familiar y peligroso.

No pude evitar acercarme.

Comenzamos a hablar con naturalidad, como si el idioma compartido nos hubiera otorgado una confianza inmediata. Yo les conté mi historia falsa: Milán, el accidente de mis padres, la oportunidad en la parroquia. La narré con serenidad, cuidando cada detalle para que nada chirriara.

Después de que ellos me contaran su infortunio durante el viaje, les pedí que me hablaran de cómo estaba el país. Les dije la verdad: en Kimball era muy difícil estar al tanto de lo que sucedía en Europa. Llegaban noticias aisladas, como la reciente caída del Muro de Berlín, acontecimientos enormes que nos alcanzaban como ecos lejanos. Pero poco más.

Y, si soy sincera, creo que forcé la conversación para que pronunciaran ese nombre: Giulia Bernardi.

Ambos me conocían. O, mejor dicho, conocían a la niña que una vez fui. La recordaban por las noticias, por los periódicos, por la televisión… Pero no me reconocieron.

Cierto es que, en aquella época, había empezado a teñirme el pelo de rubio después de ver a Michelle Pfeiffer en *People Weekly*.

Me dijeron que el caso seguía abierto. Que habían surgido nuevas pistas con el paso de los años. Que en Italia aún existía una tremenda consternación y un deseo generalizado de averiguar qué había sucedido conmigo. Hablaron de programas dedicados a mi desaparición, de artículos que analizaban cada detalle, de sospechas que apuntaban incluso al Vaticano.

Fue extraño escuchar mi propio nombre en boca de desconocidos.

Era como oír la historia de otra persona y, al mismo tiempo, sentir que cada palabra me atravesaba. Decían «Giulia Bernardi» con una mezcla de compasión y misterio, como si hablaran de un fantasma colectivo. De un símbolo.

Contener las lágrimas se convirtió en un ejercicio de resistencia. Asentía, hacía preguntas, fingía interés desde una distancia que no era real. Sentía que el suelo bajo mis pies se volvía inestable, que en cualquier momento se me escaparía un gesto, una palabra mal medida. Además, debía ser cuidadosa con lo que decía porque Jason era pequeño, pero hablaba y entendía el italiano perfectamente gracias a mí y a Bentivoglio.

Cuando ya no pude sostener más la conversación sin delatarme, me despedí con una sonrisa forzada. Les deseé buen viaje y caminé hasta casa fingiendo una calma que no era real.

En cuanto entré, fui directa al baño.

Cerré la puerta con llave para que Jason no me viera llorar. Me apoyé en el lavabo y dejé que las lágrimas cayeran en silencio. No era solo tristeza; era la constatación de que mi pasado seguía vivo en algún lugar del mundo. Que había personas que aún pronunciaban mi nombre esperando respuestas que no llegaban. Y yo estaba allí, al otro lado del océano, escuchando mi propia historia como si fuera un relato ajeno.

Después de aquello necesité varias semanas para volver a la normalidad, para retirar de mi mente los deseos sedientos de

venganza, para valorar que por fin tengo lo que siempre busqué: libertad.

He de decir que, salvo pequeños incidentes como el de la pareja italiana, me encanta mi nueva vida en Estados Unidos.

Lo escribo y me sorprende la rotundidad con la que lo siento. Trabajo para la parroquia a cambio de la casa y de un pequeño sueldo que, aunque modesto, es suficiente para que a Jason no le falte de nada. Nuestra vida es sencilla. Ordenada. Previsible, en el mejor sentido de la palabra. Después de todo lo que he vivido, considero esa rutina un regalo.

Monseñor Bentivoglio vive muy cerca de nosotros, aunque aquí todo el mundo lo conoce como el padre Igor. Su presencia sigue siendo constante, discreta pero firme. Aunque no pueda compararse, es lo más parecido a una figura paterna que Jason ha tenido. Y mi hijo lo adora. Le fascina escucharlo, hacerle preguntas, aprender de él. Bentivoglio le enseña historia, latín, pequeños fragmentos de teología adaptados a su edad. A Jason le encanta sentir que no lo tratan como a un niño.

El verano pasado la parroquia compró un ordenador. Llegó envuelto en una caja enorme que parecía contener algo casi futurista para este lugar. Todos lo miraban con desconfianza y recelo, sin que nadie supiera cómo hacerlo funcionar.

Fue Jason, con menos de cinco años, quien consiguió encenderlo y hacerlo operativo. Observó, tocó, probó sin miedo. En cuestión de minutos, la pantalla cobró vida bajo sus dedos pequeños. Recuerdo las caras de asombro a nuestro alrededor. Yo lo miraba orgullosa, como tantas otras veces.

Todo el mundo dice que es un niño especial.

Este año comenzó la escuela y, a los dos meses, la profesora nos sugirió cambiarlo de clase para adelantarle un curso. Hablaba con una mezcla de entusiasmo y cautela, como si no quisiera precipitarse pero tampoco frenar algo evidente. Jason entiende todo lo nuevo con una facilidad pasmosa. Absorbe la información como si estuviera hecha para él.

Y lo mejor de todo es que tiene un corazón inmenso.

En ese sentido, creo que no ha debido de heredar nada de su padre. Él cree que su padre se llamaba Tomasso, que era un antiguo novio mío al que conocí en Milán y del que dejé de tener noticias en cuanto supo que estaba embarazada. Aunque nada de esto sea verdad, prefiero esta mentira piadosa a confesarle que su verdadero padre, el cardenal Fabbri, era el peor hombre que he conocido jamás.

Jason es generoso con sus compañeros, paciente con quienes aprenden más despacio, protector sin resultar dominante. A veces lo observo en silencio, mientras juega o estudia, y me invade una certeza profunda: traerlo al mundo ha sido la mejor decisión que he tomado jamás.

Tiene un montón de amigos. Las demás madres siempre nos invitan a sus casas para que los niños jueguen. Me cuidan mucho porque Jason no tiene padre. Hay una solidaridad discreta en sus gestos: una tarta que aparece sin motivo, un ofrecimiento para recogerlo del colegio si yo estoy ocupada, una mano en el hombro cuando creen que la necesito.

En varias ocasiones han intentado buscarme pareja. Primos, familiares, amigos solteros con los que creen que podría congeniar. Lo hacen con buena intención, convencidas de que necesito rehacer mi vida por completo.

Pero, sinceramente, no estoy preparada para nada de eso. En realidad, no sé si lo estaré alguna vez.

Mi mundo es Jason. Su risa en la cocina, sus preguntas imposibles antes de dormir, la manera en que me abraza sin previo aviso. Solo me importa que ambos seamos felices. Que la paz que hemos construido no se resquebraje.

Eso es todo lo que pido.

DIARIO XI

Las siguientes páginas no están escritas por mi madre, quien ahora sé que se llama Giulia. Y, para mí, ese será su verdadero nombre para siempre. El nombre que nunca debió cambiar.

Quien escribe esto es su hijo. Jason Bennett.

Me ha costado contar con el permiso de mi madre para hacerlo, pero he conseguido que entre en razón. Puedo ser muy convincente si me lo propongo.

Todo empezó hace tiempo, cuando encontré este diario. Yo tenía siete años por aquel entonces. Supongo que, si en algún momento alguien lee estas líneas, le sorprenderá que un niño tan pequeño, como era yo, llegara a intuir la magnitud del problema que tenía ante mí.

Lo cierto es que no lo entendí de inmediato. No era tan brillante.

Recuerdo el tacto áspero de la cubierta bajo mis dedos y la rapidez con la que mi madre me lo arrebató al descubrir que lo tenía en las manos. Yo ya sabía leer y escribir mucho mejor que los niños de mi clase, que eran mayores que yo. El tío Igor me había enseñado. A él, por cierto, todavía no me acostumbro a llamarlo por su verdadero nombre. Supongo que hay automatismos de la memoria difíciles de modificar.

Durante un tiempo, cada vez que sacaba el tema, mi madre intentaba convencerme de que se trataba del borrador de una novela que estaba escribiendo. Decía que aquella historia llevaba años rondándole la cabeza y que simplemente había decidido plasmarla en papel. Amenazaba con quemarlo si volvía a insistir, alegando que le avergonzaba hablar de eso.

Pero, si bien no era un erudito, tampoco era un ingenuo. Tal vez era pequeño, pero no estúpido. Sabía distinguir la ficción de la realidad. Y aquellas páginas no estaban escritas desde la imaginación, sino desde las entrañas del dolor y la incomprensión. Lo asimilé mucho antes de poder verbalizarlo.

Por eso, un día le robé el diario.

No fue un impulso infantil, sino una decisión meditada. Lo escondí enterrado cerca del lago Lucía a las afueras de Kimball, junto al establo al que mi madre me llevó una vez ilusionada, pensando que montar a caballo me fascinaría. Lo metí dentro de una bolsa de plástico para protegerlo de la humedad, junto al pino ponderosa más alto y viejo de la zona. Elegí ese árbol porque parecía eterno. Pensé que, si todo lo demás cambiaba, él seguiría allí guardando el secreto.

El diario permaneció oculto durante años. Su paradero se convirtió en un tema tabú, en una sombra que se deslizaba por la casa sin que nadie la nombrara. Mi madre me preguntaba con frecuencia dónde estaba. Yo respondía que no sabía nada, que quizá lo había perdido sin darse cuenta. Después de todo, si ella me había mentido para protegerme, yo estaba autorizado a hacer lo mismo para protegerla.

Pero en 1999 todo cambió.

Yo tenía quince años y me habían adelantado ya tres cursos. Sinceramente, la escuela me resultaba aburrida y tediosa. No es arrogancia, es una constatación objetiva. Los niños de mi edad me repudiaban por ser más listo que ellos, y los mayores con los que compartía aula lo hacían por ser mucho más joven. No encajaba en ningún lugar, aunque tampoco lo viví como un drama. Tenía a mi madre. Y tenía al tío Igor.

Ese año inauguraron el aula de informática en la escuela. Yo estaba en el último curso y acababan de concederme una beca completa para estudiar en Harvard. Mi madre mantuvo una sonrisa en la cara ininterrumpidamente durante diez días seguidos.

Diez días. Probablemente eso represente un récord Guinness. Lo sé porque los conté.

Nunca había tenido acceso a internet, pero conocía el funcionamiento de los equipos. Había leído todos los libros de programación y computación que habían llegado a mis manos y los había interiorizado con una paciencia obsesiva, aguardando la oportunidad de aplicar lo aprendido.

No tenía entonces los conocimientos que poseo ahora, con casi cuarenta años. Pero me manejaba con soltura suficiente como para

llevar a cabo mi propósito.

Con la excusa de ser el único alumno capaz de poner en funcionamiento los equipos que el estado de Dakota del Sur había proporcionado al instituto, pasaba tardes enteras en el aula. Fingía instalar programas inexistentes y ajustar configuraciones imaginarias para que la conexión, que llegaba a través de un *dial-up*, no colapsara la línea telefónica. Aún puedo evocar el sonido característico del módem al encenderse. Qué tiempos aquellos.

Lo primero que hice fue buscar información sobre mi madre.

No había olvidado el nombre que leí en el diario.

Giulia Bernardi.

En cuanto introduje su nombre en el buscador, la información se desplegó ante mí con una contundencia que me dejó sin aliento. Páginas y páginas. Artículos antiguos, foros olvidados, archivos digitalizados de periódicos italianos. Fotografías.

Sus fotografías.

La vi de niña. Más joven de lo que mi mente era capaz de concebir. Con el cabello suelto, la mirada limpia, ajena a todo lo que vendría después. Y entonces lo comprendí: la gargantilla. En una de aquellas imágenes la llevaba puesta: fina y discreta.

Ese detalle encajó con una precisión dolorosa. Recordé una conversación que mantuvo con el tío Igor cuando yo era pequeño. Creían que no escuchaba, pero yo siempre lo hacía. Hablaban de un río, de una barca y de esa gargantilla. Mi madre evitaba profundizar; Igor insistía en que algún día tendría que contármelo todo. Yo no entendía nada entonces. Ahora sí.

Ahora conozco la historia completa. O, al menos, la estructura general de lo ocurrido, la que empezó a revelarse cuando decidí destapar el caso de Giulia Bernardi sin pedir permiso a nadie.

Aquel día no regresé a casa a la hora estipulada. Ni siquiera miré el reloj. Cuando el conserje apareció en la sala de informática y anunció que iba a cerrar, acepté marcharme con una docilidad fingida. Recogí mis cosas y salí al exterior. Pero no me fui.

Esperé en un lateral del edificio hasta que las luces comenzaron a apagarse una a una. Conocía el punto exacto por el que podía volver a entrar: una ventana que cerraba mal, la misma que utilizaban los

repetidores de cuarto año para hacer novillos. No fue difícil deslizarme por ella.

En la oscuridad, con la única compañía del zumbido de los equipos en reposo, encendí uno de los ordenadores. La pantalla azul iluminó el polvo en suspensión y mi propia determinación. Me empapé de toda la información disponible sobre el caso de mi madre. No leí; devoré. Artículo tras artículo, hipótesis enfrentadas, declaraciones contradictorias.

Había un nombre que aparecía con frecuencia: Donato Villa. Lo idolatré de inmediato. Se había volcado en el caso de mi madre cuando casi todos habían perdido el interés. Mantenía un blog donde narraba la cronología con un rigor obsesivo, analizando cada detalle, cada omisión, cada giro inesperado.

Sin embargo, por brillante que me pareciera, no estaba dispuesto a aceptar una sola versión. No quería depender de la interpretación de un hombre, por muy comprometido que estuviera. Necesitaba consenso. Pruebas. Documentos. Fechas verificables. La verdad desnuda, sin adornos.

Y en el fondo sabía que solo había una persona capaz de ofrecérmela.

A las tres de la mañana, después de haber leído y releído todo lo publicado y de haber ordenado mentalmente cada dato como piezas de un tablero, regresé a casa.

La escena que encontré al doblar la esquina quedó grabada con una nitidez insoportable. Una pareja de agentes de policía esperaba en la puerta. Mi madre estaba junto a ellos, con el rostro desencajado. En cuanto me vio, corrió hacia mí y me abrazó con una fuerza que casi me dejó sin aire.

El abrazo duró apenas unos segundos.

Después llegó la bofetada.

Sonó seca, contundente. No me dolió. O, al menos, no en el sentido físico. Los agentes esbozaron una risa contenida, incómoda, y desviaron la mirada. Yo no reaccioné. Comprendí que aquel gesto no era violencia, sino el derroche de pánico que asolaba a mi madre.

Me preguntaron dónde había estado. Mentí con una serenidad que me sorprendió a mí mismo: dije que me había quedado con unos

amigos, que se me había hecho tarde, que no volvería a ocurrir. Promesas huecas pronunciadas con la convicción suficiente para resultar creíbles.

Los agentes finalmente se marcharon, no sin antes advertirme de que mi madre estaba muy preocupada y de que debía comportarme. Asentí con educación.

Pero mi madre me conoce mejor que nadie.

Sabía que estaba mintiendo.

Cuando nos quedamos a solas, el silencio se volvió insoportable. No hizo falta que me interrogara. La miré y le dije la verdad. Le hablé de la sala de informática, de las fotografías, del blog, del nombre que ya no era solo el suyo, sino también una historia pública: Giulia Bernardi.

Y entonces ocurrió algo que jamás había visto en ella.

Se derrumbó.

Me lo contó todo.

Todo.

No dejó resquicios, aunque intentó suavizar ciertas partes con eufemismos torpes, palabras amortiguadas que pretendían envolver la brutalidad en una capa de decoro. Pero el lenguaje no puede anestesiar la verdad. Yo entendía cada insinuación, cada pausa cargada de vergüenza, cada frase que se quebraba antes de llegar al final.

Mientras hablaba, con la voz rota y desgarrada, en mi interior crecía algo que hasta entonces no había experimentado con esa intensidad: odio. Un odio frío, estructurado, casi matemático. Lo sentía expandirse con cada palabra que salía de su boca. Y, aun así, me obligué a permanecer inmóvil, a no interrumpirla, a no permitir que mi rabia contaminara el relato. Necesitaba que terminara. Necesitaba la totalidad de los hechos.

Fue entonces cuando mi opinión sobre el tío Igor cambió de forma irreversible. Hasta ese momento lo había considerado una figura paternal, una parte de nuestra familia sin lazos de sangre. De pronto, mientras mi madre hablaba, deseé levantarme, recorrer los doscientos metros que separan su casa de la nuestra, agarrarlo por el cuello y apretar hasta que dejara de respirar.

Mi madre debió de percibir algo en mi expresión, porque comenzó a excusarlo casi con desesperación. Repetía que la había salvado, que sin él ninguno de los dos estaríamos vivos. Y en esa parte no había discusión posible. Era cierto. La evidencia histórica estaba de su lado.

Pero hay actos que no quedan anulados por un rescate posterior.

Lo que no admitía réplica —lo que jamás lo hará— era que tanto el cardenal Fabbri, al que nunca llamaré padre, como el cardenal Dupont debían pagar por lo que habían hecho. No existía interpretación alternativa que pudiera absolverlos.

Desde aquel día hasta hoy, mi madre me suplicó que no hiciera nada. Que no echara a perder nuestra preciosa vida por culpa de esos indeseables. Que el pasado debía quedarse donde estaba. Pero en su mirada había algo que desmentía sus palabras. Ella deseaba la venganza igual que yo. Solo que no estaba dispuesta a admitirlo en voz alta.

Una vez destapado el secreto, se lo comunicamos al tío Igor. Recuerdo con claridad el momento en que me sostuvo la mirada durante apenas un segundo y luego la apartó. Desde entonces no ha vuelto a tener el valor suficiente para mirarme a la cara.

El tiempo, que en teoría debía haber calmado las aguas, hizo exactamente lo contrario. Cada día consolidaba mi determinación. Yo no me estaba consumiendo; estaba planificando.

A los seis meses de iniciar la carrera de Computación en la Universidad de Harvard, decidí dejarla. Fue una decisión meditada, no impulsiva. Mi madre se enfadó mucho. Le dolía que abandonara una institución que representaba seguridad y prestigio. Pero ella no comprendía que ya poseía los conocimientos y las habilidades necesarias. Permanecer en Massachusetts, alejado de ella, asistiendo a clases que avanzaban a un ritmo que yo ya había superado, era una pérdida de tiempo.

Mi formación continuó por mi cuenta. Con mayor rigor, de hecho.

Comencé a trabajar en la gasolinera de Kimball, en turno de noche. No por necesidad vocacional, sino por estrategia. Necesitaba el dinero suficiente para adquirir un ordenador potente y pagar una conexión a internet estable. Nada más.

El resto lo resumo, porque en esencia se trata de años de esfuerzo y dedicación.

Me convertí en NightCrawler.

Nadie sabe demasiado de mí, salvo quien yo decido que lo sepa. No he utilizado mis conocimientos para lucrarme de manera burda. El dinero llega por vías limpias: buenas inversiones, análisis rigurosos, comprensión profunda del ecosistema de las criptomonedas. No necesito ensuciarme para financiar mis objetivos.

He empleado mis habilidades para desmembrar la verdad. Para separar hechos de mentiras. Para exponer documentos ocultos, transacciones sospechosas, redes de silencio. Para que aquellos que hicieron algo mal paguen por ello, no en abstracto, sino con consecuencias reales.

Sin embargo, había dos personas con las que mi problema no era únicamente ético.

Era personal.

Y de ellas iba a encargarme yo mismo.

DIARIO XII

Esta va a ser la última entrada del diario.

Ha pasado un tiempo desde la anterior. Un tiempo de silencio disciplinado, de paciencia, de cálculo y de preparación. Durante este periodo he respetado el deseo de mi madre: no hacer nada hasta que el tío Igor muriese. Esa era su condición, su límite moral. Y yo lo acepté no por convicción, sino por lealtad.

Creo, con total sinceridad, que esa debe ser una virtud imprescindible en el ser humano.

No negaré que he vivido con una preocupación persistente ante la posibilidad de que los cardenales Dupont y Fabbri murieran antes que el tío Igor. Que el tiempo, caprichoso e injusto, nos arrebatara la oportunidad de cerrar esta historia con un final a la altura. Nuestra venganza —si es que esa palabra sigue describiendo con exactitud lo que perseguimos— no podría considerarse completa sin ellos. Así que no hemos perdido ni un segundo.

El tío Igor llevaba dos semanas ingresado por una recaída de su insuficiencia cardiaca. Él nunca tuvo cáncer, pese a lo difundido por el Vaticano para tapar su fuga. Cuando por fin falleció, mi madre y yo ya teníamos las maletas preparadas. Reconozco que a ella le afectó más su pérdida que a mí. Mi madre sí lloró cuando nos comunicaron su muerte.

Lo entiendo, de veras, pero mi relación con él era muy distante desde que descubrí quién fue realmente. Sé que mi madre lo perdonó, sin embargo yo no fui capaz de hacerlo.

Nos subimos a un avión esa misma noche y aterrizamos en Roma con la seguridad imbuida de años de ensayo y preparación.

Para mi madre fue un regreso profundamente conmovedor. No había vuelto a Roma desde aquella noche en que abandonó la ciudad rumbo a Nápoles, sentada en el asiento trasero de un coche negro, hace casi cuarenta años. Pisar de nuevo Italia significaba enfrentarse a una parte de su pasado que había intentado mantener

en silencio, una zona de su memoria cargada de sombras y heridas mal cerradas.

Observé cómo su expresión se transformaba mientras el taxi avanzaba por la ciudad. Cuando la cúpula del Vaticano apareció a lo lejos, trazada en el cielo gris, no pudo contener las lágrimas. No hizo ningún intento por disimularlas. Simplemente dejó que cayeran, en silencio.

Años antes había sabido, por mí, que sus padres habían fallecido. Fui yo quien accedió al registro civil y buscó sus nombres hasta confirmar lo que ella nunca se atrevió a comprobar por sí misma.

Aunque comprendía su dolor y su tristeza, yo debía llevar a cabo mi función con determinación y ocuparme del verdadero motivo por el que habíamos viajado a Roma.

Todo estaba dispuesto antes de que Igor se marchara definitivamente. Desde mi hogar en Dakota del Sur había monitorizado los movimientos de cada pieza de esta partida de ajedrez hasta un punto obsesivo.

Lo había estudiado todo.

Las debilidades del cardenal Fabbri, su vulnerabilidad cardíaca, que me abría un flanco extraordinariamente fácil de penetrar sin levantar sospechas. La viabilidad del engaño al cardenal Dupont, más complejo, más laborioso, pero igualmente predecible si se estudian con detenimiento sus rutinas y sus deseos impuros.

También analicé la metodología de los carabinieri, sus tiempos de reacción, los patrones de comunicación interna, las grietas inevitables de cualquier sistema.

Con todo ello he construido mi coartada como escritor —una faceta que, contra todo pronóstico, he llegado a disfrutar— desarrollando al personaje de Pietro Rangoni con el rigor necesario para que mi presencia en Roma resulte coherente, incluso atractiva para ciertos círculos culturales. Una página en la Wikipedia, algún artículo falso en el que narre mi supuesta estancia como reportero de guerra en Siria y Gaza… Tareas que no me suponen un esfuerzo. Mi madre, por su parte, asumiría el papel de mi agente. Es un papel que ambos interpretamos a la perfección.

Solo faltaba un punto por definir para que el plan alcanzase el nivel de excelencia que merece. La verdadera razón por la que nos habíamos tomado tantas molestias. No bastaba con destruir: era imprescindible revelar. Que el mundo supiera la verdad.

Ese es, en esencia, nuestro verdadero objetivo.

Valoramos varias opciones: filtraciones anónimas a periodistas, asociaciones de desaparecidos, envío de grabaciones y pruebas. Pero tanto a mi madre como a mí nos sedujo la idea de contar con una persona con cierto peso institucional que abriera la caja de Pandora desde dentro.

Para el acto final necesitábamos a alguien especial; no podía ser cualquiera. Descartamos a Donato Villa en cuanto confirmamos la fragilidad de su estado de salud. Durante mucho tiempo buscamos el perfil adecuado, sin hallar nada que nos satisficiera a ambos. Hasta que, un buen día, leímos un artículo sobre un inspector de la Interpol que acababa de resolver en España un caso de gran repercusión: la caza de un asesino en serie.

Su perfil mediático, su metodología, su pasado… Todo era perfecto para que el espectáculo final pasara a la historia. Después de lo que iba a suceder, nadie olvidaría jamás a Giulia Bernardi y cómo su verdad salió a la luz.

Desde aquel momento, Oriol Duarte se convirtió en nuestra mejor opción, pero, para poder contar con él, debía conseguir que estuviera en Roma en el momento exacto.

Y eso fue todo un reto.

Había seguido su pista hasta Alemania, donde se enfrentó a su último caso. Es un hombre que cubre bien su rastro; trabaja con una prudencia que roza la paranoia, lo que me dificultó seriamente el trabajo. Durante unos días lo perdí, y me obligó a esforzarme más. He de decir que eso no suele ser necesario; por ese motivo, Oriol me gustaba cada vez más.

Lo localicé al *hackear* el teléfono de uno de sus compañeros en la Interpol, el inspector Markus Graff. No fue sencillo, pero tampoco imposible. A partir de ahí, todo consistió en observar mediante su cámara, escuchar gracias a su micrófono y actuar conociendo su ubicación.

Descubrí entonces que Duarte planeaba tomarse unas vacaciones una vez cerrado el caso. Ese fue el punto de inflexión. Puse todo mi empeño en bombardear a Oriol con persuasión subliminal. He leído mucho al respecto; es una ciencia curiosa, a la par que útil.

Lo primero que hice fue buscar un lugar cercano a Roma que encajara con su personalidad nómada: discreto, con historia, lejos de los circuitos turísticos obvios. Después manipulé su entorno digital hasta extremos que rozaban lo enfermizo. No se trataba de imponer una idea, sino de sembrarla.

Alteré los algoritmos que lo rodeaban. Si lo localizaba cerca de una parada de autobús junto al inspector Graff, me las arreglaba para que en las marquesinas digitales aparecieran anuncios de comida italiana. Si alguno de los dos navegaba por internet, sus búsquedas estaban manipuladas para mostrar imágenes de playas mediterráneas desiertas en esa época del año, como la de Ostia o Fiumicino. Si su ubicación mostraba proximidad a un comercio con monitores publicitarios, en la pantalla aparecían imágenes de Roma. Su buscador sugería artículos sobre la arquitectura romana y otras recomendaciones supuestamente aleatorias. Incluso la televisión del hotel donde se alojó unos días en Stade, Alemania, comenzó a emitir documentales sobre el Vaticano y reportajes sobre casos sin resolver de la historia italiana; quizá ahí di en el clavo.

No dejé nada al azar. Cada estímulo estaba diseñado para activar un deseo latente, para hacerle creer que la idea era suya.

No fue una imposición. Fue una insinuación constante, elegante e imperceptible.

El día que confirmé, a través de la web de la aerolínea a la que accedí con suma facilidad, que había reservado un vuelo de ida a Roma, sentí una satisfacción difícil de describir. No fue euforia. Fue algo más limpio, más profundo: la certeza de que todas las piezas, tras años de planificación, comenzaban por fin a desplazarse en la dirección prevista.

Y ahora estamos aquí.

Lo que viene a continuación no ha de relatarse en este diario.

Si todo sale como he previsto, esta será la última vez que escriba en estas páginas. No porque la historia termine, sino porque, al fin,

dejará de pertenecernos solo a nosotros.

22

Oriol Duarte termina de leer el diario, compungido por su contenido.

Lo cierra con lentitud, con respeto, y lo deposita sobre la pequeña mesa de la caravana. Después se lleva ambas manos a la frente y deja caer la cabeza hacia delante.

Se le escapa un suspiro largo, áspero.

Recapitula cada línea. Cada confesión. Cada dato clave. Sus sospechas no solo se han confirmado: han adquirido cuerpo y textura, formando una realidad aterradora. Lo que intuía se ha convertido en un relato brutal e impropio de la vida real. Una historia que parecería exagerada si no estuviera escrita con la sobriedad de una mano inocente a la que empujaron al abismo.

En su mente aparece la imagen de la joven Giulia Bernardi. El rostro que conoció en fotografías antiguas. La mirada limpia antes de que todo se precipitara; la infancia interrumpida sin posibilidad de réplica. Piensa en lo fácil que es quebrar a alguien cuando aún no ha aprendido a defenderse.

Y, de forma inesperada, se ve reflejado en ella.

No en los hechos. En la herida.

Hay algo en esa pérdida temprana, en esa sensación de haber sido arrastrado por decisiones ajenas, que le resulta insoportablemente familiar. Traga saliva, pero no logra contenerlo. Una lágrima se desprende y cae al suelo, absorbida por la moqueta desgastada de la caravana.

Permanece inmóvil unos segundos más.

Luego se levanta despacio. Nota el peso del cuerpo, la rigidez en la espalda, el pulso todavía acelerado. Abre la puerta y sale de la caravana.

El aire frío le golpea el rostro. Respira hondo, reticente a enfrentarse a su destino. El cielo está despejado ahora; la luna brilla con nitidez, iluminando las hileras de caravanas alineadas en silencio.

Oriol mantiene la mirada fija en la única habitada en esa época del año: la de su vecina.

El border collie continúa en el mismo sitio, atento, vigilante. Solo mueve las orejas cuando detecta algún sonido lejano, pero no ladra. Es como si también él supiera que lo que está a punto de suceder no admite interrupciones.

Oriol avanza con paso decidido. Cada zancada tiene el peso de una conclusión irrevocable. La investigación, tal y como la conocía, ha terminado. Lo que queda no es búsqueda, sino enfrentamiento. La última pieza.

No necesita llamar.

Cuando está a solo unos metros, la puerta se abre.

Su vecina aparece en el umbral. La luz interior dibuja su silueta y deja su rostro en una penumbra que no logra ocultar la firmeza de su expresión.

Oriol la mira unos segundos. Aprieta los labios antes de hablar, conteniendo todo lo que aún resuena en su cabeza.

—Hola, Giulia.

Ella sostiene su mirada sin vacilar.

—Hola, inspector Duarte.

—Estás irreconocible con el pelo rubio.

—Ha pasado mucho tiempo. Pase, le estábamos esperando.

Giulia se aparta a un lado y le hace un leve gesto con la mano, invitándolo a entrar.

Oriol cruza el umbral.

La caravana es similar a la suya, sencilla y funcional. Una pequeña cocina alineada a la derecha. La luz es cálida, tenue. Al fondo, en el comedor —el pequeño salón con la mesa fija y las dos bancadas tapizadas enfrentadas—, está sentado su hijo junto a una vela aromática que desprende una fragancia a jazmín. Sobre la mesa descansa un ejemplar de *El asesinato de Roger Ackroyd*, de Agatha Christie.

Jason mantiene la espalda recta, un brazo apoyado con naturalidad sobre la mesa. No hay nerviosismo en su postura. Todo lo contrario: parece relajado. Seguro. Como si hubiera estado

esperando este momento durante una eternidad y ahora lo disfrutara.

—Hola, Oriol —dice.

El inspector Duarte avanza hasta el comedor y toma asiento frente a él. La mesa queda entre ambos, una frontera discreta pero evidente. Giulia Bernardi, a quien Oriol conocía como Rose, su vecina americana, permanece de pie, ligeramente detrás, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Hola, Jason. ¿O prefieres que te llame Pietro?

Jason Bennett suelta una risa breve y niega con la cabeza.

—Te sigo desde hace tiempo. Tienes un currículum impecable. Siento que nos hayamos tenido que conocer en estas circunstancias. Creo, sinceramente, que nos habríamos llevado bien. Me encantó ser Pietro Rangoni y compartir esas charlas tan maravillosas contigo.

Oriol sostiene su mirada.

—A mí también, la verdad. No es algo que suela suceder.

—¿Cómo se encuentra el señor Villa? —pregunta Giulia.

Oriol gira la cabeza hacia ella. Permanece unos segundos observándola en silencio. El acento americano ha desaparecido por completo. Lo que escucha ahora es un italiano perfecto, nativo. El verdadero. Durante un instante, una emoción inesperada lo desarma. Tiene ganas de levantarse y abrazarla. De ofrecerle algo parecido al consuelo.

Se contiene.

—Lamento comunicarte que ha fallecido.

Giulia desvía la mirada hacia el suelo. Su rostro se contrae apenas, una mueca breve, crispada, antes de recuperar la compostura.

—Pensaba que estabas muerta, Giulia. Me alegro mucho de que estés bien —confiesa Oriol.

Ella vuelve a mirarlo.

—No estoy bien, inspector. Pero sí. Estoy viva.

El silencio que sigue se llena de miradas de incertidumbre.

Jason se levanta sin prisas y abre uno de los armarios superiores. Oriol escucha el leve tintineo del cristal. Coloca tres copas Glencairn sobre la mesa, alineadas con precisión. Después deposita junto a

ellas una botella que capta la luz con reflejos profundos: un Macallan de cincuenta años, en cristal de Lalique.

Oriol arquea las cejas. Recuerda aquella conversación. El entusiasmo casi reverencial con el que Pietro hablaba de esa botella imposible de encontrar.

—Ha sido difícil conseguirla, Oriol —dice Jason mientras la destapa con un sacacorchos de láminas—. Recorrí media Roma hasta dar con ella. Pero la ocasión lo merece.

El inspector observa el gesto medido con el que sirve el *whisky*. El ángulo exacto, la cantidad justa. Sabe que esa botella supera con creces los diez mil euros. Una rareza al alcance de muy pocos.

Vuelve a mirar a Jason.

Se pregunta, con una mezcla de incredulidad y tristeza, qué necesidad tenía de meterse en algo así. De tirar por la borda un futuro tan brillante como el que se le presume.

Después fija la mirada en Giulia. Su rostro es inexpresivo. Los brazos siguen cruzados, como una armadura.

—Brindemos —propone Jason.

Oriol no objeta. Toma la copa y la alza. El cristal choca suavemente con el de Jason y con el de Giulia, que ha dado un paso al frente para unirse al gesto.

El sonido es limpio. Breve.

Durante un segundo, nadie bebe. Los tres se quedan mirándose.

Oriol lleva la copa a los labios y deja que el *whisky* repose unos segundos en su lengua.

Es extraordinario, complejo, sedoso. Nunca ha probado nada igual. Y sabe que jamás podría permitírselo. Ese lujo pertenece a otra categoría de vidas.

Jason también bebe. En su rostro se dibuja un placer sincero, ligeramente infantil, que desentona con la gravedad de la conversación.

Es Oriol quien rompe el silencio.

—Tengo que reconocer que me la has jugado, Jason.

—No me lo has puesto nada fácil. He tenido que esforzarme mucho, créeme.

—¿Cómo entraste en Mondadori? —inquiere Oriol con curiosidad.

Jason sonríe.

—Esa fue buena. Tenía la geolocalización de tu móvil, con lo que siempre andaba un paso por delante. En cuanto vi que ibas a pasar por delante de la sede de la editorial se me ocurrió. Mi madre y yo nos adelantamos. Le dijimos a la recepcionista que queríamos dejar un borrador para su valoración y tomamos asiento para preparar la solicitud. Luego tú mente vio lo que quiso ver.

—¿Así que era ella quien estaba de espaldas?

—Sí. Supongo que entenderás que no estuviera cómoda paseando por Roma, aunque hayan pasado tantos años y sea difícil reconocerla. Por eso se puso el *hiyab*.

Oriol desvía su mirada a Giulia, quien mantiene el silencio.

—Quiero preguntaros algo —anuncia Oriol.

—Dispara —contesta Jason.

—Durante todos estos años, ¿el Vaticano nunca buscó a Ugolino Bentivoglio?

—Por supuesto que lo hicieron. Por lo que pude averiguar incluso había una recompensa si alguien conocía su paradero. Esto no lo puedo asegurar, pero lo más probable es que llegaran pronto a la conclusión de que el tío Igor, bueno, Bentivoglio, había ayudado a mi madre a escapar. Por eso anunciaron su muerte, para evitar los rumores.

—Comprendo. ¿Y cómo demonios entraste en la cartuja de Viterbo sin que nadie te viera?

Jason suelta una carcajada.

—Esa sí que fue buena. ¿Verdad mamá? —dice Jason girándose hacia su madre, pero ella no ríe como él—. Conseguí un hábito cartujo. Cuando Dupont apareció creyendo que iba a reunirse con una inocente niña, fue muy sencillo reducirlo y meterlo en la furgoneta. Después de todo es un hombre mayor y frágil. Después le robé la llave de la habitación y me puse el hábito a modo de disfraz. Colarse fue sencillo, lo difícil fue dar con su habitación. Fui probando la llave hasta que la encontré. Reconozco que en esa parte la suerte estuvo de mi lado.

Jason sigue riendo y Oriol arquea las cejas.

—Si no la hubiera encontrado, habría dejado el paquete en algún otro lugar, pero perdía la majestuosidad que buscaba.

Después se instaura un silencio que dura hasta que Oriol decide cumplir con su deber.

—¿Cómo queréis hacerlo, Jason?

El joven ladea la cabeza y lo mira directamente a los ojos.

—Queríamos que el diario lo tuvieras tú para hacerlo público. Puedes decir que te lo envió NightCrawler. Es lo que todos creen en comisaría.

—No te hagas el tonto. Sabes a lo que me refiero: habéis matado a dos hombres.

La frase cae con peso.

—No tenía ninguna duda de que vendrías tú solo a la caravana —responde Jason con calma—. Y sé por qué lo has hecho, aunque te cueste reconocerlo.

—¿Eso crees?

—Sí. Porque eres un hombre que entiende la justicia.

Oriol apoya el vaso en la mesa.

—No me corresponde a mí impartir justicia. Ese no es mi trabajo. Ni el tuyo.

—Pero las opiniones se forjan independientemente de ello. Sabes que el sistema no funciona. Sabes que daña al indefenso, como le sucedió a mi madre.

—Debisteis acudir a la policía. Eso habría sido lo correcto.

Jason sostiene su mirada sin pestañear.

—¿Y qué habría sucedido? El Vaticano se habría desentendido. Mis abuelos habrían perdido el trabajo. Mi madre habría sido repudiada allá donde fuera… y esos dos indeseables habrían cumplido una pequeña condena, poco más. Nosotros, en cambio, hemos tenido que vivir lejos de nuestras raíces. Perder a nuestra familia. Ver cómo todos sufrían por la supuesta muerte de mi madre. Noches en vela. Días enteros llorando ante el deseo real de desaparecer antes que seguir viviendo una vida que solo hiere. Todo eso sin merecerlo. Sin haberlo buscado.

Se sirve otro *whisky*. Le sirve también a Oriol. Cuando intenta llenar el vaso de Giulia, ella niega con un leve gesto.

—Si me permites, Oriol —añade Jason—, bastante les hemos dejado vivir. Deberíamos haberlos matado mucho antes.

Oriol no responde. Desvía la mirada hacia la copa y la hace girar lentamente sobre la mesa. El ámbar reluce a través del cristal.

—En cualquier caso, si tu deseo es detenerme, adelante. Hazlo. No me opondré. Pero deja que mi madre se vaya. Ella no ha hecho nada.

—Yo no me voy a ninguna parte —brama Giulia, rompiendo su silencio.

Oriol alza la vista.

—¿Qué tenías pensado hacer con tu vida, Jason?

Él se encoge apenas de hombros.

—Viajar, sobre todo. En eso soy parecido a ti. Tengo ganas de vivir experiencias distintas. Me ha gustado la idea de escribir. ¿Lo has probado? La verdad es que es muy divertido así que… ¿Por qué no intentarlo?

Oriol asiente, sorprendido.

—¿Y tú, Giulia?

—Yo estaré al lado de mi hijo, vaya donde vaya.

Vuelve a mirar la copa.

Luego a Giulia.

Luego a Jason.

Y entonces se evade.

Su cuerpo permanece en una habitación en la que él ya no está. Intenta ordenar sus opciones, sopesar con frialdad lo que perdería frente a lo que podría ganar. No quiere cometer un error que lo deje expuesto, que lo sitúe en un punto sin retorno.

Piensa en Giulia. En todo lo que tuvo que soportar desde una edad demasiado temprana. Se pregunta cómo alguien podría ser capaz de mirarla a los ojos después de aquello. Siente que le ha fallado, que no ha estado a la altura, que no puede atribuirse el mérito de haberla protegido cuando ella lo necesitaba. Pero, si es honesto, nadie lo hizo. Se repite que el mundo entero está en deuda con ella.

Después piensa en Jason. En su inteligencia excepcional, en esa capacidad innata para conseguir lo que se propone y en cómo

decidió concentrarla únicamente en la venganza.

Lo admira y le gustaría aprender de él.

Le asombra la perseverancia que fue creciendo en la mente de un niño obligado a madurar lejos de su hogar, marcado por los errores ajenos y por el sufrimiento de su madre. Percibe el vínculo maternal que lo une a Giulia con cierta envidia.

Durante un instante le asalta el impulso de golpear la mesa y dejar salir la tensión acumulada, de romper el equilibrio imposible entre su deber profesional y su brújula moral, que ahora colapsan en un dilema que le abrasa por dentro. Pero se contiene.

El tiempo avanza. Minutos densos, suspendidos en un silencio absoluto. Oriol piensa, girando la copa entre los dedos de vez en cuando, observando cómo el líquido oscila de un lado a otro.

Entonces lo comprende.

Solo hay una salida que le permita seguir conviviendo con su conciencia.

A él tampoco le han dejado alternativa.

Termina su *whisky* de un trago; le sabe a gloria.

—Tienes razón en algo, Jason. Creo en la justicia. Tanto el cardenal Fabbri como Dupont llevaron a cabo crímenes por los que debían pagar. Pero has cometido un grave error al tomarte la justicia por tu mano.

—Cuestión de interpretaciones, supongo.

—Tú también debes pagar por ello —dice Oriol mientras sirve una nueva ronda a ambos.

Jason lo observa, expectante, el rostro imperturbable.

—¿Qué castigo tienes en mente? —pregunta con un deje de sarcasmo.

Oriol sostiene su mirada.

—Hace tiempo que quiero trabajar en un caso sin resolver. Todo un misterio que nadie ha logrado esclarecer. Ahora voy a salir por esa puerta, voy a caminar hasta ese restaurante que siempre está abierto cerca de la playa y voy a pedir un teléfono desde el que llamar a comisaría. Resulta que, cuando he llegado aquí, he encontrado esta caravana en llamas. Es muy probable que esta vela

—dice señalándola con un leve gesto de la cabeza— se haya caído accidentalmente.

Jason inclina ligeramente la cabeza.

—Sí, ahora que lo dices… menuda se ha montado.

Oriol alza la copa.

—Cuando llegue el momento, me ayudarás a resolver el caso del que acabo de hablarte. Será así como cumplirás tu condena.

Durante unos segundos, nadie habla.

Jason sonríe despacio y desvía la mirada hacia su madre. Las lágrimas recorren las mejillas de Giulia sin que ella intente ocultarlas. No son lágrimas de miedo. Son de agotamiento. De liberación.

Jason y Oriol brindan por última vez.

El sonido es más firme esta vez. Definitivo.

Beben.

Después, Oriol toma una servilleta y limpia con cuidado el exterior de la copa, justo donde sus dedos han tocado el cristal. El gesto es metódico.

Se levanta, dejando atrás un silencio repleto de decisiones irrevocables.

Se dirige hacia la puerta. Antes de salir, se detiene frente a Giulia Bernardi. La mira con respeto e inclina levemente la cabeza, a modo de reverencia.

Ella responde asintiendo levemente. Sus lágrimas aún desfilan por sus mejillas.

Fuera, el aire nocturno vuelve a golpearle el rostro. El border collie levanta la cabeza y lo observa.

Oriol se detiene un instante y se gira por última vez. Jason está de pie, junto a su madre.

—Por cierto, ¿de dónde habéis sacado al perro?

—Estaba aquí cuando llegamos. Parece que su antiguo dueño lo abandonó, pero no te preocupes, nosotros lo cuidaremos.

Oriol no puede contener la sonrisa.

Se da la vuelta y accede de nuevo a su caravana en busca del diario y de un cuchillo afilado.

Pincha la rueda de la Vespa, para que nadie pueda preguntarse por qué ha ido andando a Fiumicino. Solo él sabrá que fue la manera

de darles tiempo a desaparecer. Además, ha bebido y jamás conduce cuando lo hace. Mientras se aleja, un resplandor anaranjado comienza a reflejarse en el cielo. Oriol vuelve la cabeza.

Las llamas ya han empezado a devorarlo todo.

23

Oriol Duarte está de pie frente a la ventana del apartamento alquilado en Lyon, a escasos minutos de la sede de la Interpol. El edificio es funcional e impersonal, con paredes desnudas y muebles provisionales que no invitan a quedarse más de lo necesario. Han pasado dos meses desde que regresó de Italia y aún no ha deshecho del todo la maleta. No por falta de tiempo, sino por la sensación persistente de que su estancia allí es temporal.

Cambió su residencia para alejarse del caso, aunque no hay un solo día en que no piense en todo lo sucedido.

Una vez más, la prensa lo consideró un héroe.

Cuando el diario vio la luz, los titulares se sucedieron con una rapidez voraz. «Oriol Duarte resuelve el caso de Giulia Bernardi cuarenta años después», proclamaron varios periódicos europeos. La narrativa era irresistible: el inspector joven, meticuloso, que destapaba una verdad sepultada durante décadas y que, además, afectaba directamente al Vaticano.

Un artículo de la BBC fue más lejos. Lo apodó «La Respuesta».

Oriol había leído esas palabras en la pantalla de su portátil sintiendo una punzada de incomodidad, algo a medio camino entre el pudor y la rabia. No había nada en él que se identificara con ese apodo grandilocuente. No se consideraba una solución, ni siquiera un cierre. Sabía que las masas habían aprobado el desenlace, que la opinión pública celebraba que el caso se hubiera esclarecido y que la verdad hubiera emergido al fin. Pero la verdad nunca fue una victoria limpia.

Había dos cadáveres.

Y él no había capturado a un asesino.

El reconocimiento público no alteró ese hecho. Tampoco lo suavizó.

La historia de Giulia conmovió, indignó y removió conciencias. Pero, al margen de las desgracias que ella sufrió, quedaron dos

hombres muertos y un responsable que se había evaporado. Un justiciero aclamado por todos, menos por la ley.

Alguien a quien sería muy difícil atrapar por dos motivos: por el escaso deseo de hacerlo por parte de la ciudadanía y por su extraordinaria habilidad para borrar su rastro.

Recordaba con nitidez el momento en que los carabinieri desplazados al Palazzo Madama, encabezados por Vittoria Mecca, se dispusieron a difundir la imagen de Jason Bennett y solicitar colaboración ciudadana. La maquinaria institucional se puso en marcha con la eficacia habitual: ruedas de prensa, comunicados oficiales, coordinación con medios internacionales.

Y entonces llegó el vacío.

La identidad de Jason Bennett había desaparecido.

No era una metáfora. Las imágenes ya no estaban en la base de datos. La ficha aparecía vacía, desprovista de fotografía, de historial, de cualquier rastro digital. Como si jamás hubiera existido.

Una vez más, NightCrawler había ganado la partida.

Los mejores informáticos de Italia fueron convocados de urgencia. Entre ellos, Andrea Cialdoni, cuya reputación en el ámbito de la ciberseguridad comenzaba a rozar lo legendario. Oriol aún podía ver su expresión mientras revisaba pantallas y líneas de código interminables. Cada vez que alguien le preguntaba si había posibilidad de seguir el rastro de NightCrawler, Andrea esbozaba una sonrisa leve. Lo admiraba y no tenía inconveniente alguno en admitirlo.

No hubo forma.

Los servidores no devolvieron nada. Las copias de seguridad habían sido borradas. Los registros de acceso, alterados. Fue un trabajo ejecutado a la perfección.

En medio de ese desconcierto, la responsabilidad recayó sobre Oriol. Le encomendaron desarrollar un retrato robot. Era el único que había tenido a Jason lo bastante cerca, el único que podía traducir en rasgos concretos lo que otros solo conocían como un nombre.

No se negó.

Se sentó frente al dibujante y describió una frente, una mirada, la curvatura de una mandíbula. Habló con la misma voz firme con la que había declarado en tantas otras ocasiones. Pero esta vez no entregó todos los detalles. Omitió matices. Desdibujó proporciones. Ajustó ligeramente la forma de los ojos, la línea de la nariz.

El resultado final fue correcto a simple vista, pero de escasa utilidad, en definitiva.

La versión oficial —la que quedó reflejada en informes y comunicados institucionales— sostuvo que un ciudadano estadounidense llamado Jason Bennett, sobre quien existían indicios que apuntaban a una identidad alternativa en la red bajo el alias NightCrawler y que operaba con notoriedad en actividades vinculadas a la ciberdelincuencia, había sido el responsable de los asesinatos cometidos en Roma contra los cardenales Fabbri y Dupont.

Según esa reconstrucción, un descuido de Bennett, al ser captada una furgoneta alquilada a su nombre en las inmediaciones de la cartuja de Viterbo, condujo al equipo de Oriol Duarte hasta una casa de lujo alquilada en Fontignani. Allí fue donde encontraron el cadáver del cardenal Dupont, que el día anterior había sido secuestrado.

En aquella vivienda también aparecieron las páginas de un diario.

La intervención de Vittoria Mecca resultó fundamental en ese punto. Durante la primera inspección del inmueble, el registro no arrojó nada relevante más allá de lo evidente. Pero al día siguiente, cuando regresaron para una revisión más exhaustiva, fue la propia inspectora quien localizó el cuaderno oculto en el hueco de la chimenea. Un escondite rudimentario que, por casualidades del destino, había pasado desapercibido entre el polvo y la ceniza.

El hallazgo cambió el rumbo de la investigación.

O, al menos, el de su relato público.

El estudio grafológico y de ADN determinó que el diario perteneció realmente a Giulia Bernardi y absolutamente nadie se permitió el lujo de dudar de la veracidad de los hechos narrados en él.

Oriol tomó las medidas oportunas, porque había partes de la historia que no podían trascender. No sin comprometer demasiado.

No sin abrir preguntas que no estaba dispuesto a responder.

Modificó el diario antes de que Vittoria Mecca fingiera encontrarlo en la chimenea de la casa de Fontignani. Arrancó todas las hojas posteriores al momento en que Giulia narraba el descubrimiento de un pasadizo secreto desde la sala azul.

La zona del Lungotevere donde desembocaba aquel conducto permaneció acordonada y bajo vigilancia durante semanas. Se levantaron vallas, se desplegaron agentes, se desvió la atención de la prensa con comunicados ambiguos. El objetivo era claro: mantener alejados a periodistas y curiosos hasta que la investigación se diera oficialmente por concluida. Después, el pasadizo fue sellado. Tapiado. Convertido en un secreto enterrado bajo piedra y silencio.

El hallazgo de la gargantilla de Giulia en el río, unido a los restos identificados como pertenecientes a Eva Bozzuto, resultó suficiente para que la opinión pública diera por muerta a Giulia Bernardi. Las piezas encajaban de nuevo. La tragedia adquiría un cierre definitivo.

Vittoria Mecca no puso objeciones cuando fue necesario cubrir ciertas fisuras del relato oficial. Comprendió, al igual que Oriol, que ese era el camino más adecuado. Había zonas grises que, de hacerse públicas, no aportarían justicia, sino un sufrimiento adicional que no beneficiaría a nadie. En el fondo, ella también sentía que, de una manera imperfecta pero lógica, se había restituido parte del daño.

Entre Oriol y ella se forjó una complicidad que trascendía el caso. No era solo respeto profesional. Era el reconocimiento mutuo de haber compartido decisiones difíciles.

La inspectora solicitó dos semanas de colaboración internacional. Le fueron concedidas sin demasiadas trabas y acompañó a Oriol a Lyon. Durante ese tiempo, observó con atención su metodología: la manera en que ordenaba la información, cómo interrogaba, cómo dejaba que los silencios trabajaran por él. Tomó notas, preguntó lo justo, absorbió cada matiz de su forma de dirigir una investigación compleja sin perder el control emocional. Algo que ella necesitaba.

Unos días antes de regresar a Italia, compartieron una sobremesa que se alargó más de lo previsto. Una copa llevó a otra, y el caso de Giulia Bernardi volvió a colarse entre ellos. Fue entonces cuando

Oriol le pidió que se ocupara de Andrea Cialdoni. Quería que le ofrecieran un puesto como consultor externo cuando cumpliera la condena que lo obligaba a colaborar con los carabinieri.

Vittoria no dudó demasiado. Admitió que las capacidades de Cialdoni la habían impresionado. Su mente funcionaba con una rapidez poco común, y desperdiciar ese talento sería un error estratégico. Prometió mover los hilos necesarios.

Durante ese mismo tiempo, Aurora Baudino regresó a su unidad en la Guardia di Finanza, donde continuó centrada en la investigación de fraudes fiscales. El caso de Giulia la había golpeado con fuerza. Fue ella misma quien solicitó reincorporarse a su destino habitual. Su desempeño durante la investigación fue impecable: rigurosa, constante, eficiente. Pero no todo profesional está preparado para sostener, sin resquebrajarse, la exposición directa y prolongada a la brutalidad humana. Hay escenarios que exigen una entereza emocional que no se mide en méritos ni en condecoraciones.

Dante Puzzo, en cambio, vivió la investigación con una energía distinta. Había disfrutado del trabajo de campo, de la adrenalina previa a cada hallazgo. Le habría gustado continuar trabajando codo con codo con Oriol; la admiración era sincera. Sin embargo, fue consciente de sus propios límites y prioridades. Por encima de cualquier vocación, estaba su vida fuera de la Interpol: el ritual cotidiano de regresar a casa, cenar con su mujer y jugar con su hija. Ese anclaje, esa estabilidad doméstica, pesaba más que la tentación de prolongar una carrera al lado de un inspector al que el mundo empezaba a llamar «La Respuesta».

Cuando termina el café, Oriol deja la taza sobre la encimera y se pone el abrigo.

Hoy es un día importante: tiene una reunión con Lefebvre, su jefe. Quiere presentarle un nuevo caso, uno antiguo, archivado sin avances concluyentes, con muchas aristas rodeadas de misterio. No hay pruebas recientes, ni testigos nuevos, ni hallazgos que justifiquen su reapertura. Solo una serie de incongruencias en los informes policiales, detalles menores que alguien consignó sin

reparar en su alcance y que, leídos con atención, no terminan de encajar.

Sabe que será difícil convencerlo.

Abre la puerta dispuesto a salir y se detiene en seco.

En el suelo, apoyado contra el marco, hay un paquete. Es rojo, envuelto con un lazo negro perfectamente anudado. La combinación de colores le resulta muy familiar. Durante unos segundos permanece inmóvil, con la mano aún en el pomo. El pasillo está en silencio. No se oye ningún ruido.

Se agacha, lo recoge y vuelve a entrar en el apartamento. Cierra la puerta antes de romper el lazo. Solo entonces respira.

Dentro hay un libro.

En la portada aparece el río Tíber bajo una luz crepuscular. Al fondo, reconocible, la cúpula del Vaticano recortada contra el cielo. En primer plano, un hombre rema sobre una pequeña barca, su figura apenas definida, más sombra que cuerpo. No hay logotipo editorial ni código de barras. El papel y la encuadernación sugieren una impresión bajo demanda, una tirada mínima o quizá única.

El nombre del autor figura en la parte superior: Pietro Rangoni.

El título, en letras sobrias: *Giulia*.

Oriol siente cómo una corriente fría le recorre la espalda.

Abre el libro con cuidado, como si temiera que algo pudiera desprenderse de sus páginas. En la primera hoja encuentra una dedicatoria impresa en tipografía mecanizada:

«Para Donato, por buscar siempre la verdad».

Permanece unos segundos mirando esas palabras. Luego desciende la vista.

Debajo, escrita a mano con tinta oscura, hay una segunda línea:

«Para un amigo».

—FIN—

Si has disfrutado esta novela, te invito a reservar a un precio especial *La mujer de Isdal*. Se trata de la tercera aventura del inspector Oriol Duarte, ambientada en Noruega, donde contará con

un nuevo colaborador que te va a encantar, estoy seguro. Puedes acceder a la preventa aquí:

https://amzn.eu/d/0ieYf3E2

AGRADECIMIENTOS

He de decir que me siento un privilegiado por la gran acogida que están teniendo mis novelas.

No tengo palabras para agradecer a todos y cada uno de los lectores su apoyo. El principal motivo por el que he llegado hasta donde estoy ahora sois vosotros, y siento un profundo compromiso para continuar creando historias dignas de ser leídas. La motivación que me aportáis me beneficia más de lo que imagináis. Cada mensaje que me llega en redes sociales, cada reseña, cada correo electrónico en el que alguien me cuenta lo mucho que le han gustado mis historias, es una bocanada de aire en este camino que estoy recorriendo con toda vuestra ayuda.

Por todo ello, solo puedo dar las gracias.

Este año quiero seguir siendo muy productivo y hacer que la saga de Oriol crezca con nuevas aventuras. Tengo muchas ideas en mente y un par de proyectos que estoy deseando empezar y que llegarán muy pronto.

Como amante del *True Crime*, también quiero agradecer a todas las personas que se toman la molestia de producir *podcasts*, escribir artículos y recopilar información. Todo ese trabajo me aporta una base valiosísima para poder escribir mis novelas. Gracias por crear contenido de calidad y por permitir que escritores como yo podamos nutrirnos de vuestro esfuerzo.

Como siempre, gracias a mis tres chicas: Aida, Lucía y Lara, y a todas aquellas personas que me apoyan en este camino.

Cualquier error en el manuscrito es solo mío.

NOTA DEL AUTOR:

Hoy me gustaría pedirte, si te ha gustado mi manera de contar historias, que me sigas en mi perfil de Amazon. Es una buena opción para estar al día de mis últimas novedades, ofertas y lanzamientos. Puedes hacerlo aquí, pulsando el botón de seguir bajo mi imagen:

https://amzn.to/49g821x

Si deseáis seguir descubriendo más sobre mis obras, os invito a visitar mi página web, donde podréis acceder a un formulario de suscripción a mi lista de correo electrónico **Y RECIBIR UN LIBRO COMPLETAMENTE GRATIS**. A través de esa lista comparto los próximos lanzamientos. Solo envío correos cuando publico un nuevo libro o aparece una nueva oferta.

https://www.adolforodriguezgomez.com/

Gracias por estar ahí.

Por último, a los escritores nos encanta conocer las opiniones de los lectores, ya que nos ayudan a mejorar y su valor es incalculable. Te agradecería enormemente si pudieras compartir tu opinión, sea positiva o no. Puedes dejar una reseña en Amazon o comentarlo directamente conmigo a través de mis redes sociales.

Instagram:
https://www.instagram.com/adolforodriguezgo/

Facebook:
https://www.facebook.com/adolforodriguezgo/?locale=es_LA

OTROS LIBROS DE ADOLFO RODRÍGUEZ

Serie inspector Oriol Duarte:

Némesis: https://amzn.to/4pLfyYa

El secreto del Lago: https://amzn.eu/d/0aADq6Zk

Serie inspector Gabriel Somoza:

La Noche de San Juan: https://amzn.eu/d/5kEog6e

La Noche de los Secretos: https://amzn.eu/d/4LRfuBs

La Noche de la Tormenta: https://amzn.eu/d/dRaa8kV

Serie Sombras del Mediterráneo:

Los Ecos de la Tempestad: https://amzn.eu/d/2ZxilHY

Novelas independientes:

El Viaje de Hugo: https://amzn.eu/d/5i9aOKQ

La Gran Implosión: https://amzn.eu/d/gEcAl01

Engañando a La Muerte: https://amzn.eu/d/hVOrIBg